

El Rey del Mar

Por

Emilio Salgari

Freeeditorial 

EL ATAQUE DEL MARIANNE

—¿Seguimos adelante? ¿Sí o no? ¡Por Júpiter! ¡No es posible que estemos varados en un banco como necios!

—No se puede seguir adelante, señor Yáñez.

—Pero ¿qué es lo que nos impide avanzar?

—Aún no lo sabemos.

—¡Voto a Júpiter! ¡Ese piloto está embriagado! ¡Menuda fama consiguen de esta manera los malayos! ¡Y yo que hasta esta mañana los tuve siempre por los más soberbios marinos de los dos mundos! ¡Sambigliong, ordena que se despliegue otra vela! Hay viento favorable y acaso consigamos seguir adelante.

—No lograremos nada, señor Yáñez, ya que la marea baja muy deprisa.

—¡Que el demonio se lleve a ese necio piloto!

El que así se expresaba se había vuelto en dirección a popa, con el ceño fruncido y el semblante alterado a causa del intenso enojo que le dominaba.

A pesar de que era ya hombre de cierta edad, pues tenía cincuenta años, se trataba aún de un tipo atractivo, fuerte, con enormes bigotes grises esmeradamente cuidados y rizados, piel algo bronceada y abundante cabello que le sobresalía bajo el sombrero de paja de Manila, semejante a los mexicanos, y ornado con una cinta de terciopelo azul.

Iba ataviado con un elegante traje de franela blanca con botonadura de oro y tenía la cintura ceñida por una faja de terciopelo rojo, en la cual se distinguían un par de pistolas de cañón largo, de culatas con incrustaciones de plata y nácar. Estas armas habían sido, sin la menor duda, fabricadas en la India. Calzaba sus pies con botas de agua de cuero amarillo, algo dobladas por la puntera.

—¡Piloto! —exclamó.

Un malayo de piel color hollín con tonalidades verdosas y los ojos ligeramente oblicuos y amarillentos, lo que producía un extraño efecto, al escuchar la llamada dejó el timón y se dirigió hacia Yáñez con un caminar receloso que denotaba una conciencia no muy tranquila.

—Podada —arguyó el europeo con seca entonación, apoyando la mano derecha en la culata de una de sus pistolas—, ¿cómo marcha ese asunto? Creo recordar que usted aseguró que conocía todas estas regiones costeras de Borneo, y por esta causa le admití a bordo.

—Pero, señor... —tartamudeó el malayo con tono medroso.

—¿Qué pretende usted decir? —inquirió Yáñez, que por primera vez en su vida parecía haber perdido su acostumbrada serenidad.

—Antaño no estaba este banco aquí.

—¡Tunante! ¿Tal vez ha salido de las profundidades del mar esta mañana? ¡Es usted un majadero! Ha movido la barra con un falso golpe con el objeto de hacer que el Marianne se detuviera.

—¿Con qué objeto, señor?

—¿Y yo qué sé? Es posible que se hallase en connivencia con los enemigos que han hecho que los dayakos se subleven.

—Yo jamás he mantenido amistad más que con mis compatriotas, señor.

—¿Considera usted posible desencallar?

—Sí, señor; con la marea alta.

—¿Son muchos los dayakos que hay en el río?

—Me imagino que no.

—¿Sabe si poseen buen armamento?

—Solamente les he visto unos cuantos fusiles.

—¿Cuál será la razón de que se hayan rebelado? —musitó Yáñez—. Hay aquí un enigma que no soy capaz de resolver, aunque el Tigre de Malasia se empeñe en creer que los ingleses son los culpables de todo esto. Aguardemos a ver si tenemos tiempo de llevar a Mompracem a Tremal-Naik y a Damna, antes de que los sublevados ocupen sus plantaciones y destruyan sus factorías. Probemos a dejar este banco antes de que la marea alcance su máxima altura.

Dio la espalda al malayo, se dirigió hacia proa y se inclinó en la amura del castillo.

La embarcación que había encallado, posiblemente como consecuencia de una mala maniobra, era un magnífico velero de dos palos, construido hacía poco a juzgar por sus líneas aún limpias y en muy buen estado, con dos grandes velas del tipo de las de los praos malayos.

Como mínimo desplazaría unas doscientas toneladas y llevaba tan buen armamento que podía resultar un imponente enemigo incluso frente a cualquier navío mediano.

En la toldilla se distinguían dos piezas de artillería de buen calibre, protegidas por una plataforma constituida por un par de planchas de acero de gran grosor colocadas en ángulo, y en el castillo de proa cuatro bombardas o grandes espingardas, magníficas armas para ametrallar, si bien eran de escaso alcance.

Además, su tripulación resultaba en exceso numerosa para un buque tan pequeño, ya que se componía de cuarenta dayakos y malayos, de cierta edad, aunque fuertes, de altivos semblantes y con no escasas cicatrices, lo que denotaba que eran auténticos hombres de mar.

La nave se hallaba embarrancada en la embocadura de una amplia bahía, en la que desembocaba un río que, por su apariencia, debía de ser caudaloso.

Numerosas islas, entre las cuales se encontraba una muy extensa, la protegían de los vientos procedentes de poniente. La bahía se hallaba circundada por una frondosa vegetación de un vivo color verde.

El Marianne había encallado en uno de los bancos que estaban ocultos por las aguas, pero que ya empezaban a distinguirse debido a la marea baja.

La rueda de proa se había empotrado muy profundamente, de modo que resultaba imposible poner a flote la embarcación con solo echar el ancla hacia la parte de popa y halando la cuerda.

—¡Este maldito perro! —barbotó Yáñez después de haber examinado atentamente el bajo—. ¡No será posible abandonar el lugar antes de medianoche! ¿Qué opinas, Sambigliong?

Un malayo con numerosas arrugas en el rostro y el pelo canoso, pero aun así de apariencia muy robusta, se había aproximado al europeo.

—Opino, señor Yáñez, que sin la pleamar resultarán vanos todos los intentos.

—¿Confías en este piloto?

—No puedo contestarle de una forma positiva, capitán —repuso el malayo—, ya que jamás le había visto antes. Sin embargo...

—Prosigue —instó Yáñez.

—Encontrarlo solo, a tanta distancia de Gaya, en el interior de una canoa que no pudiera haber aguantado una simple ola, y que inmediatamente se ofreciera a conducirnos... ¡En fin...! Me parece que todo esto no está muy claro.

—¿Habremos incurrido en una imprudencia al ponerle al timón? —se preguntó Yáñez, que se había quedado meditabundo.

Luego, sacudiendo la cabeza como si pretendiese arrojar fuera de sí una idea molesta, agregó:

—¿Por qué motivo ese hombre, que es de vuestra raza, habrá intentado hacer que se perdiera el mejor y más formidable prao del Tigre de Malasia? ¿Acaso no hemos defendido siempre a los naturales de Borneo contra las arbitrariedades de Inglaterra? ¿No hemos vencido a James Brooke con el fin de conseguir que los dayakos fueran independientes en Sarawak?

—¿Y por qué razón, señor Yáñez —adujo Sambigliong—, se han sublevado de una manera tan inopinada en contra de nuestros amigos los dayakos de la costa? Es indudable que Tremal-Naik, al fundar factorías en estas costas, que en otra época estaban desiertas, les ha facilitado el medio de ganarse la vida de una forma cómoda sin que se hallen en peligro de ser víctimas de los piratas que antes los diezmaban continuamente.

—Esto es un enigma, mi apreciado Sambigliong, que ni Sandokán ni yo hemos conseguido resolver hasta el presente. Este inopinado encolerizamiento contra Tremal-Naik ha de basarse en algún hecho que desconocemos. Lo más probable es que alguien haya procurado atizar el fuego para que este aumente.

—¿Se hallarán realmente en peligro Tremal-Naik y su hija Damna?

—El mensajero que ha enviado a Mompracem ha notificado que se han levantado en armas todos los dayakos y que están dominados por una especie de locura, ya que han saqueado y prendido fuego a tres factorías y, además, hablaban sobre si matar a Tremal-Naik.

—Y no obstante, no se puede encontrar en toda la isla un hombre mejor que él —comentó Sambigliong—. No logro entender por qué esos malditos arrasan y saquean sus propiedades.

—Alguna cosa conoceremos al llegar al kampong de Pangutarang. Cuando aparezca el Marianne, los dayakos se tranquilizarán algo, y si no abandonan las armas, los ametrallaremos como tienen merecido.

—Y sabremos la causa de la sublevación.

—¡Oh! —exclamó Yáñez, que en aquel momento había vuelto la cabeza en dirección al río—. Hay alguien allí que, según parece, pretende acercarse.

Una canoa de pequeño tamaño y con una vela solamente acababa de aparecer por detrás de las islas que obstruían la desembocadura del río y avanzaba hacia la proa del Marianne.

Iba tripulada por un solo hombre, pero se encontraba todavía tan distante que resultaba casi imposible ver si se trataba de un malayo o un dayako.

—¿Quién será? —dijo para sí Yáñez, que continuaba contemplando la embarcación—. Fíjate, Sambigliong: ¿no crees que no tiene muy clara la forma en que debe maniobrar? En este momento avanza en dirección a los islotes; ahora se aleja hacia las escolleras de coral.

—Cualquiera pensaría que trata de engañar a alguien en lo que se refiere a su derrotero, ¿no es así, señor Yáñez? —contestó Sambigliong—. ¿Estarán tal vez vigilándole y pretende, efectivamente, engañar a alguien?

—Opino lo mismo —repuso el europeo—. Tráeme mi catalejo y ordena que carguen un proyectil en una espingarda. Procuraremos auxiliar en la maniobra a ese hombre, que indudablemente intenta reunirse con nosotros.

Un instante después enfocaba el catalejo en dirección a la canoa, que todavía se hallaba a unas dos millas y que acabó abandonando la zona de las pequeñas islas para avanzar decididamente hacia el Marianne.

De repente Yáñez lanzó una exclamación:

—¡Tangusa!

—¿El mismo que Tremal-Naik llevó consigo a Mompracem y a quien hizo factor?

—¡Eso es, Sambigliong!

—En tal caso ahora nos enteraremos de la sublevación, si en efecto se trata de él —dijo el dayako.

—¡Oh, sí, es él! ¡No estoy equivocado, le distingo perfectamente! ¡Oh!

—¿Qué ocurre, señor?

—Veo una chalupa tripulada por unos doce dayakos y creo que intentan alcanzar a Tangusa. ¡Fíjate en el último islote! ¿Ves?

Sambigliong miró detenidamente y comprobó que, en efecto, una embarcación de estrechas y largas líneas abandonaba la desembocadura del río y se dirigía a toda velocidad en dirección al mar impulsada por ocho remos manejados con sumo vigor.

—Sí, señor Yáñez; van a dar alcance al factor de Tremal-Naik.

—¿Has ordenado que carguen una espingarda?

—Las cuatro.

—¡Magnífico! Aguardemos un instante.

La canoa, a la cual le venía el viento de popa, navegaba directamente hacia el Marianne a buena velocidad. No obstante, no podía avanzar tan deprisa como la chalupa. El hombre que iba embarcado en

la canoa se dio cuenta de que era perseguido y, abandonando el timón, aferró los remos para acelerar la marcha.

De improviso, una nube de humo se levantó en el costado de proa de la chalupa e inmediatamente se oyó en el Marianne el retumbar de un disparo.

—¡Disparan sobre Tangusa, señor Yáñez! —indicó Sambigliong.

—¡Bien, compañero! ¡Yo demostraré a esos pícaros cómo disparan los portugueses! —replicó el europeo en su tono sereno de costumbre.

Arrojó el cigarro que estaba fumando, se abrió paso entre la marinería, que se había aglomerado en el castillo de proa al oír el estampido del disparo, y se aproximó a la primera espingarda de babor, que apuntaba en dirección a la chalupa.

La persecución proseguía con saña y la canoa, a pesar de los extraordinarios esfuerzos que hacía Tangusa, se hallaba cada vez a menos distancia de la otra embarcación.

Un nuevo disparo de fusil surgió de la chalupa, pero no dio en el blanco, ya que es bien conocido que los dayakos utilizan mejor las cerbatanas que las armas de fuego.

Yáñez continuaba mirando impertérito.

—Se encuentra en la línea de fuego —musitó cuando hubieron transcurrido un par de minutos.

Prendió la mecha del largo cañón y abrió fuego, ocasionando un estampido que retumbó incluso bajo los árboles que llenaban la distante costa de la bahía.

En la parte de estribor de la chalupa vio elevarse un chorro de agua; al instante se escucharon a lo lejos exclamaciones furiosas.

—¡Alcanzada, señor Yáñez! —exclamó también Sambigliong.

—Y naufragará enseguida —replicó el portugués.

Los dayakos detuvieron su avance y viraron al momento con la celeridad del rayo, confiando en poder alcanzar uno de los islotes antes de que la chalupa se fuera a pique.

El destrozo que le había causado el proyectil del cañón, una bala de libra y media compuesta mitad de plomo y mitad de cobre, era demasiado grande para que pudiera seguir navegando durante mucho tiempo.

Efectivamente, los dayakos se hallaban a más de trescientos pasos de distancia del islote más próximo cuando la embarcación, que hacía agua por todas partes con suma velocidad, empezó a hundirse, y acabó por irse a pique.

Como los dayakos de aquellas costas son expertos nadadores, ya que pasan gran parte de su vida en el agua, al igual que los malayos y polinesios, no corrían el riesgo de ahogarse.

—¡Poneos a salvo! —exclamó Yáñez—. Pero si reanudáis el ataque, ¡os abrasaremos las costillas con una buena metralla de clavos!

La pequeña canoa, al verse libre de la persecución por tan acertado disparo, había reanudado su avance en dirección al Marianne, impulsada por el suave viento que, al ponerse el sol, acrecentaba su fuerza. En consecuencia, no tardó en hallarse cerca del velero.

El hombre que la conducía era un joven de unos treinta años, de piel amarilla y rasgos casi europeos, como si fuese hijo del cruce de las razas caucásica y malaya. Era más bien de pequeña estatura, pero parecía muy robusto; tenía el cuerpo envuelto en fajas de tela blanca que le oprimían firmemente los brazos y las piernas, y en las ligaduras se distinguían manchas de sangre.

—¿Habrás sido herido? —se preguntó Yáñez—. Creo que ese mestizo está padeciendo mucho. ¡Venga! ¡Lanzad una escala y preparad algún reconstituyente!

Mientras los marineros cumplían órdenes, la pequeña embarcación realizó la última bordada arrimándose al costado de estribor de la nave.

—¡Sube deprisa! —exclamó Yáñez.

El factor de Tremal-Naik amarró la canoa a una cuerda que le habían echado, amainó la vela, trepó con cierta dificultad por la escala y se presentó en la toldilla.

Una exclamación de estupor y espanto se le escapó al portugués.

El cuerpo de aquel desgraciado se encontraba acribillado como por efecto de una descarga de infinidad de perdigones, y de algunas de sus heridas todavía manaba sangre.

—¡Voto a Júpiter! —barbotó Yáñez con un estremecimiento—. ¿Quién te ha dejado de esta manera, mi pobre Tangusa?

—Han sido las hormigas blancas, señor Yáñez —repuso el malayo con voz débil, mientras profería una terrible mueca de dolor.

—¡Las hormigas blancas! —exclamó el portugués—. ¿Quién te ha puesto sobre el cuerpo semejantes insectos, que siempre están ansiosos por comer?

—Han sido los dayakos, señor Yáñez.

—¡Ah, canallas! Ve a la enfermería y que te curen las heridas; luego hablaremos. Ahora explícame únicamente si Tremal-Naik y su hija Damna se encuentran en peligro.

—El patrón ha reunido un reducido cuerpo de malayos y pretende enfrentarse a los dayakos.

—De acuerdo; ve con Kibatang, que sabe curar heridas, y después envíame aviso, pobre Tangusa. Ahora he de hacer otra cosa.

Mientras el malayo, auxiliado por dos marineros, bajaba al pequeño camarote, Yáñez examinaba de nuevo con atención la desembocadura del río, donde habían surgido tres chalupas de gran tamaño tripuladas por muchos hombres. En una de ellas, que poseía puente doble, se distinguía uno de esos pequeños cañones de bronce denominados «lilas» por los malayos, fundido en parte con plomo.

—¡Demonio! —musitó el portugués—. ¿Pensarán esos dayakos enfrentarse a los tigres de Mompracem? ¡No será ciertamente con esas fuerzas con las que vais a poder oponeros a nosotros! ¡Poseemos magníficas armas y os haremos brincar igual que a cabras salvajes!

—Tendrán apostadas otras chalupas tras los islotes, señor Yáñez —adujo Sambigliong—. Somos demasiado poderosos para que puedan infundirnos temor, a pesar de que sepamos cuál es el arrojo de esos hijos de piratas y degolladores.

—¿Contamos todavía con dos cajas de esas...?

—¿Las balas de acero con punta? Sí, capitán.

—Ordena que las suban a cubierta y manda a todos nuestros hombres que se pongan botas de mar, si no desean lastimarse los pies. ¿Han sido ya embarcados los haces de espinos?

—También, señor Yáñez.

—Ordena que los coloquen en torno a la borda. Si desean lanzarse al abordaje, vamos a verlos gritar como fieras. ¡Piloto!

Podada, que había subido a la cofa del trinquete para observar los movimientos sospechosos de las chalupas, descendió y se acercó al portugués.

—¿Sabes si esos dayakos disponen de muchas embarcaciones?

—No he visto casi ninguna en el río —repuso el malayo.

—¿Supones que pretenderán lanzarse al abordaje sobre nosotros, aprovechando que estamos inmovilizados?

—Pienso que no, patrón.

—¿Estás hablando con sinceridad? ¡Cuidado, pues empiezo a recelar de ti, ya que el que hayamos embarrancado no lo considero algo fortuito!

El malayo hizo una mueca con el fin de ocultar la desagradable sonrisa que le florecía en los labios, y al instante repuso con tono resentido:

—No he dado ningún motivo para que se ponga en duda mi lealtad, patrón.

—¡No tardaremos en comprobarlo! —dijo Yáñez—. Ahora vamos en busca de ese infortunado Tangusa, mientras Sambigliong organiza la defensa.

Hacia ya tiempo que Yáñez desconfiaba de Podada, el malayo que encontró casualmente y se le ofreció como piloto, pero hasta entonces no había hallado confirmación a sus sospechas. Por otra parte, el tormento que los dayakos habían infligido al pobre Tangusa le sacaba de sus casillas y le ofuscaba la mente, hasta el punto de permitirle pensar solo y únicamente en la venganza.

EL PEREGRINO DE LA MECA

Aunque por fuera el velero era un hermoso barco que nada tenía que envidiar a los mejores navíos de su tiempo, por dentro, sobre todo en el camarote de popa, resultaba realmente lujoso.

Especialmente el salón central, que se utilizaba como comedor y sala, estaba amueblado con estanterías para libros, mesa y sillas talladas con incrustaciones de nácar y oro, alfombras persas en el suelo, tapices hindúes en las paredes y cortinas rosas de seda con hilos de plata, que servían para tapar la luz de las ventanillas.

Suspendida del techo había una lámpara de gran tamaño que parecía veneciana, y entre tapices y más tapices se distinguían magníficas colecciones de armas.

Tumbado en un diván de terciopelo negro, envuelto en vendas por todo el cuerpo y tapado con una

manta de lana, se encontraba el factor de Tremal-Naik, al cual le habían sido curadas las heridas y se encontraba ya bastante recuperado gracias al reconstituyente que había bebido.

—¿Ya no tienes dolores, mi bravo Tangusa? —inquirió Yáñez.

—Kibatang tiene pomadas milagrosas —repuso el herido—. Me ha untado todo el cuerpo y estoy mucho mejor.

—Entonces explícame qué es lo que ha pasado. En primer lugar, ¿continúa el amigo Tremal-Naik en el kampong de Pangutarang?

—Sí, señor Yáñez. Cuando le abandoné estaba parapetándose para hacer frente a los dayakos hasta la llegada de usted. ¿Cuánto hace que llegó a Mompracem el mensajero que le mandamos?

—Hoy se cumplen tres días y, como puedes comprobar, no hemos desperdiciado el tiempo para acudir en auxilio de nuestros amigos con el mejor navío.

—¿Qué idea tiene el Tigre de Malasia sobre tan súbita sublevación, cuando todavía no hace ni tres semanas que los dayakos consideraban a mi señor como su genio protector?

—Pese a todas las suposiciones que hemos aventurado, no podemos presumir la razón de que los dayakos hayan empuñado las armas y arrasado las factorías que tantos sudores le costaron a Tremal-Naik. ¡Siete años de trabajo y más de cien mil rupias gastadas en vano! ¿Sospechas algo?

—Voy a explicarle lo que hemos podido averiguar. Hará un mes, o tal vez más tiempo, desembarcó en estas costas alguien que no es seguramente malayo ni natural de Borneo, alegando que era un creyente mahometano. Llevaba el turbante de color verde igual al de los que han efectuado la peregrinación a La Meca. No ignora usted, señor, que los dayakos de esta zona de la isla no veneran a los espíritus de los bosques, ya sean buenos o malos, como sus hermanos del sur, puesto que son musulmanes, a su manera, como es lógico, aunque no menos fanáticos que los del centro de la India. ¿Qué diría ese hombre a los salvajes? Esto ni mi señor ni yo hemos podido averiguarlo. Lo cierto es que consiguió fanatizarlos, incitándolos a arrasar las factorías y a sublevarse contra el señor Tremal-Naik.

—Pero ¿qué es lo que me acabas de explicar? —dijo Yáñez, extraordinariamente sorprendido.

—Una historia tan verídica, señor Yáñez, que mi patrón se encuentra en peligro de morir quemado en su kampong en unión de su hija, la señorita Damna, si usted no corre en su auxilio. El hombre del turbante verde no solo ha insurreccionado a los salvajes contra la factoría, sino también contra mi patrón, ya que quieren a toda costa acabar con su vida.

El portugués había palidecido.

—¿Quién será ese peregrino? ¿Qué ocultas razones le impelen en contra de Tremal-Naik? ¿Tú has podido verle?

—Sí, al huir del poder de los dayakos.

—¿Es joven o mayor?

—Es un hombre mayor, señor, alto y muy delgado. Un auténtico peregrino con aspecto de haber pasado hambre y sed. Todavía existe otra cosa que hace el asunto más misterioso —agregó el mestizo—. Me han notificado que hace un par de semanas llegó un vapor con bandera inglesa y que el peregrino estuvo hablando durante mucho tiempo con el capitán del barco.

—¿Se fue pronto ese buque?

—A la mañana siguiente. Sospecho que por la noche estuvo desembarcando armas, ya que actualmente muchos dayakos poseen fusiles y pistolas, cuando lo cierto es que antes no tenían más que cerbatanas y puñales.

—¿De manera que los ingleses están metidos en este asunto? —inquirió Yáñez, que parecía realmente inquieto.

—Eso parece, señor. ¿Sabe lo que se insinúa por Labuán? Que los gobernantes ingleses tienen decidido invadir nuestra isla de Mompracem con la excusa de que representamos un continuo peligro para sus dominios, y que nos mandarán a otra región más distante. ¡Los ingleses, que deberían estar nos agradecidos por haberles librado de los tigres que infestaban la India!

—Compañero, ¿imaginas que tal vez el leopardo pueda estar agradecido al mono por haberle quitado los insectos que le fastidiaban?

—No, señor, puesto que esos feroces carnívoros no poseen tal sentimiento.

—Tampoco lo tiene el gobierno de Inglaterra, denominado el leopardo de Europa.

—¿Y les permitirá usted cazar en Mompracem?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Yáñez. Encendió un cigarro, aspiró dos o tres bocanadas y repuso en tono tranquilo:

—No iba a ser esta la primera ocasión en que los tigres de Mompracem se enfrentaran al leopardo inglés. Un día le hicimos temblar en Labuán y estuvo en peligro de ver a sus colonos aniquilados por nosotros y arrojados al agua. ¡No nos dejaremos coger desprevenidos, ni vencer!

—¿Qué hay de Sandokán? ¿Ha mandado a Tija sus praos para alistar hombres?

—Sí, y que no serán menos atrevidos que los últimos tigres de Mompracem —repuso Yáñez—. ¿Desea Inglaterra expulsarnos de una isla que llevamos ocupando treinta años? ¡Que lo intente y Malasia entera será pasto de las llamas y combatiremos sin tregua contra el voraz leopardo! ¡Ya se verá si ha de ser el Tigre de Malasia el que perezca en el combate!

En aquel instante se oyó la voz de Sambigliong, el contramaestre del Marianne, que exclamaba:

—¡A cubierta, capitán!

—¡Llegas en buen momento! —repuso Yáñez—. Acabo de terminar mi charla con Tangusa. ¿Qué novedad hay?

—¡Que vienen hacia nosotros!

—¿Quiénes? ¿Los dayakos?

—Sí, capitán.

—¡De acuerdo!

El portugués abandonó el camarote, subió la escalera y se presentó en cubierta.

El sol se estaba poniendo circundado por una dorada nube, tiñendo de rojo el mar, suavemente ondulado por una ligera brisa.

El Marianne continuaba inmóvil, y como en aquel instante la bajamar había llegado a su punto máximo, se hallaba ladeado ligeramente sobre el costado de estribor, de manera que la cubierta se encontraba sin banda en aquella parte.

En dirección hacia las pequeñas islas que obstruían el río se veían avanzar unas doce canoas, entre ellas cuatro dobles, precedidas por un prao de pequeño tamaño provisto de un mirim, pieza de artillería de calibre algo más grueso que el lila, fundido al igual que este en cobre, hierro y latón.

—¡Ah! —comentó Yáñez con su usual tranquilidad—. ¿Pretenden enfrentarse con nosotros? ¡Perfecto! Disponemos de bastante pólvora con que regalarlos, ¿no es así, Sambigliong?

—La provisión es buena —repuso el malayo.

—Veo que avanzan muy despacio. No parece que tengan demasiada prisa, apreciado Sambigliong.

Tomó el catalejo y lo enfocó hacia el pequeño prao que precedía a la escuadrilla de canoas. En él iban quince o veinte hombres con atavíos guerreros: estrechos pantalones con botones en las caderas y en el pie, sarong muy corto y en la cabeza una especie de birrete realmente extraño, de amplia visera y con numerosas plumas, denominado talung. Unos cuantos estaban armados con fusiles; la mayoría, en vez del campilán, pesadas armas blancas de acero muy fino, portaban pijan-rani, una especie de puñal de hoja larga y no ondulada como los kris malayos, y llevaban también escudos de gran tamaño, hechos con piel de búfalo.

—¡Magníficos tipos! —dijo Yáñez.

—¿Son muy numerosos, señor?

—¡Unos ciento cincuenta, mi querido Sambigliong!

Tras pronunciar estas palabras se dio la vuelta, contemplando a continuación la toldilla del Marianne. Sus cuarenta hombres se hallaban todos en sus puestos de combate: los fusileros, tras la amura, que tenía los bordes cubiertos de agudos haces espinosos, y los hombres de maniobras, que por el momento no podían efectuar ningún trabajo, en la parte superior de las cofas con bombas de mano y carabinas indias de cañón largo.

—¡Muy bien, que vengan en nuestra busca! —musitó Sambigliong, contento al parecer de las órdenes que había dado.

El sol se ponía ya, despidiendo sus postreros rayos y coloreando con una luz dorada y rosada el litoral de la gran isla y la escollera, donde rompían las olas que llegaban del mar. El astro desaparecía, majestuoso, en el agua, encendiendo en vivas tonalidades un inmenso abanico de nubes que se encontraba sobre él, y de las que surgían amplias franjas de color oro y ráfagas de púrpura que esmaltaban el claro azul del firmamento. Casi inopinadamente se ocultó el sol, cubriendo de un intenso tono rojizo todo el horizonte; no tardó en ir decreciendo rápidamente aquella oleada de color y, puesto que en aquellas regiones no existe el crepúsculo, la deslumbrante fantasmagoría desapareció y la oscuridad más absoluta imperó en la bahía, los islotes y las costas.

—¡Magnífica noche para otros y desastrosa para nosotros! —comentó Yáñez, que no pudo menos de observar admirado aquella soberbia puesta de sol.

Contempló la escuadrilla adversaria. El prao de pequeñas dimensiones, las chalupas dobles y las simples aceleraron su avance.

—¿Estamos preparados?

—Sí —repuso, en nombre de todos, Sambigliong.

—En tal caso, no os detengo más tiempo, mis apreciados tigres de Mompracem.

El pequeño prao se hallaba en la línea de tiro y protegía a las chalupas, que iban tras él en fila, una tras otra, para eludir el fuego de los cañones del Marianne.

Sambigliong se dirigió hacia uno de los cañones situados en la toldilla y que, como todas las demás piezas, estaba montado sobre pernos, lo que permitía abrir fuego en todos los sentidos. Tras observarlo un momento disparó y destrozó el árbol de trinquete del prao, que se vino al suelo arrastrando tras de sí la gran vela.

Aquel disparo realmente extraordinario hizo surgir encolerizados alaridos de los hombres que iban embarcados en las chalupas. Al mismo tiempo brotó una llamarada de la proa del navío averiado.

El pequeño cañón del velero acababa de responder al cañonazo, pero el proyectil no hizo más que taladrar el contrafoque, que Yáñez no ordenó arriar.

—¡Esos bribones disparan igual que los reclutas de mi tierra! —opinó Yáñez, que proseguía fumando tranquilamente apoyado en la amura de proa.

El disparo fue seguido de secos estampidos. Eran los lilas de las chalupas dobles, que apoyaban el cañoneo del prao.

Por suerte aquellos pequeños cañones no se hallaban aún a tiro y todo se tradujo en gran estruendo y mucha humareda, pero sin el menor percance para el Marianne.

—En primer lugar, destrozad el prao, Sambigliong —indicó Yáñez—, y tratad de inutilizar el pequeño cañón, que es el que únicamente nos puede perjudicar. Que seis hombres vayan a las dos piezas de artillería y abran fuego a discreción. Mi...

Sus palabras se interrumpieron de improviso, mientras echaba una ojeada en dirección a popa. Una mueca de asombro se pintó en su rostro.

—¡Sambigliong! —exclamó a la vez que palidecía.

—No se inquiete, señor Yáñez. El prao se encontrará destrozado o arrasado como un pontón de aquí a menos de dos minutos.

—¿Dónde está el piloto, al cual no he visto más?

—¡El piloto! —barbotó el malayo, abandonando la pieza, que ya tenía apuntada—. ¿Dónde se hallará ese tunante?

Yáñez, intensamente excitado, acababa de cruzar rápidamente la toldilla.

—¡Busca al piloto! —exclamó.

—Capitán —dijo un malayo que servía en ambas piezas de artillería—, hace un instante le he visto bajar al camarote.

Sambigliong, que ya había imaginado aquello, se lanzó por la escalera pistola en mano.

Yáñez se precipitó tras él, mientras las dos piezas de artillería disparaban contra la escuadrilla con

horroroso fragor.

—¡Ah, perro maldito! —pudo oírse.

Sambigliong acababa de aferrar firmemente por la espalda al piloto, que se disponía a salir de un camarote y que llevaba en la mano un trozo de cuerda embreada a la que había prendido fuego.

—¿Qué es lo que ibas a llevar a cabo, canalla? —exclamó Yáñez abalanzándose a su vez sobre el malayo, que pretendía enfrentarse al contraмаestre.

Al distinguir al capitán, que tenía también una pistola en la mano y que, al parecer, estaba dispuesto a saltarle la tapa de los sesos, el semblante del malayo había adquirido una palidez amarillenta. Sin embargo, repuso con cierta serenidad:

—Señor, he bajado para tomar mechas para las espingardas.

—¿A este lugar a por las mechas? —barbotó Yáñez—. ¡Truhán, tú lo que intentabas era prender fuego a la nave!

—¡Yo!

—¡Sambigliong, amarra a este hombre! —ordenó el portugués—. ¡Una vez que hayamos acabado con los dayakos, ya hablaremos!

—No son necesarias las cuerdas, señor —replicó el contraмаestre—. Vamos a hacer que duerma durante doce horas, y en este tiempo no nos molestará.

Asió brutalmente por los hombros al piloto, que ya no intentaba oponer resistencia, le apretó la nuca con los pulgares y luego le hundió en la garganta, algo más abajo de las mandíbulas, los dedos índice y corazón, apretándole las carótidas contra la columna vertebral. Esta acción produjo un extraño efecto. Podada abrió extraordinariamente los ojos y la boca como si estuviese acometido por un principio de asfixia, se le volvió jadeante la respiración, su cabeza cayó hacia atrás y se desplomó en los brazos del contraмаestre, como si hubiese muerto.

—¡Le has matado! —gritó Yáñez.

—No, señor —contestó Sambigliong—. Le he dormido, y hasta transcurridas de doce a quince horas le será imposible despertar.

—¿Estás hablando en serio?

—Ya lo comprobaré más tarde.

—Túmbale en una hamaca y vamos aprisa para arriba. El cañoneo es más intenso.

Sambigliong tomó en sus brazos al piloto, que no daba señales de vida, y le tumbó encima de una alfombra. Inmediatamente subieron los dos hombres a toda prisa a cubierta, en el preciso instante en que los dos cañones de caza retumbaban de nuevo, haciendo que el velero se bamboleara.

La lucha entre el Marianne y la escuadrilla se había vuelto más encarnizada.

Las dobles chalupas, que, como ya se ha indicado estaban armadas con lilas, se habían situado bastante distanciadas a derecha e izquierda del prao para obligar al velero a repartir el fuego en ambos sentidos, decididas a proteger por encima de todo a las demás embarcaciones, que pese a su pequeño tamaño llevaban a bordo numerosa tripulación, reservada para el combate final.

Las descargas se sucedían vertiginosamente y los proyectiles, si bien de escaso calibre, cruzaban silbando en gran número sobre el Marianne, empotrándose en los penoles, agujereando las lonas, deshaciendo las cuerdas y astillando las amuras. Algunos hombres habían sido heridos y más de uno muerto. No obstante, los artilleros de Mompracem continuaban cumpliendo con su cometido con serena frialdad y sorprendente calma.

Ya se había acortado la distancia entre ambos adversarios y, en consecuencia, comenzaron a tronar las espingardas, arrojando sobre la escuadrilla descargas de metralla, que se componían sobre todo de clavos que herían de una forma cruenta a los dayakos, obligándolos a lanzar alaridos y a saltar como simios.

Pese a las imponentes descargas, la flotilla no interrumpía su avance. Los dayakos, que por lo común son muy bravos, casi en la misma medida que los malayos, y que no experimentan temor ante la muerte, bogaban con gran energía, mientras que los que iban provistos de fusiles mantenían un intenso fuego, aunque muy poco eficaz, ya que casi no tenían experiencia en el uso de aquel tipo de armas.

Ya se habían acercado las chalupas aproximadamente a unos quinientos pasos, cuando el prao sobre el cual se había concentrado el fuego de la artillería del Marianne se ladeó sobre uno de sus costados.

Había quedado desprovisto de ambos mástiles, el balancín había sido destrozado por un cañonazo disparado por Yáñez y su casco estaba literalmente deshecho.

—¡Desmonta el pequeño cañón, Sambigliong! —ordenó Yáñez, al observar que se dirigía hacia el prao una doble chalupa con el objeto de hacerse con el cañón antes de que naufragara.

—¡Sí, capitán! —repuso el malayo, que estaba abriendo fuego con los cañones de babor.

—¡Y vosotros, llenad de metralla a los tripulantes antes de que puedan recogerlo! —agregó el portugués, que desde la parte superior de la toldilla examinaba con todo detenimiento las evoluciones de la escuadrilla, sin abandonar no obstante el cigarro.

Una andanada de los cañones y de las espingardas se abatió sobre el prao, inutilizando el pequeño cañón, cuya cureña, totalmente destrozada, se vino abajo de golpe, mientras un verdadero alud de metralla barría el barco de una punta a otra, dejando malheridos a casi todos los marineros.

—¡Magnífico golpe! —exclamó el portugués con su usual calma—. ¡Uno que ya no nos ocasionará disgustos!

Aquel pequeño velero era ya semejante a una cáscara de nuez que se iba al fondo de las aguas con una extraordinaria velocidad. Los tripulantes que consiguieron eludir tan imponente descarga de artillería se lanzaron al mar y comenzaron a dirigirse hacia las chalupas, mientras los pontones descargaban sin tregua los lilas con no demasiado tino, aunque el Marianne ofrecía un estupendo blanco tanto por su inmovilidad como por su gran tamaño.

De improviso el prao se volvió con la quilla hacia arriba, dejando caer en el mar a muertos y heridos. Enfurecidos gritos surgieron de las chalupas al observar que el prao marchaba a la deriva con la quilla del revés.

—¡Gritáis igual que ocas! —comentó Yáñez—. ¡Es preciso algo más para derrotar a los tigres de Mompracem, amigos míos! ¡Fuego sobre las chalupas! ¡Adelante los de los fusiles! ¡Esto se va animando!

Aunque ya no contaban con el prao, que con su pieza de artillería podía hacer frente a los cañones de caza, la escuadrilla había reanudado el avance, aproximándose a toda velocidad hacia el Marianne.

Los tigres de Mompracem gastaban sin miramiento la pólvora y los proyectiles. Las piezas de caza y las espingardas alternaban su fuego con las cerradas descargas de los fusiles, que ocasionaban grandes estragos entre las tripulaciones de los pontones y las lanchas.

Aquellos veteranos guerreros, que amedrentaron a los ingleses en Labuán, que vencieron y aniquilaron a James Brooke, el rajá de Sarawak, y que destrozaron a los thugs de la India, se batían con un denuedo sorprendente, sin intentar protegerse tras la obra muerta del buque.

Desdeñando el peligro, pese a las advertencias del portugués, que intentaba por todos los medios conservar las vidas de sus hombres, se habían puesto todos sobre las amuras con el fin de distinguir mejor sus blancos, y desde allí, al igual que desde las cofas, abrían un terrorífico fuego contra las chalupas, diezmado de una manera terrible a las tripulaciones adversarias.

Pero los atacantes eran tan numerosos que, a pesar de las muchas bajas que sufrían, no se desanimaban.

Otras chalupas que acababan de aparecer en el río se unieron a la escuadrilla. Como mínimo eran trescientos salvajes, bien armados, los que avanzaban hacia el Marianne con el objeto de lanzarse al abordaje, asaltar el barco y aniquilar a todos sus defensores. No era posible esperar cuartel de aquellos salvajes sanguinarios, que solamente tienen un afán: recolectar cráneos humanos.

—¡El asunto va a ponerse feo! —musitó Yáñez al divisar las nuevas embarcaciones—. ¡Tigres, luchad con energía o acabaremos dejando aquí nuestras cabezas! ¡El peregrino los ha convertido en fanáticos enfurecidos!

Se dirigió al cañón de caza de estribor, que acababa de ser cargado en aquel preciso momento, e hizo apartarse a Sambigliong, que apuntaba con él.

—¡Déjame que me caliente yo un rato también! —dijo—. ¡Si no destrozamos los pontones y no lanzamos al mar los lilas, se encontrarán aquí antes de que hayan pasado tres minutos!

Prendió fuego a la pieza de artillería y, como de costumbre, acertó el disparo. Uno de los pontones, que estaba compuesto por un par de chalupas unidas por medio de un puente, naufragó.

Las proas, alcanzadas a flor de agua, se inundaron y la masa flotante se hundió en el mar.

Un segundo pontón fue igualmente medio destruido, pero al tercer disparo de Yáñez ya las chalupas habían llegado hasta el Marianne.

—¡Coged los parangs y trasladad a popa las espingardas! —ordenó apartándose del cañón, que ya resultaba inútil—. ¡Obstruid el acceso a la proa!

En un santiamén se ejecutaron las órdenes. Los fusileros se agruparon en la toldilla, dejando solo a los gavieros de las cofas, mientras que Sambigliong, con unos cuantos hombres, abría a hachazos dos cajones, diseminando por cubierta numerosas y pequeñas bolas de acero que tenían puntas afiladísimas.

Los dayakos, encolerizados por las grandes pérdidas sufridas, habían rodeado al Marianne lanzando atronadores alaridos e intentando escalar hasta la cubierta, aferrándose a cuantos lugares les era posible.

Yáñez se hizo con una cimitarra y se puso en medio de sus hombres.

—¡Cerrad filas en torno a las espingardas! —gritó.

Los hombres provistos de fusiles que estaban cerca de las bordas no dejaron de hacer fuego e hirieron a bocajarro a los dayakos de los pontones y a todos los que pretendían tomar el barco al abordaje.

Los dayakos trepaban encaramándose igual que simios. De repente, se oyeron grandes aullidos de dolor entre los atacantes.

Acababan de aferrarse a los haces de espinos que protegían las bordas y cuyas ramas se hallaban disimuladas en el empalletado.

Al sentir las desgarraduras en los dedos, y siendo incapaces de aguantar tan intenso dolor, se desplomaron sobre sus compañeros, arrastrándolos en la caída.

Si bien los que pretendían asaltar la nave por babor y estribor no pudieron lograrlo, quienes subieron por el bauprés tuvieron más suerte, ya que el mismo palo les sirvió de apoyo.

A mandobles propinados mediante campilanes se deshicieron de las ramas espinosas de aquella área, las echaron al agua, y unos diez o doce irrumpieron en el castillo de proa profiriendo gritos triunfales.

—¡Adentro las espingardas! —ordenó Yáñez, que hasta entonces los había dejado actuar impunemente.

Las cuatro piezas dispararon una andanada de clavos, barriendo todo el castillo.

Aquella descarga resultó terrorífica. No quedó ningún asaltante en pie, si bien tampoco cayeron muertos.

Los infortunados que recibieron de pleno los disparos se revolcaban por tierra entre grandes gritos de dolor, mientras se agitaban con desesperación.

Sus cuerpos, perforados en cien lugares distintos por los clavos, parecían cribas goteando sangre.

No obstante, la victoria estaba aún muy lejos de ser alcanzada. Nuevos asaltantes dayakos trepaban por todas partes, y tras deshacerse de los espinos a golpes de campilán, saltaron a cubierta, pese al intensísimo tiroteo de los tigres de Mompracem.

Sin embargo, allí aguardaba a los atacantes otro obstáculo no menos terrible que el de las ramas espinosas: las pequeñas bolas de acero que cubrían toda la cubierta y cuyas puntas era imposible eludir ni siquiera con las resistentes botas de agua.

Además, los gavieros de las cofas empezaron a lanzar granadas que explotaban estruendosamente, despidiendo fragmentos metálicos en todas direcciones.

Los dayakos habían sido cogidos entre dos fuegos y no podían proseguir su avance, por lo cual se detuvieron. En ese momento, un desaforado terror se apoderó de ellos al sentirse nuevamente ametrallados. Algunos fueron alcanzados y los demás se lanzaron en confuso montón hacia las bordas, se tiraron de cabeza al agua y nadaron desesperadamente hacia los pontones y las chalupas.

—Al parecer ya han recibido suficiente —comentó Yáñez, que no había perdido su fría serenidad de costumbre—. Esto os servirá de lección para temer a los viejos tigres de Mompracem.

El combate había resultado un desastre total para los salvajes. Pontones y chalupas abandonaban

apresuradamente el lugar del combate, dirigiéndose hacia las pequeñas islas que estaban situadas frente al río sin contestar al fuego, que el portugués dio orden de interrumpir enseguida, ya que a este hombre le desagradaba matar a personas que ya estaban indefensas.

Diez minutos más tarde la escuadrilla, cuyas chalupas y pontones se encontraban averiados en su mayor parte, se perdía a distancia en el río.

—Se han ido —dijo Yáñez—. Me imagino que ahora nos dejarán en paz.

—Nos aguardarán en el río, señor —opinó Sambigliong.

—Nos presentarán otra vez batalla —adujo por su parte Tangusa, que a las primeras descargas se había presentado en cubierta para intervenir en la defensa, a pesar de encontrarse muy débil.

—Les daremos una nueva lección que va a quitarles las ganas de molestarnos. ¿Será el agua suficientemente profunda para alcanzar la escala?

—Durante buena parte de su recorrido el río es muy profundo y con viento favorable no tendremos dificultad en remontarlo.

—¿Cuántos hombres han caído? —inquirió Yáñez dirigiéndose a Kibatang, el malayo que hacía las veces de médico en el barco.

—Ocho se encuentran en la enfermería, señor. De ellos hay dos graves y cuatro han muerto.

—¡Que el diablo cargue con esos bárbaros y su peregrino! —barbotó Yáñez—. ¡Qué se le va a hacer! ¡Es la guerra!

A continuación, dirigiéndose a Sambigliong, que parecía aguardar alguna orden, añadió:

—La marea va a llegar a su máxima altura. ¡Vamos a intentar abandonar este maldito banco!

POR EL RÍO KABATAUN

Desde hacía cuatro o cinco horas el agua seguía subiendo de nivel en la bahía, cubriendo paulatinamente el banco arenoso en que había embarrancado el Marianne.

Aquel era, por tanto, el momento adecuado para intentar poner a flote la nave, cosa que parecía no ser demasiado complicada, puesto que los tripulantes de la embarcación ya habían notado un movimiento en la rueda de proa. Aún no se hallaba a flote el velero, pero todos tenían la certeza de poder sacarlo de aquel atolladero por medio de alguna maniobra.

Una vez retirados de la cubierta los cadáveres que la llenaban, sobre todo en la parte del castillo de proa, en la que habían caído numerosos dayakos por las descargas de metralla a bocajarro, y tras recoger y colocar en los cajones los terribles balines puntiagudos que habían obstaculizado tan oportunamente la acometida de los belicosos salvajes, los tigres de Mompracem se entregaron inmediatamente a la faena bajo el mando de Yáñez y de Sambigliong.

A sesenta pasos de popa se lanzaron un par de pequeñas anclas, se haló la cuerda para impulsar hacia atrás el barco y facilitar así el flujo ascendente de la marea, y se dispusieron las velas de manera

que el viento no soplara de proa.

—¡A la cuerda, muchachos! —exclamó Yáñez cuando comprobó que todo estaba preparado—. ¡Pronto abandonaremos este lugar!

Se percibían ya algunos movimientos del agua debajo de la proa, señal de que la subida de la marea impulsaba al velero hacia arriba.

Una docena de hombres se dirigieron a la cuerda, mientras otros tantos se precipitaban hacia los cables que sujetaban las anclas para hacer mayor fuerza; los primeros ya habían empezado a hacer girar las aspas de los molinetes.

Después de cuatro o cinco giros de las aspas del cabrestante, el Marianne osciló por encima del banco en que se apoyaba, virando con lentitud hacia estribor, impulsado por el viento que henchía con fuerza el par de enormes velas.

—¡Por fin libres! —exclamó Yáñez con triunfal alborozo—. Posiblemente solo con la marea hubiéramos salido de este lugar. ¡La sorpresa del piloto va a ser muy agradable al despertar! ¡Recoged las anclas, izad las velas y emprendamos el avance hacia el río!

—¿Nos adentramos por el río sin aguardar a que llegue el día? —inquirió Sambigliong.

—Tangusa me ha informado de que es muy ancho y profundo, y que en su lecho no hay bancos —repuso Yáñez—. Considero que es mejor navegar ahora y coger desprevenidos a los dayakos, ya que no es probable que nos aguarden tan pronto.

Los tripulantes, haciendo un gran esfuerzo con el cabrestante, sacaron las anclas del fondo y los gavieros orientaron las velas y los foques del bauprés. Tangusa, que no había abandonado la toldilla, tomó el timón, ya que solamente él conocía la embocadura del río Kabataun.

—Condúcenos hasta el interior del río, mi bravo muchacho —le había indicado Yáñez—. Luego nosotros tomaremos el mando del Marianne, y podrás irte a descansar.

—¡No soy ningún niño ya, señor —repuso el mestizo—, para necesitar tanto reposo! El ungüento maravilloso con que Kibatang untó mis heridas me ha quitado los dolores.

—¡Ah! —exclamó Yáñez, mientras el Marianne bordeaba con precaución el banco para dirigirse hacia el río—. No me has explicado aún de qué forma te cogieron los dayakos, ni la razón de que te torturaran.

—Esos bribones no me dieron tiempo para terminar de explicarle a usted mi infortunada aventura —contestó el mestizo con una forzada sonrisa.

—¿Volvías del kampong de Tremal-Naik cuando te apresaron?

—Sí, señor Yáñez. Mi patrón me había ordenado que me acercase a la ribera de la bahía para conducirme por el río.

—Tenías la certeza de que no vacilaríamos en acudir en su auxilio, ¿no es cierto?

—No tenía la menor duda de ello, señor.

—¿En qué lugar te sorprendieron?

—En los islotes.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días. Algunos hombres que habían trabajado en las plantaciones me reconocieron al instante, atacaron mi canoa y me hicieron preso. Imaginaron seguramente que Tremal-Naik me mandaba a la costa en busca de ayuda, ya que me hicieron numerosas preguntas y amenazaron con degollarme si no les explicaba la razón de mi presencia en aquella zona. Como me negué a responder, aquellos canallas me lanzaron a un foso que estaba cercano a un hormiguero, me amarraron fuertemente y me hicieron varios cortes para que la sangre brotara.

—¡Malvados!

—Usted ya conoce, señor Yáñez, lo voraces que son las hormigas blancas. Al olor de la sangre pronto se cernieron sobre mí por millares y empezaron a devorarme.

—¡Una tortura digna de salvajes!

—Y que se prolongó durante un cuarto de hora, haciéndome padecer enormemente. Por fortuna, los insectos se habían lanzado también sobre las sogas que me oprimían los brazos y las piernas, y no tardaron en devorarlas, ya que habían sido bañadas en aceite de coco para que, al secarse, me oprimieran más.

—Y, cuando pudiste liberarte, huiste, ¿no?

—¡Puede usted suponérselo! —replicó el mestizo—. Los dayakos se habían marchado ya y pude adentrarme en la densa vegetación del bosque próximo al río. Encontré atracada una canoa con vela y embarqué en ella, ya que había visto a lo lejos el velero.

—¡Has sido debidamente vengado!

—Señor Yáñez, esos salvajes no son dignos de compasión... ¡Oh!

La exclamación le había brotado al divisar unas cuantas luces que destellaban en las costas de las pequeñas islas que constituían la barra del río.

—Los dayakos acechan, señor Yáñez.

—Ya me doy cuenta —replicó el portugués—. ¿Podremos pasar sin que adviertan nuestra presencia?

—Embocaremos el último canal —repuso el mestizo examinando con extrema atención la superficie del río—. En esa dirección no veo brillar ninguna luz.

—¿Habrá suficiente calado?

—Sí, pero existen bancos.

—¡Ah, maldición!

—No se inquiete, señor Yáñez. Conozco perfectamente la cuenca y confío en que entraremos en el Kabataun sin el menor inconveniente.

—Mientras, nosotros tomaremos las oportunas medidas con el fin de repeler cualquier asalto —contestó el portugués, y seguidamente se encaminó hacia el castillo de proa.

El Marianne, a favor de una suave brisa de poniente, avanzaba dulcemente, aproximándose paulatinamente a la cuenca del río.

La marea, que continuaba subiendo, ayudaría al avance del velero al hacer retroceder durante algún trecho las aguas del Kabataun.

Toda la tripulación, con excepción de un par o tres de hombres que se ocupaban en curar a los heridos, se hallaba en cubierta y en sus puestos de combate, ya que no resultaba imposible que los dayakos, a pesar de la estrepitosa derrota que habían sufrido, intentaran de nuevo asaltar el barco o abriesen fuego bajo el amparo de las florestas.

Tangusa condujo el Marianne de manera que se encontrara en todo momento a distancia de los fuegos que ardían en la proximidad de las costas y que indicaban la posición del campamento de sus enemigos. Rápidamente, maniobrando con habilidad, hizo avanzar al velero por un canal bastante estrecho que se abría entre la costa y una de las pequeñas islas. No se escuchó la menor señal de alarma en ninguna de las orillas.

—Ya estamos en el río, señor —se dirigió a Yáñez, que ya se encontraba de nuevo junto a él.

—¿No te sorprende que los dayakos no se hayan percatado de nuestro avance por el río?

—Es probable que estén durmiendo, sin suponer que hemos podido desencallar con tanta facilidad y fortuna.

—¡Hum! —exclamó el portugués sacudiendo la cabeza.

—¿Tiene usted dudas?

—Creo que nos han permitido pasar para presentarnos batalla una vez que nos encontremos bien adentrados en el río.

—Tal vez sea así, señor Yáñez.

—¿Cuándo llegaremos?

—Hacia el mediodía.

—¿A qué distancia se encuentra el kampong del río?

—A un par de millas.

—Con bosque, seguramente.

—Y muy espeso, señor.

—Fue un gran error de Tremal-Naik no establecer la factoría más importante cerca del río. Tendremos que dividirnos. Desde luego mis tigres combaten tan magníficamente sobre los puentes de los praos como en tierra. No obstante...

—¿Retrocedemos, señor? El viento nos favorece y la marea nos impulsará aún algunas horas.

—¡Adelante, y ojo con dar en seco con el Marianne!

—Conozco perfectamente el río.

Tras doblar una lengua de tierra que constituía la barra del río, el velero rompió la corriente impulsado por la brisa nocturna que henchía las velas.

Aquella corriente de agua, que hasta hace poco era escasamente frecuentada por la belicosidad de los dayakos, que no respetaban ni tan siquiera las cabezas de los exploradores europeos, poseía una

amplitud de unos cien metros y discurría por entre dos orillas de bastante altura, llenas de durianes, mangos y árboles del caucho.

No se distinguía ninguna luz entre los árboles, ni se percibía el menor ruido que denotara la presencia de aquellos temibles cazadores de cabezas.

Únicamente de vez en cuando se oía sumergirse en las aguas, sin duda muy profundas, a algún caimán dormido en la superficie del agua, amedrentado por la mole del velero. Tan imponente silencio hacía desconfiar a Yáñez, que vigilaba con mayor atención, intentando ver algo entre la espesa negrura de los árboles.

—¡No! —decía en voz queda—. ¡No puede ser que no nos hayan visto pasar! Algo debe de suceder. Por suerte, conocemos al enemigo y no nos pillaré desprevenidos.

Habría pasado una media hora sin que aconteciera nada especial, y ya empezaba el portugués a abrigar ciertas esperanzas, cuando en dirección a la parte baja de la corriente del río se elevó sobre las copas de los enormes árboles una línea de fuego.

—¡Eh! ¡Un cohete! —gritó Sambigliong, que lo vio antes que ninguno.

La frente de Yáñez se ensombreció.

—¿Cómo es posible que esos salvajes tengan cohetes de señales? —dijo.

—Capitán —observó Sambigliong—, eso demuestra que en el asunto andan metidos los ingleses. Esos salvajes hasta ahora nunca habían visto cohetes.

—Habrá sido el extraño peregrino el que los ha traído.

—¡Fíjese allí! ¡Responden!

Yáñez se volvió hacia proa y distinguió a mucha distancia, y en dirección a la parte alta de la corriente del río, cómo se desvanecía otra nueva estela de luz.

—Tangusa —exclamó dirigiéndose al mestizo, que seguía ante la barra del timón—. Al parecer los antiguos agricultores de tu patrón se preparan para hacernos pasar una noche muy ajetreada.

—Me lo imagino, señor Yáñez —repuso el mestizo.

En aquel instante se oyeron hacia proa unas voces que exclamaban:

—¡Hogueras!

—¡Un incendio!

—¡Fíjate allí!

—¡El río está ardiendo!

—¡Señor Yáñez, señor Yáñez!

En pocas zancadas este alcanzó el castillo de proa, donde se habían agrupado unos cuantos hombres de la tripulación.

En toda la zona alta del curso del río, que bajaba casi en línea recta con un suave zigzag, se veían numerosos puntos luminosos, que en ocasiones se juntaban y en otras se diseminaban, para agruparse luego de nuevo en líneas y masas densísimas.

Yáñez estaba tan estupefacto que permaneció callado durante unos minutos.

—¿Cree que se trata de algún fenómeno de la naturaleza, capitán? —preguntó Sambigliong.

—Me parece que no —contestó finalmente Yáñez, cuya frente se ensombrecía por momentos.

Tangusa, que había dejado al cuidado de la barra a uno de los timoneles, llegaba a la carrera, inquieto por todas aquellas exclamaciones.

—¿Sabrías decirme qué puede significar esto? —preguntó Yáñez al verlo.

—Son luces que bajan por el río, señor —replicó el mestizo.

—¡No es posible! Si cada uno de esos puntos luminosos indicase una embarcación, serían millares, y no creo que los dayakos dispongan de tantas, ni siquiera reuniendo todas las que puedan encontrarse en todos los ríos de Borneo.

—No obstante, son luces —repuso Tangusa.

—Pero ¿dónde pueden haberlas encendido?

—No puedo saberlo, señor.

—¿Tal vez encima de aquellos troncos de árboles?

—No lo sé. Lo cierto es que esas luces se aproximan, capitán, y el Marianne corre peligro de resultar incendiado.

Yáñez lanzó un «¡Voto a Júpiter!» tan enérgico que dejó atónito a Sambigliong.

—¿Qué habrán tramado esos miserables? —dijo el bravo portugués.

—Capitán, dispongamos las bombas por si acaso.

—¡Provee también a nuestros hombres de botafuegos y manivelas para que puedan mantener alejados esos fuegos! ¡Los malditos salvajes pretenden quemar nuestra nave! ¡Rápido, mis tigres, no podemos perder tiempo!

Aquellos cientos y cientos de lucecillas arrastradas por la corriente aumentaban de tamaño a cada momento que pasaba y cubrían ya un gran trecho del río.

Descendían agrupadas en una hermosa formación que realmente hubiera maravillado en cualquier otra ocasión; incluso habrían sido del agrado del propio Yáñez, pero en aquel instante no estaba deseando contemplar efectos artísticos. Aquellos haces de fuego giraban sobre sí mismos, haciendo círculos y espirales que se deshacían al instante, o bien trazaban una línea recta que acababa serpenteando.

Numerosos haces bordeaban las riberas del río, mientras que otros giraban en el centro, donde la corriente era más vertiginosa.

No era posible adivinar sobre qué clase de superficie ardían aquellas luces, debido a la intensa sombra que proyectaban los imponentes árboles que llenaban las orillas. No obstante, había que suponer que semejantes fuegos se aguantaban encima de alguna masa flotante.

Los tripulantes se habían provisto todos de botafuegos, barras de penoles, aspas y manivelas, y se habían colocado a lo largo de los costados del Marianne para intentar que aquellos haces de fuego tan

peligrosos no alcanzarán al velero. Unos cuantos hombres bajaron a las redes de la delfinera del bauprés y a las lanchas para maniobrar de forma más adecuada.

—¡Seguid siempre por el centro del río! —exclamó Yáñez dirigiéndose a Tangusa, que estaba de nuevo gobernando la barra del timón—. ¡Si por casualidad nos alcanzase el fuego, nos acercaríamos enseguida a una de las orillas!

La llameante escuadrilla se aproximaba impulsada por el oleaje de las aguas y se dirigía al encuentro del Marianne, que a causa de la débil brisa proseguía su marcha lentamente.

Uno de los malayos tomó una de las pequeñísimas hogueras y se la enseñó a Yáñez. Se trataba de una cáscara de coco que portaba una barra de algodón empapada en una resina que arde con más facilidad que el aceite vegetal y que suelen utilizar los borneses y los siameses.

—¡Ah, bribones! —barbotó el portugués—. ¡Aquí tenemos un sorprendente hallazgo y una cosa que jamás imaginé! ¡Qué zorros y qué astutos son ahora los dayakos! ¡Tigres míos, apartadlos en el acto, ya que si estos algodones entrasen en contacto con la madera arderíamos como un pato en un asador!

Arrojó el coco y se dirigió hacia la proa, donde la situación era más peligrosa, ya que al chocar contra el tajamar aquellas pequeñas hogueras se acumulaban en gran número y la viscosa resina en que estaba empapado el algodón podía entrar en contacto con los costados del barco, en los que prendería al instante a causa de la brea que los cubría.

Los tigres, comprendiendo el inminente riesgo en que se hallaba el navío, propinaban incesantes golpes a esas llamas a fin de apartarlas; sobre todo los que se encontraban en las redes de la delfinera y sobre los troncos, que no interrumpían ni un instante su faena de hundir los pequeñísimos y llameantes flotadores, que llegaban por cientos deslizándose y chocando contra los costados del Marianne. A pesar de todo, algunos algodones encendidos se escapaban y prendían al instante en la madera del velero, despidiendo un humo espeso y acre.

¡Qué desastre hubiera ocurrido si el barco hubiera dispuesto de una tripulación menos numerosa! Por fortuna, los tigres de Mompracem eran bastantes para hacerse cargo de toda la borda, y cuando el fuego comenzaba a originarse las bombas lo extinguían al momento con un fuerte chorro de agua.

Aquella sorprendente batalla se prolongó durante más de media hora. Los temibles flotadores empezaron a ser cada vez más escasos y finalmente desaparecieron, desvaneciéndose lentamente en la corriente del río, con lo que consideraron que el peligro había pasado.

—¿Prepararán aún una nueva sorpresa —comentó Yáñez, que se había aproximado al mestizo— al observar que su criminal intento ha fracasado? ¿Elegirán otro sistema? ¿Qué crees tú, Tangusa?

—Pienso que no alcanzaremos el embarcadero del kampong sin que los dayakos intenten atacarnos de nuevo, señor Yáñez —repuso el mestizo.

—Prefiero eso a cualquier otra nueva sorpresa como esta, amigo mío. Por ahora no veo ninguna canoa.

—Aún estamos lejos. El viento es tan flojo que, si no arrecia, llegaremos mañana por la noche en lugar de al mediodía.

—Eso me desagrada. ¡Tigres, estad preparados y tened las armas en cubierta! ¡Los cortadores de cabezas nos acechan!

Después de encender un cigarro, se sentó en la borda de popa para poder vigilar con más atención ambas orillas.

El Marianne, que por verdadero milagro había conseguido eludir aquel segundo peligro, continuaba avanzando lentamente, ya que la brisa era casi inexistente.

No se percibía ningún rumor en las márgenes del río, cubiertas de imponentes árboles que alargaban sobre el cauce sus enormes ramas, tornando la oscuridad mucho más profunda; por esa razón, toda la tripulación tenía la certeza de que ojos ocultos vigilaban atentamente el avance del barco.

No parecía lógico que, tras aquel intento que a punto estuvo de coronar el éxito, los dayakos fueran a desistir de su plan de destruir aquel velero tan pequeño como formidable, que de manera tan sangrienta los hiciera retroceder.

Habían avanzado cinco o seis millas sin que nada hubiera acontecido cuando Yáñez distinguió bajo las sombras del bosque unas lucecillas que surgían de improviso y desaparecían de nuevo con extraordinaria rapidez.

Era como si hombres provistos de antorchas corrieran vertiginosamente por entre la arboleda, escondiéndose de improviso en la maleza. Al momento se oyeron silbidos en diversas direcciones que no eran ocasionados por serpientes.

—Se trata de señales —anunció el mestizo, imaginando la pregunta que Yáñez pensaba hacerle.

—Lo suponía —convino el portugués, que comenzaba a estar preocupado de nuevo—. ¿Qué sorpresa nos prepararán ahora?

—No va a ser más agradable que la anterior, señor. Pretenden impedirnos por encima de todo que alcancemos el embarcadero.

—Empiezo a perder la paciencia —dijo Yáñez—. ¡Si por lo menos aparecieran y se lanzasen al asalto a cara descubierta!

—Conocen nuestra fuerza y que disponemos de magnífica artillería, señor, y por tanto no intentarán atacarnos.

—El instinto me dice que esos bribones están tramando algo contra nosotros.

—No lo dudo y, por mi parte, le recomendaría que no diese orden de desarmar las bombas.

—¿Acaso temes que nos manden otra escuadrilla de cocos?

En lugar de responder, el mestizo se incorporó con rapidez, dando un golpe de barra al timón.

—Estamos en la parte más estrecha del río, señor —indicó al fin—. ¡Hay que ser prudentes o embarrancaremos en algún banco!

El río, que hasta aquel momento había tenido la anchura suficiente como para permitir que el Marianne pudiese maniobrar sin dificultad, se había estrechado repentinamente, hasta el extremo de que las ramas de ambas márgenes se entrecruzaban.

Era tan intensa la oscuridad que Yáñez no distinguía ninguna de las orillas.

—¡Magnífico lugar para intentar un abordaje! —musitó.

—¡Manda apuntar las espingardas hacia ambas orillas, Sambigliong! —ordenó Yáñez.

Los hombres que servían aquellas enormes bocas de fuego ejecutaron las órdenes recibidas. Pero cuando acababan de apuntar la artillería hacia las orillas, el Marianne, que desde hacía unos minutos había acelerado la velocidad gracias a que la brisa aumentaba, chocó violentamente contra algún obstáculo, lo que hizo que se desviase en dirección de babor.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Yáñez—. ¿Hemos embarrancado?

—No, capitán —repuso Sambigliong, que se había abalanzado sobre la proa—. El Marianne sigue flotando.

El mestizo dio un golpe de barra y enderezó el derrotero del barco, pero este volvió a chocar y se desvió de nuevo, retrocediendo unos cuantos metros.

—¿Qué ocurre? —gritó Yáñez dirigiéndose a Sambigliong—. ¿Hay escollos en el cauce?

—No veo nada, capitán.

—Sin embargo, no podemos seguir adelante. ¡Que baje alguien al agua!

Uno de los malayos amarró una cuerda y bajó por ella, mientras el barco enderezaba otra vez su rumbo.

Yáñez y Sambigliong, inclinándose sobre la amura de proa, contemplaban con anhelo al malayo, que estaba ya nadando con el objeto de encontrar el obstáculo que impedía al barco proseguir su avance.

—¿Son escollos? —preguntó Yáñez.

—No, capitán —repuso el marinero, que seguía sumergiéndose en las profundidades del agua de vez en cuando, sin preocuparse de los caimanes que podían triturarle las piernas.

—En ese caso, ¿de qué se trata?

—¡Ah, señor! Han colocado una cadena bajo el agua y no podremos seguir avanzando si no se corta.

En aquel preciso momento se oyó una fuerte voz entre los árboles de la ribera izquierda, que exclamaba en un inglés en extremo gutural:

—¡Entregaos, tigres de Malasia, o en caso contrario os aniquilaremos a todos!

EN MEDIO DEL FUEGO

Cualquier otro hombre hubiera experimentado temor al escuchar aquella amenaza, pronunciada por alguien perteneciente a una raza tan cruel y valerosa como aquella, y sabiendo, además, que el camino de huida estaba cortado.

Yáñez, que había oído a la vez al malayo y a su enemigo, no dio el menor indicio de ira ni debilidad.

Otros momentos de su vida habían sido más amedrentadores que aquel, y nunca perdió su habitual serenidad.

—¡Ah! —exclamó simplemente—. ¡Desean exterminarnos! ¡Menos mal que han tenido la cortesía

de prevenirnos! ¡Y todavía decimos que son salvajes...!

Tras estas palabras que ponían de manifiesto la serenidad de su espíritu, se volvió al malayo, que se encontraba aún en el agua, e inquirió:

—¿Es muy fuerte la cadena?

—Es de ancla de buen grosor, capitán —repuso el malayo.

—¿De dónde la habrán sacado esos salvajes? Me imagino que no han debido de aprender a fabricarlas. ¡Ese peregrino les ha enseñado cosas maravillosas!

—Capitán Yáñez —anunció Sambigliong—, el Marianne se escora. ¿Ordeno lanzar un anclote?

El portugués se volvió para contemplar el barco, que, imposibilitado para seguir adelante, no podía ser gobernado por el timón y empezaba a ladearse sobre estribor, retrocediendo lentamente.

—Cala un anclote de pincel y dispón la chalupa. Es necesario cortar esa cadena.

El ancla cayó velozmente. Se hundió escasos metros, ya que en aquel lugar el río tenía poca profundidad, y el Marianne se detuvo enderezando al momento la proa en sentido de la corriente.

La misma voz que habló antes, aunque ahora con acento más amenazador, surgió de entre la vegetación de la orilla para intimarlos de nuevo:

—¡Entregaos o, en caso contrario, os aniquilaremos!

—¡Voto a Júpiter! —barbotó Yáñez—. ¡No me acordaba de responder a ese amigo!

Formando bocina con las manos, gritó:

—¡Si deseas mi barco, ven a buscarlo, aunque debo advertirte que disponemos de pólvora y plomo en cantidad! ¡Y no incordies más, que ahora mismo estoy muy ocupado!

—¡El peregrino de La Meca te castigará!

—¡Ve con tu Mahoma y que te ahorquen! ¡Estarás perfectamente en compañía de él!

Sambigliong mandó calar la chalupa y envió a seis hombres a cortar la cadena.

—¡Estad muy atentos, artilleros de babor, para proteger el descenso!

La pequeña embarcación fue puesta a flote y seis malayos con pesadas hachas y fusiles saltaron sobre ella.

—¡Golpead fuerte, y, sobre todo, con rapidez! —les indicó a voces el portugués.

A continuación, trepó a la amura de popa, asiéndose a una de las cuerdas, y examinó atentamente la orilla desde la que surgiera la voz del extraño peregrino.

Por entre la frondosa vegetación distinguió diversos puntos luminosos, que desaparecían con sorprendente velocidad.

—¿Qué estarán preparando esos bribones? —se dijo un tanto preocupado.

—Señor Yáñez —exclamó Tangusa, que había abandonado el timón, inservible en aquellos momentos—, hacia la orilla derecha he distinguido luces.

—¿Serán los dayakos que de nuevo están preparando cáscaras de coco? Ya hace bastante tiempo que estamos viendo deambular luces.

Poco después lanzaba una maldición. Había observado que, de entre la maleza de ambas orillas, surgían treinta o cuarenta cohetes que quebraron las tinieblas que imperaban bajo los árboles.

—¡Esos canallas están prendiendo fuego al bosque! —exclamó.

—¡Eso sí que es algo realmente peligroso! —agregó el mestizo con voz temblorosa a causa del temor—. Todos los árboles están rodeados por giunta wan, plantas trepadoras de caucho.

—¡Potinak! —llamó el portugués, hablando al hombre que estaba al frente de los de la chalupa—. ¿Resistiréis vosotros solos?

—Estamos armados con carabinas, señor Yáñez.

—¡Daos toda la prisa que sea posible y luego venid inmediatamente a reuniros con nosotros! ¡Sambigliong, ordena que leven el anclote!

—¿Vamos a bajar otra vez el río, capitán? —inquirió el contraamaestre.

—¡Y a toda prisa, mi querido amigo! ¡No me apetece ser asado vivo! ¡Todo el timón a la banda, Tangusa!

En un santiamén se levó el ancla, y el Marianne, con el viento de bolina, viró velozmente de costado, dejándose arrastrar por la corriente.

Doce hombres ayudaban por medio de enormes remos a la acción del timón, que no resultaba muy eficaz, ya que tenía el agua a favor.

Los seis marineros de la chalupa, aunque desamparados por sus camaradas, seguían machacando vigorosamente la cadena con terribles golpes, ya que resultaba tarea ardua romper sus fuertes eslabones.

Mientras tanto el incendio se extendía con espantosa rapidez, y nuevos puntos luminosos surgían de lugares diversos para propagar la devastación.

Las llamas hallaban un magnífico aliado en los giunta wan (*Urceola elastica*), plantas trepadoras de gran grosor, de las que los malayos sacan una sustancia viscosa que emplean para cazar pájaros; también en los gambires, los enormes árboles de alcanfor y las plantas de caucho que tanto abundan en las junglas de Borneo.

Todas aquellas plantas crepitaban como si sus fibras estuviesen rellenas de cartuchos de fusil; al detonar arrojaban por sus numerosas hendiduras una linfa resinosa, que contribuía a extender el fuego y a acrecentar el incendio cada vez más.

Un resplandor intensísimo siguió a la anterior oscuridad, e infinidad de chispas se elevaron por los aires, girando entre nubes de humo.

El Marianne descendía vertiginosamente con ayuda de los remos para eludir aquel incendio, que ya se extendía a los árboles más próximos de ambas orillas. Pero no habían avanzado ni siquiera quinientos metros cuando la proa chocó fuertemente y la embestida repercutió en toda la carena.

Enfurecidos gritos brotaron del castillo de proa, donde se agruparon la mayoría de los malayos, temiendo que surgieran de un momento a otro las canoas de los dayakos.

—¡Estamos atrapados!

—¡Nos han cerrado la retirada!

Yáñez se encaminó a toda prisa hacia aquel lugar, imaginando lo que debía de haber ocurrido.

—¿De nuevo otra cadena? —preguntó abriéndose paso entre sus hombres.

—Sí, capitán.

—En tal caso, la habrán colocado hace escasos minutos.

—Es muy probable —dijo Tangusa, que parecía alterado—. ¡Señor Yáñez, no nos queda otra solución que bajar a tierra antes de que el incendio se propague hasta aquí!

—¡Abandonar el Marianne! —exclamó el portugués—. ¡Eso jamás! ¡Sería el final para nosotros y para Tremal-Naik y Damna!

—¿Ordeno que echen al agua la otra chalupa? —inquirió Sambigliong.

Yáñez no replicó. De pie en la proa, con las manos sobre la escota del pequeño trinquete, el cigarro apagado y apretado entre los labios, contemplaba el incendio que se iba extendiendo más a cada momento que pasaba.

Hacia la zona baja del río empezaban a crecer también las llamas. El Marianne no tardaría en encontrarse en mitad de un verdadero mar de fuego y, como los árboles entrecruzaban sus ramas de una parte a otra del río, los tripulantes se hallaban en peligro de ver desplomarse sobre ellos una lluvia de brasas y cenizas ardientes.

—Capitán —insistió Sambigliong—, ¿ordeno que echen al agua la segunda chalupa? Corremos el peligro de que el Marianne quede destruido si no huimos.

—¿Huir? ¿Adónde? —preguntó Yáñez con sereno acento—. Detrás y delante de nosotros tenemos fuego y, aunque rompamos la cadena, no por ello vamos a estar en mejor situación.

—Entonces, ¿vamos a dejarnos asar?

—¡Aún no nos han guisado! —repuso el portugués con su asombrosa tranquilidad—. ¡Los tigres de Mompracem somos chuletas difíciles de tragar!

Al momento, mudando de improviso el tono de su voz, exclamó:

—¡Estirad la lona sobre el puente y arriad las velas sobre los hierros de sostenimiento! ¡Echad al agua las mangas de las bombas y calad las anclas! ¡Cada artillero a su puesto!

Los tripulantes, que aguardaban anhelantes una decisión, izaron en breves instantes los hierros de sostenimiento y arriaron las dos enormes velas.

El Marianne, como todos los veleros que viajan por las zonas en extremo calurosas, tenía una lona para proteger el puente de los ardientes rayos del sol.

Con gran rapidez se extendió la lona y se colocaron ambas velas para que todo el barco quedase totalmente cubierto.

—¡Poned en funcionamiento las bombas y mojad bien las lonas! —ordenó Yáñez.

Encendió el cigarro y se dirigió hacia la proa. Mientras, arrojaban grandes chorros de agua sobre las

telas, remojándolas por completo.

Los hombres encargados de cortar la primera cadena regresaban en aquel preciso instante remando con desesperación. Sobre ellos ardían las ramas de los árboles, que los cubrían de chispas.

—Llegan en el momento oportuno —susurró el portugués—. ¡Qué soberbio espectáculo! ¡Qué desgracia no poder verlo desde un lugar algo más distante! ¡Podría contemplarlo tan a gusto...!

Un auténtico huracán de fuego se abatía sobre el río. Los árboles de ambas márgenes, casi todos de caucho, ardían despidiendo horriblas llamas y grandes cortinas de sofocante y denso humo.

Los troncos carbonizados caían al suelo haciendo crujir las plantas cercanas, a las cuales se unían otras parásitas, y los gambires despedían chorros de ardiente caucho.

Imponentes árboles de alcanfor, casuarinos, sagús, arecas sacaríferas, damnares abarrotados de resina, plátanos, cocoteros y durianes semejaban gigantescas antorchas, retorciéndose y crepitando; luego se venían abajo desplomándose en el río y silbando de una forma atronadora.

El aire se volvía asfixiante, y las velas y la lona que protegían el Marianne despedían humo y se contraían, a pesar de los incesantes chorros de agua que se lanzaba sobre ellas.

El calor resultaba tan sofocante que los tigres de Mompracem, pese a la protección de las velas, experimentaban verdadero desfallecimiento.

Imponentes cortinas de humo y miríadas de chispas arrastradas por el viento se metían entre el suelo de la cubierta y las velas, envolviendo a los asustados hombres, al tiempo que desde arriba se desplomaban sin cesar ramas encendidas, que las bombas intentaban apagar a duras penas.

Una llameante techumbre lo cubría todo: barco, río y orillas. Los dayakos y los malayos que integraban la tripulación contemplaban aterrorizados aquella ardiente cortina que parecía no extinguirse y se decían si habría llegado para ellos el fin de sus vidas.

Solamente Yáñez, el hombre siempre impertérrito, parecía no hallarse inquieto por el peligro en que se encontraba el Marianne.

Sentado en la cureña de uno de los cañones de popa, fumaba con toda tranquilidad su cigarro como si no experimentase la menor impresión ante el terrible calor que los cercaba.

—¡Señor —exclamó el mestizo dirigiéndose hacia él con el semblante pálido y los ojos dilatados por el espanto—, nos abrasamos!

Yáñez se encogió de hombros.

—Yo no puedo hacer nada —replicó con su habitual serenidad.

—¡El aire está volviéndose asfixiante!

—Confórmate con el poco que penetre en tus pulmones.

—¡Huyamos, señor! ¡Nuestros hombres han cortado la cadena que nos impedía seguir hacia la zona alta del río!

—Querido mío, ten la certeza de que allí no debe de hacer una temperatura más fresca.

—En tal caso, ¿habremos de morir aquí?

—Sí; en el supuesto de que así esté escrito —repuso Yáñez con el cigarro entre los labios.

Se apoyó cómodamente en la cureña como si fuese una poltrona, y al cabo de algunos instantes dijo:

—¡Bah! ¡Aguardemos!

De improviso sonaron algunos disparos de fusil en el río, acompañados de un gran clamor.

—¡Qué molestos se han vuelto esos dayakos! —comentó.

Cruzó el puente sin inmutarse por los grandes chorros de agua que le caían encima y, levantando una parte de la enorme tienda, contempló la orilla.

Por entre la nube de fuego distinguió a varios hombres que parecían demonios corriendo por medio de las oleadas de fuego y disparando contra el barco. Podría decirse que aquellos temibles salvajes eran como salamandras, ya que a pesar de estar desnudos, se adentraban sin miedo entre el fuego para disparar desde menos distancia.

Yáñez tenía ahora el rostro demudado por la cólera. Una infinita furia se observaba en aquel hombre que parecía tener agua en las venas y podía competir con el más flemático.

—¡Ah, canallas! —exclamó—. ¡Ni siquiera en medio del fuego estáis dispuestos a concederme una tregua! ¡Sambigliong, tigres de Mompracem, disparad una andanada sobre esos diablos fanatizados!

Levantaron ligeramente las lonas y después trasladaron las cuatro espingardas a la parte de estribor; mientras el incendio consumía con gran rapidez los grandes árboles más próximos a las márgenes del río, la metralla empezó a silbar por entre la cortina de humo, hiriendo a los salvajes con un ciclón de clavos y esquirlas de hierro.

Siete u ocho descargas fueron suficientes para que aquellos hombres decidiesen emprender la retirada. Unos cuantos habían sido heridos y acabarían abrasados entre las hierbas y la vegetación crepitante.

—¡Si hubiésemos alcanzado también al peregrino...! —musitó Yáñez—. ¡Pero ese bribón habrá tenido buen cuidado de no exponerse a nuestros disparos!

Llamó al malayo que había conducido la primera chalupa y que había regresado al barco cuando empezaron a quemarse los árboles que crecían en las orillas del río.

—¿Habéis roto la cadena? —inquirió.

—Sí, capitán Yáñez.

—O sea, ¿que tenemos el paso libre?

—Totalmente.

—Empieza a extinguirse el fuego en la zona alta del río y a aumentar en la parte baja —comentó Yáñez—. Lo mejor será iniciar el avance antes de que esos malvados preparen otra cadena o de que sus chalupas se acerquen. Ocurra lo que ocurra, vámonos.

La techumbre de verdor que cubría el río en aquel lugar quedó arrasada por el huracán de fuego que la devoraba, y en ambas orillas ya no seguían en pie más que algunos inmensos troncos de durián y árboles de alcanfor a medio carbonizar, que continuaban ardiendo como enormes antorchas.

Por el contrario, en dirección a poniente, donde el bosque no había sido aún alcanzado por el fuego, el incendio avanzaba de una manera espantosa.

El peligro de que se quemara el velero había sido conjurado.

—Aprovechemos la ocasión —dijo Yáñez—. El aire empieza a ser bastante menos sofocante y la brisa sopla todavía de popa.

Mandó recoger la enorme tela cuyos bordes se hallaban sumergidos en el agua, y dio orden de colocar las velas en los penoles. Las maniobras fueron ejecutadas a toda prisa, en medio de una auténtica lluvia de cenizas que el viento arrojaba contra el barco, nublando la visión a los hombres y obligándolos a toser.

La atmósfera sobre el río era aún sofocante, debido a los troncos carbonizados que seguían ardiendo en las alturas. Pero ya no existía el peligro de morir asfixiados.

A las cuatro de la mañana levaron anclas y el Marianne reanudó la marcha a gran velocidad.

Los dayakos, que debían de haber sufrido graves pérdidas, no volvieron a aparecer. Con toda probabilidad el incendio, que avanzaba con mayor intensidad hacia poniente, los había forzado a retirarse apresuradamente.

—Ya no se les ve —comentó Yáñez al mestizo, que contemplaba ambas márgenes del río donde aún se veían espesas columnas de humo e infinidad de chispas—. Si al menos nos dejaran tranquilos hasta que alcanzásemos el embarcadero... ¿No se habrán dado cuenta de que pensamos defender hasta el final nuestro pellejo? Con las lecciones que han recibido deberían comprender que no somos bocado apto para sus dientes.

—Han comprendido que vamos en auxilio de mi señor.

—Pues me parece que nadie se lo ha debido comunicar.

—Me imagino que lo sabían antes de que llegara usted. Algún sirviente ha debido traicionarnos, o ha escuchado las órdenes que Tremal-Naik dio al mensajero que le envió a usted.

—¿Quién puede haber sido?

—Seguramente el malayo que usted admitió como piloto fue enviado adrede en busca del Marianne.

—¡Voto a Júpiter! ¡No recordaba ya a ese canalla! —exclamó Yáñez—. Puesto que los dayakos nos conceden cierta tregua y el incendio se va extinguendo, vamos a ocuparnos de él. Tal vez consigamos que nos proporcione algunos informes respecto a ese peregrino que pueden resultarnos muy valiosos.

—¡No querrá hablar!

—Si se empeña en no abrir boca, me ocuparé de hacerle pasar un desagradable cuarto de hora. ¡Tangusa, acompáñame!

Aconsejó a Sambigliong que mantuviera a los hombres en sus puestos de combate por miedo a ser sorprendidos por sus enemigos, y bajó al camarote, en el que aún ardía la lámpara.

En un camarote situado junto al pequeño salón, el piloto reposaba encima de una litera, sumido en el profundo sueño que le ocasionó Sambigliong con su fuerte apretón.

Aquel no era un sueño natural. La respiración apenas resultaba perceptible. Respiraba tan

débilmente que cualquiera podría pensar que el malayo estaba muerto. Presentaba, además, un tono amarillento, aunque, por otra parte, ese fuera el color normal en su raza.

Yáñez, a quien Sambigliong indicó lo que debía efectuar para despertar al piloto, frotó enérgicamente las sienes y el pecho del durmiente; luego le levantó los brazos, doblándoselos bruscamente hacia atrás para que sus pulmones se dilataran. Realizó esta operación varias veces.

Después de nueve o diez movimientos, el malayo abrió los ojos y los fijó despavorido en el portugués.

—¿Qué tal te encuentras, compañero? —le preguntó Yáñez en tono ligeramente burlón.

El piloto continuaba contemplándole sin pronunciar palabra y pasando y volviéndose a pasar una mano por la frente sudorosa. Al parecer se esforzaba en poner en orden sus pensamientos, y a medida que iba recuperando la memoria su semblante adquiría mayor palidez y una angustiosa expresión se pintaba en sus facciones.

—¡Venga! —exclamó Yáñez—. ¿Vamos a saber cuándo piensas respondernos?

—¿Qué ha ocurrido, señor? —inquirió finalmente Podada—. No entiendo cómo me he podido dormir de esta manera, después del apretón que me dio el contramaestre.

—El asunto encierra tan poco interés que no merece la pena que te lo explique —repuso Yáñez—. Tú, por el contrario, eres quien ha de darme ciertos informes que me prometiste.

—¿Qué informes?

—Quiero saber, por ejemplo, quién te ordenó que encalláramos en el banco de arena.

—¡Le juro, señor...!

—¡Deja los juramentos! No te empeñes en negar lo evidente: eres un traidor y estás en mi poder. ¿Quién te pagó para que destruyeses mi velero? Porque tú pensabas incendiarlo.

—¡Eso es una suposición suya! —tartamudeó el malayo.

—¡Se acabó! —interrumpió Yáñez—. ¿Deseas hacerme perder la paciencia? Quiero averiguar quién es ese endiablado peregrino que ha sublevado a los dayakos y por qué desea la cabeza de Tremal-Naik.

—¡Señor, me podrá matar, pero no forzarme a decir cosas que desconozco!

—¿Estás seguro?

—¡Yo no he visto jamás a ningún peregrino!

—¿No has tenido siquiera relaciones con los dayakos que me han atacado?

—¡Jamás he tenido trato con ellos, señor! ¡Se lo juro por Vairang Kidul! Yo recorría las costas para buscar en las cuevas donde las golondrinas de mar hacen sus nidos, por encargo de un chino que se dedica a este negocio, cuando de repente una tempestuosa ráfaga de viento me arrastró en dirección a poniente. Cruzarme con su nave fue puro azar.

—Entonces, ¿a santo de qué estás tan pálido?

—Señor, recibí tal apretón que pensé que querían machacarme y aún no me he recuperado del susto —contestó el piloto.

—¡Mientes! —repuso Yáñez—. ¿No piensas decir la verdad? ¡De acuerdo! ¡Ya veremos si confiesas o no!

—¿Qué es lo que pretende hacer, señor? —preguntó el malayo con acento tembloroso.

—Tangusa —dijo Yáñez dirigiéndose al mestizo—, amarra las manos a este traidor y hazle subir a cubierta. Si se resiste, le sueltas un disparo.

—Mis pistolas están cargadas —replicó el factor de Tremal-Naik.

Yáñez abandonó el camarote y subió al puente, mientras el mestizo llevaba a efecto la orden recibida sin que el malayo ofreciera la menor resistencia.

LAS DECLARACIONES DEL PILOTO

El Marianne había atravesado ya la zona incendiada y en aquel instante avanzaba por entre dos orillas llenas de vegetación, en las que los durianes, los árboles de alcanfor, los sagús, los plátanos de grandes hojas y las magníficas arecas sacaríferas juntaban sus ramajes.

Un pequeño riachuelo que desembocaba en el Kabataun se había interpuesto como barrera ante el fuego.

Una completa tranquilidad imperaba en las dos orillas, al menos en aquellos momentos. Los dayakos no debían de haber llegado hasta aquel lugar, ya que se podía ver un buen número de aves acuáticas bañarse sin la menor inquietud, prueba indudable de que se consideraban a salvo.

Enormes y gruesos pelargopsis, con su imponente pico de la tonalidad del coral, nadaban por los cañaverales apresando hermosos alcedos y, al ver el velero, lanzaban prolongados silbidos; balanceándose en sus nidos, contruidos en forma de bolsa, piaban suavemente, mientras dormitaban encima de los arenosos bancos numerosos cocodrilos de cinco y seis metros de longitud, con los arrugados lomos manchados de una densa capa de cieno.

—Allí tenemos a los que se ocuparán de hacer hablar a este endiablado malayo —susurró Yáñez examinando detenidamente a los terribles saurios—. ¡Qué magnífica oportunidad! ¡Sambigliong!

El contramaestre llegó a la carrera.

—Ordena que lancen al agua un anclote.

—¿Nos paramos aquí, capitán Yáñez?

—Unos minutos solamente. Haz que nos aproximemos lo máximo posible a esos bancos.

—¿Desea usted cazar algún cocodrilo?

—Ya lo comprobarás; pero, mientras tanto, dispón una cuerda fuerte.

En aquel instante el piloto hizo su aparición sobre cubierta, con las manos amarradas a la espalda y precediendo al mestizo, que le dirigía amenazas.

El desdichado aparentaba estar dominado por el pánico; mas, a pesar de ello, no parecía querer hablar.

—Sambigliong —dijo Yáñez en cuanto fue clavado al anclote—, arroja unos pedazos de carne salada a esos terribles animales, para ver si se les despierta el hambre.

El Marianne se hallaba parado a muy escasa distancia de uno de aquellos fangosos bancos, donde se habían congregado cinco o seis cocodrilos; a alguno de ellos le faltaba la cola, que sin duda había sido perdida en alguno de sus sorprendentes combates.

Se calentaban plácidamente al sol y continuaban dormitando a medias sin preocuparse de la proximidad del barco, ya que estos saurios no son desconfiados.

—¡Despertad, boyos! —exclamó Sambigliong lanzándoles varios pedazos de carne salada.

Al ver caer aquel manjar, los cocodrilos se pusieron en movimiento. Al momento se arrojaron sobre la carne, combatiendo por ella con gran ferocidad. Durante un instante no se distinguió más que un montón de lomos escamosos y de colas luchando con gran furia, que se agitaban en todas las direcciones. Luego se situaron en la orilla del banco, abriendo sus imponentes quijadas provistas de afilados colmillos hacia el velero, aguardando a que se arrojara más alimento, ya que se les había abierto el apetito.

—Señor Yáñez —exclamó el piloto, como si hubiese adivinado que el hombre que iba a servir de pasto a los saurios era él, mientras examinaba verdaderamente aterrorizado las fauces abiertas de los terribles animales—. ¡Señor!

Se acercó a Yáñez tartamudeando.

—¡Silencio! —interrumpió este bruscamente.

El contramaestre ató una fuerte soga en torno al cuerpo del infortunado malayo y, a continuación, sujetándole con sus robustos brazos, lo lanzó a la otra parte de la borda antes de que hubiese sido capaz de ofrecer resistencia.

Podada dio un alarido de terror, imaginando que iba a caer entre las fauces de aquellos terribles reptiles; pero, sin embargo, quedó suspendido entre el agua y la borda.

Al distinguir la presa humana, los cocodrilos se arrojaron al agua y avanzaron velozmente hacia el Marianne.

El piloto, enloquecido por el pánico, se agitaba con desesperación, girando sobre sí mismo y lanzando horrorosos alaridos. En su semblante, cuyas facciones se habían contraído de una manera terrible, se traslucía una indecible angustia.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Perdón! ¡Salvadme! —exclamaba realizando desesperados esfuerzos para desligarse de las cuerdas que le oprimían las manos.

Yáñez, de pie en la borda, asido a la escalerilla de alambre del trinquete, lo contemplaba impertérito mientras los cocodrilos intentaban agarrar su presa saltando fuera del agua hasta medio cuerpo mediante violentos coletazos.

—Si Podada no se muere de terror —observó Tangusa—, va a resultar un milagro.

—Los malayos son duros de piel —repuso Yáñez—. ¡Dejemos que grite un rato!

El desgraciado continuaba lanzando gritos y exclamando siempre lo mismo:

—¡Auxilio! ¡Perdón...! ¡Que me cogen...! ¡Perdón, señor!

Yáñez hizo una seña a Sambigliong para que estirase ligeramente de la cuerda, ya que un cocodrilo acababa de rozar la presa con la punta del hocico. Inmediatamente, dirigiéndose al piloto que continuaba golpeándose y encogiendo todo lo posible las piernas, le dijo:

—¿Deseas que te deje caer en las fauces de los boyos o que ordene que te suban? —preguntó—. Tu vida está en tus manos.

—¡No, señor! ¡Subidme...! ¡Me tocan... me pillan...! ¡No puedo resistir más!

—¿Confesarás?

—¡Sí, confesaré! ¡Diré todo... todo!

—Júralo por Vairang Kidul, ya que es la divinidad protectora de los cazadores de nidos de golondrinas de mar.

—¡Lo juro... lo juro...!

—Antes debo advertirte, sin embargo, que como no estés dispuesto a declararlo todo, ordenaré que te arrojen a las quijadas de los cocodrilos más grandes que haya.

—¡No, no me apetece eso, y...!

—Sigue —instó Yáñez.

—Pero ¿piensan matarme después de que diga toda la verdad?

—No sé lo que haré con tu piel. Continuarás prisionero hasta nuestro regreso; luego podrás marchar a que te ahorquen donde te apetezca. Acompañadme al camarote; tú también, Tangusa.

El malayo, al que le parecía increíble hallarse todavía con vida, y cuyos dientes castañeteaban a consecuencia del miedo pasado, acompañó al portugués y al mestizo sin que se lo repitieran de nuevo.

—Ahora oigamos tu interesante declaración —dijo Yáñez, tumbándose a medias en un pequeño diván y encendiendo de nuevo el cigarro, que había dejado apagar para ver con mayor tranquilidad el ataque de los cocodrilos y las sacudidas del piloto—. Recuerda tu juramento y piensa que no soy hombre con el que se pueda jugar.

—¡Confesaré todo, patrón!

—Bien. Los dayakos te han mandado al encuentro del Marianne.

—No puedo negarlo —repuso el malayo.

—¿Te envió el peregrino?

—No, señor. Jamás he hablado con ese hombre.

—¿Quién es?

—Resultaría algo difícil decírselo; ni tan siquiera sé de qué lugar ha llegado. Vino hace unas semanas, con muchas cajas de armas y abundante cantidad de dinero en guineas y florines holandeses.

—¿Venía solo?

—Eso me parece.

—¿Y qué ha hecho?

—Fue a ver a los jefes de las tribus, que lo acogieron con mucha afabilidad y respeto al observar que llevaba el turbante verde de los peregrinos que han visitado el sepulcro del Profeta. Lo que les explicó y ofreció lo desconozco. Solamente sé que escasos días después de esa visita los dayakos se sublevaron y pidieron la cabeza de Tremal-Naik, que hasta el momento había sido su protector.

—¿Les regaló armas a esos necios fanatizados?

—Y mucho dinero.

—¿Es verdad que cierto día un navío inglés arribó a la embocadura del Kabataun y que ese peregrino se entrevistó con su capitán?

—Sí, señor. Debo añadir que los tripulantes estuvieron descargando durante toda la noche nuevos cajones de armas.

—¿Sabes de qué raza es ese hombre?

—No, señor. Lo que puedo afirmar es que su piel es muy morena y que habla muy mal el bornés.

—¡Qué cosa tan misteriosa! —murmuró Yáñez—. Aunque me rompa la cabeza, me siento incapaz de entenderlo.

Permaneció en silencio un momento, como si meditase profundamente. Luego preguntó de nuevo:

—¿Cómo averiguaron que el Marianne acudía en auxilio de Tremal-Naik?

—Me parece que fue un sirviente del hindú quien se lo notificó a los jefes dayakos y al peregrino.

—¿Qué te encargaron?

El malayo titubeó un instante, pero al momento repuso:

—En primer lugar hacer encallar al Marianne.

—¡No me había equivocado al desconfiar de ti! ¿Qué más?

—Permítame, señor, que no confiese lo demás.

—Habla sin miedo. He prometido que conservarás la vida y yo no falto jamás a mis promesas.

—Pues... aprovechando el ataque de los dayakos, prender fuego al barco.

—¡Gracias por tu franqueza! —contestó Yáñez soltando una carcajada—. O sea, ¿que pensaban matarnos?

—Sí, señor. Según tengo entendido, el peregrino tenía razones para estar en contra de los tigres de Mompracem.

—¿De nosotros también? —exclamó Yáñez, que a cada momento se sentía más sorprendido—. ¿Quién será? Nosotros jamás hemos tenido nada que ver con los mahometanos.

—No puedo saber el motivo, señor.

—Si es verdad lo que has explicado, ese canalla nos seguirá acosando.

—No les dejaré en paz, créanme, y hará cuanto pueda con el fin de acabar con ustedes —dijo el

piloto—. Tengo la certeza de que ha obligado a jurar a los jefes dayakos que no respetarán sus vidas.

—Y nosotros, por nuestra parte, haremos cuanto podamos por matar al mayor número de ellos, ¿no es cierto, Tangusa?

—Ciertamente, señor Yáñez —replicó Tangusa.

—Podada —preguntó el portugués—, ¿sabes si la factoría de Pangutarang está sitiada?

—Me parece que no, señor, ya que el peregrino ha congregado a casi todos sus hombres con el objeto de exterminarlo a usted.

—¿En ese caso estará libre el camino que conduce desde el embarcadero hasta el kampong de Tremal-Naik?

—Al menos estará poco vigilado.

—¿Cuánto dinero te entregó el peregrino para que hicieras encallar el barco y lo incendiases?

—Cincuenta florines y un par de carabinas.

—Te daré doscientos si me conduces hasta el kampong.

—De acuerdo, señor —contestó el malayo—. Hubiera aceptado de todas maneras sin recibir ninguna recompensa, ya que me ha perdonado la vida.

—¿Nos hallamos aún a mucha distancia del embarcadero?

—Lo alcanzaremos de aquí a un par de horas, ¿no es así? —repuso Tangusa mirando al malayo.

—Quizá antes.

Yáñez quitó las cuerdas que ligaban las manos del prisionero, y salió del camarote mientras decía:

—Vamos a cubierta.

Había aún sobre el río una absoluta calma y las suaves olas que la nave desplazaba iban a chocar contra las márgenes del río, llenas de magnífica vegetación arborescente, bellísimas cicas, pandanus y palmas que extendían sus enormes hojas en forma de abanico.

Entre los rotangs que colgaban como si fuesen largos festones de los elevados troncos de los árboles podían verse a los feísimos kilmang, simios de frente muy estrecha, ojos muy metidos dentro de las órbitas, grandísima boca, nariz muy chata y un gran bocio debajo del cuello que les pende como si fuera una vejiga hinchada. Aquellas bestias brincaban de una rama a otra sin mostrar signo alguno de inquietud. De vez en cuando se veía correr entre la hierba multitud de bewahs, lagartos gigantes que pueden moverse en el agua y que, en algunos casos, rebasaban los dos metros de longitud.

No se veía rastro alguno de los dayakos. De haberse encontrado en las proximidades, los monos, que suelen ser muy desconfiados, no se habrían mostrado tan tranquilos.

El Marianne, que proseguía su marcha lentamente incluso con ayuda de los remos, ya que la brisa apenas podía atravesar aquellas dos enormes masas de vegetación, continuó su rumbo sin encontrar el menor obstáculo hasta el mediodía, en que interrumpió su avance frente a una especie de plataforma que se adentraba en el interior del agua mantenida por diversos pilotes.

—¡El embarcadero del kampong de Pangutarang! —exclamaron al unísono Tangusa y el piloto.

—¡Echa el ancla y acerca el velero! —ordenó el portugués—. ¡Que los artilleros ocupen sus sitios en las espingardas!

Dos enormes anclas cayeron al fondo y el velero, impulsado por la corriente, se arrimó al embarcadero. Después se amarraron unos cables a los pilotes.

Yáñez había trepado a la obra muerta para cerciorarse de que no había dayakos ocultos en aquella ribera.

Desde luego era indudable que los sanguinarios salvajes habían pasado por aquellos lugares, ya que se podían ver algunas cabañas arrasadas por el fuego y un enorme cobertizo medio destruido y con los pilares de color negro a causa del humo y las llamas.

—Al parecer no hay ninguno —comentó Yáñez dirigiéndose al mestizo, que había trepado a la obra muerta.

—No imaginaban que pudiéramos llegar hasta aquí —repuso Tangusa—. Confiaban en contenernos en el río y allí exterminarnos.

—¿A qué distancia se encuentra el kampong de aquí?

—Hay un par de horas de camino, señor.

—Si hacemos unas descargas con los cañones de caza, ¿las oirá Tremal-Naik?

—Es posible. ¿Su idea es emprender la marcha inmediatamente?

—Sería un error. Aguardaremos a la noche. Pasaremos con mayor facilidad y tal vez no nos vean.

—¿Cuántos hombres vendrán con nosotros?

—No más de veinte. Es necesario dejar parte de la tripulación vigilando el Marianne. Si nos quedásemos sin barco, todo podría estar perdido, incluso para Tremal-Naik y Damna. Entretanto exploraremos un poco los alrededores para que no nos tiendan una celada. Tanta placidez me resulta muy sospechosa.

Mandó emplazar en batería las espingardas y los cañones apuntando hacia el embarcadero; hizo levantar una barricada con barriles llenos de hierros, de manera que sirvieran para proteger mejor a los artilleros, y ordenó arriar las velas, sin quitarlas de los penoles, con el objeto de que el buque estuviese dispuesto para emprender la marcha en muy poco tiempo.

Una vez acabados aquellos preparativos, Yáñez, el mestizo y el piloto, acompañados de cuatro malayos de la tripulación muy bien armados, bajaron al embarcadero para explorar los alrededores antes de adentrarse con el resto de los hombres entre los frondosos bosques que se extendían desde la margen del río hasta el kampong de Pangutarang.

LA ESTAMPIDA DE LOS ELEFANTES

Frente al embarcadero se veía un pequeño claro mal roturado, ya que en algunos puntos salían los troncos de los árboles. Detrás se distinguían ruinas de chozas y de cobertizos que habían quedado

destruidos por las llamas.

En aquel lugar empezaba un frondoso bosque, formado sobre todo por helechos arbóreos, cicas, durianes y otros tipos de vegetación, entrelazados por rotangs de sorprendente longitud, que conforman auténticas y complicadas redes.

Ningún ruido alteraba el silencio que imperaba bajo aquellos soberbios árboles. Solo de vez en cuando se oía entre la vegetación un débil grito emitido por algún geco, lagarto cantarín, o el parloteo de los chalcostcha, minúsculos pajarillos de brillante colorido y con destellos metálicos.

Yáñez y sus acompañantes, tras escuchar atentamente un tiempo para cerciorarse de que aquella calma que reinaba era verdadera, y acabando por afirmarse en esta creencia al ver la placidez de un par de monos encaramados en un platanero, rodearon las destruidas chozas, se adentraron en la floresta y exploraron cerca de un kilómetro sin hallar la menor huella de sus acérrimos enemigos.

—¡Parece sorprendente que hayan desaparecido! —comentó Yáñez, que no podía comprender aquella desconcertante tregua, después de la saña demostrada en la batalla que poco antes sostuvieron—. ¿Habrán desistido de acosarnos después de la lección que han recibido?

—¡Hum! —repuso el piloto—. Si el peregrino ha prometido acabar con todos ustedes, pienso que hará cuanto pueda por lograrlo y degollarlos.

—Incluye también tu cabeza —indicó el portugués—. Regresemos a bordo y aguardemos a que se haga de noche.

La vuelta se realizó sin que nada ocurriese, lo cual confirmaba la idea de que los dayakos no habían aún tenido ocasión de reunirse en aquel lugar.

En cuanto se puso el sol, Yáñez mandó que se realizaran los preparativos para ponerse en camino. En el barco había todavía treinta y seis hombres, contando a los heridos.

Eligió a quince solamente, ya que no quería que la tripulación fuese excesivamente escasa en número, porque podía ser atacada durante su ausencia. Cuando faltaba poco para las nueve de la noche, tras haber prevenido a Sambigliong para que estuviese alerta y no se dejara sorprender, saltó de nuevo a tierra con Tangusa, el piloto y los demás componentes de la expedición.

Todos los hombres iban magníficamente armados, con carabinas indias de gran alcance y con parangs, formidables cimitarras que de un simple tajo pueden degollar a un hombre. Además, llevaban consigo abundancia de municiones, ya que desconocían si Tremal-Naik tendría suficientes para aguantar el sitio.

—¡En marcha y, por encima de todo, procurad hacer el mínimo ruido posible! —aconsejó Yáñez en cuanto penetraron en el bosque—. Aún no tenemos la certeza de que el camino esté libre de enemigos.

Volvió la vista hacia atrás para examinar por última vez el barco, cuya forma se destacaba sobre el agua del río y, sin saber la razón, notó que se le oprimía el corazón.

Experimentó un desagradable presagio.

—¿Perderé mi nave? —musitó inquieto.

Apartó aquel desagradable pensamiento y se puso al frente de la expedición, seguido por el mestizo y el piloto, que iban a pocos pasos de distancia y que de entre todos eran los únicos que conocían

aquella inextricable maraña de vegetación formada por las enormes plantas trepadoras.

Al igual que por la mañana, seguía reinando un absoluto silencio bajo aquella techumbre de vegetación interminable, como si en la selva no hubiese animales salvajes de ninguna clase. Ni tan siquiera se distinguían las habituales aves nocturnas, como los grandes murciélagos peludos tan corrientes en las islas de Malasia. Solamente los lagartos cantarines dejaban oír sus chillidos.

El firmamento se hallaba cubierto de nubes y la atmósfera resultaba sofocante bajo las grandes hojas que se entrelazaban a unos treinta o cuarenta metros de la tierra.

—Parece que va a desencadenarse un huracán —comentó Yáñez, cuya respiración era jadeante.

—Pronto estallará, señor —dijo el mestizo—. He observado que el sol se ocultaba tras unas nubes negras. Casi no tendremos tiempo de llegar al kampong.

—En el supuesto de que nadie nos impida seguir adelante.

—Hasta el momento, señor, no han aparecido los dayakos.

—Me imagino que tropezaremos con ellos en las proximidades del kampong.

—Si están allí, no serán los suficientes para poder ofrecer gran resistencia; por lo menos por ahora.

—Los que fueron a nuestro encuentro en el río no habrán tenido tiempo de regresar aún.

—Si nos dejaran tranquilos, aunque fuera solo veinticuatro horas, no me inspirarían el menor temor —repuso Yáñez—. Con una tripulación numerosa, el Marianne es invencible. ¿Contará con muchos defensores Tremal-Naik?

—Me imagino que habrá podido reunir unos veinte malayos.

—En ese caso, contaremos con un reducido ejército que va a dar mucho trabajo a ese maldito peregrino. ¡Apresuremos la marchacha para llegar al kampong antes de que amanezca!

Aquel bosque no permitía avanzar con la rapidez que deseaban, ya que se hallaban en una antigua plantación de pimienta que rodeaba a los árboles en una red totalmente laberíntica.

Las descomunales plantas no conseguían imponerse a los altos sarmientos de la pimienta, que, retorcidos por tierra, rodeando los rotangs y los cálamos, y cercando las gigantescas raíces que brotaban del suelo por falta de espacio, constituían un imponente laberinto de redes de formidable resistencia.

—¡Utilizad los parangs! —exclamó Yáñez al observar que los dos guías no podían proseguir el avance.

—Haremos ruido —repuso el piloto.

—No tengo intención de retroceder.

—Los dayakos podrían oírnos, señor.

—Si nos atacan, tendrán el recibimiento que se merecen. ¡Adelante!

Por medio de grandes machetazos consiguieron abrirse camino, y prosiguieron adentrándose por la interminable selva a base de mandobles a diestro y siniestro.

Llevaban ya una hora avanzando en continua lucha con las plantas, cuando de improviso el piloto se detuvo y exclamó:

—¡Alto todos!

—¿Son los dayakos? —inquirió por lo bajo Yáñez, que se había acercado hasta él al momento.

—No lo sé, señor.

—¿Has oído algún ruido?

—He oído un crujido de ramas enfrente de nosotros.

—Vamos a averiguarlo, Tangusa. Los demás, aguardad en este lugar sin abrir fuego hasta que yo lo indique.

Se echó a tierra, en medio de una confusa masa de raíces y sarmientos, y empezó a reptar hasta el lugar donde el malayo afirmaba haber oído crujir el ramaje.

El mestizo iba detrás de él, evitando hacer el menor ruido.

De aquella forma recorrieron unos cincuenta metros y detuvieron su marcha debajo de la corola de una gigantesca flor; se trataba de un crebul, cuyo diámetro era de unos tres metros y despedía un olor molesto.

En torno a aquella flor se extendía un breve espacio despejado, desde el que era fácil ver a los hombres que se adentraran por el bosque.

—Podada ha estado acertado —anunció Yáñez, tras escuchar un instante con gran atención.

—Sin duda, alguien se aproxima —convino el mestizo.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó de improviso Yáñez.

En aquel preciso momento se oyó a lo lejos un estruendo extraño, que recordaba al que producen los vagones de un tren al ponerse en marcha.

—No se trata de un trueno —observó el portugués.

—Aún no hay relámpagos —dijo Tangusa.

—Hasta el momento no ha caído ni una gota de agua y el Kabataun está muy distante.

—¿De qué se tratará?

—Sea lo que sea, se acerca a toda velocidad, señor.

—¿En dirección a nosotros?

—Sí.

—¡Silencio!

Puso el oído en tierra y prestó atención de nuevo, conteniendo la respiración.

Sobre la tierra repercutía perfectamente aquel estruendo incomprensible, que parecía ser provocado por el veloz avance de enormes cuerpos.

—No tengo ni la más mínima idea de qué se puede tratar —dijo finalmente Yáñez incorporándose—. Lo más prudente es que nos retiremos hacia donde se encuentra nuestra escolta. Tal vez el piloto sepa explicarnos tan extraño asunto.

Desanduvieron el camino reptando de nuevo por tierra, deslizándose entre los incontables sarmientos que allí había.

Al llegar al sitio en que estaban sus hombres comprobaron que estos parecían también dominados por una intensa agitación, ya que el rumor era perceptible también allí. Solo Podada estaba absolutamente sereno.

—¿A qué se debe ese estruendo? —le interrogó Yáñez.

—Es una manada de elefantes que huyen de algún peligro, señor —replicó el piloto—. Deben de ser muy numerosos.

—¿Elefantes? ¿Y quién habrá espantado a esos gigantescos animales?

—Me imagino que habrán sido asustados por hombres.

—O sea, ¿que los dayakos avanzan por poniente? Porque el estruendo proviene de ese punto...

—Eso parece.

—¿Cuál es tu consejo?

—Que nos marchemos lo más rápidamente posible.

—¿Nos toparemos con los elefantes en el camino?

—Es posible. Pero será suficiente una descarga para hacer que desvíen su marcha. Esos animales sienten un terror extraordinario a las armas de fuego, ya que no están acostumbrados a oírlos.

—¡En tal caso, en marcha! —ordenó el portugués con decisión—. Hemos de llegar al kampong antes que los dayakos.

Otra vez y a toda prisa reanudaron el camino, cortando los rotangs y los cálamos. El estruendo aumentaba con gran rapidez.

El piloto debía de estar en lo cierto respecto a la causa de aquel fragor. Entre el rumor ocasionado por el ininterrumpido crujir de las plantas aplastadas por las formidables patas de aquellos corpulentos animales que avanzaban en desenfrenada carrera, empezaban a percibirse también los resoplidos característicos de los elefantes.

A los paquidermos debía de estar ahuyentándolos un buen número de hombres, ya que por lo general no huyen frente a un grupo reducido de cazadores.

Debían de ser sin duda los dayakos quienes los hostigaban.

Yáñez y los suyos apresuraron el paso, por temor a verse rodeados y embestidos por los elefantes en su frenética estampida.

Encontraron algunos claros en el bosque y se lanzaron a la carrera, mirando de vez en cuando con espanto a sus espaldas, puesto que a cada momento se imaginaban alcanzados y despedazados por aquellos colosos. Incluso Yáñez se mostraba inquieto.

En aquel instante alcanzaron una zona de vegetación formada casi únicamente por enormes árboles de alcanfor a los que nada podría abatir, ya que sus troncos eran de un tamaño descomunal. El piloto detuvo su carrera y exclamó con precipitación:

—¡Ocultaos tras esos árboles, que servirán para protegernos! ¡Ya llegan!

Apenas habían tenido tiempo de parapetarse tras los enormes troncos de los árboles, cuando empezaron a aparecer los primeros elefantes.

Salían en estampida de un grupo de sundamatune, denominados árboles de la noche porque sus flores no se abren hasta que el sol se pone.

Los gigantescos animales atravesaban el bosque enloquecidos y se precipitaron en un bosquecillo de palmas jóvenes que les obstruía el camino. Las destrozaron de tal manera que parecía que una guadaña descomunal empuñada por un titán las hubiese segado. Sin embargo, aquellos elefantes no eran más que la avanzadilla, ya que poco después apareció el grueso de la manada lanzando terribles barritos.

Eran aproximadamente entre cuarenta o cincuenta elefantes, machos y hembras, que se empujaban unos a otros en su afán por ser los primeros. Sus poderosas trompas quebraban árboles y vegetación de toda índole, destrozándolo todo a su paso.

Yáñez observó que algunos parecían avanzar en dirección a los árboles de alcanfor, y se disponía ya a dar la orden de abrir fuego cuando distinguió diversos puntos de fuego que, detrás de los paquidermos, describían parábolas llameantes.

—¡Callad! ¡Que nadie se mueva! ¡Los dayakos! —exclamó Podada.

Efectivamente, unos cuantos hombres semidesnudos corrían detrás de los elefantes arrojando sobre los lomos de los animales ramas resinosas a las que habían prendido fuego. Cuando caían a tierra, las recogían otra vez para lanzarlas de nuevo.

Los dayakos no eran más de una veintena. Pero los elefantes, espantados por aquella granizada de fuego que sin cesar se les venía encima, no osaban volverse y atacar a causa del terror que los acometía, ya que con una simple embestida habrían destrozado a tan reducido contingente de enemigos.

—¡No os mováis y, sobre todo, no disparéis! —aconsejó de nuevo Podada.

Los elefantes pasaron muy cerca, golpeando algunos troncos de los árboles de alcanfor sin que las gigantescas plantas cedieran, y desaparecieron en el frondoso bosque, continuamente acosados por los dayakos.

—¿Serían acaso cazadores? —aventuró Yáñez, una vez que el fragor se desvaneció en la distancia.

—¡Pretendían cazarnos a nosotros! —replicó el malayo—. Alguno de ellos estaría al acecho cerca del embarcadero y nos habrá visto desembarcar, y como los dayakos no son probablemente lo suficientemente numerosos en estos contornos, han intentado echarnos encima a los elefantes. Ya comprobará usted cómo los fuerzan a recorrer todo el bosque, confiando en que nos encuentren en su camino y nos aplasten.

—¿Podríamos topar de nuevo con ellos?

—Es posible, señor, si no nos damos prisa en abandonar este lugar y buscar refugio en el kampong de Pangutarang.

—¿Estamos todavía a mucha distancia?

—No puedo decírselo, ya que esta parte de la selva es tan espesa que no podemos orientarnos debidamente ni ir demasiado deprisa. No obstante, me imagino que lo alcanzaremos antes de que

amanezca.

—Emprendamos la marcha antes de que regresen los elefantes. Además, no resulta siempre fácil encontrar árboles de alcanfor para protegerse. Pero hay algo que me desconcierta.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo habrán podido congregarse esos salvajes a tantas bestias?

—Puesto que no son domadores, como los mauhts del Siam o los cornacs de la India, han debido de encontrarlos por azar —opinó Tangusa, que escuchaba la conversación.

—En estas selvas no es difícil hallar manadas de cincuenta e incluso cien elefantes.

—¿Y los animales estarán dispuestos a continuar así todo el tiempo que a los dayakos les parezca oportuno?

—Continuarán corriendo hasta que dejen de acosarlos.

—No me imaginaba que esos bribones poseyeran semejante astucia. ¡Compañeros, apresurémonos!

Abandonaron la espesura que tan oportunamente les había librado de la terrible estampida, y se adentraron en otros bosquecillos formados principalmente por árboles de caucho, sandaracas y otros, intentando orientarse y sin apenas vislumbrar una simple estrella debido a la densa techumbre de vegetación que los cubría.

Por fortuna, la arboleda empezaba a ser menos frondosa y las plantas trepadoras cada vez menos frecuentes. En consecuencia, caminaban más deprisa e incluso a ratos podían avanzar a la carrera, siendo así menor el riesgo de caer en una peligrosa emboscada.

Aún se percibía a la distancia, unas veces con mayor fuerza y otras débilmente, el estruendo que ocasionaban los paquidermos en su alocada carrera.

Los desgraciados animales, ora hostigados hacia un lugar, ora en otra dirección, hacían lo que querían los dayakos, quienes los obligaban a marchar por donde les parecía conveniente, confiando en coger desprevenidos a aquel grupo de hombres en cualquier lugar de la extensa selva.

Podada y el mestizo, conocedores del peligro, se las ingeniaban para mantenerse siempre alejados de la estampida, llevando a los hombres en dirección contraria a la seguida por los paquidermos. Al cabo de media hora, los dayakos, desistiendo de que los tigres de Mompracem estuvieran en aquella zona del bosque, hostigaron a los elefantes hacia el río, ya que paulatinamente el fragor de aquella furiosa embestida iba distanciándose en dirección al sur, hasta que por fin se desvaneció.

—Se imaginan que todavía nos encontramos a bastante distancia del kampong —dijo el piloto, tras escuchar atentamente durante un instante—. Van a buscarnos al refugio del Kabataun.

—¡Qué obstinados son esos tunantes! —comentó Yáñez—. Ciertamente nos han declarado guerra a ultranza.

—Señor —repuso Podada—, tienen la certeza de que si nos reunimos con Tremal-Naik les va a resultar muy difícil tomar el kampong.

—Personalmente les regalo el kampong. No estoy interesado en quedarme allí. Se me ha ordenado llevar a Tremal-Naik y a su hija Damna hasta Mompracem. Ni siquiera debo combatir contra el

peregrino, al menos de momento. Luego ya veremos.

—¿Renuncia a averiguar quién es ese extraño personaje que ha jurado exterminarlos a todos ustedes?

—Aún no he dicho la última palabra —replicó Yáñez con una sonrisa—. ¡Ya llegará el momento de saldar cuentas con ese caballero! Por ahora salvemos al indio y a su linda hija. ¿Dónde estamos? Creo que la vegetación comienza a ser menos densa.

—¡Buen indicio! El kampong de Pangutarang no debe de hallarse a mucha distancia.

—De aquí a muy poco hallaremos las primeras plantaciones —afirmó el mestizo, que desde hacía varios minutos examinaba detenidamente el bosque—. Si no estoy equivocado, nos encontramos junto al Morapohe.

—¿Qué es eso? —preguntó Yáñez.

—Es un afluente del Kabataun, que limita con la factoría. ¡Alto, señores!

—¿Qué pasa?

—Que allí veo brillar luces —anunció Tangusa.

Yáñez miró atentamente y, por entre un claro de árboles y a bastante distancia, distinguió en la intensa oscuridad el brillo de un fuerte resplandor, que no podía ser provocado por un simple farol.

—¿El kampong? —interrogó.

—Tal vez sea una luz de los sitiadores —observó Tangusa.

—¿Tendremos que luchar para poder entrar en la factoría?

—Sorprenderemos por detrás al enemigo, señor.

—¡Silencio! —exclamó en aquel preciso momento el piloto, que había avanzado unos pasos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Yáñez, tras unos segundos de silencio.

—Oigo el rumor del agua del río contra las dos orillas. El kampong está frente a nosotros, señor.

—¡Pues crucémoslo! —repuso Yáñez resueltamente—. ¡Lancémonos al ataque sobre los que cercan el kampong! Tremal-Naik nos ayudará como pueda.

EN EL KAMPONG DE PANGUTARANG

Cinco minutos más tarde, en medio del más completo silencio, cruzaban un riachuelo que casi no tenía agua y se congregaban en la otra ribera, en la que apenas se veían árboles.

Una extensa llanura, salpicada por varias agrupaciones de palmeras, se prolongaba durante un buen trecho hasta formar una pequeña elevación ocupada por una sólida construcción, en la que se alzaba una pequeña torre que parecía un observatorio.

Apenas había empezado a clarear y no podía distinguirse de qué se trataba con exactitud; pero el

piloto y el mestizo no necesitaban luz para saber dónde se hallaban.

—¡El kampong de Pangutarang! —dijeron a un tiempo ambos.

—¡Y cercado por los dayakos! —agregó Yáñez frunciendo el entrecejo—. ¿Es posible que se hayan congregado ya todos?

Numerosas hogueras dispuestas en forma de medio círculo ardían ante la factoría, como si los temibles cortadores de cabezas hubieran establecido un amplio campamento.

Yáñez y sus hombres interrumpieron el avance contemplando con anhelo aquellas hogueras e intentando averiguar el número de los sitiadores.

—¡Este sí que es un notable inconveniente! —murmuró Yáñez—. ¡Sería un grave error arrojarse temerariamente contra enemigos que pueden ser veinte veces superiores en número a nosotros! Y, sin embargo, también puede resultar una temeridad aguardar a que amanezca. No contaríamos con la ventaja de la sorpresa y nos podrían rechazar fácilmente.

—Señor —inquirió el piloto—, ¿qué decide usted hacer?

—¿Piensas que serán muy numerosos?

—Si nos guiamos por la cantidad de hogueras, seguramente sí. ¿Quiere que vaya a averiguar las fuerzas de que disponen?

Yáñez le examinó con recelo.

—Desconfía usted de mí, ¿no es cierto? —dijo con una sonrisa el malayo—. Tiene razón: hasta ayer era su enemigo. No obstante, está en un error. No quiero tener ya nada que ver con esos hombres y prefiero que me considere uno de los suyos, que son malayos igual que yo.

—¿Podrás volver antes de que salga el sol?

—No saldrá hasta dentro de media hora, y le aseguro que estaré de regreso en diez minutos.

—¡Ve; así me darás una prueba de lealtad! —convino Yáñez. El malayo tomó un parang, se despidió con un ademán y desapareció entre una plantación de jengibre que los sitiadores no habían arrasado aún.

Yáñez, con el reloj en la mano, contaba los minutos. Sentía verdadero temor de que el piloto se retrasara y que saliera el sol antes de que volviera, lo cual haría imposible la sorpresa.

Aún no habían pasado seis minutos cuando regresó Podada corriendo a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —le interrogó Yáñez saliendo a su encuentro.

—Las fuerzas que nos atacaron en la embocadura del río no han regresado aún. Los sitiadores no son más de un centenar y sus filas son tan débiles que no podrán resistir una inesperada acometida.

—¿Tienen armas de fuego?

—Sí, señor.

—¡Bah! ¡Ya conocemos su manera de utilizarlas!

Se volvió hacia sus hombres, que se habían acercado hasta él y aguardaban sus órdenes para arrojarse sobre el enemigo.

—¡Disparad a matar! —les indicó—. ¡Los tigres de Mompracem deben demostrar que no se amedrentan ante esos degolladores!

—En cuanto dé la orden lo arrasaremos todo, señor Yáñez —replicó el de más edad—. Bien sabe que jamás tuvimos miedo.

—Acerquémonos en silencio por detrás para sorprenderlos. No disparéis si yo no lo ordeno. ¡Disponeos en columna de asalto!

Formaron en dos filas y luego se adentraron entre los jengibres, que eran lo suficientemente altos para ocultarlos.

Yáñez llevaba una carabina en bandolera. Sacó el machete de la funda y con la otra mano empuñó una soberbia pistola india de dos cañones.

Cruzaron con tal celeridad la plantación que en menos de cuatro minutos se situaron a ochenta metros de los sitiadores.

Estos, convencidos de que nadie podía cogerlos desprevenidos, vivaqueaban en grupos de cuatro y cinco hombres en torno a las hogueras.

A una distancia de trescientos metros se alzaba el kampong. Se trataba de una especie de cota, es decir, una fortaleza bornesa, constituida por un cuerpo de fábrica y rodeada de grandes tablones de muy sólida madera de teca, lo bastante fuertes para resistir los proyectiles de los pequeños lilas e incluso los de un mirim. Además, estaba totalmente cercada por un denso bosque de arbustos espinosos, por lo que resultaba casi imposible que pudieran conquistar aquella fortaleza hombres semidesnudos y descalzos.

En la parte de fábrica se veía una casa de magnífico aspecto que guardaba cierta semejanza con los bungalows hindúes, con una torrecita de madera parecida a un alminar árabe, sobre la que había una enorme linterna a manera de faro.

—Tangusa —dijo Yáñez, que había ordenado a sus hombres que se echaran a tierra para no ser descubiertos antes de que él precisara con exactitud la ubicación de la factoría—, ¿en qué lugar se encuentra el punto de entrada?

—Delante de nosotros, señor.

—¿No iremos a parar en mitad de los espinos?

—Yo los conduciré.

—¿Estáis preparados? —preguntó Yáñez a sus hombres.

—Todos lo estamos, capitán.

—Atacad al grito de «¡Viva Mompracem!», para evitar que nos disparen los defensores del kampong. ¡Adelante!

Efectuaron una descarga y derribaron a cinco o seis dayakos, que abandonaron a todo correr el fuego en torno al cual vivaqueaban. Al instante cruzaron con relampagueante velocidad la endeble línea de sitiadores al tiempo que disparaban y gritaban:

—¡Viva Mompracem!

Los cortadores de cabezas, estupefactos por aquel insólito ataque con el cual no contaban, apenas

ofrecieron resistencia. De ese modo, el audaz grupo alcanzó el bosque de espinos y pudo ponerse a cubierto tras él.

Algunos de los hombres que protegían el interior de la fortaleza salieron armados con fusiles, y ya estaban a punto de abrir fuego cuando se oyó una voz que gritaba:

—¡Alto! ¡Son amigos! ¡Abrid la puerta!

—¡Eh, amigo Tremal-Naik! —exclamó Yáñez con gran contento—. ¡No nos apetece que tus hombres nos acribillen a balazos! ¡Nos basta con los disparos de los dayakos!

—¡Yáñez! —gritó el hindú con inmensa alegría.

Un gran talón de madera de teca, tan sólido como si fuese de hierro y que subieron varios hombres por medio de cables colgados de enormes garruchas, dejó libre el acceso por el cual entraron raudos los tigres de Mompracem junto al mestizo y el piloto, mientras los defensores de la parte exterior de la fortaleza descargaban contra los sitiadores un par de disparos de espingarda y un intenso fuego de fusilería.

Un hombre más bien alto, de mediana edad y de cabellos y bigotes canosos, pero aún ágil y robusto, de rasgos finos, piel ligeramente bronceada y ojos negríssimos, recibió entre sus brazos al portugués y lo estrechó efusivamente.

No se ataviaba al igual que los borneses de buena posición social, sino al estilo hindú, si bien algo más moderno, pues ya no se usa el doote ni el dugbah, por resultar el traje indoinglés más un simple y cómodo, ya que se compone de una chaqueta de tela blanca con rojos alamares de seda, una amplia faja con brocados de oro, unos estrechos calzones blancos y un pequeño turbante.

—¡Ven a mis brazos, amigo Yáñez! —exclamó abrazándolo con fuerza—. ¡Está claro que siempre hay que recurrir a la generosidad y la bravura de los invencibles tigres de Mompracem! ¿Cómo se encuentra el Tigre de Malasia?

—Rebosando salud.

—¿Y tu Surama?

—Queriéndome mucho, como siempre. ¿Y Damna? ¿Dónde se encuentra, que no la veo?

—Mi hija está durmiendo.

—No he visto a Kammamuri, ¿no se encuentra aquí? —preguntó Yáñez.

—Por miedo de que Tangusa no hubiera podido encontraros y traeros hasta este lugar, el maharato salió, pese a mis advertencias, con unos pocos hombres, y a estas horas, en el supuesto de que haya podido eludir a los dayakos, estará rumbo a Mompracem.

—Ya nos encontraremos con él después.

—Acompáñame, compañero —dijo Tremal-Naik—. Este no es el lugar adecuado para que charlemos. ¡Hola, Tangusa! Haz los honores de la casa y dispón comida y bebida para los tigres de Mompracem.

Se encaminó hacia el bungalow, que se hallaba erigido entre varios techados de inmensas proporciones, repletos de productos agrícolas y de una doble línea de defensa, e hizo entrar a su amigo

en una habitación del primer piso, alumbrada aún por una magnífica lámpara hindú, cuyo azuloso vidrio suavizaba la brillante luz.

Tremal-Naik, como natural de Bengala que era, seguía conservando las costumbres de su tierra. El cuarto estaba amueblado a la manera hindú, con muebles ligeros pero suntuosos; alrededor de la estancia se veían esos bajos y cómodos sofás que suelen encontrarse en las casas opulentas de los adoradores de Brahma, Shiva y Vishnú.

—En primer lugar, bebed una copa bien colmada de bram —empezó el indio, llenando dos copas con ese exquisito y magnífico licor, elaborado con arroz fermentado, azúcar y el jugo de diversas palmas que sirven para proporcionarle aroma.

—Estoy tan sudado como un corcel que haya recorrido doce leguas sin descansar. ¡Ya tengo bastante edad, amigo! —comentó Yáñez mientras se bebía de un trago el contenido de la copa—. Ahora hágame sobre ese asunto tan misterioso.

—Con tu permiso, te haré primero una pregunta. ¿Cómo os ha sido posible llegar hasta aquí?

—Con el Marianne, y después de haber salvado la embocadura del río. Después te contaré las incidencias del viaje.

—¿Dónde has dejado el Marianne?

—En el embarcadero.

—¿Son muchos los tripulantes?

—Más o menos el mismo número de hombres que he traído.

Tremal-Naik permaneció un rato meditabundo.

—Esos hombres sabrán defender mi barco —adujo Yáñez.

—Es que los dayakos son muy numerosos; más de lo que supones. Y están bien armados y preparados.

—¿Por el peregrino?

—Exacto.

—Habrás visto a ese tunante...

—¿Yo? ¡Nunca!

—¿Así que tampoco sabes de quién se trata? —preguntó Yáñez extraordinariamente sorprendido.

—No —repuso Tremal-Naik—. Le mandé un mensajero hace un par de semanas pidiéndole que se entrevistase conmigo para que me contase las causas de su inquina y prometiéndole, además, que nadie intentaría matarle.

—Y él no quiso mantener esa entrevista.

—Me replicó, por el contrario, que le entregara mi cabeza junto a la de mi hija.

—¿A tanto ha llegado el atrevimiento de ese canalla? —barbotó enfurecido Yáñez—. Vamos a ver: ¿has ultrajado a algún jefe dayako? Porque esos perversos cortadores de cabezas son muy vengativos.

—Jamás he perjudicado a ninguno. Por otra parte, ese hombre no es dayako —repuso el hindú.

—Ha de tener por fuerza alguna razón de peso para odiarte de esa manera.

—Así ha de ser. Pero cuanto más pienso en ello, menos puedo adivinar la razón; es inútil que me rompa el cerebro intentando adivinarlo. No obstante, tengo una sospecha.

—¿Qué sospecha?

—Pero es tan ridícula, que te echarías a reír si te la explicase —contestó Tremal-Naik.

—Explícala.

—¿Podría tratarse de algún thug?

En lugar de recibir con una sonrisa aquella sospecha, como suponía el hindú, el rostro de Yáñez palideció ligeramente. Ambos hombres permanecieron en silencio durante un buen rato.

—¿Estás convencido, Tremal-Naik —dijo por fin Yáñez muy serio—, de que a los lugartenientes del jefe de los estranguladores de Suyodhana les dimos muerte a todos en las cuevas de Raimangal, o los ingleses los aniquilaron en la carnicería de Delhi? ¿Quién puede afirmarlo?

—¿Y supones que tras once años haya decidido alguien vengar a Suyodhana?

—Tú personalmente has podido comprobar la causa de su ruina, y eso no te lo perdonan.

Tremal-Naik permaneció de nuevo pensativo y en su semblante se advertía una gran preocupación.

De improviso hizo un ademán como para espantar aquella visión y exclamó:

—¡No! ¡No es posible! ¡Es ridículo! Reconozco que habrá todavía thugs en la India, pero no se habrían atrevido a tales extremos. Ese peregrino será posiblemente un despreciable charlatán que pretende imponer su autoridad sobre los dayakos con el fin de establecer algún sultanato y finge odiarme. Habrá hecho correr la voz de que yo soy musulmán, de que soy enemigo de los dayakos, una copia de los ingleses, que mi misión es dominarlos o cualquier otro engaño semejante, para arrojarme de este lugar. Puede ser cualquier cosa, hasta un auténtico fanático; pero no un thug.

—Bien; como quieras. Pero me imagino que no te encuentras en muy buena situación. ¿Te has quedado sin todas tus factorías?

—Las han saqueado e incendiado.

—Mejor hubiese sido que te hubieras quedado con nosotros en Mompracem.

—Quería colonizar estas costas y civilizar a esos salvajes...

—Y ha sido como escribir en la arena —repuso Yáñez soltando una carcajada.

—Ya ves.

—Además, toda esta cuestión te habrá costado posiblemente algunos centenares de miles de rupias. Da gracias a que puedes afrontar los gastos con tus factorías de Bengala. ¿Cuándo vamos a marcharnos de aquí?

—Únicamente te pido veinticuatro horas de plazo —replicó Tremal-Naik— para recoger lo más importante de mis pertenencias; luego incendiaremos todo esto y nos dirigiremos hasta tu nave.

—Y partiremos raudos rumbo a Mompracem —añadió Yáñez—. Nuestra presencia allí también es necesaria.

Pronunció con tal seriedad estas palabras que el hindú se quedó sorprendido.

—¿Cómo? ¿Ocurre algo? —inquirió.

—¡No lo sé! Aún no sé nada. Corren alarmantes rumores relacionados con el Tigre de Malasia.

—¿Qué rumores?

—Al parecer la intención de los ingleses es expulsarnos de Mompracem. Desde hace tiempo nos culpabilizan de todos los actos de piratería que se llevan a cabo en las costas de la isla, cuando la verdad es que nuestros praos hace bastantes años que descansan sobre sus anclas. Aseguran que nuestra presencia estimula a los piratas de las costas y que, de una manera u otra, los incitamos a que ataquen los barcos que se dirigen a Labuán. ¡Mentiras! Pero ya sabes lo falso que es el leopardo británico...

—Y lo ingrato también —adujo el indio—. ¡Así es como quiere pagarnos el haber eliminado de la India a la secta de los thugs! —Hizo una pausa y añadió—: ¿Dará el Tigre su brazo a torcer?

—¡Sandokán! Es muy capaz de lanzar el guante de desafío a Inglaterra entera y...

Un distante cañonazo interrumpió las palabras.

—¿Has oído eso? —exclamó incorporándose de un salto, dominado por una intensa agitación.

—Sí; esos cañonazos parecen haberse oído en dirección al sur.

—¡Son los dayakos, que se lanzan al asalto del Marianne!

—Acompáñame al observatorio, Yáñez —indicó Tremal-Naik—. Desde ese punto podremos escuchar mejor hacia qué parte suenan los cañonazos.

LA DESTRUCCIÓN DEL MARIANNE

Con gran agitación, ambos hombres abandonaron la estancia, subieron por una escalerita y salieron a una terraza del bungalow en la que se alzaba la altísima torrecilla o alminar, al que se podía subir por otra escalera situada en la parte de fuera.

En muy poco tiempo llegaron a lo más elevado de aquel observatorio, que acababa en una pequeña plataforma circular en la que había una enorme espingarda de largo cañón, que podía dominar desde aquella altura todos los puntos del horizonte.

El sol, que había salido ya, iluminaba todo el llano con rayos que parecían fuego, ya que en esas latitudes no hace fresco a ninguna hora, ni siquiera al salir el astro diurno.

Al despuntar la luz, los dayakos que cercaban el kampong se retiraron a una distancia de seiscientos o setecientos metros, protegiéndose tras gruesos árboles que habían sido cortados para actuar como trincheras móviles, desplazándolos hacia atrás o hacia delante según les conviniera.

En el transcurso de la noche debía de haber aumentado el número de los sitiadores, ya que Tremal-Naik, con una simple ojeada, no pudo reprimirse y exclamó:

—Ayer por la tarde no nos cercaban tantos.

Yáñez se disponía a preguntarle algo cuando se oyó resonar en la distancia un segundo cañonazo, que retumbó en el recinto del kampong.

—¡Ese ruido procede del sur! —exclamó el portugués—. Son los cañonazos que dispara el Marianne. ¡Los dayakos han atacado a mis hombres!

—Sí —dijo el hindú—. Proviene de la zona del Kabataun. ¿Consideras que con la artillería de que disponen podrán rechazar al adversario?

—Habría que conocer la cantidad de atacantes. ¿Con qué contingentes cuenta ese maldito peregrino?

—Ha conseguido fanatizar a cuatro tribus, y cada una debe de haberle proporcionado, como mínimo, unos ciento cincuenta guerreros.

—¿Con fusiles?

—Sí, amigo Yáñez. Ese extraño personaje trajo consigo un auténtico arsenal, incluidos lilas y mirimes... ¡Otro disparo!

—¡Este es de las espingardas! —barbotó Yáñez con un gesto colérico.

De la zona del enorme bosque que se extendía en dirección al sur llegaban hasta el kampong los ecos de estallidos menos fuertes y más secos, ocasionados seguramente por las piezas de cañón largo.

Los cañonazos aumentaron cada vez más en intensidad, originando un ininterrumpido rumor, como si disparasen a la vez numerosos cañones y espingardas.

Yáñez se había puesto lívido y estaba muy nervioso. Iba arriba y abajo dando vueltas a la plataforma, como un león encerrado en una jaula, contemplando con ansiedad todos los puntos del horizonte. El hindú también estaba muy inquieto.

Los cañonazos se sucedían a intervalos cortos. En el río debía de estarse librando un combate encarnizado, terrible, entre los pocos defensores del Marianne y las fuerzas del extraño peregrino.

—¡Y no termina! —decía Yáñez, que ya no podía reprimirse—. ¡Si estuviese yo allí...!

—Sambigliong es un valiente que no se rendirá, estoy seguro —repuso Tremal-Naik—. Es un viejo tigre de fuertes zarpas y que sabe luchar.

—Pero en el barco no hay más que dieciséis hombres, mientras que los dayakos serán trescientos o cuatrocientos y cuentan también con artillería.

—¿Así que no crees que el Marianne pueda resistir? —preguntó Tremal-Naik—. Si se apoderan del barco —prosiguió en tono angustioso—, todo habrá terminado para nosotros. ¿Y mi hija?

—¡Tranquilízate, amigo! —contestó Yáñez—. Los dayakos van a tener un hueso muy duro de roer. He examinado atentamente tu kampong y lo considero bastante seguro. Y sabes bien que los salvajes suelen encontrar en sus ataques obstáculos con cualquier cosa que se les ponga enfrente. ¡Voto a Júpiter! ¡No cesa el cañoneo! ¡Al parecer se están destrozando! ¿De cuántos hombres dispones?

—Unos veinte.

—¿Son todos malayos?

—Malayos y javaneses —repuso Tremal-Naik.

—Cuarenta hombres protegidos en un recinto tan fuerte como este pueden dar mucho que hacer a esos tunantes. ¿Estás bien equipado?

—Hay abundancia de víveres y municiones.

—¡Buenos días, señor Yáñez! —dijo en aquel instante una jovencita que acababa de aparecer sobre la plataforma.

El portugués lanzó una exclamación:

—¡Damna!

Una hermosísima muchacha de unos quince años, de cuerpo tan flexible como el de una palmera, con la piel del rostro ligeramente bronceada, al igual que la de las mujeres hindúes, pero más blanca y de rasgos delicados, que más semejaba de raza caucásica que india, se detuvo frente al portugués, contemplándolo con sus negros ojos que brillaban como tizones ardiendo.

Realzaba su encanto el vestido que lucía, mezcla de hindú y europeo, formado por una chaquetilla o justillo de brocatel bordado en oro, una ancha faja de cachemir que caía sobre sus bien torneadas caderas y una falda algo corta que permitía ver unos pantalones de blanca seda que le llegaban hasta los zapatos de piel roja con punta hacia arriba.

—Soy muy dichosa al verle de nuevo —continuó la muchacha tendiéndole su linda mano—. Hace dos años que no le veíamos.

—Allí en Mompracem siempre tenemos asuntos que resolver.

—¿Está planeando nuevas expediciones el Tigre de Malasia? ¡Qué hombre tan formidable! —comentó Damna con una sonrisa—. ¡Ah...! ¡El cañoneo! ¿No lo estáis oyendo acaso?

—Ya hace más de media hora que retumba, hija mía —repuso Tremal-Naik—, y posiblemente anuncia alguna tragedia.

—¿Quiénes disparan, padre?

—Los tigres de Mompracem.

—Que defienden mi velero —añadió Yáñez—. ¡Silencio! Creo que ahora se oyen menos disparos. ¡Y yo sin poder ver nada...!

Todos se inclinaron sobre el repecho de la plataforma y escucharon con atención.

Ya no se oían sino muy de tarde en tarde los secos estampidos de las espingardas y el sordo sonido de las piezas de caza.

De improviso imperó un intenso silencio, como si el combate hubiese cesado súbitamente.

—¿Han triunfado o habrán sido aniquilados? —se preguntó Yáñez con el sudor perlándole la frente.

En ese momento, cruzó la atmósfera una explosión imponente, que retumbó con tal fuerza que la torre tembló desde los cimientos hasta la cúspide. Yáñez lanzó un grito y Tremal-Naik y Damna palidecieron.

—¡Dios mío! ¿Qué habrá ocurrido? —preguntó la muchacha.

—Ha debido de estallar el Marianne —repuso Yáñez con voz enronquecida—. ¡Pobres de mis hombres...!

En el semblante del portugués se dibujó una expresión de gran dolor, y sus ojos se humedecieron.

—Yáñez —dijo Tremal-Naik en tono consolador—, no podemos estar seguros de que tu barco haya explotado.

—Ese terrible estallido no puede haber sido provocado más que por la explosión de la santabárbara —adujo el portugués—. He visto volar tantos barcos que no puedo estar engañado. Me da igual que el buque se haya ido a pique, teniendo tantos veleros en Mompracem. Son mis hombres lo que me importa.

—Puede que hayan abandonado el velero antes de que explotase. ¿Quién te asegura que no han sido ellos mismos quienes han hecho estallar la pólvora para que el barco no cayese en poder de los dayakos?

—Es posible —replicó Yáñez, que de nuevo había recuperado su habitual tranquilidad.

—¿Alguno de los que se encontraban a bordo sabía dónde está mi kampong?

—Sí; el correo que te mandamos hace seis meses.

—En tal caso, si ese hombre no ha muerto, podrá guiar a los supervivientes hasta aquí.

—¿Y cruzar por entre los dayakos? Es una empresa muy peligrosa para tan escasos hombres. Por otra parte, aunque pudieran llegar, eso no mejoraría nuestra posición.

—¡Es cierto! —repuso el hindú—. ¿De qué forma nos las vamos a arreglar sin tu velero para bajar el río?

—Padre, podemos utilizar canoas —intervino Damna.

—¿Para estar expuestos a un continuo fuego sin defensa de ningún tipo? ¿Llegaría alguien con vida a la desembocadura del río?

—¡Mirad a los dayakos! —exclamó Yáñez en aquel preciso momento.

Los sitiadores, que debían de haber escuchado también aquel terrible estruendo, y los disparos de los cañones, dejaron sus trincheras movibles y recularon hacia los bosques que había en torno al llano, como si fuesen a abandonar el cerco.

—¡Se marchan, padre! —dijo Damna—. ¿Se habrán dado cuenta de que es vano intentar asaltar este kampong?

—Yáñez —preguntó Tremal-Naik—, ¿habrán derrotado al peregrino y tal vez se haya enviado un correo ordenando a los sitiadores que levanten el bloqueo?

—¿O estarán preparando una nueva emboscada? —aventuró el portugués.

—Pero ¿cómo?

—Pueden pensar que aprovecharemos su retirada para dejar el kampong, y después atacarnos en medio de los bosques con todos sus hombres. No, apreciado Tremal-Naik, no estoy tan loco como para adentrarme en la guarida del lobo. Hasta que averigüemos lo que ha sido del Marianne no

abandonaremos esta factoría, donde podremos defendernos durante bastante tiempo en el caso de que mi tripulación haya sido aniquilada. Coloquemos aquí a un centinela y dejemos de preocuparnos por ahora de lo que hacen esos canallas.

—Señor Yáñez —dijo Damna—, mientras tanto venga a reposar un rato y a desayunar.

Aunque inquietos por la suerte que hubieran podido correr los hombres del Marianne, al no escuchar ya cañoneo alguno bajaron a la sala, donde los sirvientes del kampong habían preparado un abundante almuerzo a la inglesa con carne en fiambre, manteca y té con bizcochos.

Acabado el refrigerio y tras ordenar al mestizo que vigilara desde la torrecilla a los dayakos, realizaron un detenido recorrido por el recinto y los parapetos, con el fin de estar preparados para mantener un sitio prolongado.

Habían pasado tres horas desde que se oyó la explosión cuando Tangusa exclamó a voces desde lo alto de la torrecilla:

—¡A las armas!

Y súbitamente sonaron unos cuantos disparos.

Yáñez y Tremal-Naik se dirigieron rápidamente a la plataforma más elevada del recinto, desde la que se podía observar una gran explanada.

En cuanto llegaron vieron que un reducido grupo de hombres surgía entre la espesura del bosque corriendo y disparando contra los dayakos, que salían de todas partes intentando impedirles el paso.

El hindú y el portugués gritaron:

—¡Son los tigres de Mompracem! ¡Sambigliong!

—¡Las espingardas! ¡Abrid fuego!

—¡Levantad la contrapuerta a nuestros compañeros!

Los tigres que habían oído las voces de Yáñez, al ver a sus compañeros combatiendo contra los sitiadores, se precipitaron hacia las espingardas que protegían el recinto del lado meridional y abrieron fuego. Cuando los dayakos escucharon los estampidos y vieron caer a algunos de los suyos, se dispersaron y se ocultaron velozmente entre la densa vegetación del bosque.

Sambigliong y sus hombres, una vez despejado el camino, avanzaron a la carrera hacia el kampong sin dejar de abrir fuego.

La contrapuerta estaba alzada y algunos de los defensores del kampong se dirigieron hacia ellos para ayudarlos en el caso de que los dayakos reanudaran el ataque y para conducirlos a través del bosque de espinos.

Los supervivientes del Marianne no superaban la media docena. Estaban ennegrecidos por la pólvora, bañados en sudor, con las ropas destrozadas y cubiertas de sangre y los labios llenos de saliva espumosa a causa de la desenfrenada carrera, que debía de haberse prolongado durante tres horas como mínimo. Afortunadamente el correo, que conocía a la perfección el sendero, estaba entre ellos.

—¿Qué ha ocurrido con mi barco? —preguntó Yáñez saliendo rápidamente al encuentro de Sambigliong.

—¡Ha sido volado, capitán! —repuso el contraamaestre con voz ronca.

—¿Por quién?

—¡Por nosotros! No podíamos aguantar más. Eran cientos y cientos los salvajes que nos atacaban. La mayoría de los compañeros habían muerto, y consideré que lo mejor era prender fuego a la pólvora...

—¡Eres un hombre valeroso! —le dijo Yáñez en tono emocionado.

—¡Capitán, vuelven al ataque! ¡Son muy numerosos! ¡Preparaos a resistir!

—¡Ah! ¿Vuelven otra vez? —barbotó Yáñez con terrible entonación—. ¡Vengaremos a nuestros camaradas!

LA PRUEBA DEL FUEGO

Los dayakos surgieron en aquel preciso momento en el bosque, avanzando en frenética carrera en grupos grandes y pequeños, sin la menor organización.

Gritaban igual que fieras, moviendo de una forma absurda sus pesados campilanes de reluciente acero y lanzando al aire disparos de fusil.

Al parecer estaban enfurecidos por no haber conseguido degollar a los últimos defensores del Marianne, que, más astutos que ellos, habían podido ocultarse en la factoría antes de ser apresados.

—¡Voto a Júpiter! —exclamó Yáñez, que los contemplaba atentamente desde la parte superior del recinto—. Esos canallas son muy numerosos, y aunque no estén preparados militarmente van a darnos mucho trabajo.

—Deben de ser más de cuatrocientos —observó Tremal-Naik.

—¡Vaya, vaya! Cuentan con todo un parque de sitio —añadió el portugués al ver salir de entre la maleza un imponente grupo que arrastraba una docena de lilas y un mirim—. ¡Ese miserable peregrino...! Parece ser experto en cuestiones militares, ya que se concentra especialmente en la artillería.

—¡No tienen pinta de buenos artilleros! ¡Se mueven como quintos de tres meses!

—Puedo asegurarle, capitán, que no disparan mal —dijo Sambigliong—. Abrieron fuego contra el Marianne muy atinadamente, enfilándolo de popa a proa.

—¿Habrás sido soldado antes ese maldito peregrino? —murmuró para sí Yáñez—. ¿Quién diablos puede ser tan extraño personaje?

—Yáñez —inquirió Tremal-Naik, mirándolo de una forma muy expresiva—, ¿crees que podremos aguantar mucho tiempo?

—En comparación con ellos estamos bastante escasos de artillería —repuso el portugués—, ya que no contamos con nuestras piezas de caza. Sin embargo, antes que se decidan a lanzarse al ataque nos habrán dado tiempo suficiente para diezmar sus columnas. Habría que asegurarse de que no escaseen

los alimentos ni las municiones.

—Ya te dije que estamos bien provisionados, sobre todo de lo primero. Todos los cobertizos están repletos.

—En tal caso resistiremos perfectamente hasta que regrese Kammamuri. Sandokán no dudará en enviarte más ayuda, sabiendo que estás en peligro. ¿Cuánto habrá tardado en alcanzar la costa?

—Como mínimo una semana.

—Pues ahora debe de estar en Mompracem.

—Eso me imagino, si no es que le han matado los dayakos —replicó Tremal-Naik.

—¡Hum! ¡Atacar a un hombre que va acompañado de un Tigre! Ninguno habrá osado semejante cosa. Dentro de quince días, aproximadamente, podrá estar de regreso. Resistiremos hasta entonces, y mientras intentaremos entretener a los dayakos obligándolos a bailar mediante metralla.

—¿Y si Sandokán no nos enviase ayuda?

—En tal caso, amigo, nos marcharemos —replicó Yáñez con su habitual serenidad.

—¿Con todos esos hombres que nos están cercando?

—Ya veremos si son tan numerosos de aquí a quince días. Porque me imagino que no vamos a cargar las espingardas con patatas, ni los fusiles con huevos de paloma. Acabaremos nuestro recorrido, amigo Tremal-Naik, e intentaremos fortificar los lugares más vulnerables. Debemos aguantar y aguantaremos.

Mientras continuaban su recorrido, los dayakos establecieron sus campamentos en torno a la factoría, fuera del alcance de los tiros de las espingardas, edificando rápidamente con ramas y hojas de plátanos pequeñas chozas para protegerse de los rayos del sol, y sus artilleros construyeron unas cuantas trincheras de tierra y piedra, situando las piezas de artillería de manera que pudieran bombardear la factoría por todas partes.

Los cañones no eran de calibre adecuado para ocasionar destrozos en la sólida empalizada de tejo que rodeaba el recinto, ya que es madera muy fuerte y ofrece una extraordinaria resistencia. No obstante, una vez que Yáñez hubo acabado el recorrido y subió a la torrecilla acompañado de Tremal-Naik y Sambigliong para contemplar mejor el llano, no pudo reprimir un gesto colérico.

—¡El peregrino ese ha tenido que ser militar! —insistió—. A los dayakos jamás se les hubiese ocurrido practicar trincheras ni cavar fosos para protegerse contra los disparos enemigos.

—¿Le distinguís? —inquirió en aquel momento Tremal-Naik.

—¿A quién?

—Al peregrino.

—¡Qué! ¿Se atreve a presentarse?

—Mírale allí, de pie encima de aquel tronco de árbol que han hecho rodar los artilleros hasta colocarlo delante del mirim, con el fin de reforzar la trinchera.

Yáñez examinó atentamente el lugar que le indicaba y extrajo del bolsillo un catalejo, que enfocó en

aquella dirección.

Sobre el tronco se encontraba un hombre de elevada estatura y muy delgado, vestido totalmente de blanco, con alamares de oro, zapatos rojos de punta torcida, de los que usan los borneses opulentos, y la cabeza cubierta con un amplio turbante verde de seda que le caía hasta los ojos.

Su edad parecía oscilar entre los cincuenta y los sesenta años. Tenía un color muy bronceado, pero no tan moreno como el de los malayos y los dayakos, y sus facciones, que Yáñez veía con toda claridad, eran más regulares y perfectas que las de los naturales de las islas de Malasia.

—Parece un árabe o un birmano —comentó Yáñez después de haberlo examinado atentamente—. No es dayako, y menos todavía malayo. ¿De dónde habrá venido ese hombre?

—¿No le habías visto nunca antes? —inquirió Tremal-Naik.

—Cuanto más busco en mi memoria, más seguro estoy de no haber tratado jamás con ese hombre —repuso el portugués.

—Y, no obstante, debemos de haberle visto en algún sitio. Su odio hacia mí, y también hacia vosotros, ya que, según tengo entendido, en cuanto acabe conmigo les tocará el turno a los tigres de Mompracem, debe de estar motivado por algo.

—¡Ah! ¿De manera que también piensa ocuparse de Mompracem? —dijo Yáñez con una sonrisa—. ¡Al parecer no sabe aún de lo que son capaces nuestros tigres! ¡Que intente lanzar sus huestes contra las costas de nuestra isla! ¡Ya verá cuántos dayakos regresan...! ¡Vaya! ¡El baile guerrero! ¡Mala señal!

—¿Qué quieren dar a entender, Yáñez?

—Que se disponen a entrar en combate. Antes de echar mano a los campilanes, los dayakos se exaltan con el baile. Sambigliong, advierte a nuestros hombres que estén preparados y dispón las espingardas en los cuatro ángulos de la construcción a fin de poder dominar todo el horizonte. Cuando avancen los dayakos iniciaremos inmediatamente la defensa.

Un centenar y medio de guerreros, con sendos campilanes en la mano, avanzaron formando cuatro columnas con el grueso de los hombres, y se dirigieron hacia el kampong para continuar la danza.

Cuando hubieron llegado a unos quinientos pasos del recinto, lanzaron un feroz alarido: se trataba de un grito de guerra. Luego formaron cuatro círculos y comenzaron a bailar desordenadamente.

Pusieron las armas en el centro, cruzadas unas sobre otras; al momento, algunos de aquellos salvajes sacaron una especie de morrales, de los que pendían algunas cabezas humanas que parecían haber sido cortadas hacía poco, y las colocaron entre los grupos formados con los campilanes.

Al ver aquellas cabezas, Yáñez no fue capaz de contener un acceso de cólera.

—¡Canallas! —exclamó.

—Perteneían a los tuyos, ¿no es así, mi buen amigo? —inquirió Tremal-Naik.

—¡Sí! —confirmó el portugués—. Han debido de coger los cadáveres arrojados por la explosión al río para quitarles las cabezas. Nosotros no haremos eso, ¡voto a Dios!, pero las cambiaremos por plomo.

—Puesto que se encuentran al alcance de nuestras armas, ¿quieres que lancemos una descarga de metralla?

—Aún no. Dejemos que sean ellos los que disparen el primer tiro.

Mientras, los dayakos proseguían saltando como simios o como beodos en el punto culminante de una borrachera, danzando de una manera terrible, agitando los brazos y haciendo contorsiones al compás de los golpes que varios tamborileros daban con unas mazas en un tronco hueco tapado con piel de tapir.

Los danzarines empezaban bailando con un ritmo suave y muy pronto se ponían a dar grandes saltos, como si frente a ellos tuvieran una hoguera, y finalmente iniciaban una carrera desenfrenada empuñando unos pequeños kris, como si persiguiesen a un supuesto enemigo que huyera.

Aquel baile se prolongó durante más de media hora; al final, los salvajes, rendidos, jadeantes, regresaron a sus respectivos campamentos.

Durante unos minutos imperó en la selva un gran silencio, y de improviso retumbó en la llanura un formidable vocerío emitido por todos los guerreros.

—¿Se preparan para atacarnos? —preguntó Tremal-Naik, dirigiéndose a Yáñez, que de nuevo se puso a mirar por el catalejo.

—No; distingo a un hombre que ha salido del cobertizo del peregrino y que lleva una bandera verde en una lanza.

—¿Cómo? ¿Es que nos envían a un parlamentario?

—Eso es lo que parece —replicó el portugués.

—¿A pedirnos que nos rindamos?

—Seguro que no viene en son de paz.

Un dayako, posiblemente un guerrero notable a juzgar por las enormes plumas que llevaba sobre la cabeza y por la sorprendente cantidad de brazaletes de cobre que le cubrían los brazos y las piernas, había abandonado el campamento acompañado de otro que transportaba uno de aquellos imponentes tamboriles de madera que utilizaban para marcar el ritmo de los danzarines.

—¡Caramba! —exclamó el portugués—. ¡Es un parlamentario con todas las de la ley! La única diferencia estriba en que en vez de con un trompetero viene con un tamborilero. El peregrino ese debe de ser un hombre sumamente civilizado. Bajemos, Tremal-Naik. Veamos qué desea notificarnos el general dayako.

En cuanto abandonaron la torrecilla y entraron en la terraza que había sobre la contrapuerta, llegó el parlamentario diciendo que quería conversar con el propietario blanco.

—Yo no soy el propietario del kampong —adujo el portugués inclinándose por encima del parapeto y examinando con interés al guerrero y al tamborilero.

—Da igual —repuso el parlamentario—. El peregrino de La Meca, el que desciende del gran Profeta, quiere que trate únicamente con el hombre blanco, con el hermano del Tigre de Malasia.

—¡Voto a Júpiter! —exclamó Yáñez soltando una carcajada—. ¡Dos hermanos de diferente color! ¡Ese peregrino ha de ser un memo! —Y dijo en voz más alta—: En tal caso, explicadme qué es lo que desea el descendiente del Profeta.

—Me manda comunicarte que, de momento, os permite conservar la vida a ti y a tus hombres, siempre y cuando le entregues a Tremal-Naik y a su hija.

—¿Y qué piensa hacer con ellos?

—Cortarles la cabeza —replicó ingenuamente el guerrero.

—Pero al menos me explicarás la razón de que quiera cortarles la cabeza.

—Porque así lo desea Alá.

—¡Ah, bien! Entonces contéstale que mi Alá no lo desea, que yo he venido hasta aquí para que se cumplan sus deseos y que estoy decidido a proteger a mis amigos.

—Te digo de nuevo que Alá y el Profeta han decidido la muerte de ese hombre y de la joven.

—¡Pues yo mando al infierno a todos ellos y a ese falso peregrino, que seguramente os ha engañado mediante alguna bebida que os ha obligado a tomar!

—El peregrino es un hombre que ha obrado milagros ante nosotros.

—Pero no ante mí, y por eso, le comunicarás que le reto a que realice alguno ante mí. Mientras no me demuestres lo contrario, le seguiré considerando un farsante que se aprovecha de vuestra credulidad y de vuestros instintos criminales.

—Le comunicaré cuanto me ha dicho el hombre blanco.

—No corras demasiado, no tenemos prisa —dijo Yáñez en tono irónico.

El tamborilero tocó tres veces el pesado tambor, que tenía un sonido similar al de un trueno distante. Tras efectuar aquella operación, ambos salvajes regresaron al campamento, donde los guerreros los aguardaban con impaciencia.

—¡Ese peregrino debe de ser el mayor bribón que se conoce en el mundo! —dijo Yáñez a Tremal-Naik, una vez que los dos parlamentarios se hubieron alejado—. ¿Qué clase de milagros habrá llevado a cabo ese hombre para que los dayakos le consideren casi como a un dios? ¡Me gustaría saberlo!

—Indudablemente algo ha debido de hacer —replicó el hindú—. No hay persona que pueda obtener con tal rapidez el favor de esos salvajes, que siempre desconfían.

—¡Armas, dinero y obras milagrosas! —exclamó Yáñez—. ¡Con esto se domestica hasta a los antropófagos! ¡Y no saber por qué ese hombre nos odia...!

—A mí y a mi hija —aclaró Tremal-Naik.

—Eso de momento. Pero ¿y luego? Por otra parte, yo no confiaría en las promesas de ese farsante. ¡Vaya! ¡Otra vez viene el parlamentario! ¡Ya me empiezan a resultar fastidiosos él y el tamborilero! ¡Si regresa de nuevo, ordeno que disparen contra sus piernas un metrallazo de clavos y balines!

—Hombre blanco —anunció el parlamentario cuando llegó bajo la terraza—, el peregrino me manda notificarte que efectuará ante ti un milagro tan descomunal que hombre alguno pueda realizarlo, mostrándote a ti y a los tuyos que él es invulnerable.

—¿Quiere que haga la prueba de la penetración disparando sobre él una bala de mi carabina? —inquirió Yáñez irónicamente.

—Está dispuesto a efectuar ante ti la prueba del fuego y mostrarte cómo saldrá vivo gracias a la protección celestial de que disfruta. Tan solo pide que le permitas situarse en una zona de terreno próxima al kampong, para que puedas contemplarlo.

—¿Y luego?

—¿No es suficiente?

—Quiero decir qué es lo que piensa hacer después.

—Aguardar tu decisión.

—¿Que ha de ser...?

—Entregarle personalmente al hindú y a su hija, puesto que una vez realizada la prueba no tendrás la menor duda de que es casi un dios, al que nadie puede combatir; ni tú, ni tus hombres y ni siquiera el Tigre de Malasia, a pesar de que asegure que es invencible.

—Ya que el peregrino es tan cortés que nos obsequia con un espectáculo, comunícale que por nuestra parte no tenemos nada que objetar. Al menos nos servirá de entretenimiento.

—¿Piensas, hombre blanco, que el peregrino no pueda superar esa prueba?

—Cuando haya visto el milagro te lo diré.

—Y, en ese caso, ¿te entregarás?

—Eso, de momento, no te lo puedo decir.

—Tus hombres abandonarán al instante las armas y te dejarán.

—Conforme; aguardaré a que os entreguen los fusiles —replicó Yáñez con una sonrisa burlona.

No había pasado aún un cuarto de hora de la vuelta de ambos parlamentarios al campamento cuando Yáñez y Tremal-Naik, que permanecían en la terraza con el objeto de deleitarse con el milagro, observaron dos grupos de dayakos, compuesto cada uno de una quincena de hombres desprovistos de armas, que se aproximaban al kampong llevando enormes cestas llenas de piedras, planas la mayor parte de ellas, que posiblemente habían sido recogidas en el lecho de algún riachuelo.

Detuvieron su avance a cincuenta pasos de la terraza y pusieron las piedras en forma de ara de seis metros de longitud por otros tantos de ancho.

—Están preparando el brasero —indicó Yáñez a Tremal-Naik.

Una vez distribuidos ambos grupos, llegaron otros dos provistos de leña resinosa, que amontonaron encima de las piedras y a la que luego prendieron fuego, dejando que ardiera durante unas dos horas.

Yáñez, Tremal-Naik y todos sus hombres, a excepción de los centinelas, contemplaron pacientemente los preparativos situados debajo de unos árboles, cuyas grandes ramas proporcionaban una sombra muy fresca en la terraza edificada encima del recinto, desde donde los defensores podían disparar a placer.

Los dayakos, que, por lo que podía deducirse, pretendían demostrar al hombre blanco, para ellos una persona superior, los milagros del peregrino, habían ido agrupándose paulatinamente en torno a la hoguera sin que los hombres que defendían el kampong se preocuparan por ellos, ya que todos iban

desarmados.

—He aquí un espectáculo del que nunca hemos disfrutado —dijo Yáñez—, y que no tendrá mayores consecuencias, al menos para mis tigres.

—Y menos todavía para mis malayos y javaneses —agregó Tremal-Naik—. Ya no creen en Alá, como esos necios. ¿Quién habrá instruido a esos salvajes en la religión musulmana?

—Los árabes de otras épocas, amigo —contestó el portugués—. ¿Acaso desconoces que aquellos audaces navegantes descubrieron y exploraron estas tierras cuando aún los europeos ignoraban que existiesen en esta parte de la Tierra las islas de Malasia? Supongo que no sabes de la existencia de un tal Ptolomeo, que vivió hacia el año ciento sesenta y seis antes de Jesucristo. Pero te puedo asegurar que ya en aquel tiempo los árabes conocían muy bien a los malayos: el Aurea Chersonesos, donde señalaban el monte Ofir, no era otro que el Sumatra; Grabadiva, la Java actual; los sátiros son los batías; para ser más exactos, los antropófagos. ¡Eh! ¡Fíjate! ¡El peregrino se aproxima! Ese bribón se dejará quemar las plantas de los pies para que los fanáticos crean que es un semidiós, un ser superior, un auténtico descendiente del gran Profeta. ¡Me sorprende su fuerza de voluntad y su valor!

—¡Voy a acabar con él de un disparo o de un cañonazo! —replicó Tremal-Naik.

—No incurriremos en semejante crimen, amigo mío. Hemos de ser los últimos en contestar a las provocaciones. Nosotros somos seres civilizados.

Un terrible alarido les indicó que el peregrino iba a dejar el campamento para mostrar al hombre blanco y a los suyos que era invulnerable, un ser superior.

Damna, la linda y bella angloindia, se había unido a su padre y a Yáñez. Los tigres de Mompracem se encontraban asimismo en la terraza, con los fusiles apoyados en el parapeto por miedo a que se produjera algún ataque inesperado por parte de aquellos salvajes, en quienes no confiaban lo más mínimo.

El peregrino se dirigía al ara de piedras, transformadas en ascuas tras dos horas de fuego ininterrumpido.

Se había puesto el turbante verde y se tapaba el rostro con un trozo de seda de idéntico color. Vestía una especie de camisa muy ceñida de amarillo nanquín, que le cubría hasta las rodillas, y llevaba los pies desnudos.

—O ese hombre es un gran farsante, o se trata de una auténtica salamandra —comentó Yáñez.

—¿No caminan también los faquires hindúes sobre carbones encendidos, en vez de hacerlo sobre piedras calientes? —adujo Tremal-Naik—. ¿No recuerdas la fiesta de Damna Ragie, cuando conociste a la encantadora Surama, la sobrina del rajá de Gualpara?

—¡Voto a Júpiter! ¡Es cierto, lo recuerdo! —contestó Yáñez.

—En aquella fiesta los fanáticos corrían también por encima de las brasas.

—Sin embargo, salían quemados de aquel infierno, mientras que este endiablado peregrino asegura que caminará sobre esas piedras al rojo vivo sin que le ocurra nada.

—Ya lo comprobaremos, Yáñez, a no ser que se trate de un magnífico faquir.

—¡Ten mucho cuidado, Damna! —advirtió Yáñez, observando que la joven se inclinaba sobre el

parapeto.

—¿Qué es lo que teme, señor Yáñez?

—¡Eh...! Un tiro de fusil se puede escapar en cualquier momento.

—No llevan armas —repuso Damna.

—En apariencia, no. ¡Adelante, señor descendiente de Mahoma! ¡Enseñadnos el milagro!

El extraño enemigo de Tremal-Naik había alcanzado el ara de piedras, que debía de despedir un calor insoportable.

Se concentró un momento con las manos alzadas y miró fijamente hacia oriente, es decir, en dirección al distante sepulcro del Profeta; movió los labios como si orase y, a continuación, se adelantó con determinación, gritando por tres veces de una manera estentórea:

—¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

Con paso firme, indiferente al terrible calor que despedía el ara, con las piernas desnudas al igual que los pies, caminó sobre las ascuas lentamente sin hacer el menor gesto que delatara dolor.

Los dayakos, sorprendidos, entontecidos ante semejante demostración, elevaban los brazos contemplándole con gran admiración.

Para aquellos hombres aquel ser era, indudablemente, un semidiós, un auténtico descendiente del Profeta.

Efectuado el recorrido, el peregrino se detuvo un instante y acto seguido volvió sobre sus propios pasos, siempre sereno, impertérrito, como si en lugar de andar por encima de aquellas piedras sobre las que se podía cocer pan caminara por la hierba de un prado.

—¡Ese ha de ser un hijo del camarada Belcebú! —barbotó Yáñez, que no podía dejar de sentir admiración por el estoicismo de aquel hombre—. ¿Cómo será capaz de aguantar ese calor? Lleva los pies desnudos. Es imposible el engaño.

—¡Ese hombre debe de ser tan insensible como las salamandras! —repuso Tremal-Naik.

Acabada la segunda demostración, el peregrino volvió el semblante tapado con la tela en dirección a Yáñez y le contempló unos segundos; luego se alejó con lentitud encaminándose hacia el cobertizo, mientras los dayakos, dominados por una auténtica exaltación, aullaban hasta volverse roncós:

—¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

Unos minutos después, mientras los salvajes regresaban a sus campamentos y hacían los honores al peregrino, el parlamentario, en unión del tamborilero, apareció por tercera vez bajo la terraza.

—¿Qué es lo que deseas de nuevo, incordio? —inquirió Yáñez.

—Vengo a preguntar si después de la extraordinaria demostración que te ha dado el descendiente del Profeta estás dispuesto a entregarte —comunicó el guerrero.

—¡Ah, es cierto! ¡Había de darte una respuesta! —repuso Yáñez—. Puede notificarle al hijo, sobrino o primo de Mahoma que le agradezco el interesante espectáculo que ha tenido a bien ofrecernos a nosotros, unos pobres descreídos.

A continuación, quitándose con gesto teatral un soberbio anillo que llevaba en uno de los dedos, lo arrojó al sorprendido parlamentario y añadió:

—¡Y esta es su recompensa!

EL ATAQUE AL KAMPONG

En las islas de Malasia, e incluso en algunas de la Polinesia, aún se efectúa la prueba del fuego, si bien no tiene el mismo empleo que tuvo entre nosotros en épocas remotas para demostrar la inocencia de aquel a quien se consideraba reo de homicidio o robo. En Malasia y Polinesia tiene únicamente un fin religioso.

Los sacerdotes son los únicos que en ciertas épocas del año, y con el fin de que los dioses más o menos celestiales les sean favorables, llevan a cabo ese paseo no por encima de tizones ardiendo, como los fanáticos de la India, sino sobre piedras al rojo vivo.

Este ritual tiene lugar casi siempre sobre una reducida calzada hecha con pedruscos que mide, por lo general, tres metros de longitud por medio de ancho.

Los hechiceros encienden el fuego al alborar el día y lo conservan vivo hasta el mediodía. Luego, en compañía de algunos discípulos, apartan las cenizas y los tizones, según pronuncian determinadas palabras rituales, que según ellos son imprescindibles; después golpean con una rama los bordes del brasero y caminan con lentitud por encima de las piedras con los pies descalzos.

No está determinada la longitud de los pasos, pero se supone que deben pisar, como mínimo, tres veces en cada vuelta.

¿Cómo se las componen para aguantar y, lo que es más sorprendente, para salir incólumes de la prueba? ¡Es un misterio!

Achacan su invulnerabilidad al maná, maravilloso y extraño poder que logra que los iniciados puedan caminar sobre las piedras ardientes sin sufrir la menor quemadura. Este poder no se halla representado por símbolo alguno y se puede transmitir de unos a otros únicamente por medio de la palabra.

Sea lo que fuere, lo cierto es que tales sacerdotes abandonan totalmente indemnes la horrible demostración.

Hace años un viajero europeo, el coronel inglés Gudgeon, en unión de algunos amigos suyos, quiso realizar personalmente la prueba cuando se encontraba en una isla del océano Pacífico, con motivo de una ceremonia religiosa. El coronel tenía la certeza de que su intento iba a costarle padecer dolorosas quemaduras. Sin embargo, ¿podéis creerlo?, el valeroso inglés acabó la prueba tan indemne como los sacerdotes. Solamente uno de sus compañeros, aunque también había recibido el maná, es decir, el poder maravilloso que como hemos indicado se transmite por medio de la palabra, sufrió quemaduras bastante graves; pero, según los sacerdotes, la culpa fue suya.

Cometió el error de mirar atrás, algo totalmente prohibido a los que han recibido el maná; una disculpa dada posiblemente por los sacerdotes para salvar la honorabilidad del rito.

¿Cómo pudo llevar a cabo el coronel aquella demostración si incluso una hora después de acabado el ritual las piedras estaban tan ardientes que prendieron fuego al momento en raíces de una madera muy fuerte que allí se arrojaron? El inglés no lo supo explicar.

Contó que había notado en todo el cuerpo y en los pies algo semejante a breves sacudidas eléctricas, pero solamente eso, y que tales sacudidas se prolongaron durante unas siete u ocho horas seguidas. Por el contrario, la piel de los pies no presentaba la menor señal de la más leve quemadura.

En Nueva Zelanda las pruebas del fuego son aún más terroríficas, y se asegura que solo las personas de ciertas familias pertenecientes a determinadas castas tienen el privilegio de poder resistir.

En esa zona el asunto no se reduce a caminar sobre unas cuantas piedras, sino que el recorrido se efectúa en el interior de un horno de forma circular de diez metros de diámetro, en el que hay que permanecer veinte o treinta segundos.

Es tan alta la temperatura en el interior de estos hornos que en una ocasión a cierto viajero que pretendió introducirse se le fundió el recipiente de metal del termómetro y se derramó todo el mercurio. ¡El aparato marcaba doscientos grados!

¿Cómo pueden aguantarlo esos hombres salamandra? Esto es igualmente un misterio. No obstante, resisten y salen indemnes de tan espantosa prueba.

Teniendo esto presente, no debe admirarse uno si también el peregrino de La Meca, que no por ello dejaba de ser un hombre sorprendente, había podido realizar la prueba, aunque más bien con el fin de fanatizar a sus guerreros que con el de impresionar a Yáñez y a los defensores, escépticos en exceso y también irónicos para caer neciamente en la trampa y presentar su cabeza a los campilanes de aquellos salvajes tan sanguinarios.

El desdén que mostró el portugués al peregrino, como si se tratase de un artista o un payaso, debió de provocar la ira, difícilmente contenida hasta el momento, de aquellos cortadores de cabezas.

En efecto; en cuanto el parlamentario regresó al campamento, se oyó un terrible vocerío en torno al kampong; clamor que parecía ocasionado más bien por cien fieras que por seres humanos.

—¡Ya están enfurecidos como si fuesen monos rojos tras haber comido guindilla! —comentó Yáñez riendo—. Vamos a tener guerra a ultranza. ¡Bah! Combatiremos mientras poseamos cartuchos o hasta que no quede con vida un dayako.

Luego, alzando la voz, exclamó:

—¡Muchachos, a vuestros puestos de combate, y matad a todos los que podáis! ¡No debéis olvidar que si caéis en manos de esos brutos, lo mejor que puede aconteceros es que os degüellen con un simple golpe de campilán!

Los tigres de Mompracem, malayos y javaneses, se dirigieron velozmente a ocupar sus puestos de combate, decididos a oponer la más dura resistencia y a gastar hasta el último cartucho, ya que el milagro del peregrino no había hecho el menor efecto en su fidelidad.

Por otra parte, tenían la absoluta certeza de que iban a dar una buena lección a tan indisciplinadas huestes. Protegidos por la muralla de madera de teca, que podía resistir el fuego de los lilas e incluso de los mirimes, y, tratándose todos de expertos tiradores, no sentían temor al asalto, sobre todo bajo el mando de Yáñez, que tenía fama de ser invencible al igual que el Tigre de Malasia.

Además de los tigres de Mompracem, el resto habían sido también piratas, única profesión posible, al menos por aquella época, en esas tierras que, a pesar de sus riquezas naturales, no tenían comercio de ninguna clase.

Con semejantes hombres decididos a vender cara su vida, y sabiendo como sabían que para ellos no habría compasión, los dayakos iban a tropezar con un hueso muy difícil de roer.

Al observar que los atacantes se congregaban en torno a la choza del peregrino, tigres, malayos y javaneses se dieron prisa en ocupar las esquinas del recinto, desde donde podían barrer el llano por medio de las espingardas.

Yáñez y Tremal-Naik, por su parte, permanecieron en la terraza por el lado de la compuerta, ya que tenían la certeza de que los dayakos concentrarían sobre aquel lugar los más duros ataques.

Emplazaron en posición adecuada la espingarda de calibre más grueso del kampong, a cuyo servicio se destinó a seis piratas de Mompracem, y encargaron a Sambigliong que se dirigiese a la torrecilla, que era el lugar mejor situado para dominar por completo el llano.

—Damna —dijo el portugués al observar que los dayakos avanzaban ya en columna de asalto—, este no es tu puesto, a pesar de que ya conozco que sabes usar una carabina como cualquier fusilero de mi barco. De aquí a pocos minutos los lilas y los mirimes de esos canallas lanzarán numerosos proyectiles, y no quiero que te espongas a tal peligro.

—¿Creéis que el peregrino enviará a sus hombres al asalto? —preguntó la muchacha.

—Sí, ya que en este mundo hay hombres que no saben mostrarse agradecidos.

—No le comprendo, señor Yáñez.

—He pagado a ese hombre por el espectáculo que nos ha ofrecido con un anillo que en poder de un judío tendría posiblemente un valor de mil florines, y ya vemos lo que sucede: ese bribón me paga con un ataque con arma blanca. ¿Merece la pena ser generoso en este perro mundo? De haber hecho tal regalo a un payaso o a un histrión de mi tierra, tengo la certeza de que me hubiera llevado a cuestras hasta España, cruzando si fuera necesario la sierra del Guadarrama. ¡Qué mundo tan ruin...!

—¡Ah, señor Yáñez! —comentó Damna riendo—. ¡Aunque se encuentre usted al borde de la muerte, no dejará nunca de bromear!

—¿Te produce risa? —dijo el portugués—. ¡Eres digna de tu casta, niña!

—Con usted y con sus tigres no me amedrentan los dayakos.

Un disparo de cañón interrumpió aquella charla. Los atacantes acababan de descargar un mirim.

El proyectil pasó silbando por encima del recinto y explotó en la otra parte del kampong, sin ocasionar el menor destrozo.

—Hay que apuntar mejor, queridos míos, o no haréis nada de provecho —observó Yáñez.

—¡Rápido, Damna, márchate de aquí! —ordenó Tremal-Naik—. ¡Las balas no respetan a nadie!

—Ni tan siquiera a las niñas bonitas —añadió Yáñez.

—¿Voy a estar cruzada de brazos mientras vosotros andáis escasos de hombres? —inquirió Damna.

—Si necesitamos una tiradora, te llamaremos —repuso Tremal-Naik—. Enciértrate en la habitación baja del bungalow. Allí estarás totalmente a salvo.

En aquel instante se escucharon cuatro disparos consecutivos. Los lilas, tras la descarga del mirim, habían lanzado sus proyectiles contra las tablas del recinto.

—¡Vete! —insistió Tremal-Naik—. ¡No voy a poder combatir con tranquilidad si te veo expuesta a los disparos de la artillería! Procura que no se apaguen los hornos de las cocinas.

—¿Los hornos? —inquirió Yáñez mientras Damna, después de haber besado a su padre, bajaba a la carrera la escalera—. ¿Piensas ofrecer un banquete a los sitiadores?

—Sí; aunque ya verás de qué tipo —repuso el hindú—. Un auténtico plato infernal que los hará aullar como endemoniados. ¡Fíjate, ya avanzan! ¡Ponte tú en la espingarda, Yáñez, ya que eres un soberbio artillero!

—Y los ametrallaré con toda mi pericia —contestó el portugués arrojando el cigarro y dirigiéndose al cañón, cuya boca se hallaba orientada en dirección al llano.

Los dayakos, por orden del peregrino, habían constituido cuatro columnas de asalto, cada una de ellas compuesta de unos setenta u ochenta hombres, que avanzaban hacia el kampong protegidos con sus grandes escudos hechos con piel de tapir o de búfalo y armados solamente con los campilanes. Una quinta columna, formada únicamente por fusileros, se había diseminado por la llanura a modo de línea ofensiva para apoyar el ataque conjunto de los lilas y los mirimes.

—El peregrino ha debido de ser militar —observó de nuevo Yáñez—. Pero tengo mis dudas sobre lo acertado de su táctica. En cuanto los dayakos se lancen al asalto, desharán las filas. No creo que esos salvajes hayan podido asimilar en tan poco tiempo la disciplina militar. ¡Adelante con el concierto!

Los sitiadores comenzaron un intenso tiroteo. Los cañonazos se alternaban con nutridas descargas de fusilería, aunque sin obtener grandes resultados, ya que los sólidos tablones de madera de teca del recinto resistían firmemente. Además, los defensores del kampong se encontraban muy bien protegidos tras los parapetos.

Asimismo, los árboles espinosos que cubrían todo el perímetro eran muy frondosos, lo que impedía que los sitiadores que hacían uso de los fusiles pudieran afinar la puntería.

La espingarda situada en la planta del alminar abrió fuego por primera vez contra la columna que avanzaba hacia el lugar donde se encontraba la contrapuerta, y el proyectil de grueso calibre lanzado por Sambigliong, que era un excelente artillero, no fue disparado en balde.

—¡Se acaba de derramar la primera gota de sangre! —exclamó Yáñez—. ¡Esperemos que se transforme en un río!

Los tigres de Mompracem encargados de las espingardas abrían fuego desde las esquinas del kampong con un atronador estampido.

Como aquellas pequeñas bocas de fuego no podían contrarrestar los disparos de los lilas y especialmente de los mirimes, arrojaban proyectiles de una libra de peso contra las columnas que marchaban al ataque, entre las que causaban grandes estragos.

Las carabinas hindúes de largo alcance empleadas por los malayos y javaneses apoyaban firmemente el fuego de las espingardas, poniendo a dura prueba el valor de los atacantes.

Yáñez no desaprovechaba el tiempo. Cada disparo de carabina que efectuaba era un hombre que caía a tierra. A continuación, en cuanto la espingarda estaba cargada se dirigía hacia ella y, apuntando a la columna que avanzaba hacia la contrapuerta, disparaba haciendo blancos tan sorprendentemente precisos que dejaban maravillado al propio Tremal-Naik y hacían prorrumpir en gritos de júbilo a los malayos y javaneses del kampong.

Los dayakos, que en realidad no estaban muy bien cubiertos ni por los artilleros, que eran muy malos tiradores, ni por los fusileros, más expertos en disparar flechas que balas, intentaban acelerar el paso alentándose por medio de fieros gritos y protegiéndose lo mejor que podían con sus escudos, como si estos los pudieran salvaguardar de las carabinas hindúes. El fuego que se abría desde el kampong ocasionaba grandes estragos entre sus filas. Pero aunque las columnas sufrían terribles pérdidas, no por ello se desbarataban.

—¡Adelante! —exclamaba Yáñez, que ni tan siquiera se preocupaba de parapetarse—. ¡Apuntad certeramente y acabaremos con ellos! ¡Disparadles metralla a las piernas!

Y el tiroteo aumentaba en intensidad, cubriendo a las hordas con un torrente de plomo, hierro y clavos.

Tigres de Mompracem malayos y javaneses competían en valentía y audacia, decididos a no permitir que los dayakos alcanzaran la parte baja del recinto ni lo tomaran por asalto.

Eran sobre todo las espingardas las que ocasionaban una verdadera carnicería, derribando a numerosos hombres a cada descarga de metralla que efectuaban. Aunque no producían heridas mortales, destrozaban las piernas de los salvajes y los dejaban fuera de combate.

A pesar de las grandes pérdidas, los tenaces salvajes no desistían de su empeño. Al contrario, con un último esfuerzo alcanzaron a toda prisa la zona cubierta de árboles y se precipitaron audazmente entre los espinos, donde interrumpieron su avance para descansar un instante antes de lanzarse al último ataque.

—¡Son auténtica carne de cañón! —comentó Yáñez, cuya frente se hallaba ensombrecida—. ¡No podía imaginar que fuesen a llegar tan cerca! Es cierto que aún no están en el recinto, y que si ahora las espingardas no sirven para nada, aún pueden abrir fuego las carabinas y las pistolas.

—No te preocupes, compañero —dijo Tremal-Naik—. Les he reservado una sorpresa que les ocasionará en la piel más efecto que los clavos.

—Pero ya se encuentran aquí abajo...

—¡Deja que se acerquen! Las empalizadas son altas y las tablas de teca lo suficientemente sólidas para que sus campilanes se mellen sin que puedan arrancar una simple astilla.

—Me preocupa el fuego de sus cañones.

—¡Disparan tan pésimamente...!

—Pero ¿qué están haciendo? No los oigo.

—Prosiguen su avance deslizándose bajo los espinos.

—¿Está asegurada debidamente la contrapuerta?

—He ordenado que coloquen las clavijas de hierro y nadie podrá levantarla. ¡Míralos allí!

Mientras los lilas y los mirimes proseguían disparando, abriendo a lo largo del recinto pequeños boquetes, por los que apenas podía introducirse una mano, y los fusileros avanzaban en cadena, echándose a tierra y ocultándose tras las pequeñas sinuosidades del terreno y de los troncos cortados para eludir el fuego de la espingarda de la torrecilla, que no había dejado de abrir fuego, los atacantes se adentraban por entre las plantas espinosas.

Iban casi desnudos y, como la vegetación y los arbustos estaban provistos de terribles y aguzadas puntas, la empresa no resultaba sencilla, como demostraban los aullidos de dolor que proferían los sitiadores.

—Se están despellejando las carnes —adujo Yáñez, que inclinado por encima del parapeto los vigilaba por entre la abertura que formaban un par de sacos de arena situados delante de la espingarda—. Las espinas pinchan, ¿no es cierto, queridos míos?

—¡Y, no obstante, esos demonios consiguen pasar! ¡Ahí está el primero, traspasando la línea del recinto!

—¡Y que no podrá notificar a sus camaradas si es o no resistente! —añadió el portugués.

Apuntó con la carabina y abrió fuego sin mirar. El dayako, que muy probablemente salía con bastantes desgarraduras de aquella tremenda barrera, se levantó súbitamente sobre las rodillas, adelantó los dos brazos a la vez y cayó lanzando un grito ronco, con la cabeza destrozada por la bala.

—¡Disparad hacia la maleza! —exclamó Yáñez—. ¡Están dentro de ella!

A continuación dio la vuelta a la espingarda sobre el perno y, bajando el cañón cuanto le fue posible, disparó una ráfaga de metralla, en tanto que los tigres de Mompracem, los malayos y los javaneses volvían a iniciar el tiroteo, que destrozaba tanto hombres como árboles. Alaridos espantosos se alzaron de entre la espesura, prueba evidente de que no todos los disparos habían sido desaprovechados. Inmediatamente un alud de hombres se precipitó hacia la contrapuerta, asestando contra ella golpes de campilanes, mientras los lilas y los mirimes intensificaban sus cañonazos, cuyo objetivo era arrojar sus proyectiles sobre la terraza para desalojar a los defensores.

Tremal-Naik lanzó un silbido. De repente, salieron de la cocina ocho hombres con grandes calderos, de los que surgía un humo acre y espeso.

A toda velocidad ascendieron las escaleras y pusieron los calderos en la zona de la terraza que daba a la contrapuerta.

—¡Voto a Júpiter! —barbotó Yáñez al verse envuelto en aquel humo que le ocasionaba una fuerte tos—. ¿Qué traéis en esos calderos?

—Yáñez —exclamó Tremal-Naik—, será mejor que dejes el puesto a esos hombres.

—¡Pero aquellos empiezan ya a trepar...!

—¡El caucho hirviente los hará bajar de nuevo!

Los ocho hombres, provistos de recipientes de barro y cucharones de largo mango, empezaron a derramar el líquido humeante que había en el interior de los calderos.

Alaridos tremendos, terribles, desgarradores, se escucharon al momento en la zona baja del recinto. Los dayakos, bestialmente abrasados por el hirviente caucho que se les vertía, sin economizarlo en lo

más mínimo, desde la parte superior del parapeto, surgieron enloquecidos de entre los espinos y huyeron desesperadamente.

Seis de los dayakos que acababan de recibir los primeros cucharones del espantoso líquido quedaron allí ante la contrapuerta, agitándose desesperadamente y gritando de una manera terrible como lobos atacados por la rabia.

—¡Voto a Júpiter! —exclamó Yáñez con un gesto horrorizado—. ¡Este indio ha tenido una dichosa idea! ¡Esos pobres diablos se están asando vivos!

Los dayakos se daban a la fuga en todas direcciones, ya que también desde las restantes terrazas se había comenzado a verter el líquido sobre todos aquellos que pretendían trepar por el recinto.

El vivísimo fuego de las espingardas y de las carabinas acabó por precipitar la derrota de los sitiadores, que ahora solo pensaban en ponerse fuera del alcance de las armas de fuego de los combatientes del kampong, y huían para buscar el cobijo de sus campamentos.

Los fusileros trataron inútilmente de auxiliar a las columnas asaltantes en su frenética retirada. Una ráfaga de metralla arrojada por todas las espingardas los forzó a seguir a los que huían.

Dos minutos más tarde no quedaban en torno al kampong más que los muertos y algún herido a punto de exhalar el último suspiro.

EL RETORNO DE KAMMAMURI

Una vez que comprobaron los dayakos que no resultaba sencillo conquistar el kampong al asalto, especialmente después de la terrible experiencia que habían sufrido y que les había ocasionado muy numerosas bajas, consideraron que lo mejor era establecer un sitio en toda regla, confiando en que los defensores hubiesen de rendirse acuciados por el hambre.

Practicaron en torno a la llanura cuatro campos atrincherados en prevención de una posible salida.

Además, avanzaron la artillería, excavando para tal fin un par de trincheras paralelas desde las que hostigaron a los defensores del kampong con un incesante cañoneo, que, si bien no ocasionaba gran daño, obligaba a Yáñez, a Tremal-Naik y a sus hombres a estar continuamente prevenidos por miedo a que fuera el principio de un nuevo ataque.

Ya habían pasado cinco días desde el primer intento de asalto sin que ciertamente hubiese acontecido otra cosa que un considerable derroche de municiones por parte de los dayakos y un exceso de ruido. Lo único que lograron fue destruir la torrecilla, demasiado expuesta al fuego, que fue derrumbándose paulatinamente y obligó a los sitiados a retirar la espingarda y dejar aquel puesto.

Yáñez empezaba a sentirse aburrido. Hombre activo y aventurero, a pesar de su aparente serenidad, veía que el asunto iba a prolongarse demasiado y los cigarros que fumaba en abundante cantidad no bastaban para calmar su ansiedad.

En el kampong no escaseaba nada. Los almacenes se hallaban llenos y los cobertizos repletos de gabá, el estupendo arroz que cultivan los javaneses y que es de mucha mejor calidad que el de Rangún.

En los recintos o corrales interiores picoteaban numerosas gallinas salvajes, dispuestas a dejarse cortar el cuello sin la menor oposición para aplacar el apetito de los sitiados. Las frutas eran abundantes y en las bodegas había grandes vasijas de arcilla llenas de bram, licor de muchos grados que se elabora con arroz fermentado, azúcar y el jugo de diversas palmas. ¿Qué más había? En las horas más calurosas del día, los defensores del kampong podían calmar la sed con magnífica kalapa, bebida refrescante que contienen los cocos, ya que en la granja había infinidad de cocoteros, y fumar ilimitadamente los exquisitos cortados, esos perfumados cigarros de Manila, y los rorok javaneses, cigarros enrollados en hoja seca de nipa, muy agradable al paladar.

—¿Qué es lo que te falta, compañero? —preguntó el hindú a Yáñez al declinar la tarde del quinto día, notándole más abatido que nunca—. Pienso que no debe existir otra guarnición sitiada que disfrute de tal abundancia.

—¡Esta tranquilidad es desesperante...! —repuso el portugués.

—¡La llamas tranquilidad...! ¡Si los cañones enemigos no dejan de disparar de la mañana a la noche...!

—Para no ocasionar más que agujeros en los tablones, que jamás hicieron mal a nadie y ni siquiera protestan.

—¿Preferirías que los proyectiles atravesaran a nuestra gente?

—Tienes respuestas para todo, apreciado Tremal-Naik. Pero, no obstante, me gustaría irme de este lugar.

—No hay más que levantar la contrapuerta. Pero yo, en tu caso, preferiría pasear en torno al bungalow —replicó soltando una risa el hindú—. Tu preocupación se debe a la falta de noticias de Sandokán.

—Eso también es cierto. Quisiera saber cómo marchan los asuntos en Mompracem y estoy deseando que vuelva Kammamuri.

—Debes darle tiempo.

—Ya debería haber regresado.

—No son ciertamente muy seguras las tierras que debe atravesar para alcanzar la costa, amigo Yáñez, y no sería muy raro que hubiese encontrado muchos obstáculos en su camino. Vayamos a la terraza de la contrapuerta para dar una ojeada a los sitiadores antes de que se ponga el sol.

Abandonaron la salita donde acababan de terminar la cena junto a Damna y se encaminaron hacia el recinto.

Esa noche estaban de guardia los javaneses, que comían con magnífico apetito, a horcajadas en los parapetos, sus extraños guisos.

Sin preocuparse lo más mínimo de los proyectiles del adversario que de vez en cuando penetraban en los tablones, algunos de ellos devoraban el panciang, guiso de mal olor preparado con pequeños cangrejos y pescaditos conservados en recipientes de barro, donde se dejaban fermentar hasta pudrirse; otros se solazaban con el ud-ang, pasta elaborada con crustáceos secados al sol y convertidos luego en polvo, y algunos engullían el laron, que es una pasta amasada con larvas de determinados gusanos de agua, plato selecto y sabrosísimo para el paladar de los naturales de Java y Malasia.

Al parecer ni el asedio ni el duro trabajo que debían soportar habían hecho disminuir el apetito de aquellos bravos hombres, que seguían masticando sin cesar el siri y el betel, cuyo abuso había dejado sus dientes tan ennegrecidos como semillas de girasol.

Nada más llegar al parapeto, Yáñez y Tremal-Naik vieron que había movimiento en el campamento de los dayakos. Los jefes habían congregado a su alrededor sus numerosos guerreros y parecían estar dirigiéndoles arengas vibrantes, a juzgar por la manera enérgica con que agitaban los brazos, mientras en otros lugares realizaban los bailes guerreros del campilán y del kris. El sol estaba desapareciendo en aquel instante tras grandes nubarrones de contornos cárdenos que parecían saturados de electricidad.

—¿Un asalto y una tormenta? —se dijo Yáñez aspirando la sequedad del aire—. ¿Qué opinas, Tremal-Naik?

—Esta noche vamos a tener tempestad —repuso el hindú contemplando asimismo la enorme nube que iba agrandándose cada vez más.

—Acompañada de fuego celestial y terrestre. Tengo la certeza de que los dayakos están hartos de bombardear en vano nuestros recintos y aprovecharán la tormenta para iniciar el asalto.

—Y no está mal pensado. Se dispara con escaso tino cuando el agua azota el rostro.

—Establezcámonos en las terrazas, Tremal-Naik. Nuestra gente puede levantar en media hora los cobertizos precisos para resguardar al menos del agua a los artilleros. ¡Voto a Júpiter! ¿De verdad piensan asaltar el recinto esta noche?

—No creo que puedan hacerlo mientras dispongamos de caucho.

—Ordena que llenen todas las calderas disponibles.

—Ahora mismo iba a hacerlo —replicó el indio bajando a toda prisa.

Se disponía Yáñez a dirigirse a la esquina del recinto en la que se había emplazado una espingarda cuando de improviso cruzó silbando ante él una flecha, arrojada seguramente por un sumpitan o cerbatana, y fue a empotrarse en uno de los postes que servían de base a la terraza.

—¡Ah, traidores! —bramó Yáñez precipitándose hacia el parapeto con una pistola en la mano.

Miró en dirección a los arbustos espinosos, mientras Sambigliong, que estaba colocando la espingarda en posición de disparar, había advertido el peligro que amenazaba al portugués y corría ya provisto de una carabina. No se agitaba ni una rama, ni rumor alguno alteraba el silencio que había bajo los árboles que rodeaban el recinto.

—¿Ha podido ver a ese tunante, capitán? —preguntó el contramaestre.

—Ha debido de esfumarse —repuso Yáñez.

—Tal vez la flecha estuviera emponzoñada con el jugo del upas.

—¡Comprobémoslo! —decidió el portugués encaminándose hacia el poste.

De improviso lanzó una exclamación de asombro.

En el extremo de la flecha, cuya caña o asta era muy sólida, había visto una cosa blanca, como si se tratase de un trozo de papel enrollado al poste.

—¡Vaya! ¡En tal caso no se trata de un intento de asesinato perpetrado contra mi muy honorable personalidad!

Arrancó el dardo, cuya punta, hecha con una afiladísima espina, se había clavado profundamente en la madera, y cortó el hilo que ataba la carta al asta.

—Señor Yáñez —preguntó Sambigliong—, ¿utilizan ahora los dayakos flechas para mandar las cartas a su destino? Debe de tratarse de un nuevo tipo de servicio postal.

—¿Qué pasa? —preguntó en aquel instante Tremal-Naik, que acababa de dar las órdenes y regresaba en compañía de Damna.

—Un cartero misterioso que me remite esta carta en la punta de una flecha —informó Yáñez—. ¿Será una nota intimándonos a la rendición?

Desenrolló cuidadosamente el papel, que estaba cubierto de grandes caracteres, y lanzó una jubilosa exclamación:

—¡Kammamuri!

—¡Mi maharato! —exclamó Tremal-Naik—. ¡Lee, Yáñez, lee!

Desde esta mañana me encuentro por las proximidades del campo —escribía en inglés el maharato—, y esta noche intentaré penetrar en la factoría con la ayuda de un antiguo criado que ahora se halla entre los insurrectos. Dejad suspendida una cuerda en la esquina de la parte sur, y disponeos a la defensa. Los dayakos se preparan para el ataque.

KAMMAMURI

—¡Ya se encuentra aquí ese bravo maharato! —exclamó Tremal-Naik—. Ha debido de tragarse el camino para estar tan pronto de vuelta.

—¿Estará solo? —preguntó Damna.

—Si con él hubiera tigres de Mompracem, lo hubiese notificado —observó Yáñez.

—Al menos estará con el tigre... —adujo Tremal-Naik.

—Si no lo han matado... —contestó Yáñez.

—¿Quién será ese antiguo criado que le ayuda?

—Entre los insurrectos debe de haber varios —repuso Tremal-Naik—. Había unos veinte dayakos sirviéndome, y en cuanto apareció el peregrino se marcharon todos.

—Señor Yáñez —anunció Sambigliong—, esta noche me encontraré en la esquina que mira hacia el sur.

—Tú eres más imprescindible aquí que en ese punto —objetó el portugués—. ¿No has oído que los dayakos se preparan para el ataque? Mandaremos a Tangusa y al piloto. Y ahora, compañeros, dispongámonos a rechazar el segundo asalto, que posiblemente va a ser más terrible que el primero, y no debéis olvidar que si los dayakos consiguen entrar nuestras cabezas irán a engrosar sus colecciones.

Ya había caído la noche, lóbrega, que no presagiaba nada bueno. Negros nubarrones habían cubierto todo el firmamento, tapando totalmente las estrellas; en dirección al sur se veían relámpagos.

Imperaba una agobiante calma en la llanura y en el bosque. El aire resultaba tan sofocante que la respiración se tornaba jadeante, y tan saturada estaba la atmósfera de electricidad que toda la gente del kampong se sentía inquieta y molesta.

En los campamentos dayakos la oscuridad era total y tampoco en aquella zona se percibía el menor rumor. Los lilas y los mirimes hacía ya varias horas que no abrían fuego.

Los sitiados, una vez que hubieron acabado de levantar los cobertizos para cubrir las espingardas, se habían tumbado en el parapeto de la terraza, prestando oído atentamente y con las carabinas preparadas.

Yáñez, Tremal-Naik y unos doce tigres vigilaban desde la compuerta, donde había sido emplazada la espingarda que fuera trasladada desde el alminar. Los dos hombres estaban un tanto nerviosos e inquietos. El silencio de los campamentos dayakos producía en ellos mayor ansiedad que el más incesante de los tiroteos.

—Preferiría un ataque encarnizado a esta tranquilidad —comentó Yáñez, que fumaba con rabiosas chupadas, mordiendo la punta del cigarro—. ¿Avanzarán reptando como serpientes?

—Es posible —convino Tremal-Naik—. No los veremos levantarse hasta que hayan salvado el llano y se hallen juntos bajo los espinos.

—Seguramente esperan a que empiece la tormenta para que el fuego de nuestras carabinas no sea tan certero. Cuando en estas regiones comienza a llover, es un auténtico diluvio.

—El caucho los apaciguará y reemplazará los proyectiles. Todos los recipientes disponibles están puestos al fuego.

Mientras tanto se fraguaba el huracán. Algunas ráfagas de viento llegaban ya y hacían inclinarse las copas de los resinosos árboles; en dirección sur se veían truenos y relámpagos. La fuerte voz de la tormenta acababa de dar la orden de ataque.

De improviso un vivo relámpago, como una grandiosa cimitarra, segó en dos los imponentes nubarrones repletos de agua. Al momento se oyó un horroroso estruendo. Parecía como si allá, en el firmamento, hubiese comenzado un combate entre grandes cañones de marina y que carros cargados con planchas y barras de hierro corriesen enloquecidos sobre puentes metálicos.

Aquel estruendo se prolongó durante un par o tres de minutos, con gran acompañamiento de relámpagos; inmediatamente se abrieron las cataratas del cielo y una tremenda tromba de agua se abatió sobre la llanura.

Casi en aquel preciso instante pudo oírse gritar a los centinelas situados en las esquinas de los recintos:

—¡Todos a las armas! ¡Se acerca el enemigo!

Yáñez y Tremal-Naik, que se hallaban recostados debajo del parapeto, se incorporaron de un salto.

—¡A las espingardas! —gritó con voz enérgica el portugués.

Al resplandor de la intensísima luz del incesante relampagueo, con continuo acompañamiento de imponentes truenos, se veía a los dayakos cruzar en veloz carrera la llanura en grupos más o menos numerosos, con sus enormes escudos alzados para protegerse de la lluvia torrencial.

Parecían demonios arrojados por el infierno. La imagen resultaba completa al ser contemplados bajo

el resplandor rojizo, lívido o violáceo de los relámpagos.

Las espingardas, que en previsión fueron resguardadas por medio de los cobertizos, habían empezado a disparar de una manera muy intensa, abatiendo las copas de los arbustos espinosos antes de que la metralla cayese sobre la llanura.

Los malayos, los javaneses y los piratas que no servían en los cañones disparaban asimismo como mejor podían, apoyados totalmente en los parapetos. Pero el agua que caía era tan abundante que casi siempre los tiros de las carabinas se perdían en el vacío.

La tempestad hacía muy dificultosa la defensa con las armas de fuego y no había indicios de que fuese a amainar. Aunque no parecía fácil que fuera a durar mucho rato: las trombas que se originan en esa zona revisten una intensidad horrible, difícilmente imaginable, pero por lo general no duran más de media hora.

Hay huracanes que no duran más que unos breves minutos. Pero ¡qué violencia la suya en tan escaso tiempo...! Es algo así como si el universo se viniese abajo, o como si todo resultase devorado por un pavoroso incendio a pesar del agua que cae del cielo.

La nube negra parecía que se hubiera transformado en una masa de fuego y que todos los vientos se centrasen encima del llano, extendiéndose en torno del kampong.

Los árboles se doblaban como si fueran hierbajos; los corpulentos durianes, que parecían poder afrontar las más terribles catástrofes, se desplomaban arrancados de golpe por aquellas irresistibles ráfagas; las ramas de los imponentes pombos eran desgajadas con extrema violencia; las grandes hojas de las palmas y de los plátanos surcaban los aires como horrendos pájaros.

Agua, fuego y viento se entremezclaban, compitiendo en violencia, mientras allá arriba, en la cúspide de la cúpula llameante, se ahogaban totalmente los estallidos de los mirimes, lilas y espingardas. A pesar de verse deslumbrados por los relámpagos y medio ahogados por los descomunales chorros de agua que se les venían encima, los defensores del kampong no se desalentaban y mantenían en todo momento un fuego intensísimo, ametrallando a las salvajes huestes que proseguían su avance uniendo sus gritos al estampido de los truenos.

—¡No os detengáis! ¡No dejéis de disparar! —exclamaban de continuo Yáñez y Tremal-Naik, que se encontraban debajo del cobertizo que resguardaba la espingarda de la contrapuerta.

Los dayakos, que no sufrían grandes pérdidas ya que no avanzaban en columna, pronto lograron alcanzar las plantas espinosas, que se empezaron a cortar frenéticamente con sus grandes machetes para abrirse un camino que les diera libre acceso al asalto del kampong.

Todas sus tentativas se dirigieron hacia la compuerta. Aquel era el punto más fuerte del kampong, pero también el que presentaba mayores posibilidades de permitir la invasión de la factoría.

Varios grupos se habían provisto de sólidos y grandes pilotes para emplearlos como arietes.

Al advertir Yáñez y Tremal-Naik que iban a jugar su última baza, llamaron a todos los criados del kampong con los calderos llenos de caucho. De nuevo aquel líquido terrible podría darles muchísimos más resultados que las armas de fuego.

Los dayakos, que segaban con toda rapidez los árboles espinosos, estaban ya muy cerca. Un grupo, tras haber practicado un amplio camino, alcanzó la parte inferior del recinto y atacó con decisión la

compuerta, golpeándola de una manera espantosa con un tronco de árbol aferrado por treinta o cuarenta brazos.

Una lluvia de caucho fue vertida sobre sus cabezas, abrasándoles al mismo tiempo el pelo y el cuero cabelludo y haciéndoles retirarse a la carrera y desistir del asalto.

No fue mejor la suerte de otro grupo que pretendió reemplazar al primero. Pero ya se aproximaba el grueso de las fuerzas, que ni la metralla conseguía contener. Doscientos o trescientos hombres, enfurecidos ante la tenaz resistencia que ofrecían los defensores del kampong, se abalanzaron sobre el recinto, adosando a los parapetos gruesas cañas de bambú para trepar hasta las terrazas. Al escuchar los gritos de Yáñez y de Tremal-Naik, toda la gente del kampong acudió hacia aquel lugar, y solo quedaron algunos artilleros en las espingardas. Habían abandonado las carabinas, que ya prácticamente resultaban innecesarias con aquella tormenta incesante, y empuñaban los parangs, armas no menos pesadas y cortantes que los campilanes de los dayakos. A pesar de los abundantes chorros del terrorífico líquido, los atacantes trepaban osadamente con una frenética desesperación, al tiempo que lanzaban grandes alaridos.

Los primeros que alcanzaron los parapetos fueron a parar inmediatamente al foso, con las manos cortadas y la cabeza destrozada. Pero acudieron otros, que asestaban tremendos tajos con los campilanes a fin de hacer retroceder a los defensores y avanzar en su camino.

Subían igual que monos por los bambúes, o brincaban unos encima de otros formando pirámides humanas que ni el ardiente caucho que se vertía sobre ellos lograba desbaratar.

Al sentir las quemaduras, los dayakos emitían tremendos alaridos; se les caía a tiras la humeante piel y, no obstante, aquellos fanáticos, excitados por las voces del peregrino que sonaban tras las plantas espinosas, aguantaban con una obstinación que hacía palidecer a Yáñez, el cual empezaba a desconfiar del éxito. Los sitiados, en especial los tigres de Malasia, no mostraban menor obstinación ni menos bravura que los atacantes. Con los parangs manejados por sus robustos brazos, cortaban y mutilaban de una forma espantosa a todos los que lograban alcanzar los parapetos.

Mientras los dayakos gritaban, al igual que los fanáticos mahometanos de la arenosa Arabia, «¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!», los piratas de Yáñez replicaban con no menos ardor: «¡Viva Mompracem! ¡Paso a los tigres del archipiélago!».

La sangre corría a raudales. La empalizada del recinto chorreaba y las terrazas adquirían un tinte rojizo. Por ambos bandos se combatía con igual violencia, en tanto que el huracán, bramando sin cesar, iluminaba con los relámpagos a los combatientes para que pudieran enfrentarse mejor.

La obstinación y la bravura de los dayakos lograban muy escasos resultados. En tres ocasiones los guerreros del peregrino, arrostrándolo todo —el cañoneo de las espingardas, que los cogía de lado y causaba estragos entre ellos, los chorros de caucho hirviendo y los parangs que los mutilaban—, intentaron tomar el kampong al asalto, y en las tres ocasiones volvieron a caer en los fosos, repletos ya de muertos y de heridos.

—¡Un esfuerzo más! —exclamó Yáñez al ver que los atacantes comenzaban a vacilar—. ¡Un nuevo esfuerzo y daremos cuenta de esos obstinados!

Las espingardas intensificaron sus descargas y los malayos y los javaneses, tras un instante de respiro, reanudaron la tarea de cortar carne viva mientras los sirvientes del kampong vertían los últimos

recipientes de caucho.

El ataque ya no era tan violento. Los dayakos atacaron por cuarta vez, pero sin la energía y el fanatismo anteriores; su moral era más escasa.

El espanto anidaba ya en ellos. Ya ni siquiera nombraban a Alá.

No obstante, su última tentativa no resultó menos peligrosa que las otras. Aún eran muy numerosos, mientras que los sitiados habían disminuido en gran manera, expuestos como estaban al tiroteo de algunos fusileros escondidos bajo los árboles.

Además, comenzaban a estar agotados. Las grandes hojas de acero gravitaban en las manos de los malayos y de los javaneses, e incluso en las de los tigres de Mompracem con bastante pesadez.

Los degolladores subieron de nuevo, mientras en los fosos sus camaradas, realizando un último esfuerzo, intentaban abrir un boquete en la contrapuerta, dando golpes con un tronco contra los tablones. ¡Ay de los defensores si se hubiesen desanimado...! ¡Todo habría terminado para ellos, incluyendo a la linda Damna!

Yáñez, con la espingarda emplazada de manera que barriera el parapeto, ordenó a sus hombres, que se disponían a embestir a los atacantes que empezaban ya a saltar sobre la terraza:

—¡Retiraos atrás un momento!

Disparó, y la metralla barrió desde una esquina a la otra del recinto todo el parapeto, matando e hiriendo a cuantos atacantes se hallaban allí.

A la vez, los criados derramaban todos los calderos que todavía estaban llenos encima de los que golpeaban la contrapuerta.

Apenas se hubo desvanecido el humo, pudo verse un magnífico tigre abalanzarse sobre el parapeto lanzando un fiero rugido y atacar a un dayako que por azar había quedado con vida, al que le hundió sus colmillos en la cabeza.

Al distinguir a la terrible fiera, que los continuos relámpagos hacían tan visible como si fuese de día, un indecible espanto se apoderó de los asaltantes.

Si incluso las fieras de la selva acudían en auxilio del hombre blanco y del hindú, era prueba evidente de que aquellos hombres poseían más poder que el peregrino de La Meca.

Casi al instante la retirada se transformó en desordenada y desesperada huida. Los salvajes abandonaron sus escudos y sus campilanes para huir con más facilidad.

No había uno siquiera que atendiera las órdenes de sus jefes ni los gritos del peregrino, cuyas exclamaciones resultaban inútiles:

—¡Adelante, por Alá! ¡Mahoma está con vosotros!

Al fin y al cabo, no eran tan necios como para no recordar la ineficaz protección que habían tenido de Alá y del Profeta. Mientras los dayakos se daban a la fuga, acosados por la metralla de las espingardas, un hombre trepó a la terraza y fue al encuentro de Yáñez y Tremal-Naik.

Era un magnífico ejemplar hindú, de unos cuarenta años escasos, no de tanta estatura como Tremal-Naik pero sí, en cambio, más fibroso. Su morena piel, con ciertos reflejos cobrizos, destacaba

claramente sobre sus blancas ropas; sus ojos eran negrísimos y de mirada intensa y los rasgos de su rostro, de líneas finas, resultaban a la vez suaves y arrogantes.

Yáñez, al verle, exclamó con alegría:

—¡Kammamuri!

—¡Mi bravo maharato! —gritó también Tremal-Naik.

—He llegado muy tarde —repuso el indio—. ¿No es cierto, patrón?

—¡Con el tiempo suficiente para verles los talones a los dayakos! —contestó Tremal-Naik.

—¿Acabas de trepar ahora? —preguntó el portugués.

—Sí, señor Yáñez. Y ha sido un auténtico milagro que no me haya matado vuestra gente.

—¿Estuviste en Mompracem?

—Sí, señor Yáñez.

—En tal caso, habrás visto al Tigre de Malasia.

—Hoy se cumplen siete días desde que le dejé.

—¿Solamente has venido tú?

—Solo yo, señor Yáñez.

—¿No traes ningún refuerzo?

—No.

—Ve a descansar y a reponer fuerzas, ya que debes de estar extenuado por las privaciones. De aquí a un rato iremos contigo —dijo Tremal-Naik—. Yáñez, hagamos los últimos disparos contra los fugitivos. Y tú, Darma —exclamó dirigiéndose al tigre—, deja en paz a ese hombre y márchate a la cocina.

LA BACANAL DE LOS DAYAKOS

Diez minutos más tarde, convencidos Yáñez y Tremal-Naik de que los dayakos habían abandonado totalmente la zona de arbustos y se habían retirado a sus campamentos correspondientes, y seguros asimismo de que no habrían de inquietarse al menos durante aquella noche, abandonaron la terraza para reunirse con el maharato.

La tormenta iba amainando. Las nubes se habían hecho jirones y, por entre ellos, surgió la luna. Únicamente se escuchaba el distante rumor del trueno y el ulular del viento en los bosques que rodeaban el llano.

Hallaron a Kammamuri en la salita, sentado ante la mesa y repartiéndose con el tigre un pollo asado, como si fuesen hermanos.

—¿Ha terminado el combate, patrón? —preguntó volviéndose hacia Tremal-Naik.

—Y confío en que no tendrán ganas de volver al ataque durante un buen tiempo —repuso el hindú

—. Es el segundo desastre que sufren.

—¿Qué nuevas traes de Mompracem? —inquirió Yáñez sentándose frente al maharato—. Estoy maravillado de volver a verte sin que te acompañe nadie. En Mompracem no escasean los hombres.

—Es verdad, señor Yáñez. Pero allí son tan necesarios como aquí —replicó el maharato.

El portugués, al igual que Tremal-Naik, no pudieron reprimir un gesto de sorpresa.

—Patrón, señor Yáñez, vengo con malas noticias de Mompracem.

—Habla con más claridad —instó el portugués—. ¿Quién puede amenazar la guarida de los tigres de Mompracem?

—Un adversario no menos extraño que el peregrino, ayudado por los ingleses de Labuán y por el sobrino de James Brooke, el actual rajá de Sarawak.

Yáñez asestó en la mesa tan tremendo puñetazo que hizo vacilar vasos y botellas.

—¡Así que Mompracem se halla también en peligro!

—Sí, señor Yáñez, y el asunto es más grave de lo que puede imaginar. El gobernador de Labuán ha informado a Sandokán de que debe prepararse para dejar la isla.

—¡Mompracem! ¿Por qué motivo?

—Ha escrito al Tigre notificándole que la presencia de los antiguos piratas representa un continuo peligro para la tranquilidad y el desarrollo de la colonia británica, que la isla se halla demasiado próxima y en extremo guarnecida y, finalmente, que sirve para estimular a los piratas borneses, quienes comienzan a animarse a realizar correrías por el mar, contando con su ayuda.

—¡Falso! Hace muchos años que hemos desistido de nuestras incursiones y no ayudamos en lo más mínimo a los borneses que recorren los mares de Malasia.

—¡Son falsedades! —barbotó Tremal-Naik—. ¿Este es el pago que guardaba Inglaterra para los bravos que salvaron a la India de los estranguladores? ¡Están en lo cierto al denominarla el insaciable leopardo!

—¿Y qué ha respondido Sandokán a ese insolente gobernador? —preguntó Yáñez.

—Que está decidido a defender la isla y que no piensa ceder ante ninguna amenaza.

—¿Ha empezado a fortificar la isla?

—Ha contratado a cien dayakos de Sarawak, que en estos instantes ya estarán allí. También sabe usted que cuenta aún con leales amigos entre los viejos partidarios de Muda-Hassim, el rival de James Brooke, «el exterminador de los piratas».

—Sí. Por esos lugares hay gente que todavía se acuerda de que nosotros fuimos quienes vencimos a Brooke, mandándole a Inglaterra sin una guinea —replicó Yáñez—. ¿Y quiénes han promovido esa guerra? Aquí los dayakos, fanatizados por un peregrino, piden la cabeza de tu amo; allí los ingleses están soliviantados no sé por quién, ya que hasta hace muy poco estábamos en buenas relaciones con el gobernador de Labuán.

—Y al parecer también el rajá de Sarawak, el sobrino de Brooke, está metido en este asunto —

agregó Kammamuri—. Un navío de ese reino destruyó sin causa alguna hace varios días un prao de Sandokán y dejó que toda la tripulación se ahogara. Se mandó al Marianne en su busca y a exigir explicaciones al capitán y también una reparación, pero la única contestación que recibieron los tripulantes del Marianne fue que los acompañaran a Sarawak.

—Lo que no harían, me imagino —intervino Tremal-Naik.

—No. Pero hubieron de regresar a toda prisa a Mompracem bajo los cañonazos de un vapor que apareció de pronto para defender al primero, y ese barco enarbolaba la bandera del rajá.

—Tremal-Naik —dijo Yáñez, que se había incorporado y paseaba dominado por un gran nerviosismo por la salita—, tengo una sospecha.

—¿Qué sospecha?

—Que todo esto ha sido fraguado por el rajá para vengar la derrota de su tío y que probablemente esté de acuerdo con los ingleses. Nosotros representamos una molestia para Labuán, por lo cerca que se encuentra de Mompracem.

—No es solo él quien está interesado en esto; hay alguien más, señor Yáñez —dijo Kammamuri.

—¿Quién?

—¿Saben lo que me ha explicado el antiguo sirviente de mi patrón, ese que me ha facilitado ayuda para cruzar los campamentos de los dayakos y llegar hasta aquí?

—¿Qué te ha dicho? —preguntaron a un tiempo Yáñez y Tremal-Naik.

—Que el peregrino que ha exaltado a los dayakos y que les ha dado dinero y armas en cantidad no es un árabe, como se le suponía hasta el momento, sino un hindú.

—¡Un hindú! —exclamaron ambos amigos.

—Y aún debo añadir algo peor, que les va a sorprender y les hará comprender más claramente con qué genero de enemigos hemos de entendérnoslas. El antiguo sirviente consiguió sorprenderle cierta noche en una choza y le vio arrodillado ante una vasija repleta de agua en cuyo interior había pequeños peces colorados, posiblemente magos del Ganges.

—¡Voto a Júpiter! —barbotó Yáñez parándose de improviso, mientras Tremal-Naik se incorporaba de un salto con el rostro pálido—. ¡Una vasija con peces en su interior!

—Sí, señor Yáñez.

—¡En tal caso ese hombre es un thug! —exclamó Tremal-Naik en un tono aterrorizado.

—De eso debe de tratarse, ya que solamente los estranguladores hindúes veneran a los magos del Ganges, los cuales, según su religión, encarnan el alma de la diosa Kali —replicó Kammamuri.

Un pesado silencio imperó en la sala durante unos minutos. Incluso Darma, el magnífico tigre amaestrado, masticaba su cena sin emitir ese ronroneo de complacencia característico en los felinos, como si hubiese entendido la extraordinaria gravedad de la situación.

—Vamos a ver —dijo de pronto Yáñez, que había vuelto a recuperar su serenidad de costumbre—, ¿qué clase de individuo es el que te ha explicado todo esto?

—Ese hombre es Karia, un dayako que nos estuvo sirviendo y que en este momento se encuentra en el campamento de los insurrectos. Es muy inteligente y fue corsario durante algunos años. Cierta día le salvé la vida en el instante en que iba a devorarle el tigre, y siente hacia mí cierto agradecimiento. Tal como he indicado, él fue quien consiguió que pudiera cruzar entre las líneas de los rebeldes.

—¿Dónde lo encontraste? —inquirió Tremal-Naik.

—En la selva, cuando intentaba aproximarme al kampong. En vez de delatarme y entregarme al peregrino, me condujo hasta aquí, después de haberos prevenido de mi presencia lanzando una flecha con un mensaje.

—¿Podemos confiar en lo que te ha explicado? —preguntó Yáñez.

—Totalmente. Por otra parte, jamás oyó hablar de thugs indios y se sorprendió cuando le dije que el peregrino que veneraba en secreto a los peces no era mahometano.

—Yáñez —dijo Tremal-Naik, que estaba aún dominado por una intensa excitación—, ¿qué opinas de esto?

El portugués, apoyado en la mesa, con una mano en la frente y la cabeza baja, parecía estar sumido en profundos pensamientos.

—¡Hemos sido unos necios! —exclamó de improviso—. Me maravilla que no hayamos imaginado antes que ese endemoniado peregrino podía ser un thug. Por ello es lógico el odio que siente hacia ti, Tremal-Naik, que primero le arrebataste la «virgen de la pagoda» y luego le quitaste a tu hija, que había de reemplazar a su madre. Eso debiera haber sido suficiente para hacerme sospechar.

Tras un corto silencio, continuó:

—De no haber visto a Suyodhana, el jefe de todos ellos, morir bajo el puñal de Sandokán, podría suponerse que todo esto es cosa de él. Pero todos pudimos certificar su muerte y vimos lanzar su cadáver en la gran fosa común, junto a los cuerpos de los rebeldes de Delhi.

—¿Quién será ese peregrino? ¿Uno de los lugartenientes de Suyodhana? —preguntó Tremal-Naik. Ante el silencio de Yáñez, prosiguió—: Amigo mío, ¿qué es lo que haremos? Puesto que ahora sabemos que detrás de todo esto está la mano de los thugs, a los que nosotros suponíamos vencidos para siempre, me invade un gran temor por la vida de Damna.

—No nos queda otro remedio que marcharnos lo más rápidamente posible y unirnos a Sandokán. Aquí nada nos queda que hacer, y Sandokán y yo sabremos resarcirte debidamente por lo que dejas en poder de los dayakos.

—Aún soy lo bastante rico, y bien sabes que poseo también factorías en Bengala. Lo que me gustaría saber es de qué manera vamos a poder huir, con los sitiadores a nuestras espaldas.

—Ya hallaremos la forma de hacerlo. Según dicen, la noche es buena consejera. Puesto que los dayakos nos dejan un rato de tranquilidad, vamos a reposar. Sambigliong se ocupará de establecer las guardias. Tal vez mañana se me haya ocurrido alguna buena idea.

Los sitiadores, tras la severa lección que habían recibido, no se hallaban demasiado dispuestos a reanudar el espectáculo. De manera que los tres hombres, que se encontraban agotadísimos, se retiraron a sus respectivos cuartos no demasiado satisfechos, en especial Tremal-Naik y Yáñez, ya que los asuntos tomaban un mal cariz.

La noche transcurrió sin que nada ocurriera. Los dayakos, desalentados y también apenados por las graves pérdidas sufridas, no osaron abandonar sus campamentos, que debían de estar abarrotados de heridos.

Los centinelas del kampong oyeron hasta la madrugada redoblar los tambores y llorar a los parientes de los muertos que yacían en los fosos del recinto y que nadie había retirado de allí.

A la mañana siguiente Yáñez, que había dormido muy poco y mal preocupado por las tristes nuevas que trajo el maharato, abandonó el lecho antes de que el sol saliera por el horizonte.

Al parecer se hallaba inquieto por algún pensamiento, ya que en vez de bajar a la sala para beber el té como hacía cada mañana, se encaminó a la terraza, en la que todavía se alzaba un fragmento de la torrecilla destruida por la artillería enemiga, y desde ese lugar se puso a contemplar detenidamente el recinto y la forma y disposición del kampong por dentro.

La factoría formaba un amplio paralelogramo dividido en el medio por el bungalow, por los cobertizos y por una empalizada, de manera que pudiese repartirse la defensa.

La primera parte, en la que se hallaba la contrapuerta, abarcaba lo construido con mampostería; la segunda, la granja, las viviendas de los sirvientes y de los trabajadores y los corrales de los animales. Esta disposición, no advertida antes por el portugués, le llamó al instante la atención.

—¡Voto a Júpiter! —murmuró frotándose con satisfacción las manos—. ¡Esto es magnífico para mi plan! Todo depende de la provisión que el amigo Tremal-Naik posea en las cantinas. Si el bram es abundante, llevaremos a cabo el golpe. Los dayakos son tan golosos como los negros y los licores de muchos grados ejercen sobre ellos un influjo irresistible. ¡Maldito peregrino! ¡Voy a preparar para ti un golpe magistral!

Bajó evidentemente contento y encontró a Tremal-Naik y a Kammamuri en la salita terminando de beber el té.

—¿Has pensado en algo razonable que nos pueda permitir abandonar este lugar? —preguntó dirigiéndose al primero.

—Inútilmente he estado dándole vueltas a muchas cosas durante toda la noche —repuso Tremal-Naik, que parecía hallarse muy abatido—. No nos queda más que un intento, un intento desesperado.

—¿Cuál?

—Atravesar a fuerza de parangs las líneas sitiadoras.

—Y posiblemente hacernos matar —replicó Yáñez—. Treinta contra trescientos y, además, teniendo a diez o doce hombres heridos que no serían capaces de mantener un combate cuerpo a cuerpo... ¡Mal asunto!

—No he hallado otro sistema mejor.

—¿Cuántas vasijas de bram tienes? —preguntó de pronto Yáñez.

—¿De qué nos puede valer ese licor? —interrogaron a la vez Tremal-Naik y Kammamuri contemplándole sorprendidos.

—Puede servirnos para huir, amigos.

—¡Debes de estar bromeando, Yáñez!

—No, Tremal-Naik. El momento no resultaría el más adecuado. ¿Tienes bastante provisión?

—Como proveo a todas las tribus de las cercanías, las cantinas están llenas.

—A los dayakos les gusta mucho la bebida, ¿no es cierto?

—Igual que a todos los pueblos salvajes.

—Si hallaran en su camino un centenar de vasijas de ese licor, ¿piensas que se pararían para beberlo?

—Ni los cañones podrían impedirselo —afirmó Tremal-Naik.

—En tal caso, compañeros, el peregrino acaba de perder la partida —dijo Yáñez.

—No te entiendo.

—El kampong está dividido en dos zonas por la empalizada interior.

—Sí. Hice construirla a propósito para ofrecer más resistencia en el supuesto de que el enemigo pudiera franquear la contrapuerta algún día —contestó Tremal-Naik.

—La idea fue excelente, amigo mío, y nos va a ser de mucha utilidad ahora. Vamos a concentrar todas nuestras defensas en la zona de la granja y las estancias de la servidumbre, dejaremos que los dayakos entren y se queden con el bungalow y los cobertizos con las provisiones.

—¿Qué dices? —exclamó Tremal-Naik—. ¿Vamos a dejar en su poder nuestras mejores defensas?

—De ninguna utilidad nos serán ahora que hemos resuelto abandonar este lugar —repuso Yáñez—. Por lo tanto, derrumbaremos el lado del recinto que está frente a la contrapuerta, para incitar mejor al ataque a los dayakos.

—La empalizada interior no es muy fuerte.

—Lo bastante para que aguante unas cuantas horas. Por otra parte, los dayakos no se molestarán en derrumbarla. Preferirán tomarse el bram —contestó con una risa Yáñez—. Pondremos en el patio todas las vasijas y recipientes que haya en la cantina y ya comprobarás cómo ese obstáculo los detiene de manera más efectiva que ningún otro.

—Probablemente se emborracharán.

—Eso es lo que quiero; aprovecharemos su borrachera para marcharnos tras quemar el bungalow y los almacenes. Amparados en la barrera de fuego no nos molestará nadie, al menos por algunas horas.

—Tippo Sahib, el Napoleón indio, no hubiera sido capaz de trazar un proyecto semejante.

—¡Ese no era un tigre de Mompracem! —adujo Yáñez con cómica gravedad.

—¿Caerán los dayakos en la trampa?

—Sin duda. En cuanto vean abierta la contrapuerta, que en las terrazas ya no hay ninguna defensa y que están desalojadas, no vacilarán en lanzarse al ataque. No dejará de haber entre los arbustos espinosos espías que vayan a notificarlo al instante.

—¿Y cuándo llevaremos a efecto el plan? —inquirió Kammamuri.

—Todo debe estar preparado para esta noche. La oscuridad nos es imprescindible si queremos escapar sin que nos vean.

—¡Hagamos los preparativos, Yáñez! —dijo Tremal-Naik—. Tengo absoluta confianza en tus planes.

—¿Disponemos de un caballo para Damna?

—Poseo cuatro, y de buena raza.

—¡Magnífico! Haremos que los dayakos corran hasta la costa. Kammamuri, ¿cuántos días te costó llegar hasta allí?

—Tres, señor.

—Intentaremos llegar antes. Hay bastantes aldeas de pescadores y nos las arreglaremos para encontrar un prao o una chalupa.

El atrevido plan fue notificado inmediatamente a los defensores del kampong y todos lo aprobaron sin que ninguno tuviese nada que objetar. Por otra parte, no había ninguno que no estuviera decidido a realizar una tentativa, un desesperado esfuerzo para liberarse de aquel cerco, que empezaba ya a desalentar a la reducida guarnición.

Se iniciaron los preparativos. Las espingardas se trasladaron y se emplazaron detrás de la empalizada interior, encima de terrazas edificadas precipitadamente; luego se vaciaron las cantinas y se llevó todo el bram al patio que se extendía frente al bungalow.

Había más de ochenta vasijas de gran tamaño, de una capacidad de dos e incluso tres hectolitros cada una; con el licor contenido en ellas había bastante para embriagar a todo un ejército, aunque este fuera en extremo alcohólico.

A la caída del sol los defensores del kampong demolieron una parte del recinto y, tras haber aislado las terrazas, se prendió fuego para atraer más la atención de los dayakos, haciéndoles pensar que se había originado un incendio en el kampong.

Acabados todos los preparativos y amontonados los haces de leña en los cobertizos y en los cuartos del piso bajo del bungalow, que habían sido rociados abundantemente con resina y caucho para que las llamas prendieran al instante, la guarnición se colocó detrás de la empalizada para esperar al enemigo.

Como había previsto Yáñez, atraídos por el resplandor del incendio que consumía las terrazas contra las que hasta entonces se habían estrellado todas sus tentativas, y advertidos también por sus avanzadillas escondidas entre los arbustos espinosos de que los recintos habían sido derrumbados, los dayakos no dudaron en abandonar sus campamentos para iniciar un último ataque.

Atrapada entre el fuego y los campilanes, la guarnición del kampong no tardaría en rendirse.

Transcurría la noche cuando los centinelas que se hallaban apostados en las esquinas posteriores de la factoría anunciaron la presencia del enemigo.

Los dayakos avanzaban formados en seis pequeñas columnas y se dirigían a la carrera en medio de un vocerío ensordecedor. Y confiaban absolutamente en la victoria. Cuando Yáñez los vio adentrarse entre los árboles espinosos ordenó que se prendiera fuego a los haces de leña del bungalow, y una vez que sus hombres se pusieron a salvo hizo que dispararan las espingardas, simulando una frenética

defensa.

Los dayakos acababan de llegar frente al recinto. Al verlo demolido en parte vacilaron un instante, temiendo que tras aquello hubiera una trampa. Pero muy pronto pasaron a la carrera bajo las terrazas que se terminaban de quemar y se arrojaron igual que lobos sobre el kampong, lanzando grandes alaridos y resueltos a degollar a los sitiados a golpes de campilán.

Al observar que se acercaban a las grandes vasijas que constituían una especie de doble barricada ante el bungalow, Yáñez mandó parar el tiroteo para no encolerizar en exceso a los atacantes.

Estos, al ver aquellas vasijas, se detuvieron por segunda vez. Una cierta desconfianza los contenía aún, ya que no suponían lo que podían contener.

El olor a alcohol que se percibía en todo el recinto, ya que las vasijas habían sido ligeramente destapadas adrede, no tardó en darles de lleno en las narices.

—¡Bram! ¡Bram!

Este grito brotó de todas las gargantas. Se abalanzaron sobre los recipientes, los destaparon por completo e introdujeron las manos en el líquido.

Gritos de satisfacción surgieron enseguida entre los asaltantes. Había que beber un trago; con mayor motivo ahora, que los sitiados no disparaban.

Un trago, solo un trago, e inmediatamente ¡adelante, al ataque! Pero tras el primer sorbo todos habían cambiado de opinión; era más razonable aprovechar la inactividad de los defensores del kampong; además, resultaba infinitamente más agradable aquel ardiente licor que las balas de plomo.

Fue inútil que los jefes los incitaran para proseguir el avance. Los dayakos eran como ostras aferradas a sus bancos, solo que ahora se habían adherido a las vasijas.

¡Ochenta vasijas de bram! ¡Qué bacanal! ¡Jamás se habían encontrado con semejante fiesta!

Acababan de abandonar los escudos y los campilanes, y bebían de bruces, sin atender a las órdenes y las amenazas de los jefes.

Yáñez y Tremal-Naik reían satisfechos, mientras sus hombres arrancaban, sin hacer demasiado ruido, unos cuantos tablones del recinto para iniciar la retirada.

Mientras todo esto ocurría, los cobertizos empezaron a ceder y por la ventana del bungalow salían bocanadas de negro humo.

En muy poco tiempo una barrera de fuego se interpondría entre los sitiadores y los defensores del kampong.

Los dayakos ni siquiera parecían advertir que el incendio comenzaba a consumir todo el kampong.

Bebedores infatigables, proseguían vaciando las enormes vasijas entre gritos, risas y cantos, agitándose como monos. Bebían con ayuda de las manos, con los cestos de mimbre destinados a conservar las cabezas de los enemigos derrotados o con restos de cáscara de coco encontrados en el suelo del patio.

Sus jefes habían acabado imitándolos. A fin de cuentas, el terrible peregrino se encontraba en el campamento y no podía observarlos. ¿Por qué razón no debían aprovecharse de tal abundancia, ya que

de momento los sitiados permanecían inactivos?

Y aquellos hombres se desplomaban como muertos, a punto de estallar, en torno a los recipientes, mientras las llamas se alzaban a extraordinaria altura lanzando sobre ellos una nube de chispas.

El bungalow parecía un horno, y los almacenes, abarrotados de provisiones, ardían de una manera extraordinaria alumbrando a los bebedores.

Era el momento de huir. Los dayakos no se acordaban posiblemente de que enfrente de ellos se hallaban sus enemigos, ya que su borrachera había sido rápida y total.

—¡Retirada! —mandó Yáñez—. ¡Dejad todo, excepto las carabinas, las municiones y los parangs!

Auxiliando a los heridos se alejaron sigilosamente de la empalizada, cruzaron el recinto y emprendieron la carrera a través del llano, precedidos de Tremal-Naik y Kammamuri, que cabalgaban flanqueando a Damna.

El tigre iba detrás de ellos dando imponentes saltos, asustado por el resplandor del incendio, que cada vez era más violento.

Alcanzaron el lindero de la espesura que se extendía en dirección a poniente, y allí interrumpieron su carrera los sitiados, que eran treinta y nueve, incluyendo siete heridos, para comer algo y para ver lo que ocurría en el kampong y en los campamentos de los dayakos.

La factoría parecía un horno. El bungalow, que tantos sudores costó a su propietario, ardía totalmente como si se tratase de una sola llama, arrojando al aire densas nubes y miríadas de chispas.

Los recintos y las terrazas ardían igualmente y se transformaban en pavesas. Se escuchaban los estampidos de las espingardas, que habían sido abandonadas cargadas aún.

Podían verse a varios hombres trasladando a los guerreros embriagados, que se hallaban a punto de perecer abrasados al lado de las vasijas de bram.

El peregrino, que seguramente había conservado algunos destacamentos de reserva para apoyar las columnas de asalto en caso de que no hubieran podido conquistar el kampong, había acudido hasta el lugar para ver qué acontecía a su gente, al no oír gritos guerreros ni disparos.

—¡Que el infierno cargue con toda esa chusma! —barbotó Yáñez dirigiéndose hacia uno de los cuatro caballos que había conducido Tangusa—. ¡Únicamente lamento no haber podido echar mano a ese maldito peregrino! Confío en que todavía habré de encontrarle en mi camino el día menos pensado. Entonces, ¡ay de él!

—¿Un día? —exclamó de improviso Kammamuri, que había estado mirando en dirección norte—. ¡Señores, hay que darse prisa! ¡Hemos sido descubiertos y nos dan alcance!

LA RETIRADA POR LOS BOSQUES

Gracias al resplandor del incendio que iluminaba todo el llano, el maharato vio una columna de dayakos que se dirigía a la carrera a lo largo del lindero del bosque, intentando acercarse sin ser vistos. Debía de tratarse de la última reserva que el peregrino enviaba en busca de los fugitivos.

Alguno debió de haber observado cómo atravesaban el llano y dado la voz de alerta antes de que desaparecieran entre la vegetación.

Yáñez y Tremal-Naik se convencieron al instante de que no era aconsejable entrar en combate, a pesar de que el grueso de las fuerzas enemigas se encontraba inutilizado y no podría tomar las armas al menos en varias horas.

—¡Como mínimo son un centenar y la mayoría armados con fusiles! —dijo el portugués—. ¡Confiemos en nuestras piernas y coloquemos a los heridos de mayor gravedad en los caballos! ¡De manera que tú, Tremal-Naik, y tú también, Kammamuri, bajad al suelo! Sambigliong, organiza un grupo que cubra la retirada.

Los seis heridos fueron cargados sobre los tres caballos que quedaban libres; el séptimo hubo de subirse a las grupas del de Damna, y el grupo se adentró a la carrera entre la frondosa vegetación.

Sambigliong, con ocho hombres seleccionados entre los más ágiles y fuertes, se colocó en la retaguardia para frenar con algunos disparos el ardor y la marcha de los perseguidores.

Tenían una ventaja de algunos kilómetros e intentaban mantenerla realizando frenéticos esfuerzos para no aminorar la marcha.

La enloquecida carrera bajo los árboles y plantas descomunales se prolongó durante una hora, hasta que Yáñez y Tremal-Naik ordenaron hacer un alto entre la espesura para que los hombres se recuperaran algo de la fatiga.

Aquel lugar era muy apropiado, si se presentaba la ocasión, para sostener una buena defensa, ya que la vegetación estaba constituida por durianes de grandiosos troncos, detrás de los cuales podrían protegerse magníficamente.

Ya no se percibía el menor rumor. No se oían los gritos que lanzaban los perseguidores al advertir sus huellas. ¿Habrían interrumpido el avance o lo proseguían sigilosamente a paso de lobo para cogerlos desprevenidos?

—Aguardémoslos en este lugar —decidió Yáñez—. Si no han perdido nuestro rastro, nos hallarán tarde o temprano, y prefiero fusilarlos entre estos árboles descomunales a que se nos vengán encima en otro punto más descubierto. Si nos es posible darles una nueva lección, esos buitres nos dejarán en paz hasta que a los otros se les haya pasado la embriaguez. Una borrachera de bram es tremenda, ¿no es así, Tremal-Naik?

—Dura como mínimo veinticuatro horas —repuso el hindú.

—En tal caso, con semejante ventaja alcanzaremos antes que ellos la orilla del mar.

—Si es que no bajan por el Kabataun por medio de piraguas. Ese es el mayor peligro.

—¿Es más corta la vía fluvial?

—Mucho más, Yáñez.

—No había calculado eso. ¡Bah! Si nos atacan en el mar nos defenderemos. Solo es cuestión de hallar un par de praos.

—Los encontraremos, señor Yáñez —afirmó Kammamuri—. En el poblado donde alquilé uno para dirigirme a Mompracem vi varios. Esos pescadores no tendrán inconveniente en vendernos un par de

ellos. Ya verá.

Estuvieron esperando inútilmente más de una hora entre la espesura de durianes aguardando la acometida de los dayakos. Bien porque hubieran perdido las huellas de los perseguidos o bien por haber regresado a los campamentos, lo cierto es que no aparecían, y los fugitivos decidieron, tras un breve consejo, que lo más prudente era continuar la marcha.

Situaron a la joven y a los heridos en medio de la columna y se adentraron en el inmenso bosque, que, según afirmaba Kammamuri, se extendía hasta alcanzar la orilla del mar casi sin interrupción.

Continuaron el avance toda la noche siempre con el temor de tropezarse con los degolladores, y al clarear el día acamparon en la orilla de un riachuelo, que debía de ser algún afluente del Kabataun.

Sus temores iban disminuyendo paulatinamente y empezaban a confiar en alcanzar la orilla del mar sin verse forzados a luchar y en poder embarcar muy pronto rumbo a Mompracem.

Efectivamente, aquel día transcurrió también con absoluta tranquilidad. No tuvieron el menor indicio del grupo que iba en su persecución.

Durante tres días prosiguieron su marcha a través de aquellos bosques interminables, que estaban habitados solo por algún tapir o algunas bandadas de babirusas. Al declinar del quinto día empezaron a trepar por los primeros contrafuertes de las montañas Cristallos, vasta cadena costera montañosa que se extiende de norte a sur a no muchos kilómetros de la costa occidental de la gran isla.

A pesar de la frondosidad de los bosques, y del encuentro con no escasas panteras negras y con los enormes urias, simios de rojiza piel que poseen una extraordinaria fuerza, el avance pudo efectuarse sin grandes riesgos.

A mitad del sexto día, después de haber divisado el mar desde una de las más elevadas prominencias de la cadena montañosa, descendían hacia un muy angosto valle que había de llevarlos a la costa.

Llevaban cuatro horas de camino en el más absoluto silencio, marchando uno detrás de otro —pues el paso era estrechísimo y se encontraba obstaculizado por grandes peñascos— cuando percibieron unos distantes gritos que los hicieron detenerse.

—¿Son los dayakos? —preguntó Yáñez.

En aquel instante retumbó una descarga en las alturas del pequeño valle e hizo su aparición un gran número de hombres armados que bajaban corriendo velozmente por los lados boscosos de la costa.

—¡Granujas! —barbotó Yáñez encolerizado—. ¡Nos han estado siguiendo para aplastarnos en este lugar!

—Capitán —dijo Sambigliong—. Siga en dirección a la orilla del mar con los heridos, la señorita Damna, Tremal-Naik y una reducida escolta; Kammamuri asegura que el mar se encuentra a unas tres millas de distancia de aquí.

—¿Y tú qué harás? —preguntaron Tremal-Naik y Yáñez.

—Yo, señores, en unión de los restantes hombres, evitaré que esos miserables puedan seguir adelante hasta que ustedes hayan preparado los praos. Si no los contenemos, se arrojarán todos por este desfiladero tan angosto y no habrá uno de nosotros que vuelva a Mompracem.

—¡Rápido, señores: el enemigo se nos echa encima!

—¿Seréis capaces de aguantar media hora? —interrogó Yáñez.

—Y una hora también, capitán. En ese punto —adujo el bravo contraмаestre del Marianne, señalando otra roca que se hallaba exactamente en mitad del pequeño valle— podremos mantenernos firmemente durante bastante tiempo.

—¡De acuerdo, valiente! —contestó Yáñez con acento emocionado—. En cuanto escuchéis los disparos de nuestras carabinas retiraos hacia la costa. Las chalupas y los praos estarán preparados. Dice Kammamuri que hay un poblado al salir de esta quebrada.

—Sí, señor Yáñez. Es una aldea poblada por pescadores y no escasean los barcos. ¡Rápido, señores! Entre nosotros y el tigre daremos trabajo a los dayakos.

Unas cuantas balas silbaron siniestramente en el estrecho paso, incrustándose en las rocas. La joven corría peligro en aquel lugar.

—¡Hasta ahora! —exclamaron Yáñez y Tremal-Naik, echando a correr detrás de los caballos que transportaban a los heridos y a Damna.

—¡A mí, camaradas! —gritó Sambigliong a sus hombres—. ¡Enfrentémonos a esos miserables! ¡Vayamos todos a esa roca! ¡Ven, Kammamuri!

Eran veinte hombres, ya que ocho habían marchado en compañía de Yáñez y Tremal-Naik, y todos iban magníficamente armados y bien provistos de municiones.

Con unos cuantos saltos alcanzaron la roca que obstaculizaba en gran manera el paso del desfiladero del pequeño vallecillo, y se situaron tras las pequeñas rocas y las grietas del terreno. Darma, el tigre amaestrado, el fiel amigo del maharato, se hallaba a su lado, presto a hundir sus zarpas en las carnes de los dayakos.

La horda enemiga acababa de bajar hasta la hondonada y se encontraba a unos cincuenta pasos de la roca. Aquella columna constaba de un centenar y medio de hombres, la mayoría de ellos provistos de carabinas; sin duda, la flor y nata de las tropas del endiablado peregrino.

Al observar que los tigres de Mompracem, los malayos y los javaneses de la factoría se hallaban situados en la cima de la roca, en lugar de lanzarse directamente al ataque, los guerreros se diseminaron entre la vegetación que se extendía por la hondonada y abrieron un intensísimo fuego para expulsar inmediatamente de aquel lugar a los defensores.

—Amigos —exclamó Sambigliong dirigiéndose a los suyos—, os recuerdo que hemos de resistir hasta que oigamos la señal que debe hacer el hombre blanco. No hay que contar los muertos ni economizar las municiones.

—¡Fuego! —ordenó Kammamuri, que estaba situado en la parte más alta de la roca.

Una descarga cerrada surgió de entre las rocas, derribando a varios enemigos que, desdeñando el peligro, avanzaban sin el menor cuidado. La docena de hombres que componían aquel grupo quedaron todos tumbados en tierra.

—¡Empezamos bien, Sambigliong! —exclamó Kammamuri—. ¡Por Shiva o Vishnú que deberían enviarnos otro puñado de hombres!

Enfurecidos los dayakos por la completa aniquilación de su avanzada, no vacilaron en replicar con

nutridas descargas que retumbaban de forma atronadora en el angosto valle.

Desde ambos bandos el tiroteo fue muy violento durante unos minutos; pero, al fin, los dayakos comprendieron que con aquel sistema no iban a conseguir nunca expulsar de la roca a sus enemigos, que se hallaban perfectamente protegidos de los disparos. En consecuencia, constituyeron varios destacamentos y se dispusieron a atacar la imponente posición.

Tomando los campilanes se lanzaron al combate con su arrojo de costumbre, entre grandes alaridos que pretendían amedrentar a sus enemigos. Pero no habían alcanzado aún el pie de la roca cuando el tiroteo de los tigres, los malayos y los javaneses los hizo detenerse, obligándolos a tomar de nuevo los fusiles.

—¡Compañeros! —gritó Sambigliong a sus bravos amigos que no abandonaban sus posiciones, a pesar de que muchos ya habían resultado heridos—. ¡Ha llegado el terrible momento! ¡Hay que morir como hombres!

Los dayakos, apoyados por un intenso fuego, se lanzaron al ataque por segunda vez.

Aunque sufrían grandes pérdidas, empezaron a escalar las rocas, siempre entre grandes gritos y brincando como monos, ansiosos por apresar las cabezas de aquellos defensores tenaces y por vengar sus continuadas derrotas.

Los defensores, bajo el mando de Sambigliong y Kammamuri, resistían obstinadamente. El combate se había vuelto espantoso, era una lucha salvaje, terrible, despiadada.

Los hombres se desplomaban gritando e intentando herir con el fusil, el campilán y el parang.

Sambigliong y Kammamuri contemplaban angustiados que el grupo de sus hombres se iba reduciendo cada vez más. Todos los que se hallaban hacia el medio de la enorme roca habían sido degollados o fusilados en sus posiciones. ¡Y no se oía la señal...! ¿Qué le habría pasado a Yáñez? ¿No estarían todavía preparados los praos de los pescadores? Esta última pregunta era la que Sambigliong y Kammamuri se hacían con inquietud, ya que se veían incapaces de poder evitar el asalto.

Los dayakos continuaban trepando, afrontando impasibles la muerte y haciendo brillar los aceros de sus campilanes. Ya casi no disparaban, pues confiaban plenamente en la victoria.

Viéndolos acuchillar a los hombres que habían avanzado unas dos terceras partes de la subida, Sambigliong exclamó:

—¡Kammamuri, lanza al tigre sobre ellos!

—¡Ve por ellos, Darma! —gritó el maharato—. ¡Venga, destrózalos!

El tigre, que había estado gruñendo roncamente en el transcurso de aquellas terroríficas descargas oculto detrás de una roca, al escuchar la orden dio un salto hacia delante con un terrible rugido; se precipitó sobre un dayako que estaba degollando a un javanés, y le hundió los colmillos en la nuca.

Los salvajes, al observar que se les venía encima aquella fiera que parecía querer devorarlos a todos, se apresuraron a dirigirse a la parte inferior de la roca y recargaron rápidamente sus fusiles.

Viendo que se daban a la fuga, Darma dejó al primer hombre y se abalanzó sobre el otro. Con una segunda embestida cayó sobre uno de los fugitivos y lo derribó. Pero, entonces, una descarga cerrada lo hirió.

La desgraciada fiera se incorporó bruscamente sobre sus patas traseras y permaneció un momento en aquella posición. Al instante cayó mientras Kammamuri, lanzando un desesperado grito, exclamaba:

—¡Darma! ¡Me lo han matado!

En aquel preciso momento se oyeron tres disparos lejanos.

De aquel grupo de hombres no quedaban ya más que once. Los otros habían sido derribados por las balas y los golpes de campilán de los dayakos, y sus cuerpos se hallaban tendidos en el declive de la roca, desprovistos de la cabeza.

Sambigliong cogió a Kammamuri, que se disponía a bajar al lugar donde se encontraba el tigre con riesgo de ser acribillado a balazos, y lo arrastró consigo aconsejándole:

—¡Ha muerto! ¡Déjalo!

Echaron a correr desesperadamente por la hondonada, mientras restallaba otra descarga en dirección a la orilla del mar.

Yáñez debía de tener mucha prisa. El grupo cruzó el angosto paso del pequeño valle con la rapidez del relámpago y, entre una lluvia de proyectiles de los dayakos, que habían iniciado la persecución, llegaron hasta una llanura de poca extensión, en cuyo extremo se alzaban quince o veinte chozas edificadas sobre estacas. Hacia ese punto se percibía el fragor del mar.

—¡Señor Yáñez! —exclamaron Sambigliong y Kammamuri al ver unos praos de escaso tonelaje anclados ante la pequeña aldea, con las velas desplegadas y prestos a zarpar.

El portugués salía en aquel momento de una choza en unión de Tremal-Naik y de la muchacha, a la vez que la escolta acercaba a la orilla las dos embarcaciones.

—¡Rápido! —gritó también Yáñez por su parte, al observar a los supervivientes, que, siempre a la carrera, atravesaban el pequeño llano.

Breves instantes más tarde, agotados, empapados en sudor y cubiertos de sangre, alcanzaban la orilla.

—¿Y los demás? —preguntaron al tiempo Yáñez y Tremal-Naik.

—¡Muertos! ¡Han muerto todos! —repuso Kammamuri con voz jadeante—. ¡Y también el tigre, nuestro valiente Darma!

—¡Maldito peregrino! —barbotó el hindú, cuyo semblante manifestaba una gran emoción—. ¡También hemos perdido a mi tigre!

—¿Y los dayakos? —interrogó Yáñez.

—De aquí a unos instantes llegarán —anunció Sambigliong—. ¡Deprisa! ¡Subamos a bordo! ¡Tú, Tremal-Naik, en el de mayor tamaño, con tu hija y la escolta, y yo, con Kammamuri y los supervivientes, en el otro!

Subieron a bordo corriendo y ambos barquichuelos zarparon al instante. Los habitantes del poblado, al oír los alaridos de los dayakos, buscaron su salvación inmediatamente en los bosques próximos.

El viento era favorable, y en unas breves bordadas los praos abandonaron la pequeña ensenada y avanzaron rápidamente hacia el sudoeste intentando no perder de vista la costa, al menos de momento.

Los dayakos alcanzaban en ese momento las orillas de la ensenada. Pero habían llegado demasiado tarde; la presa que tanto ansiaban se les había escapado de nuevo y, además, cuando creían tenerla ya apresada.

No sabiendo cómo desahogar su furia, prendieron fuego al poblado.

—¡Miserables! —exclamó Yáñez, que gobernaba la barra del timón—. ¡De haber tenido aún mi Marianne os daría una lección que no olvidaríais en toda vuestra vida! Pero, de todas formas, no ha terminado todo entre nosotros. Tal vez aún nos topemos y, en ese caso, ¡que se prepare ese maldito peregrino!

Los dos pequeños barcos, gracias a una suave brisa del septentrión, se habían alejado bastante y atravesaban ya el cabo de Gaya para adentrarse en la bahía de Sapangar, donde desembocaba el Kabataun.

Ambos barcos eran dos naves de pesca de pequeñas dimensiones, con enormes velas de juncos tejidos, de casco bajo, sin puente y con guardabalances para poder apoyarse y aguantar las ráfagas de viento sin riesgo a volcar.

La nave en la que iba Tremal-Naik, con la muchacha y los ocho hombres de la escolta, era de tonelaje algo superior y su armamento consistía en un lila; por su parte, la de Yáñez no contaba más que con una vieja espingarda, montada sobre un caballete que se hallaba fijo a la proa.

—¡Muy malos veleros! —comentó Sambigliong tras una rápida ojeada—. ¡Son tan anticuados como yo!

—No los había mejores, bravo compañero —replicó Yáñez—. ¡Ha sido un auténtico milagro encontrarlos y, además, nos costó mucho conseguir que esos pescadores nos los quisiesen vender!

—¿Vamos directamente a Mompracem?

—Bordearemos la costa hasta Nosong antes de iniciar la travesía. No se puede tener mucha confianza en estos barquichuelos, se empapan de agua como si fueran esponjas.

—Estoy deseando llegar, capitán.

—No lo deseo yo menos, Sambigliong.

—¿Qué habrá ocurrido allí a raíz de las nuevas que nos trajo Kammamuri? Me gustaría tanto saberlo... ¿Estará luchando el Tigre de Malasia contra los ingleses?

—No me sorprendería. Sandokán no es hombre de los que arrían bandera y no aceptará las exigencias del gobernador de Labuán sin haber opuesto antes la resistencia de que es capaz. ¡Cómo siento en este instante la pérdida de mi barco...! Con mi Marianne y el suyo, auxiliados por los praos de guerra, habríamos dado mucho trabajo a los cañoneros de Labuán.

—No fue culpa mía, capitán Yáñez —adujo Sambigliong.

—Tú has hecho lo imposible por defender mi velero —contestó Yáñez en un tono de voz suave—. No tengo nada de que acusarte. Acerquémonos a la costa e intentemos ganar tiempo. Si continúa soplando el viento, mañana por la noche llegaremos a Mompracem.

El sol se había puesto y la oscuridad se extendía rápidamente. El mar estaba en calma. Solamente ligeras olas rizaban su superficie, pero aquellas ondulaciones no entorpecían en lo más mínimo el

avance de ambos barquichuelos, que proseguían su travesía en dirección al sudoeste, siempre distanciados dos o tres cables el uno del otro.

Yáñez, sentado en la popa sobre una piedra de grandes dimensiones que hacía las veces de ancla, gobernaba la barra del timón y fumaba sus últimos cigarros, mientras la mayoría de sus hombres dormían entre ronquidos en el fondo de la nave.

Solo quedaron despiertos cuatro hombres en la parte de proa, para realizar las maniobras.

En el mar no se distinguía el brillo de luz alguna. Las aguas habían adquirido el color de la tinta. Incluso en la costa imperaban las tinieblas. Tan solo hacia el islote de Sapangar, que cierra hacia poniente la ensenada del mismo nombre, brillaba un punto rojizo; seguramente la antorcha de un pescador.

Al remontar el cabo de Gaya advirtieron que el viento era muy débil y los dos veleros proseguían su avance con mucha lentitud.

—Espero que al llegar el alba nos hayamos alejado bastante de la bahía —musitó el portugués—. ¡La embocadura del Kabataun casi resultó fatal para mi Marianne!

Permaneció en vela hasta la una de la madrugada y, al no observar nada sospechoso, dejó la barra a Sambigliong y se tumbó en un banco encima de una vela de junco vieja.

Unas horas después le despertó de improviso un grito del contraмаestre:

—¡A las armas! ¡Despertad todos!

En aquel momento empezaba a amanecer, y ambos praos, que en el transcurso de la noche no habían avanzado nada, se dirigían rumbo al extremo septentrional de la isla de Gaya.

Al escuchar el grito de su leal contraмаestre, Yáñez se había incorporado al momento preguntando:

—¡Vaya! ¿Qué ocurre ahora? ¿Es que no se puede dormir...?

Calló de pronto, mientras hacía un gesto que denotaba gran inquietud.

Un giong de gran tonelaje, velero de líneas más redondeadas y de mayor longitud que un praos, provisto de dos velas triangulares, abandonaba entonces la bahía, seguido de seis chalupas dobles aparejadas, con puente, y otra chalupa de vapor que no llevaba bandera de ningún tipo en el asta de proa.

—¿Qué pretenderá esa escuadrilla? —se dijo el portugués.

Un cañonazo disparado por un mirim desde el giong fue la contestación a su pregunta. La flotilla conminaba a los praos para que interrumpieran su avance.

—¡Son los dayakos, señor! —anunció en aquel momento Sambigliong, que se había encaminado a proa para observar mejor a los hombres que iban embarcados en el velero y en las dobles canoas—. ¡Señor Yáñez, vire de bordo y dirijámonos enseguida a la costa!

El portugués lanzó una maldición.

—¡De nuevo ellos! —exclamó—. ¡Este es el fin!

Hubiese resultado una temeridad entrar en combate con fuerzas tan imponentes y que contaban con

lilas, un mirim y posiblemente espingardas. Huir era asimismo imposible; la chalupa de vapor, en la que iban también hombres de color, no habría tardado mucho en alcanzar a los anticuados veleros. Dirigirse a la costa o, mejor aún, hacia la isla de Gaya, que se hallaba cubierta de densos bosques, era la única posibilidad que les quedaba a los fugitivos.

—¡Hacia la costa! —ordenó Yáñez—. ¡Cargad los fusiles!

El prao de Tremal-Naik, que estaba a unos siete u ocho cables del de Yáñez, acababa de virar de bordo y ponía rumbo a Gaya.

Desgraciadamente, casi no había viento. El giong, adivinando las intenciones de los fugitivos, efectuó una larga bordada y consiguió situarse entre ambos praos, seguido de la chalupa a vapor. Empezó a cañonear con sus lilas, en un intento por desbaratar la maniobra.

—¡Ah, miserables! —exclamó Yáñez—. ¡Quieren separarnos para batirnos con más facilidad! ¡Tigres de Mompracem, presentemos batalla y hundámonos antes que caer con vida en poder de esos salvajes!

Tomó la carabina y abrió fuego disparando contra el puente del giong.

Su gente también había empuñado las armas y disparaba sin cesar contra los tripulantes del navío adversario.

También en el prao de Tremal-Naik, aunque atrapado entre el velero de gran tonelaje y la chalupa de vapor que intentaba abordarlo, las carabinas disparaban continuamente, ofreciendo una notable resistencia.

No obstante, aquella batalla tan desnivelada no podía prolongarse demasiado. Una ráfaga de metralla desarboló de un simple golpe el prao del hindú, dejándolo limpio como un pontón e inutilizándolo por completo, mientras una pequeña granada lanzada por el cañón de la chalupa de vapor le destrozaba la rueda de proa y ocasionaba un inmenso boquete.

—¡Tigres de Mompracem! —exclamó Yáñez, que había advertido instantáneamente la crítica situación en que se hallaba Tremal-Naik—. ¡Hay que salvar a la muchacha!

De nuevo viró el prao de bordo, intentando aproximarse al del hindú, cuando de pronto el giong se interpuso en su camino.

Acabada su labor destructora, el enorme velero se dirigió al encuentro del de Yáñez, mientras que la chalupa de vapor, defendida por otras dos chalupas dobles, se lanzaban al abordaje del prao de Tremal-Naik, que ya empezaba a naufragar.

—¡Disparad hacia el puente, tigres! —ordenó el portugués—. ¡Al menos tratemos de vengar a nuestros camaradas!

Una voz de metálica entonación gritó en aquel momento sobre la popa del giong:

—¡Entregaos al peregrino de La Meca y os perdonaré la vida!

El extraño enemigo acababa de surgir sobre la toldilla de cámara con el verde turbante en la cabeza, empuñando una de esas cortas cimitarras indias denominadas tarwar.

—¡Ah, maldito! —clamó Yáñez—. ¡Así que también estás aquí...! ¡Ten tu merecido!

Sostenía en la mano una carabina cargada. Apuntó e hizo fuego.

El peregrino abrió los brazos, los cerró de nuevo y, por último, se desplomó sobre el timonel. Un tremendo clamor se alzó entre los tripulantes del giong.

—¡Al fin! —exclamó Yáñez con alivio—. ¡Ahora, a fumar el último cigarro!

EL BARCO NORTEAMERICANO

La derrota de los Tigres de Mompracem iba a ser inminente en breves minutos.

El prao de Tremal-Naik, acosado por la chalupa de vapor y por las dos dobles barcas, y haciendo agua en abundancia por la proa, había sido tomado al abordaje a pesar de la desesperada resistencia de los tripulantes, decididos a hundirse en las profundidades del mar.

Yáñez, dominado por una muy comprensible emoción, había visto a Tremal-Naik, a Damna y a los escasos supervivientes conducidos a viva fuerza hasta la chalupa de vapor, la cual, desentendiéndose de la lucha que se estaba librando, había emprendido la marcha hacia el sur a toda velocidad.

En el otro prao no quedaban más que siete hombres, en tanto que en el giong los tripulantes eran tres veces más numerosos; el barco montaba piezas de artillería de grueso calibre, mientras que en el prao no había más que una espingarda.

Las dobles chalupas, por su parte, llegaban por todas partes para acabar con el velero y auxiliar al giong.

Solo quedaba entregarse o morir ahogado. Una andanada de metralla convirtió en jirones las dos velas del prao, destrozando así la confianza que Yáñez pudiera tener en conseguir alcanzar la isla, que se hallaba aún a unos ocho o diez cables de distancia.

Sin embargo, aquellos siete bravos hombres no habían dejado de disparar, agotando con suma sangre fría sus últimos cartuchos. El portugués daba ejemplo disparando con una extraordinaria serenidad y sin quitarse de los labios su último cigarro, que había decidido terminar antes de morir.

El giong seguía conservando todas sus velas y avanzaba hacia el infortunado prao, que se hallaba inmóvil, con el fin de abordarlo o para destrozarlo con un fuerte golpe de espolón. Interrumpió el cañoneo, considerando innecesario gastar en balde proyectiles, pues estaba convencido de triunfar fácilmente sobre aquel grupo de valientes.

—¡Eh...! ¡Tigres de Mompracem! —exclamó Yáñez al observar que los tripulantes del velero disponían los ganchos y arpones de abordaje—. ¡Una descarga más e inmediatamente echad mano a los parangs! ¡Seremos nosotros los que saltemos al puente del giong!

Aquellos siete diablos, que preferían morir a entregarse, descargaron sus carabinas y tomaron las pesadas armas blancas cuando de improviso resonó tras de sí un fuerte estampido, cuyos ecos se perdieron en el lejano horizonte.

Un momento más tarde una nube de humo se elevó en la proa del giong y el palo mayor, destrozado por la explosión de un obús, se desplomaba pesadamente sobre la cubierta, y las grandes velas cubrieron

a los combatientes como un sudario.

Extrañado Yáñez de que hubiera alguien que acudiese en su ayuda, y precisamente en aquellas circunstancias en las que consideraba cercano su fin, se volvió con premura. Un soberbio buque de vapor de gran tonelaje, armado magníficamente y tripulado por hombres que vestían de blanco, indudablemente europeos, pasaba en aquel momento el extremo septentrional de Gaya, avanzando con gran rapidez al lugar del combate.

—¡Compañeros, tigres! ¡Estamos a salvo! —exclamó, mientras un nuevo cañonazo despedazaba el timón del giong y otro partía en dos una de las dobles chalupas.

De un salto se subió a la amura de popa, y haciendo bocina con las manos gritó varias veces:

—¡A mí, europeos...!

Un cuarto disparo, que abrió un enorme boquete del giong en la línea de flotación fue la respuesta. Los hombres que tripulaban aquel magnífico barco debían de haber advertido que en el prao iba un hombre blanco, que pertenecía a su raza y que se hallaba en gran peligro, y sin exigir explicaciones bombardearon al gran velero tripulado por los salvajes.

En el puente de mando algunos oficiales hacían gestos para tranquilizar al portugués.

Al ver aproximarse aquel coloso de hierro, las dobles chalupas se habían retirado al instante en dirección a la isla, abandonando al giong a su suerte; con mayor motivo ahora, que ni tan siquiera podían contar con la ayuda de la chalupa de vapor, que se había alejado con los prisioneros hacia el sur.

El velero se escoraba a babor, ya que hacía agua por los tres boquetes abiertos en su estructura, que debían de ser muy grandes. La tripulación, tras haber descargado los cañones contra el buque de hierro, se lanzó al agua para no resultar engullida por el remolino.

—¡Amigos —ordenó Yáñez—, a los remos! ¡Vamos en busca del peregrino!

Mientras el vapor botaba dos chalupas con una docena de hombres armados en cada una de ellas, los piratas de Mompracem, bogando con los remos, situaron el prao junto al giong, que ya empezaba a irse a pique.

En el velero no encontraron más que muertos y algún herido. Los demás nadaban frenéticamente en dirección a la isla, adonde habían llegado ya las dobles chalupas.

Yáñez, Kammamuri y Sambigliong treparon con toda rapidez a bordo del velero y se precipitaron hacia la toldilla de cámara, en la que imaginaban había de encontrarse el peregrino.

No estaban equivocados: su extraño y acérrimo enemigo estaba tendido encima de una lona vieja, con los puños apretados contra el pecho, apretándose la herida ocasionada con toda certeza por el disparo de la carabina de Yáñez. No estaba muerto. Por el contrario, en cuanto vio a su lado a aquellos tres hombres, con un inesperado y brusco movimiento se incorporó sobre las rodillas y, cogiendo de su cinturón una pistola de cañón muy largo, intentó disparar. Kammamuri, exponiéndose a recibir el tiro en mitad del pecho, se abalanzó sobre él vertiginosamente y le arrebató el arma.

—¡Imaginaba que habías muerto —exclamó Kammamuri—, pero, puesto que te encontramos aún vivo, te mandaremos definitivamente al infierno!

Acababa de apuntar el arma hacia el peregrino y se disponía a descerrajarle un tiro en el cráneo

cuando Yáñez retuvo su brazo.

—Vale más vivo que muerto —advirtió—. ¡No cometamos la imprudencia de matarle! Sambigliong, coge a ese hombre y llévalo al prao. ¡Deprisa, el giong naufraga!

El velero seguía inclinándose sobre el lado derecho, amenazando con irse a pique. Yáñez y sus amigos saltaron al prao, que una de las chalupas remolcó hacia el vapor, el cual se había detenido a unos dos cables de distancia.

La numerosa tripulación había trepado a las amuras y seguía con gran interés la operación de salvamento.

—¡Son europeos! —exclamó Yáñez en cuanto hubieron amarrado al peregrino—. ¿Serán ingleses?

—Al menos hablan en inglés —informó Kammamuri, que había podido oír una orden dada por un oficial.

—¡Resultaría realmente cómico que nuestra salvación se debiese a unos enemigos tan encarnizados como ellos!

Luego, con un profundo suspiro, añadió:

—¿Y Tremal-Naik? ¿Y Damna? ¿Qué les ha ocurrido? ¡Dios mío!

—La chalupa de vapor se ha alejado en dirección al sur, señor Yáñez.

—¿No se ha dirigido hacia la embocadura del Kabataun? ¿Estás seguro?

—Completamente; no han sido entregados a los dayakos.

—En tal caso, ¿quiénes eran esos otros? ¿Hacia dónde los han llevado?

Una sacudida interrumpió la conversación. El prao había chocado contra la plataforma baja de la escala, que se había hecho descender con toda premura.

Un hombre de unos cincuenta años, robusto y membrudo, de rizada barba recortada en punta y ataviado con un traje de paño azul oscuro con botones dorados y una gorra con galones, aguardaba en la plataforma superior.

Yáñez fue el primero en saltar a la escalera. Subió rápidamente y le dijo en inglés al capitán del buque:

—Gracias, señor, por su ayuda. Unos pocos minutos más y mi cabeza hubiera ido a aumentar las colecciones de esos fieros cazadores de testas.

—Me siento muy dichoso, señor, por haber podido salvarle —repuso el comandante del barco tendiéndole la mano derecha y estrechando la de Yáñez vigorosamente—. En una situación semejante cualquier otro hombre blanco hubiera hecho lo mismo. Con esos bribones no ha de haber compasión, esos salvajes no tienen compasión ni miramientos.

—¿Tengo el placer de hablar con el comandante?

—Sí, señor.

—Yáñez de Gomera —se presentó el portugués.

El capitán del buque hizo una mueca de asombro. Tomó a Yáñez de un brazo y lo condujo hasta la

toldilla para que Sambigliong y sus compañeros pudiesen pasar con el peregrino, y le contempló con gran interés diciendo:

—¡Yáñez de Gomera! ¡Este apellido me suena! By God! ¿Es usted acaso el amigo de aquel terrible hombre que hace años destruyó a James Brooke, «el exterminador de los piratas»?

—Exacto, soy yo.

—Me encontraba yo en Sarawak el día que Sandokán hizo su entrada con los guerreros de Muda-Hassim y sus invencibles tigres. Señor de Gomera, estoy muy contento de haberle podido proporcionar ayuda. ¿Qué querían esos hombres de ustedes?

—Es una historia muy larga de contar. Ahora, señor, permítame que le haga una pregunta: ¿no es usted inglés?

—Mi nombre es Harry Brien y soy norteamericano, de California.

—¿Y este buque tan magníficamente armado, más poderoso que el mejor de los cruceros?

—¡Oh, mucho más! —contestó con una sonrisa el norteamericano—. Hasta el momento me parece que no hay otro semejante en toda Malasia ni en el Pacífico. Sólido a prueba de escollos, con extraordinaria artillería y veloz como una gaviota.

Se volvió hacia sus marineros, que se encontraban alrededor de los dos hombres y hacían preguntas llenas de curiosidad a los amigos del portugués, mientras el médico del barco hacía su primera cura al peregrino, a quien le brotaba del pecho un hilillo sanguinolento.

—Dad de comer a estos valientes —ordenó—. Y usted, señor de Gomera, acompáñeme al camarote. ¡Ah! ¿Qué desea que haga con su prao?

—Déjelo a las olas, capitán —repuso el portugués—. No merece la pena llevarlo a remolque.

—¿Dónde quiere desembarcar?

—Si no tiene inconveniente, lo más cerca de Mompracem.

—Le llevaremos allí directamente. Está casi en mi rumbo y me gustará visitarlo. Venga conmigo, señor de Gomera.

Fueron hacia la popa y bajaron a la cámara, mientras el buque emprendía la marcha rumbo al sur, tras haber sido izadas las chalupas y cortadas todas las amarras del prao.

El comandante ordenó que les sirviesen un desayuno frío en el saloncito de popa, e invitó a Yáñez.

—Podemos conversar mientras comemos y bebemos —dijo cortésmente—. Mi cocina está a su servicio, señor de Gomera, y lo mismo mi bodega.

Cuando terminaron de comer ya sabía el norteamericano las infortunadas aventuras que su invitado había tenido que afrontar en la tierra de los dayakos a causa del extraño peregrino y la crítica situación en que se hallaba Sandokán.

—Señor de Gomera —empezó ofreciendo a Yáñez un cigarro de Manila perfumado—, le voy a proponer un negocio.

—Diga, señor Brien —replicó el portugués.

—¿Supone hacia dónde me dirigía?

—No puedo imaginarlo.

—A Sarawak, para hablar sobre la venta de este buque.

Yáñez, dominado por una vivísima emoción, se incorporó.

—¿Desea usted vender este barco! —exclamó—. ¿No es acaso de la marina de guerra de Estados Unidos?

—Nada de eso, señor de Gomera. Este buque ha sido construido en los astilleros de Oregón para el sultán de Shemmerindan, quien, según me explicaron, deseaba vengar a su padre, muerto por los holandeses en la derrota que ocasionaron a aquellos piratas hace ya muchos años.

—¿En el año mil ochocientos cuarenta y cuatro? —preguntó Yáñez—. Ya conozco la historia.

—El sultán había entregado ya a los constructores un adelanto de veinte mil libras esterlinas, asegurando que el resto lo pagaría contra la entrega del barco, además de un buen regalo si estaba construido de forma que pudiese enfrentarse con totales garantías de éxito a los buques holandeses. Sin duda, como habrá podido comprobar, este barco es mejor que los más poderosos cruceros. Por desgracia, cuando el buque fue llevado a la roca de Cotti, se supo que el sultán había sido asesinado por un familiar suyo, gracias a una intriga de los holandeses, que al parecer deseaban evitar una segunda guerra. Su sucesor no quiso saber nada del barco y renunció a los adelantos efectuados.

—¡Ese hombre era un necio! —dijo Yáñez—. ¡Con un buque como este hubiera atemorizado incluso al sultán de Varauni!

—Desde Temate telegrafíé a los constructores, que me indicaron que lo ofreciera al rajá de Sarawak o a otro sultán. Señor de Gomera, ¿desea usted adquirirlo? Con semejante barco podría ser el rey del mar.

—¿Cuál es su precio? —inquirió Yáñez.

—Los negocios son los negocios, señor —repuso el norteamericano—. Los constructores exigen cincuenta mil libras esterlinas.

—Y yo, señor Brien, le ofrezco sesenta mil, que serán pagadas en el banco de Pantianak, siempre y cuando me permita conservar a los maquinistas, a quienes pienso ofrecer el doble de su sueldo.

—Son hombres que no rechazarán la oferta; aventureros de la mejor clase, prestos igualmente a cerrar o abrir una válvula que a disparar un fusil.

—Entonces, ¿está conforme?

—By God! Es un magnífico negocio, señor de Gomera. Y no lo voy a rechazar.

—¿Dónde desea usted desembarcar con la tripulación?

—Si puede ser, en Labuán, para poder tomar el vapor correo que lleva hasta Shanghai. Una vez allí, nos será fácil encontrar el medio de trasladarnos hasta San Francisco.

—Al llegar a Mompracem pondré a su disposición un prao que los conduzca hasta Labuán —convino Yáñez.

Sacó un talonario de cheques, que llevaba oculto en una especie de faja bajo la camisa, solicitó una pluma y empezó a firmar varios talones.

—Aquí tiene usted estos cheques por valor de sesenta mil libras esterlinas, pagaderas a la vista en el banco de Pantianak, donde Sandokán y yo tenemos depositados tres millones de florines. Señor Brien, a partir de este instante, el barco es de mi propiedad y tomo el mando.

—Y yo, señor de Gomera, de capitán me convierto en un pacífico pasajero —contestó el norteamericano, mientras cogía los cheques—. Señor de Gomera, vamos a examinar el buque.

—No es necesario; me ha bastado una ojeada para saber cómo es. Únicamente desearía averiguar el número de cañones con que va armado.

—Catorce piezas, de las cuales cuatro son del treinta y seis. Una artillería realmente imponente.

—¡Es suficiente! ¡Debo ocuparme del peregrino! ¡O confiesa a qué lugar condujo la chalupa de vapor a Tremal-Naik y a Damna, o lo torturaré hasta que fallezca!

—Sé un sistema que nunca falla y que aprendí de los indígenas americanos, y tenga la certeza de que le hará hablar —dijo el norteamericano—. ¿El rumbo siempre hacia Mompracem, señor de Gomera?

—Y directamente —repuso el portugués—. Es posible que Sandokán esté en estos instantes a punto de enfrentarse con los ingleses, y no posee más que un prao.

—Por el contrario, usted, señor de Gomera, dispone de un barco para enfrentarse a los más poderosos. ¡Piezas del treinta y seis! Harán saltar a los cañoneros de Labuán igual que un malabarista sus bolas.

Abandonaron el camarote y subieron a la cubierta. La nave avanzaba a toda máquina con una velocidad totalmente desconocida para los buques de aquel tiempo.

¡Quince nudos y seis décimas a la hora! ¿Quién podría apostar contra aquel vapor norteamericano, cuya velocidad semejaba la de una gaviota o poco menos? Yáñez se hallaba muy satisfecho.

—¡Es igual que un rayo! —dijo a Harry Brien—. ¡Con este barco ni los ingleses de Labuán ni el rajá de Sarawak me atemorizan! ¡Si Sandokán quisiera, podría declarar la guerra a la misma Inglaterra!

En aquel preciso instante se le acercó Kammamuri y le dijo:

—Señor Yáñez, la herida del peregrino no reviste la menor gravedad. El balazo que usted le disparó debió de chocar antes con algún objeto duro, posiblemente con la empuñadura del tarwar que ese hombre llevaba al cinto, y solamente le ha herido de refilón, penetrándole en una costilla.

—¿Dónde se encuentra?

—En un camarote de proa.

—Señor Brien, ¿desea usted venir conmigo?

—Voy con usted, señor de Gomera —repuso el norteamericano—. Vamos a ver si puede desentrañarse el misterio que rodea a ese enigmático personaje.

Se encaminaron hacia la proa por la parte de babor y entraron en un pequeño camarote que servía de enfermería.

El peregrino estaba tumbado sobre una litera, custodiado por Sambigliong y un marinero.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, muy delgado, con el cutis bronceado en extremo, los rasgos del rostro finos, como los suelen tener los hindúes de castas superiores, y los ojos negrísimos y avivados por un lúgubre destello.

Tenía amarrados los pies y las manos, y guardaba un fiero silencio.

—Capitán —comunicó Sambigliong a Yáñez—, acabo de examinar el pecho de este hombre y tiene un tatuaje que representa una serpiente con cabeza de mujer.

—Eso demuestra que es un thug hindú y no árabe —repuso Yáñez.

—¡Ah...! ¡Un estrangulador! —exclamó el norteamericano contemplándolo con gran interés.

Al escuchar la voz de Yáñez, el preso experimentó un sobresalto; luego, volviendo la cabeza y examinándolo con una mirada de odio feroz, dijo:

—Sí; soy un amigo fiel de Suyodhana que juró vengar en Tremal-Naik, en Damna, en ti, y después en el Tigre de Malasia, la muerte de mis compañeros de religión. He perdido cuando pensaba haber vencido ya. ¡Mátame! Alguien me vengará, y antes de lo que imaginas.

—¿Quién?

—¡Ese es mi secreto!

—¡Que yo pienso sacarte!

Una burlona sonrisa afloró a los labios del estrangulador.

—Y, además, me dirás a qué lugar ha llevado la chalupa a Tremal-Naik, a Damna y a mis tigres que huían de los disparos de tus lilas.

—¡Jamás lo sabrás!

—¡Poco a poco, señor estrangulador! —advirtió el norteamericano—. Déjame decirte que conozco un sistema eficacísimo para hacerte hablar. No son capaces de soportarlo ni tan siquiera los pieles rojas, que son de una resistencia extraordinaria.

—¡Poco conoces a los hindúes! —repuso el thug—. ¡Me matarán, pero no hablaré!

El americano se dirigió a sus marinos para ordenarles:

—Colocad sobre el puente dos tablas y un barril de agua.

—¿Qué piensa hacer, señor Brien? —preguntó Yáñez.

—Ahora lo comprobará, señor de Gomera. Le aseguro que ese hombre confesará antes de un par de minutos.

Luego, dirigiéndose a Sambigliong y Kammamuri, dijo:

—Vosotros, coged a este hombre y llevadlo a cubierta.

El hindú no ofreció la menor resistencia; ni siquiera se había desvanecido de sus labios la sonrisa burlona. Parecía como si aquel hombre tuviese absoluta confianza en sí mismo y que ni la idea, bastante desagradable ciertamente, de tener que sufrir un tormento hacía mella en su firme ánimo, digno de lo que en realidad era: un sectario fanático.

Cuando se halló sobre la toldilla tumbado en una tabla y firmemente amarrado para permanecer inmóvil por completo, su tranquilidad seguía siendo total.

Contempló serenamente a los marineros que habían formado un círculo a su alrededor, y a continuación al capitán Yáñez, diciendo a este último en tono irónico:

—¿Y ahora me arrojaréis a los peces?

—Vamos a hacer algo más agradable que eso, señor estrangulador —señaló el norteamericano—. ¿Te hace daño la herida?

El estrangulador hizo un gesto despectivo.

—¡Mucha importancia conceden ustedes a este arañazo! —dijo concisamente—. ¿Me consideran acaso una criatura?

—Mejor así. Traed un par de cubos de agua y un embudo.

Tres marineros se abrieron paso para traer lo solicitado. El embudo era utilizado por el cantinero para introducir el vino en las botas, es decir, una pieza sólida, con una embocadura lo suficientemente amplia para ocupar de lleno la boca del indio.

—¿Quieres hablar? —interrogó por última vez el norteamericano—. Evitarás un tormento innecesario que no vas a poder aguantar.

—¡No! —repuso con sequedad el estrangulador.

—¿Ni siquiera si te prometo concederte algún día la libertad? —preguntó Yáñez, a quien desagradaba recurrir a medios drásticos.

—Ese día moriré.

—¡Venga, empezad! —dijo el norteamericano.

Toda la tripulación se había agrupado en torno a la tabla. Solamente el timonel continuaba ante la rueda y los fogoneros frente a los hornos.

Dos marinos metieron la punta del embudo en la boca del hindú, manteniéndolo inmóvil, mientras que otro iba derramando con lentitud el agua contenida en el cubo.

El estrangulador, obligado a beber con el fin de no ahogarse, intentó romper las cuerdas en un desesperado esfuerzo para separar el embudo. Al instante se dio cuenta de que no podría aguantar demasiado aquel tormento, desconocido para él hasta aquel momento.

No obstante, dispuesto a soportar hasta el límite o incluso a morir, no se movió ni tampoco hizo el menor gesto que hiciese comprender al norteamericano y al portugués que estaba decidido a confesar.

El agua seguía llenándole el estómago, y el vientre del hindú se hinchaba más a cada instante. Su rostro parecía sufrir terribles espasmos, los ojos se le salían de las órbitas y su respiración por la nariz se

había vuelto jadeante y ocasionaba una especie de ronquido lúgubre, terrorífico.

—¿Piensas hablar? —preguntó el norteamericano, que contemplaba el espectáculo con frío e impasible aspecto, haciendo un ademán al marinero del cubo para que permaneciese quieto.

El thug negó con un fiero movimiento de cabeza y con los dientes intentó destrozar el tubo de metal del embudo.

Un par más de litros de agua bajaron por el tubo. El indio, con el semblante totalmente congestionado, los ojos extraviados de una forma horrible, dilatado el estómago de una manera atroz, hizo de improviso un gesto violentísimo. No podía más y se entregaba.

—¡Ya está bien! —había exclamado Yáñez espantado—. ¡Ya está bien!

Apartaron el embudo. El thug respiró una larga bocanada de aire y con voz estentórea musitó:

—¡Criminales!

—¡Bah! ¡No morirás por haber ingerido un poquitín de agua! —arguyó el norteamericano—. Esto es insoportable, ¿eh? Pero no existe el menor riesgo si no seguimos con el experimento. ¿Piensas hablar?

El hindú permaneció silencioso durante un momento; mas, observando que el americano hacía un ademán a los marineros para que reanudaran la operación, experimentó un horror indecible que se manifestó en su semblante.

—¡No... no... más! —tartamudeó.

—¿Quién te ha mandado? Habla o continuaremos —dijo Yáñez.

—Shinar —repuso el indio.

—¿Quién es Shinar? Y, antes que nada, ¿quién eres tú?

—Yo soy... soy... el preceptor... de Shinar... Le he... instruido... Soy... el... fiel amigo... de Suyodhana.

—¿Y Shinar? —apremió Yáñez, que veía cómo al hindú se le extraviaba cada vez más la vista y se le tornaba la respiración más jadeante.

—Responde o reanudaremos lo del agua —instó el norteamericano.

—Es... el... hijo... de Suyodhana —balbució el estrangulador.

Yáñez, Kammamuri y Sambigliong lanzaron al mismo tiempo una exclamación de asombro. ¡Suyodhana tuvo un hijo! ¿Sería cierto? ¡El jefe de aquella secta fanática, quien menos parecía amar a las mujeres, el que representaba en la tierra la Trimurti de la religión india, como un día Damna encarnara a la diosa Kali, la divinidad sanguinaria, tuvo su idilio amoroso como cualquier ser humano!

Yáñez acababa de inclinarse sobre el hindú para exigir más detalles y se encontró con que el desdichado había perdido el conocimiento.

—¿Morirá? —preguntó al norteamericano—. Aún no ha explicado todo. ¡Debo enterarme de dónde está el hijo del terrible estrangulador y a qué lugar han conducido a Tremal-Naik y a Damna!

—Deje que termine de digerir tranquilamente el agua —repuso el norteamericano—. Ese tormento no termina con la vida de nadie si se detiene a tiempo; este hombre mañana estará tan bien como usted y

como yo. ¡Que lo trasladen a su camarote y le dejen dormir!

—Se ha desmayado.

—El médico del barco se encargará de reanimarlo. No se inquiete, señor de Gomera; esta tarde o mañana sabremos todo lo que necesite.

Hizo una seña a los dos marineros y estos se llevaron al hindú al entrepuente.

—Bien, señor de Gomera —observó el yanqui dirigiéndose a Yáñez, que parecía preocupado y absorto—. No parece usted demasiado satisfecho con los informes recibidos. ¿Es hombre temible el hijo del jefe de los estranguladores?

—Puede que lo sea —repuso Yáñez—, ya que no sabemos dónde se encuentra, ni conocemos quién ni con qué medios cuenta. La guerra soterrada que nos ha hecho hasta el momento demuestra que ese Shinar posee la energía y la fiereza de su padre. Debo enterarme de dónde se oculta.

—¿Así que no debía de estar entre los dayakos que los han atacado?

—Creo que no. Al frente de la insurrección no había otro que el peregrino. De haberse encontrado entre ellos algún indio más, en este momento lo sabríamos.

—¿Debe de ser muy poderoso ese Shinar?

—Los hechos así lo dan a entender. Él ha sido el que ha armado a los dayakos, y quien posiblemente ha puesto en pie de guerra a los ingleses de una u otra manera, y también al sobrino de James Brooke. Tengo la certeza de que cuenta con grandes riquezas.

—Y el oro es el nervio de la guerra —convino el norteamericano.

—Y habrá armado, además, algunos barcos.

—Pero el de usted puede aniquilarlos sin la menor dificultad, señor de Gomera. Nadie podrá enfrentarse a su artillería, que es la más moderna y eficaz que existe hasta el momento, y que está adoptándose en la flota de mi nación.

—Señor Yáñez —inquirió Kammamuri, que hasta aquel instante había permanecido en silencio y tan pensativo como el portugués—, ¿qué opina de esa sorprendente revelación?

—Pues que jamás hubiera imaginado que habríamos de enfrentarnos otra vez con los thugs de la India. Tú, que fuiste prisionero de ellos durante algún tiempo, ¿oíste explicar en alguna ocasión que Suyodhana hubiera tenido un hijo?

—No, señor Yáñez. Por otro lado, de haberlo sabido los thugs, el jefe hubiera perdido gran parte de su poder. Ha debido de mantenerlo muy alejado de las sunderbans, ocultándolo a todos para esconder su acto culpable. Un jefe como él no podía amar a ninguna mortal; su corazón había de latir solamente por la diosa sanguinaria, y no por una mujer.

—¿Sabes si la comunidad de los thugs poseía una gran riqueza?

—Me han asegurado que contaba con incalculables riquezas y que únicamente Suyodhana sabía el lugar donde se ocultaban.

—Como es lógico, una vez aniquilada la secta, las riquezas pasarían a poder de Shinar.

—Es posible, señor Yáñez —concordó el maharato.

—¡Y ahora nos reta para vengar a su padre! —dijo el portugués como hablando para sí—. ¡De la misma manera que el Tigre de Malasia derrotó al Tigre de la India, vencerá al tigrecito!

—No obstante, me sorprende en extremo —adujo el norteamericano— que el hijo de un estrangulador haya conseguido la cooperación de los ingleses, si es verdad lo que usted imagina.

—Pero ¿sabemos bajo qué nombre o título se amparará? —inquirió Yáñez—. Supongo que no habrá sido tan necio como para comunicar al gobernador de Labuán que es un adorador de la diosa Kali. Necesito saber dónde está y me lo va a decir su preceptor, aunque haya de torturarlo hasta que muera.

—Es suficiente con amenazarlo con una nueva cantidad de agua —opinó el americano—. No lo soportará; ya lo comprobará. Lo explicará todo, señor de Gomera. Ahora vaya a descansar un rato. Ha de estar fatigado tras tantas emociones. Sus marineros duermen ya como lirones.

El portugués, que desde hacía dos noches no dormía, aceptó el consejo del yanqui. Bajó al camarote con Kammamuri y, sin desvestirse, se tendió sobre una litera.

El barco proseguía su rumbo en dirección al sudeste, manteniéndose siempre a una docena de millas de la costa. Iba a quince nudos, velocidad sorprendente en aquel tiempo, en el que los mejores barcos de vapor no rebasaban los doce.

En el horizonte no se distinguía ningún buque. Hacia la costa, en extremo sinuosa y llena de pequeñísimos senos y bahías, algunos praos navegaban lentamente con las velas hinchidas, en los que sin duda iban pescadores, puesto que las aguas de aquellas islas son muy ricas en peces.

Hacia el mediodía, el Nebraska —pues tal era el nombre del soberbio vapor— avistaba la isla de Tega y se dirigía directamente al cabo Nosong, que constituye la parte extrema de otra vasta isla, separada de tierra firme por un estrecho canal que desemboca en la amplia bahía de Brum.

A las cuatro se divisó en dirección sur la colonia inglesa de Labuán, a la que Sandokán amenazó durante muchos años con el exterminio de sus primitivos pobladores.

Casi en aquel preciso momento, el norteamericano despertaba de improviso a Yáñez.

—¡Arriba, señor de Gomera! —exclamó el capitán.

En su voz se notaba un tono especial, que hizo que Yáñez se incorporara al instante. El semblante del yanqui estaba sombrío.

—¿Ha de notificarme alguna mala nueva? Creo que está usted algo excitado, señor Brien.

—By God! —barbotó el norteamericano mesándose colérico los cabellos—. ¡No me lo imaginaba, señor Yáñez!

—Pero ¿qué novedad hay?

—Que ese perro maldito se ha largado al otro mundo sin acabar de confesar.

—¡Ha muerto!

—Tenía un veneno escondido en un anillo. Acuérdesse de que llevaba uno en el dedo corazón, con un cabujón de bastante grosor.

—Sí, creo que lo vi.

—La piedra del cabujón estaba levantada y debajo había un hueco lo bastante grande como para contener semillas o granos de alguna sustancia ponzoñosa. Lo único real es que ha muerto a la vista de los marineros que le custodiaban —concluyó el norteamericano.

Yáñez hizo un gesto de cólera.

—¡Se ha ido a la tumba con el secreto que más me urgía desentrañar! —barbotó rechinando los dientes—. ¿Cómo podremos averiguar a qué lugar ha llevado aquella chalupa de vapor a Tremal-Naik, a Damna y a sus hombres? ¡Maldita sea! ¡Empieza a extinguirse la buena fortuna que durante tantos años nos ha protegido! ¿Será esto el principio del fin?

—Señor Yáñez, no se desaliente —dijo el norteamericano—. Todavía no habrán terminado con sus compañeros. El no haberlos matado al momento indica que los secuestradores tenían orden de conducirlos a un lugar determinado.

—Pero ¿adónde?

—Este es el punto oscuro de momento.

Yáñez, que en el transcurso de aquella desgraciada aventura había perdido la serenidad en varias ocasiones, comenzó a pasear arriba y abajo del camarote, muy excitado.

¿Qué hacer? ¿Qué decidir? ¿En qué sentido encauzar las indagaciones? Todos estos pensamientos turbaban su cerebro.

—¿Dónde estamos ahora, señor Brien? —inquirió de pronto, deteniéndose frente al norteamericano.

—Ante las costas de Labuán, señor de Gomera.

—¿Cuándo llegaremos a Mompracem?

—De diez a once de la noche.

—Ordene que boten al agua una chalupa con provisiones y armas para un par de hombres y acerquémonos a Labuán.

—¿Qué es lo que pretende usted, señor de Gomera?

—Tengo una sospecha.

—¿Cuál?

—La chalupa marchó hacia el sur, sin entrar en la bahía de Kabataun, la cual remontaron antes mis praos.

—¿Y qué es lo que supone?

—Que han llevado a Labuán a Tremal-Naik, a Damna y a los hombres que los acompañaban.

—¿Quiere hacer que desembarquen dos hombres para que hagan las correspondientes pesquisas?

—Y después iremos a recogerlos.

—Tendrían más posibilidades de conseguirlo un par de hombres blancos, y en el barco los hay que tienen suficiente valor para llevar la operación a cabo. Lo único que hace falta es pagarles.

El yanqui ordenó que prepararan una chalupa, llamó a dos marineros californianos de gran estatura y les explicó lo que deseaba el portugués.

—Iremos incluso al infierno —dijo uno de ellos—, ¿eh, Bob?

—Apresaremos a Belcebú si así lo quiere, capitán —convino el otro.

—De aquí a un par de días, como máximo, iré a recogeros.

—¿Por la noche? —inquirió Bob.

—Indicaremos nuestra presencia con una luz verde.

—¡Que el diablo cargue con nosotros si no conseguimos nuestro propósito, capitán! —repuso el primer marinero.

La chalupa estaba preparada. Ambos californianos bajaron a ella y luego emprendieron el rumbo hacia la isla, dirigiéndose a poniente.

Algo más tarde, el estrangulador, una vez certificado el médico de a bordo que estaba en realidad muerto, fue lanzado al mar cubierto por una lona y con una bala de cañón atada en los pies para no ser devorado por los escualos, que por lo general solamente van por la superficie del mar.

A las ocho de la tarde, el Nebraska se hallaba a mitad de trayecto entre Labuán y Mompracem.

El mar estaba desierto y la luna se alzaba en el horizonte brillando sobre las aguas.

Desde el castillo de proa, Yáñez, Kammamuri y Sambigliong examinaban atentamente y con ansiedad el horizonte, deseosos de avistar la altísima roca sobre la que se hallaba la morada del Tigre de Malasia, mientras el yanqui, que había tomado momentáneamente otra vez el mando del buque, paseaba de un lado a otro del puente.

—¡Menuda sorpresa va a llevarse Sandokán cuando nos vea aparecer con un refuerzo de este tipo! —comentó Sambigliong—. Perdimos el Marianne y regresamos con una nave que vale por veinte como él.

—Y que va a dar que hacer a Shinar y a sus aliados, si es que los tiene —repuso Yáñez.

—¿Piensa que los ingleses se habrán contentado simplemente con amenazar, capitán?

—Ya hace tiempo que nos dieron a entender que habríamos de abandonar Mompracem.

—Y la última intimación era seria, señor Yáñez —añadió Kammamuri—. Hasta entonces jamás había visto tan preocupado a Sandokán.

—¿Se dispondrán a resistir?

—Sí, señor Yáñez.

De improviso el rostro de Yáñez palideció.

—¿Y si llegáramos demasiado tarde? —aventuró con auténtica angustia.

—No; es imposible que le hayan derrotado tan rápidamente. Sandokán cuenta con hombres de acero y cañones y baterías imponentes. Las fuerzas de Labuán solas no son bastante numerosas para semejante empresa. De aquí a una hora sabremos a qué atenernos.

Según su costumbre cuando algún pensamiento lo inquietaba, Yáñez había comenzado a pasear por el castillo con las manos metidas en los bolsillos y el cigarro apagado entre los labios.

Transcurrieron quince o veinte minutos. Se hallaban únicamente a dieciocho o veinte millas de Mompracem.

Súbitamente se oyó en dirección a poniente un distante rumor, que se extendió por el mar retumbando de manera siniestra.

—¡Es un cañonazo! —exclamó Yáñez.

—Y el rumor proviene de Mompracem, señor de Gomera —dijo el norteamericano subiendo al castillo—. El viento sopla de proa.

—¿Se habrán lanzado los ingleses al asalto de la isla?

—Pero aquí nos encontramos nosotros, y voy a demostrar la potencia de nuestros cañones. ¡Maquinistas, a toda máquina y cargad al máximo las válvulas! ¡Artilleros, a vuestros puestos de combate!

En aquel instante retumbó un segundo estampido, diferente al primero y seguido, al poco, de una serie ininterrumpida de disparos efectuados por armas de diversos calibres, lo que ocasionaba detonaciones más o menos sonoras.

No era posible error de ningún género: a lo lejos, hacia Mompracem, se estaba librando un combate, y de los duros.

Yáñez y el norteamericano se habían precipitado al puente de mando, mientras los artilleros cargaban con toda rapidez las piezas de cubierta y las de las baterías y se doblaba el personal de las máquinas.

—¿Todos preparados? —preguntó Brien al oficial de cuarto, que acababa de inspeccionar con premura todas las piezas de artillería.

—Sí, capitán.

—¡Doble reserva al timón y la guardia disponible a cubierta!

Los estampidos iban en aumento. Se oía el seco retumbar de los cañones de pequeño calibre y el más prolongado y estruendoso de la artillería pesada.

Yáñez, algo pálido a causa de la emoción pero sereno, había enfocado un catalejo en dirección a poniente, mientras el buque se deslizaba como una gaviota, dejando detrás una larga estela de espuma.

—¡Humo en el horizonte! —gritó de improviso el portugués—. ¡Allí hay barcos de vapor! Son ingleses. No me cabe la menor duda. ¡Rápido! ¡Rápido!

—Señor de Gomera, corremos el riesgo de que se produzca una explosión. No se pueden forzar más las máquinas.

Un humo de tono blancuzco que se divisaba claramente merced a la luz de la luna se elevaba en dirección a Mompracem.

Los cañonazos se sucedían ininterrumpidamente. En aquel lugar se luchaba de una manera terrible.

Al poco rato empezaron a verse los grandes fogonazos de la artillería. Llameaban en una amplia extensión, como si combatiesen numerosos barcos.

—¡Nuestros praos! —rugió de repente Yáñez, dejando el catalejo—. ¡El Tigre de Malasia se dirige hacia el norte!

—¡Malditos! ¡Otra vez nos han derrotado los ingleses!

El norteamericano le había quitado el catalejo de la mano.

—¡Sí, son los praos! —dijo al fin—. ¡Los bombardean los cañoneros! ¡Rumbo al sur!

—¡Artilleros! —ordenó el portugués—. ¡Listos para abrir fuego de banda! ¡Destrozad aquellos buques!

El Nebraska avanzaba a toda máquina con el objeto de interponerse entre los veleros que huían disparando continuamente, con el buque de Sandokán en retaguardia relampagueando como un volcán, y las pequeñas naves de vapor que los perseguían entre tremendas descargas de artillería.

—¡Ya nos encontramos en mitad del baile! —comentó el norteamericano—. ¡Muchachos, disparad todos los cañones de borda!

DECLARACIÓN DE GUERRA

La escuadrilla del Tigre de Malasia, a pesar de huir ante el enemigo, combatía con furia y respondió enérgicamente con las cuatro piezas de caza emplazadas sobre la toldilla del Marianne y las espingardas de grueso calibre de los praos.

La flota se componía de ocho veleros de grandes velas y tripulados por numerosa marinería, pero solamente el de Sandokán, que era de mayor tonelaje que el que perdiera Yáñez en el Kabataun, podía enfrentarse al enemigo durante algún tiempo. Los restantes no eran sino simples embarcaciones malayas de poco mayor tamaño que los praos corrientes, sin balancín y con puente, y con las amuras lo bastante altas para cubrir a los fusileros.

La escuadra adversaria, que debía de haber expulsado de la isla a los tigres de Mompracem, era mucho más poderosa y mejor armada. La componían dos pequeños cruceros con bandera inglesa, cuatro cañoneros y un bergantín de tonelaje similar al del Marianne.

No obstante, todos aquellos buques no se decidían a lanzarse al abordaje de los veleros de Sandokán y se limitaban a replicar a las terribles descargas de fusilería de los piratas, a los cañonazos de las piezas de caza y a la metralla de los praos, que barrían los puentes como ráfagas de huracán.

La súbita aparición del soberbio y poderoso buque norteamericano suspendió el combate por un momento, interrumpiendo la lucha, ya que tanto perseguidos como perseguidores desconocían a qué país pertenecía, pues no enarbolaba ninguna bandera. Una enérgica voz se elevó desde el puente de mando del barco, indicando a los tigres de Mompracem que allí contaban con un poderoso protector.

—¡Viva Sandokán! ¡Viva Mompracem!

Y acto seguido la misma voz gritó:

—¡Fuego sobre los ingleses!

Las siete piezas de babor del buque norteamericano, todas de grueso calibre y de gran alcance, relampaguearon a la vez con un horroroso estampido que retumbó hasta el fondo de la estiba, haciendo retumbar los puntales. Y aquel huracán de proyectiles se abatió sobre uno de los cruceros, destruyéndolo de un simple golpe, haciendo saltar en pedazos la borda de estribor y alcanzando las calderas, lo que provocó una inmediata explosión.

Un ciclón de fuego y humo inundó al instante el cuarto de máquinas. A esto siguió un tremendo fragor, que debía de ser ocasionado por las explosiones de las cajas de municiones y los barriles de pólvora.

El crucero, inmóvil de improviso, escoró sobre el costado maltrecho, mientras sus tripulantes se arrojaban al agua lanzando grandes gritos.

—¡Bien, señor de Gomera! —inquirió el norteamericano, que se hallaba junto a él en el puente—. ¿Qué opina de nuestra artillería?

—Luego se lo diré —repuso el portugués—. Vamos a interponernos entre los praos y los cañoneros y presentemos batalla. ¡Artilleros, fuego de estribor! ¡Eh, sobre el bergantín!

A la orden siguió una segunda descarga, al tiempo que los praos de los tigres de Mompracem se ponían a cubierto tras el buque norteamericano, abriendo fuego con sus gruesas espingardas.

El bergantín, que intentaba adelantarse para cubrir al otro crucero con sus piezas de caza, recibió tan formidable andanada que toda su amura se convirtió en astillas, mientras que el palo mayor, destrozado a dos pies de la toldilla, se desplomaba a lo largo de la proa con horroroso estrépito, derrumbando parte del castillo y matando o hiriendo a media docena de gavieros.

Gritos tremendos se escucharon en los puentes de los praos del Tigre de Malasia, que recibieron fuertes sacudidas por efecto de formidables descargas de metralla. Los piratas de Mompracem se tomaban el desquite gracias a la ayuda que les proporcionaba aquel buque, que acababa de arbolar y desplegar la bandera del antiguo corsario, totalmente roja con tres cabezas de tigre, y daban a los antes victoriosos atacantes un muy severo castigo.

Viéndose imposibilitados los cañoneros de sostener el combate contra un enemigo que contaba con cañones de calibre y potencia casi desconocidos en aquel tiempo, recogieron rápidamente a los marineros del crucero y, tras lanzar un cable al bergantín, que había quedado inutilizado para seguir el avance, se batieron al momento en retirada en dirección a Mompracem, siendo despedidos por una descarga, la última de los cañones de caza del Marianne y de las espingardas de los praos.

Mientras acontecía todo esto, un hombre se había arrojado a la escala del barco norteamericano y, precipitándose a cubierta, se echó en los brazos de Yáñez.

Era un hombre bastante alto y muy corpulento; tenía una hermosa cabeza de fiero y enérgico aspecto, la piel bronceada, ojos negrísimos en los que parecía brillar una llama, y el cabello, abundante, ondulado y negro como el ala del cuervo le caía sobre la espalda. En cambio, su barba era ligeramente canosa y sobre la frente se percibían unas arrugas prematuras.

Su indumentaria era de estilo oriental, con casaca azul de seda con grandes bordados en oro y anchas mangas, ceñida a la cintura por una amplia faja de seda roja de la que colgaban una magnífica cimitarra y dos pistolas de largo cañón con arabescos y culatas incrustadas en nácar y plata; vestía asimismo unos

amplios calzones, altas botas de piel amarillenta y punta doblada, y cubría su cabeza con un pequeño turbante de seda blanca, en cuyo centro una presea sostenía un diamante casi tan grande como una nuez.

Una hermosa jovencita ataviada con las ropas típicas de las mujeres hindúes le acompañaba.

—¡Sandokán! —exclamó Yáñez apretándole contra el pecho—. ¡Vencido tú! ¡Y tú también, querida Surama!

Un relámpago de ira asomó a los ojos del comandante de la flotilla de veleros, en tanto que en su rostro se manifestaba una fiera expresión de rencor y pena al mismo tiempo.

—¡Sí, vencido por segunda vez y por el mismo enemigo! —repuso con voz ronca.

—¡Te han echado de Mompracem!

—Puedes imaginar que no lo he abandonado por complacerlos, Yáñez. Esos perros lo han aniquilado todo. Los poblados están ardiendo, sus moradores han sido objeto de una terrible carnicería sin respetar a mujeres ni a niños con esa saña tan característica en los ingleses cuando tienen de su parte la fuerza y frente a ellos a gente de color. Nuestra morada ya no existe.

—Pero ¿puede saberse la causa de este inopinado ataque?

En vez de contestar, había echado a su alrededor una ojeada, fijando la mirada en la toldilla, que se hallaba llena de marineros norteamericanos.

—¿Dónde has encontrado este crucero? —preguntó al fin—. ¿Qué has hecho durante estos días? ¿Y Tremal-Naik y Damna? ¿Y mi Marianne? ¿Quiénes son estos hombres blancos que combaten en defensa de los tigres de Mompracem?

—Han ocurrido cosas en extremo graves, hermano, después de mi marcha al Kabataun —replicó Yáñez—. Pero antes de que te explique todo, cuéntame hacia dónde te dirigiás.

—En primer término en tu busca, después a encontrar un nuevo refugio. En el norte de Borneo no escasean las islas donde poder habitar y prepararse para la venganza —dijo Sandokán—. El Tigre de Malasia dejará todavía oír su rugido en las costas de Labuán y también en las de Sarawak.

Yáñez hizo una seña al capitán norteamericano, que permanecía inmóvil a escasos pasos de distancia aguardando las órdenes del nuevo propietario del buque; después de haberle presentado a Sandokán, le preguntó:

—¿Dónde quiere desembarcar, capitán?

—Si puede ser, en Labuán. Allí me será más fácil embarcar para Pantianak. Aparte de eso, en la isla se encuentran dos hombres que podrán darle magníficos informes, señor de Gomera. Hasta que ya no le sean necesarios quedarán bajo su mando todos los maquinistas, que han aceptado su oferta, y dos contramaestres de artillería para adiestrar a los malayos en el manejo de los cañones. Me sentiría muy satisfecho de seguir junto a usted para intervenir en la campaña, que no tengo la menor duda comenzará ahora contra esos señores de la bandera roja encuartada. Me gustaría presenciarlo.

—Avanzaremos a marcha lenta hacia Labuán, de manera que lleguemos a la noche. Los praos, con este viento que sopla, nos podrán seguir sin ningún inconveniente.

Inmediatamente, pasando un brazo por el derecho de Sandokán, lo condujo hasta la popa y los dos bajaron a la cámara, acompañados de la joven india.

En ese momento se desvanecían entre la distante niebla los cañoneros, el bergantín y el crucero.

—Explícame qué es lo que ha pasado en Mompracem —dijo el portugués mientras descorchaba una botella de whisky y sonreía a Surama—. ¿Por qué te han atacado? Kammamuri, a su regreso a la factoría de Tremal-Naik, me informó de que el gobernador de Labuán quería conquistar tu isla.

—Sí. Con la excusa de que mi presencia representaba un peligro incesante para aquella colonia y que alentaba a los piratas de Borneo —repuso Sandokán—. No obstante, no imaginaba que los acontecimientos se precipitaran de esta forma, ya que hemos prestado a Inglaterra un servicio tan notable como el de librar a la India de los adoradores de la diosa Kali. Pero me equivoqué. Hoy hace cuatro días, un emisario inglés me notificó que debía abandonar la isla en el plazo de cuarenta y ocho horas, amenazándome con expulsarme de ella por la fuerza en caso contrario. Entonces escribí al gobernador explicándole que hacía veinte años que ocupaba la isla, que era mía por derecho propio y que el Tigre de Malasia era hombre capaz de defenderla durante largo tiempo, cuando de improviso, ayer por la noche, sin declaración de guerra de ningún tipo, vi aparecer la escuadra que tú has tratado tan adecuadamente, mientras que otra compuesta de pequeños veleros desembarcaba cuatro compañías de cipayos con cuatro baterías en la costa occidental.

—¡Miserables! —exclamó Yáñez encolerizado—. ¡Nos han tratado como si aún fuésemos piratas!

—¡Todavía peor! ¡Como antropófagos! —rebatía Sandokán, cuya voz temblaba a causa de la ira—. Hacia medianoche los poblados ardían y sus moradores, cogidos por sorpresa, eran asesinados con una saña jamás vista, en tanto que la flota iniciaba un terrible bombardeo contra nuestros atrincheramientos de la bahía pequeña, hundiendo varios de mis praos. A pesar de estar cogidos entre dos fuegos, el de los barcos y el de las baterías de cipayos, aguanté desesperadamente hasta la madrugada más de catorce asaltos; me embarqué con lo que quedaba de mi flotilla y a cañonazo limpio atravesé por entre los cruceros y los cañoneros, consiguiendo escapar justo a tiempo.

—¿Y qué tienes pensado hacer ahora?

El Tigre de Malasia levantó la mano derecha como si tuviese en ella un arma y se preparara para asestar un golpe mortal. Luego, contrayendo los labios como el carnívoro cuyo nombre llevaba, exclamó con una terrible explosión de cólera:

—¿Qué tengo pensado hacer? Hace veinte años hice estremecer Labuán y ahora volveré a conseguir que el pánico cunda por todas sus costas. ¡Declaro la guerra a Inglaterra y también a Sarawak!

—¿O al hijo de Suyodhana?

Sandokán hizo un brusco movimiento de sorpresa.

—¿Qué has dicho, Yáñez? —gritó contemplándole con profundo asombro.

—Que el hombre que ha insurreccionado a los dayakos del Kabataun, que ha sobornado al gobernador de Labuán y al rajá de Sarawak para expulsarte de Mompracem, no es otro que el hijo del Tigre de la India, a quien mataste en Delhi.

Sandokán había enmudecido; parecía que aquella inesperada noticia le hubiera dejado inmóvil.

Después de un rato, exclamó:

—¡El jefe de los thugs de la India tenía un hijo!

—Y muy astuto, muy inteligente y resuelto a vengar la muerte de su padre —añadió Yáñez—. Hemos perdido ya nuestra isla, todas las factorías de Tremal-Naik han sido arrasadas y este y Damna han caído en su poder.

—¡Te los han arrebatado! —barbotó Sandokán.

—¡Tras una terrible batalla que hubiera acabado con el exterminio de todos si no hubiese sido por la llegada providencial de este buque!

Sandokán paseaba alrededor de la cámara igual que una fiera enjaulada, con la frente arrugada sombríamente y las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Explícamelo todo! —pidió de repente, parándose frente al portugués y vaciando de un simple trago su taza de whisky.

Yáñez le describió lo más concisamente posible las diversas incidencias acontecidas desde su salida de Mompracem.

Sandokán le escuchó todo el rato sin interrumpirle.

—¡Vaya! ¿Este buque es nuestro? —dijo cuando Yáñez hubo acabado—. Muy bien. Haremos la guerra a los ingleses, a Sarawak, al hijo de Suyodhana. ¡A todos!

—¿Y qué piensas hacer con nuestros praos? No pueden acompañar a este barco, que navega como un pez. ¿Deseas echarlos a pique?

—Los mandaremos a la bahía de Ambong. Ahí contamos con amigos y guardarán los veleros hasta que regresemos; solamente en el Marianne conservaremos la tripulación.

—Entonces, ¿nos acompañará?

—Puede que más tarde nos haga falta.

Abandonaron el camarote y subieron a cubierta, donde Kammamuri, el valiente maharato, y Sambigliong los estaban aguardando.

El barco avanzaba a poca velocidad con rumbo a oriente, seguido a poca distancia por el Marianne de Sandokán y los praos, que tenían el viento a su favor.

A lo lejos se distinguían confusamente las cumbres de Labuán, que doraban los últimos rayos solares al ponerse.

A las nueve de la noche el crucero se detenía a media milla de la costa, ante el punto donde desembarcaron los dos marineros, ya que era posible que aquella misma noche dieran la señal.

En las otras naves no habían sido encendidos los faroles y menos todavía en el formidable buque, para no llamar la atención de los cañoneros ingleses que defendían la isla.

Habrían pasado cuatro horas cuando por encima de la escollera brilló un cohete verde. Yáñez, Sandokán, el norteamericano y la joven hindú, que se encontraban en el puente conversando sentados en una poltrona cada uno de ellos, se incorporaron de improviso.

—¡Esa es la señal de mis hombres! —anunció el yanqui—. ¡Bien sabía yo que eran un par de pillos y que no perderían el tiempo por las tabernas de Victoria!

A un mandato suyo un marinero encendió un cohete rojo, al que contestaron ambos norteamericanos al momento con otro de idéntico color.

Lentamente fue haciéndose visible desde la escollera una débil nubecilla que dejaba detrás una estela fosforescente. El mar, saturado de noctilucas, despedía destellos bajo el golpe de los remos, como si bajo la chalupa se encendieran luces de azufre.

Yáñez mandó hacer escala.

Diez minutos más tarde la chalupa llegaba ante el buque y los norteamericanos subían al instante.

—¿Qué hay? —inquirieron concisamente Yáñez y el comandante, ansiosos.

—Hemos conseguido más de lo que esperábamos, señores —repuso uno de ellos.

—Habla enseguida, Tom —instó el capitán norteamericano—. ¿Sabes a qué lugar han sido trasladadas esas personas?

—Sí, capitán; lo he averiguado por un compatriota nuestro que iba a bordo de la chalupa de vapor a la que se ha referido el señor —notificó señalando a Yáñez.

—¿Está en Labuán esa chalupa? —preguntó el portugués.

—Únicamente ha recalado pocos minutos con el fin de repostar carbón y desembarcar a ese compatriota nuestro, que había sido herido por una bala en un brazo —anunció el marinero—. El hombre me ha comunicado que en la pequeña chalupa iban un hindú, una jovencita y cinco malayos.

—¿Y hacia dónde los han conducido?

—A Redjang, en el fortín de Sambulu.

—¡En el sultanato de Sarawak! —exclamó Sandokán—. ¿Así que ha sido el rajá el que ha mandado apresarlos?

—No, señor. Nuestro compatriota nos ha asegurado que fue un hombre que se hace llamar el Tigre de la India. Pero, al parecer, dispone de la ayuda más o menos encubierta del gobernador de Labuán y del rajá.

—¿Y sabe quién es ese hombre? —inquirió Yáñez.

—Lo desconoce y no le ha visto jamás. No obstante, me ha dicho que es poderoso y amigo del rajá —repuso el marinero.

Se dirigió al capitán yanqui.

—¿Desea usted desembarcar aquí? —preguntó.

—Lo prefiero a cualquier otro lugar de la costa.

—¿No le molestarán los ingleses después de lo que usted ha hecho?

—No me conoce nadie, señor. Por otra parte, soy súbdito norteamericano y no se atreverían a meterse conmigo. Idearé cualquier historia para justificar mi aparición en las playas de la isla; por ejemplo, un naufragio acontecido mar adentro, muy adentro, un buque apresado por los piratas borneses, o una cosa similar. No debe preocuparse por eso.

—¿Tiene inconveniente en depositar una carta en el correo de Victoria para el gobernador de

Labuán?

—Será un gran placer para mí hacerle este favor.

—Le prevengo de que se trata de una declaración de guerra.

—Me lo estaba suponiendo —repuso el norteamericano—. Tendré buen cuidado de no decir al gobernador que he sido yo quien puso la carta en el correo.

—Yáñez —dijo Sandokán volviéndose hacia su amigo—, toma de mi caja, que está en el camarote del Marianne, mil libras esterlinas para entregárselas a los marineros norteamericanos, y ordena que boten las chalupas para el desembarco. Yo voy a la cámara un instante para redactar la carta al gobernador.

Al regresar al puente, la tripulación norteamericana que debía abandonar el barco, con excepción del personal de máquinas y los dos jefes artilleros, que ya habían firmado sus correspondientes contratos, le recibió con formidables vítores:

—¡Viva el Tigre de Malasia! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Sandokán solicitó silencio con un ademán, mandó subir a bordo a los comandantes de los praos y a la mayor parte de sus tigres, y empezó a leer en voz alta:

Nosotros, Sandokán, llamado el Tigre de Malasia, antiguo príncipe de Kini Ballu, y Yáñez de Gomera, legítimos propietarios de la isla de Mompracem, comunicamos al señor gobernador de Labuán que a partir de hoy declaramos la guerra a Inglaterra, al rajá de Sarawak y al hombre que se hace llamar Tigre de la India, protegido de ellos.

SANDOKÁN Y YÁÑEZ DE GOMERA

A bordo del Rey del Mar, 24 de mayo de 1868

Un formidable y salvaje griterío surgió como un huracán de los pechos de los fieros tigres de Mompracem.

—¡Viva la guerra! ¡Muerte y exterminio contra los del trapo rojo!

—Señor —dijo el capitán norteamericano tendiendo la mano a Sandokán—, le garantizo que dará una buena lección a ese poderoso John Bull. De la potencia de este buque puedo responder: ninguno de los que recorren estas aguas puede enfrentarse a él. Pero antes de dejarle deseo hacerle una pregunta y darle un consejo.

—Diga lo que quiera —repuso Sandokán.

—Este barco no dispone más que de quinientas toneladas de carbón, que, por mucho que las economice, no podrán durarle más de un mes. Utilice siempre que pueda las velas, ya que después de la declaración de guerra hallará bloqueados los puertos holandeses y los del sultanato de Brunei, que permanecerán neutrales y no querrán proporcionarle suministros.

—Ya lo tenía pensado —replicó Sandokán.

—Envíe al Marianne a proveerse de carbón antes de que estalle la guerra y decida su ubicación en algún punto de la bahía de Sarawak para que su barco no se encuentre sin combustible en el transcurso de las operaciones. Recuerde usted que el carbón es tan necesario como la pólvora.

—En último caso, entraré a saco en los depósitos que para el suministro de sus buques poseen los ingleses en algunas islas —contestó Sandokán.

—¡Adiós, señores! ¡Les deseo suerte! —dijo el norteamericano, mientras estrechaba las manos a los dos antiguos piratas de Mompracem.

Metió la misiva en la cartera y bajó por la escala.

Los tripulantes habían embarcado ya en las chalupas, que gobernaban varios hombres de color.

Las embarcaciones partieron, tras haber lanzado otro «¡Viva!» caluroso.

Media hora más tarde desembarcaban los marineros norteamericanos en la playa de Labuán y las chalupas que los habían trasladado hasta la costa regresaban a los barcos.

El Marianne y los praos tendieron las velas, prestos a zarpar rumbo norte, en dirección al puerto de Ambong. Sus tripulantes eran escasos, ya que la mayoría de los marineros habían pasado al crucero.

—Ahora —dijo Sandokán, tras dar las últimas órdenes a los comandantes de los veleros y de que estos emprendieran la marcha— corramos a liberar a Tremal-Naik y a destruir el poderío del Tigre de la India.

Poco después el Rey del Mar, nombre que dieron al poderoso vapor norteamericano, ponía rumbo a toda máquina hacia el sur para dirigirse a la bahía de Sarawak.

UNA INCURSIÓN NOCTURNA

—¡Señor Yáñez, por aquel resquicio de allí abajo veo brillar una luz!

—Ya me he fijado en ella, Sambigliong.

—¿Se tratará de un prao que está anclado en la ensenada?

—No; más bien parece una chalupa de vapor. Posiblemente es la que ha traído hasta aquí a Tremal-Naik y a Damna.

—¿Estarán vigilando la entrada de la ensenada?

—Es muy probable, amigo mío —repuso con toda tranquilidad el portugués, arrojando el cigarro que había estado fumando.

—¿Podremos pasar sin levantar sospechas?

—¿Acaso crees que puedan temer un ataque por nuestra parte? Redjang se halla muy distante de Labuán, y con certeza que en Sarawak no saben aún que estamos juntos, a no ser que hayan recibido ya la noticia sobre nuestra declaración de guerra. Por otra parte, ¿no vamos vestidos igual que los cipayos del Indostán? ¿No van ataviadas como nosotros las fuerzas del rajá?

—No obstante, señor Yáñez, preferiría que esa chalupa o prao no se encontrara allí.

—Apreciado Sambigliong, ten la seguridad de que a bordo estarán durmiendo. Los cogemos desprevenidos.

—¡Cómo! ¿Vamos a atacar a esos marineros? —inquirió Sambigliong.

—¡Naturalmente! No quiero que detrás de nosotros queden enemigos que podrían entorpecer la retirada. Vamos a dejar libre el camino para que el Rey del Mar no haya de acudir en nuestra ayuda, ya que tendría que aproximarse a la costa y podría tropezar con alguna escollera. Me imagino que no habrá demasiada gente en esa chalupa, prao o de lo que se trate, y nosotros somos bastante ligeros de manos. No deben utilizarse las armas de fuego: únicamente han de entrar en acción los parangs y los kris. ¿Habéis comprendido?

—Sí, señor Yáñez —replicaron varias voces.

—En tal caso, ¡adelante y en silencio!

Esta charla se mantenía en una chalupa de grandes dimensiones que avanzaba merced al impulso de doce remos, tripulada por catorce hombres ataviados con el típico traje de los cipayos de Sarawak: jubón de paño rojo, pantalón de tela blanca, un turbante igualmente blanco y zapatos con la puntera doblada hacia arriba.

Doce de aquellos hombres eran de piel morena, parecidos en gran manera a los malayos, o como mínimo a los dayakos; por el contrario, los dos restantes eran de raza caucásica y lucían uniformes de oficiales.

Todos eran hombres de elevada estatura, robustos y musculosos. Al lado de sus correspondientes banquetas había carabinas de fabricación hindú, pesados sables de hoja muy larga y puñales ondulados, los célebres y terroríficos kris malayos.

La chalupa, que avanzaba en silencio y a toda marcha gobernada por Yáñez, que iba al timón, se dirigía hacia una amplia bahía de la costa occidental de la isla grande de Borneo, por la zona que bañan las aguas de Sarawak.

A pesar de que la noche era muy oscura, la chalupa avanzaba resueltamente por entre las escolleras coralíferas que surgían entre dos aguas, a babor y a estribor, y contra las cuales se estrellaba la resaca lanzando prolongados bramidos.

Se dirigían hacia un minúsculo punto luminoso que se divisaba en el interior de la ensenada, y que unas veces parecía elevarse y otras descender como si fuese zarandeado por ininterrumpidas sacudidas.

Ya se había adentrado la chalupa en aquella amplia abertura de la costa cuando el hombre blanco que se sentaba junto a Yáñez, un apuesto joven de poco más de veinticinco años, de fuerte complexión, con la barba recortada a la americana y que lucía el uniforme de teniente, preguntó:

—Capitán Yáñez, si nos preguntan, ¿qué contestamos?

—Que transportamos vituallas para el fortín de Macrae —repuso el portugués, que acababa de encender un nuevo cigarro—. ¡Parece que nuestra chalupa vaya cargada con cuanto Dios ha creado!

—Y una vez que estemos borda contra borda, ¿nos arrojamos sobre ellos?

—Sí, señor Horward. Nosotros los piratas no vacilamos jamás en lanzarnos al ataque cuando llega el momento. Si se trata de una chalupa de vapor, usted se ocupará de ponerla enseguida en funcionamiento. De esta manera, en cuanto llevemos a cabo el asalto podremos remolcarlos.

—¿Confía usted en el éxito?

—Totalmente, señor Horward. De aquí a un par de horas, Tremal-Naik y Damna se encontrarán de nuevo a bordo en nuestro barco; yo se lo garantizo.

—¡Son ustedes sorprendentes!

—¡Como que estamos habituados a afrontar todo género de peligros y aventuras! —repuso el portugués—. Ustedes los norteamericanos también son de buena sangre.

—¡Oh!

Del prao o la chalupa, ya que aún no podía advertirse con exactitud la clase de nave que era, surgió una voz que gritaba:

—¿Quién vive?

—¡Somos amigos que llevamos provisiones al fuerte de Macrae!

—Tenemos orden de impedir cualquier tipo de desembarco hasta que amanezca.

—¿Quién dio semejante orden?

—El capitán Moreland, que espera en el fuerte a que su buque se haya aprovisionado de carbón.

—En tal caso, aguardaremos junto a vosotros hasta el amanecer.

Al momento, dirigiéndose al maquinista norteamericano y a Sambigliong, que se hallaban a su lado, comentó a media voz:

—No imaginaba que hubiera un barco en estas aguas. ¡El capitán Moreland! ¿Quién será?

—Seguramente es algún inglés que está al servicio del rajá de Sarawak —replicó el norteamericano.

—Entonces, ¡el buque se quedará sin jefe! —adujo Sambigliong—. ¡Lo apresaremos junto al resto de las fuerzas del fortín!

—¡Poco a poco! —objetó Yáñez—. En ese fuerte puede haber más guarnición de la que nosotros imaginamos, y nuestro juego es, principalmente, de astucia. Por otra parte, es necesario que no sospechen nada y, además, tenemos la chalupa encargada de su avituallamiento.

—Eso es tener suerte, señor Yáñez —observó el norteamericano.

—No lo discuto. ¡Fíjese cómo no me había equivocado! Es una chalupa de vapor y no un prao. ¡Muchachos, estad listos!

—Acercaos —exclamó en aquel instante una voz ronca—, o abriremos contra vosotros una descarga de metralla.

—¡Y asesinaréis a camaradas! —replicó Yáñez—. Pero he de advertiros que no soy un dayako, sino un oficial del rajá.

El hombre que había dirigido la amenaza murmuró algo que Yáñez no pudo percibir.

La chalupa se hallaba ya cerca y se la podía distinguir perfectamente, ya que un gran farol situado encima de la chimenea la iluminaba.

Se trataba de una lancha de unos doce metros de longitud, de anchos costados, con puente, y armada con un pequeño cañón colocado en la proa. Unos cuantos hombres vestidos de blanco, y que por los

turbantes que llevaban parecían ser hindúes, estaban apoyados sobre la borda.

—¡Lanzad un cable! —gritó Yáñez, mientras los malayos levantaban los remos y escondían los parangs debajo de las banquetas.

Arrojaron una cuerda desde la lancha y Sambigliong, que se había dirigido prestamente a la proa, la tomó al momento.

—¡Preparados! —musitó Yáñez a sus hombres—. ¡En el instante en que dé la orden, todos a bordo!

En unas pocas brazadas la chalupa estaba al lado de la barcaza. Yáñez y el norteamericano subieron enseguida a bordo de la segunda.

—¿Quién manda aquí? —inquirió con voz enérgica el portugués.

—Soy yo, señor —repuso saludando un hindú, que llevaba en la manga los galones de sargento—. Usted me disculpará, señor teniente, si amenacé con descargar un metrallazo, pero el capitán Moreland me ha dado órdenes muy estrictas y no me es posible permitirle que desembarque.

—¿Dónde está el capitán?

—En el fuerte.

—¿Y su buque?

—En la embocadura del Redjang, ante la entrada septentrional.

—¿Se encuentran aún en el fortín los detenidos?

—¿El hindú y su hija?

—Sí —convino Yáñez.

—Ayer aún se encontraban allí. Pero tengo entendido que en cuanto el barco del capitán haya repostado carbón serán trasladados a Sarawak.

—¿Teme algo?

—Un ataque de los tigres de Mompracem. Se asegura que se han hecho a la mar para combatir contra el rajá y contra Inglaterra.

—¡Bobadas! —dijo Yáñez—. Todos han huido hacia el norte de Borneo. ¿Cuántos hombres hay aquí?

—Ocho, señor teniente.

—¡Entrégate!

Antes de que el sargento pudiera comprender la situación, el portugués ya le había aferrado por el cuello con la mano derecha, mientras con la izquierda le apuntaba al pecho con una pistola de las que llevaba a la cintura. Al ver aquello, la docena de tigres que componía la tripulación de la chalupa se precipitaron inmediatamente a la barcaza y se lanzaron sobre los otros hindúes con los parangs en alto.

—¡El que se resista en lo más mínimo es hombre muerto! —gritó Yáñez.

El sargento, que debía de ser hombre valeroso, intentó librarse de las manos del portugués y coger el sable, gritando a sus hombres:

—¡Coged las carabinas!

El americano Horward, que se hallaba detrás de él, le asió por mitad del cuerpo y lo hizo rodar al suelo mediante una zancadilla debidamente aplicada.

Al ver caer al sargento y que los piratas se disponían a utilizar los parangs, los demás tripulantes, atemorizados, decidieron no moverse.

—¡Sambigliong, amarra al sargento y los demás desarmad al resto de la tripulación y encerradlos a buen recaudo bajo el puente!

La orden se ejecutó al momento, sin que los hindúes opusieran la menor resistencia.

—Ahora —continuó el portugués sentándose junto al sargento, a quien habían atado a la amura—, si quieres salvar el pellejo, hablemos un rato. Será en vano que pretendas permanecer en silencio, ya que conocemos el sistema para que incluso los mudos hablen por los codos. ¿Cuántos hombres hay en el fuerte de Macrae?

—Cincuenta, incluyendo al capitán y un teniente del rajá.

—¿Quién es ese sir Moreland?

—Se afirma que ha sido teniente de la marina angloindia.

—¿Y a qué ha venido aquí?

—No lo sé, señor. Se supone que está en muy buenas relaciones con el rajá de Sarawak y que disfruta de la protección del gobernador de Labuán. Únicamente sé que capitanea un magnífico buque de vapor, con armamento muy potente.

—Así pues, ¿es inglés?

—Eso afirman —repuso el sargento—, si bien es de piel muy morena.

—¿Qué bandera lleva su barco?

—La del rajá de Sarawak.

—¿A qué distancia está el fortín?

—A una milla escasa.

—Te perdono la vida y te compensaré con diez libras esterlinas. Señor Horward, usted permanecerá aquí con un par de los nuestros, y mientras espera encenderá la máquina. Necesitaremos la barcaza dentro de unas horas. El resto de la gente se embarcará conmigo.

Al momento, volviéndose otra vez hacia el sargento, añadió:

—El fortín se encuentra en una colina, ¿no es cierto?

—Delante de nosotros —repuso el hindú—. Se trata de la única colina que hay en la costa.

—Perfecto. Permanecerás prisionero hasta que volvamos; y si no causas problemas, te dejaremos en libertad muy pronto. ¡Buenas noches y que tengáis buena guardia, señor Horward!

—¡Buena suerte, capitán Yáñez! —repuso el norteamericano.

El portugués regresó con Sambigliong y nueve hombres a la chalupa y dio la orden para ponerse en

marcha.

La chalupa se separó de la barcaza en dirección a la playa, que se hallaba a trescientos o cuatrocientos pasos, y contra la cual rompía la resaca en olas que se adentraban bastante en la orilla.

Desembarcaron los once hombres y dejaron la embarcación en un lugar seco; reemplazaron los parangs por las carabinas y cargaron con enormes cestos que parecían muy pesados.

—¿Estamos preparados? —inquirió Yáñez.

—Sí, capitán —respondieron todos.

—Dejad que hable solamente yo y estad listos para lo que acontezca.

—Permaneceremos mudos.

—¡En marcha, valientes! ¡Los tigres de Mompracem no se atemorizan ante los mamelucos del rajá de Sarawak!

Mientras todo esto ocurría la niebla que ocultaba las estrellas se había ido disipando y Yáñez no tardó en avistar la colina donde se hallaba situado el fuerte.

Aquel grupo de hombres se puso en camino en el más absoluto silencio. Yáñez alumbraba el sendero con una linterna que había cogido de la chalupa y cuya luz podía distinguirse a considerable distancia a causa de la oscuridad de la noche.

Más allá de las dunas de la playa divisaron una especie de senda que serpenteaba entre las plantaciones de índigo y que, al parecer, avanzaba hasta la colina; los tigres enfilaron aquel camino, yendo uno detrás de otro.

Tras veinte minutos de caminata alcanzaron el pie de la suave colina, que no debía de alcanzar los doscientos metros de altura y en cuya cima se divisaba una especie de torrecilla, cercada de casas y de un recinto fortificado.

—Si no son ciegos ni están durmiendo, ya habrán distinguido la luz de la linterna —comentó Yáñez—. ¡Ah, mi apreciado sir Moreland, ya comprobarás como actúan los puños de los tigres de Mompracem! Más tarde, Sandokán se ocupará de tu buque, ya que tienes uno.

Una estrecha y zigzagueante senda llevaba hasta el fuerte.

Tras haber proporcionado un instante de reposo a sus hombres, ya que los cestos que llevaban resultaban muy pesados, Yáñez inició la ascensión sable en mano.

Alcanzaba el grupo la mitad de la cuesta cuando pudo oírse una voz que exclamaba desde uno de los taludes del fuerte:

—¿Quién vive?

—¡El teniente Jarshon, con algunos cipayos de Sarawak, que traen provisiones para el fortín por mandato del capitán Moreland!

—¡Aguardad!

Se oyeron voces. Al instante comenzaron a brillar luces en la empalizada, y finalmente tres hombres con apariencia de dayakos, a pesar de llevar el traje hindú e ir armados con carabinas, se dirigieron

hacia el grupo. Uno de ellos portaba una antorcha.

—¿De qué lugar viene, señor teniente? —inquirió uno de ellos.

—De Kohong —replicó Yáñez—. ¿El capitán Moreland está aún levantado?

—En este momento acaba de cenar con los detenidos.

—¡Muy tarde se cena en Macrae!

—Es que el capitán no llegó hasta caer la noche.

—Llévame enseguida a su presencia; he de notificarle graves noticias.

—¡Acompáñeme usted, señor teniente!

Yáñez le siguió, murmurando para sí entre dientes: «¡He aquí una cuestión que no preveía! Si al verme aparecer súbitamente, Tremal-Naik y Damna lanzan una exclamación de sorpresa... ¡Estate preparado, querido Yáñez! ¡Estás jugando una baza extraordinariamente peligrosa!».

El pelotón cruzó un puente levadizo, dos recintos y un amplio patio descubierto, y se detuvo frente a un edificio de mampostería bastante grande y rematado por una minúscula torre. Dos rayos luminosos surgían de las ventanas del piso bajo.

—Puede ir usted, señor teniente; el capitán se encuentra allí —indicó uno de los dayakos—. ¿Doy alojamiento a sus acompañantes?

—De momento, no. Déjalos en el patio.

Enfundó el sable en la vaina, aseguró sus pistolas en el cinto, miró rápidamente a Sambigliong y, simulando una absoluta serenidad, entró en un pequeño salón alumbrado por una linterna china de papel pintado al óleo. Ante una mesa suntuosamente servida estaban sentadas tres personas: un capitán de marina, Tremal-Naik y Damna.

Yáñez pensó en un instante, mientras decidía su táctica inmediata, en lo mucho que se jugaría segundos después ante el capitán Moreland. Si sus amigos no hacían honor a su astucia y sangre fría, y no disimulaban aparentando no conocerle, todo el plan se vendría abajo y se desvanecería la quizá última posibilidad de rescatarles.

UN ATREVIDO GOLPE DE MANO

Al ver entrar a Yáñez luciendo aquellas ropas que jamás le habían visto antes, Tremal-Naik y Damna se levantaron como impulsados por un resorte y permanecieron con la boca abierta, a punto de lanzar una exclamación de asombro, muy razonable en aquel instante, y que tanto había temido el portugués. Una rápida mirada de este la contuvo a tiempo en la boca de ambos.

Por fortuna el capitán Moreland, que se hallaba de espaldas a la puerta y a quien al incorporarse se le había enredado en el respaldo de la silla la correa del sable, no pudo darse cuenta de aquella enérgica mirada.

El portugués giró dando media vuelta sobre sus tacones, se cuadró y saludó militarmente llevándose

la mano a la visera del casco de corcho cubierto de franela blanca.

El capitán era un apuesto joven de unos veinticinco años, alto, con ojos negros que parecían despedir llamas y una barba fina y negra, además de tener una piel muy bronceada, lo que en conjunto le daba una apariencia arrogante. Parecía tener en las venas más sangre hindú o malaya que europea, a pesar de la corrección de sus facciones, más caucásicas que indias.

—¿De dónde viene, señor teniente? —inquirió en perfecto inglés, después de haberle examinado detenidamente.

—Vengo de Kohong para traer provisiones por orden del gobernador. ¿No las esperaba, capitán?

—Sí. Había pedido provisiones porque en este lugar es imposible encontrarlas.

—Botellas y productos de Europa, ¿no es así?

—Sí, es cierto —convino el capitán—. Pero para eso no se requería que enviaran a un oficial. Hubiera sido suficiente con unos pocos soldados.

—No se decidían a notificarle las noticias que me han ordenado que le comunique a usted en persona.

—¿Noticias?

—¡Y de mucha gravedad, sir Moreland!

—¿Es usted el comandante de la guarnición de Kohong?

—Sí, capitán.

—Pero usted no es inglés.

—No, señor. Soy español y desde hace unos pocos años estoy a las órdenes del rajá de Sarawak.

—¿Y qué tiene usted que notificarme?

Yáñez hizo un ademán en dirección a Tremal-Naik y a Damna, que se hallaban de pie y extraordinariamente sorprendidos, pero sin decir ni una palabra ni hacer el más ligero movimiento que pudiera poner sobre aviso al capitán.

—¡Está usted en lo cierto! —dijo con una sonrisa—. ¡Son mis prisioneros!

Se volvió hacia Tremal-Naik y Damna, y les dijo con suma cortesía:

—Perdonen ustedes que les deje durante unos minutos.

«¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Yáñez para sus adentros—. ¡No los trata como a detenidos, sino como invitados! ¿Qué significa esto? ¡Aquí hay algo raro!»

Siguió la dulce mirada del capitán y observó que este la posaba dulcemente en la joven, la cual bajó ruborizada la vista.

«¡Ah! ¡Diablo! —pensó el portugués frunciendo el ceño—. ¡La sangre angloindia parece tener que ver algo en esto! ¿Qué habrá entre estos dos?»

El capitán abrió una puerta lateral e hizo pasar a Yáñez a un gabinete muy elegante amueblado al estilo hindú, con ricos tapices, muebles ligeros, pequeños divanes de telas orientales con hilos de oro y

enormes jarrones de bronce con relieves.

Una lámpara en forma de globo, algo opaca y de color azulado, difundía una luz suavemente velada sobre los tapices, haciendo resaltar sus hermosos recamados de color plata.

—Nadie puede escucharnos, teniente —dijo el capitán, tras cerrar la puerta con llave y dejar caer unas pesadas cortinas de brocado antiguo.

—¿Se ha enterado usted de que los tigres de Mompracem han declarado la guerra a Inglaterra y al protegido de ella, el rajá de Sarawak? —preguntó Yáñez.

—Ayer me informó el rajá por mediación de un emisario —repuso sir Moreland—. Acaso ¿no estarán locos?

—No tanto como usted supone —contestó Yáñez—. Acuérdesse de que fue Sandokán quien derrotó y luego expulsó de aquí a James Brooke cuando se hallaba en su máximo poderío y se consideraba invencible.

—¡Esa era otra época, teniente! Y, además, ¡retar a Inglaterra! ¿Acaso desconocen que su fuerza naval la temen incluso los demás países europeos? Esos insensatos realizarán alguna incursión con sus praos por estas aguas y a los primeros cañonazos quedarán destrozados.

—Exactamente es ahí donde se equivoca. No van a ser sus veleros los que inicien las hostilidades. Ayer se avistó un inmenso buque de vapor a veinte millas mar adentro de Kohong y llevaba la bandera roja de los tigres de Mompracem.

El capitán experimentó un sobresalto.

—¿Qué significa eso?

—Y, al parecer, avanzaba hacia estas costas.

—¿Se ha topado usted con él?

—No, capitán.

—¿Y qué buscan aquí? ¿Sabrán que mi barco está anclado en la segunda embocadura del Redjang?

—El gobernador de Kohong supone que intentan atacar el fuerte de Macrae con objeto de liberar a los prisioneros, y por este motivo me manda para prevenirle y para trasladarlos inmediatamente. Debo llevarlos en la lancha de vapor que se encuentra anclada en la ensenada.

—Estarían más seguros en mi barco.

—Los expondría usted a los peligros de un combate, en especial ahora que la victoria resultaría muy incierta. El gobernador considera más sensato que usted se los mande. Según creo, así se lo ha indicado también al rajá de Sarawak. Afirma que hay que retener a esas dos personas, aunque sea en calidad de invitados, para poner freno a la osadía de Sandokán y evitar que subleve a los dayakos del interior, que continúan siendo sus aliados desde la época de James Brooke.

Sir Moreland permaneció silencioso y parecía dominado por una intensa preocupación. Por último, tras unos instantes de silencio, dijo en un extraño tono de voz que no pasó inadvertido al portugués:

—Esa es la razón por la que tengo retenidos a Tremal-Naik y a Damna.

Con un nervioso gesto se pasó la mano por la frente y suspiró:

—¡La fatalidad del destino! —comentó como si hablase consigo mismo.

Yáñez, que le observaba atentamente, pensaba: «¡Qué demonio! ¿Estará enamorado este angloindio de los ojos de Damna? ¡Voto a Dios que me parece un magnífico joven, ardoroso y atrevido, y me imagino que es un hombre leal! ¡Vamos a intentar convencerlo!».

Y después dijo en voz alta:

—¿Qué decide usted, capitán?

—El gobernador de Kohong acaso esté en lo cierto —repuso sir Moreland tras un corto silencio—. Los detenidos resultarían para mí un estorbo en mi barco. Por otra parte, jamás se puede predecir de qué forma terminará un combate cuando esos temibles piratas están por en medio. Confío plenamente en el poderío de mi barco y en la bravura de mis hombres, que he elegido con todo cuidado, e igualmente en el poder de mi artillería, que es de la más moderna. Pero desconozco la fuerza de mis enemigos y tal vez me llevara la peor parte. ¿Cree que saben dónde se encuentra mi Sambai?

—¿Es ese el nombre de su buque?

—Sí —repuso el capitán.

—En Kohong se supone que el Tigre de Malasia y Yáñez conocen su paradero, y todos están seguros de que atacarán de un momento a otro.

—En tal caso, le confiaré a usted los dos prisioneros. Pero ¿se compromete usted a ponerlos a salvo?

—Bordearé las costas avanzando por detrás de las escolleras. En esos canales interiores hay poca agua y el buque de los piratas de Malasia no podrá seguirme. ¡Respondo de ellos, capitán!

—Sería conveniente que aprovechara usted la noche.

—Eso era exactamente lo que iba a proponerle —repuso Yáñez, que difícilmente podía contener su satisfacción.

—¿Con cuántos hombres cuenta usted?

—Diez aquí y dos en la ensenada.

—Si utilizan la lancha de vapor, llegarán a Kohong al amanecer.

—¿Y usted qué piensa hacer, capitán?

—Me haré a la mar para ir al encuentro del Tigre de Malasia. ¡Quiero enfrentarme con ese hombre!

—¿Le odia usted?

—Es un pirata a quien ya va llegando la hora de domesticar —respondió sencillamente el capitán—. ¡Acompáñeme!

Abrió la puerta y entró de nuevo en el saloncito, en el que aún se encontraban Tremal-Naik y Damna.

—¡Dispónganse a emprender la marcha! —dijo mirando sobre todo a la joven.

—¿Adónde piensa llevar nos, capitán? —inquirió Tremal-Naik.

—Me han ordenado que los traslade a Kohong.

—Pero ¿acaso amenaza alguien el fortín?

—A esa pregunta no me es posible responder.

Sir Moreland indicó a los dos detenidos que fueran a vestirse para la marcha. Luego descorchó una botella y, tras llenar un par de copas, ofreció una al portugués.

—Usted me garantiza que no permitirá que los hagan prisioneros, ¿no es cierto? —preguntó el angloindio después de beberse su copa.

—Si observo algún peligro, me dirigiré hacia la costa, capitán —replicó Yáñez.

—Los soldados que vienen con usted, ¿son hombres aguerridos?

—Son los más aguerridos de la guarnición de Kohong. ¿Cuándo tendré el placer de verle de nuevo?

—Pienso embarcarme al amanecer y dirigirme inmediatamente hacia la ciudadela, a menos que me encuentre a los piratas de Malasia. Aún confío en poder derrotarlos.

Yáñez sonrió con ligera ironía.

—Espero que así sea, capitán —contestó—. ¡Ya va siendo hora de exterminar a esos peligrosos salteadores de los mares!

En aquel preciso momento entraban en el saloncito Tremal-Naik y Damna. El primero se había colocado un enorme turbante y la jovencita se había echado sobre los hombros un manto de seda blanca que la cubría totalmente.

—Los acompañaré hasta la playa —dijo el capitán—, aunque no haya nada que temer.

Al escuchar aquella decisión de sir Moreland, Yáñez arrugó ligeramente el ceño.

«¿Llevará hombres consigo? —pensó un tanto contrariado—. ¡Es lo mismo! En ese caso, los reduciríamos en cuantouviésemos el mar a la vista.»

Todos juntos salieron al patio, donde estaban los diez piratas alineados y apoyados en sus carabinas. Cuando vieron aparecer al capitán, presentaron armas con tanta precisión que el propio Yáñez quedó sorprendido.

—¡Son hombres robustos! —comentó sir Moreland tras haberlos examinado uno a uno—. ¡En marcha!

Cuatro de los hombres avanzaron en vanguardia; detrás iban Yáñez y Tremal-Naik; después, a cierta distancia, Damna y el capitán, y por último los seis hombres restantes. Los que marchaban delante llevaban un farol y tres antorchas para iluminar el camino, ya que el firmamento se había cubierto de nuevo con un denso velo de niebla que no permitía que las estrellas alumbraran con esa vaga luz que despiden, especialmente en la nítida atmósfera de las regiones ecuatoriales.

Un inmenso silencio imperaba en la llanura sobre la cual se alzaba la colina, que solo era roto por los ligeros pasos del grupo. La misma resaca parecía haberse apaciguado, posiblemente debido al reflujo del mar.

Yáñez caminaba en silencio, pero de vez en cuando cambiaba una mirada de complicidad con

Tremal-Naik y le daba con el codo, como aconsejándole la máxima cautela. Detrás de ellos, el capitán hablaba algo a la muchacha, pero en un tono tan bajo que por más que el portugués prestase atención no conseguía entender nada de lo que decía.

Por su parte, los piratas caminaban tan silenciosos como peces, con los dedos en el gatillo de sus carabinas y dispuestos a abalanzarse sobre el capitán a la primera orden que recibiesen.

Bajaron la colina y el grupo continuó su camino por entre las plantaciones. Como el sendero era muy estrecho, Yáñez aprovechó la ocasión para distanciarse del capitán.

—Debes estar preparado para cualquier cosa que pueda suceder —musitó a Tremal-Naik en cuanto tuvo la certeza de que no podían escucharle.

—¿Y Sandokán? —inquirió en voz baja el hindú.

—Nos aguarda dando bordadas.

—¡A qué peligros acabas de exponerte, Yáñez...!

—Era necesario intentar un golpe de mano, porque sin vosotros no nos hallábamos en libertad de comenzar la guerra.

—¿Qué piensas hacer con el capitán? Te pido que le dejes libre, ya que no nos ha tratado como a detenidos, sino como a invitados.

—No pretendo matarle. Asesinarle sería una canallada. ¿Y quién es ese hombre?

—Un inglés que está a las órdenes del rajá y que antes servía en la marina angloindia.

—¡Inglés ese hombre, con una piel tan bronceada y unos ojos tan negros! No, creo más bien que debe de ser angloindio.

—Yo también sospechaba lo mismo; pero, sea lo que sea, nos ha tratado como un caballero.

—¡Silencio, ya tenemos el mar a la vista!

Pocos minutos más tarde alcanzaban la playa, junto al lugar en que se hallaba la chalupa embarrancada en la arena. A tres o cuatro cables de distancia humeaba la chimenea de la barcaza. El maquinista norteamericano no había perdido el tiempo.

—¡Arrastrad al agua la chalupa! —ordenó Yáñez.

Mientras cuatro de los piratas ejecutaban la orden, los demás se habían situado en torno al grupo formado por Tremal-Naik, Damna y el capitán.

Sambigliong se puso también a la espalda de este último. En cuanto Yáñez observó que la chalupa se ponía a flote, se acercó a sir Moreland, que se hallaba junto a Damna, y le tendió la mano, mientras decía:

—¡Tenga usted confianza en mí, capitán! ¡Salvaré a los detenidos!

En ese instante oprimió con tal fuerza la mano del angloindio, que le hizo crujir los huesos de los dedos y le dejó el brazo inmovilizado.

Mientras Yáñez le tenía aferrado de esa manera para evitar que desenvainara el sable, Sambigliong se abalanzó sobre el cuerpo del capitán y lo derribó a tierra.

Sir Moreland lanzó un furioso grito:

—¡Ah! ¡Canallas!

Los piratas se abalanzaron sobre él y en un santiamén le ataron las manos a la espalda y le arrebataron el sable y las pistolas que llevaba al cinto.

En cuanto pudo incorporarse, ya que no le habían amarrado las piernas, intentó arrojarse sobre Yáñez, que permanecía contemplándole en silencio con una sonrisa en los labios.

—¿Qué significa esta agresión? —barbotó, pálido a causa de la cólera que le dominaba—. ¿Quién es usted?

Yáñez se quitó el casco y, saludándole irónicamente, contestó:

—¡Tengo el gusto de presentarle los saludos de mi amigo el Tigre de Malasia!

—¿Y quién es usted?

—Soy Yáñez de Gomera, sir Moreland.

La sorpresa del capitán ante aquella revelación fue tan extraordinaria que durante un rato no pudo pronunciar palabra.

—¡Yáñez! —exclamó por fin contemplándole casi con espanto—. ¡Usted! ¿El amigo del Tigre de Malasia?

—Tengo ese placer —replicó el portugués.

El capitán volvió la vista hacia Damna. La muchacha no había lanzado el más leve grito ni hecho el menor movimiento durante aquella esperada agresión. Se había quedado inmóvil y silenciosa a cinco pasos del angloindio, a pesar de que su pálido rostro daba a entender la angustia que la dominaba.

—¡Máteme, si se atreve! —exclamó el capitán volviéndose hacia Yáñez.

—Caballero, aunque nos califiquen de piratas sabemos también ser generosos; mucho más que otros —repuso el portugués—. De haber caído yo en manos del rajá ya me habría fusilado. Por el contrario, yo, señor, voy a perdonarle a usted la vida.

—Algo que yo te habría pedido —adujo Tremal-Naik.

—Y que yo no te hubiera negado —dijo Yáñez muy afectuoso.

—En ese caso, ¿qué es lo que pretende hacer conmigo? —inquirió el capitán rechinando los dientes.

—Ponerle en libertad, señor, para que vuelva a Macrae.

—Tal vez se arrepienta usted de tanta generosidad, ya que mañana les daré alcance con mi buque.

—Y hallará en su camino a un contrincante digno de usted —repuso Yáñez—. Si no le importa esperar a los tripulantes de la barcaza, estarán aquí dentro de unos minutos.

—¿Esos cobardes se han rendido?

—Los pillamos desprevenidos y no pudieron luchar contra nosotros. ¡Capitán, buenas noches y que haya suerte!

—¡Nos encontraremos antes de lo que usted imagina!

—¡Le aguardamos, sir Moreland! ¡En marcha! ¡Embarcad!

Tremal-Naik cogió por una mano a Damna, que no había pronunciado la menor palabra, y la condujo suavemente hasta la chalupa, donde la hizo sentarse a popa; luego embarcaron los demás. Entretanto el capitán se paseaba nerviosamente por la playa, intentando romper las ligaduras que le aferraban las manos.

La chalupa avanzó inmediatamente hacia la barcaza, cuya chimenea seguía despidiendo humo y que tenía el farol encendido en la proa.

Tras estrechar la mano al portugués y haberle dado las gracias, Damna había apoyado un codo en la borda y miraba con fijeza hacia la playa.

El capitán ya no paseaba. En pie sobre una pequeña duna de arena, miraba alejarse la chalupa; pero no era ciertamente la chalupa lo que contemplaba.

—Y bueno, Tremal-Naik, ¿qué opinas de este audaz golpe? —preguntó Yáñez riendo.

—¡Que eres el mismísimo diablo! —repuso el hindú—. No tenía la menor duda de que un día u otro vendrías a salvarnos, pero jamás pensé que fuera tan pronto. ¿Cómo habéis averiguado que nos habían llevado a Macrae?

—Nos enteramos en Labuán. Luego te explicaré todo lo ocurrido desde que os hicieron prisioneros. Por el momento solamente te diré que disponemos de uno de los más potentes buques del mundo y que estamos dispuestos a combatir contra Inglaterra y contra el rajá de Sarawak, ya que queremos vengarnos por haber sido injustamente arrojados de Mompracem.

—¿A tal extremo pensáis llegar?

—Y añadiré otra cosa que va a dejarte aún más sorprendido.

—¿Qué es?

—Que aquel peregrino que tanta guerra nos dio era un enviado del hijo de Suyodhana.

—¿Cómo dices?

—Cuando nos encontremos a bordo del Rey del Mar te lo explicaremos con más detalle. Ahora dime si podrías haber imaginado que Suyodhana tuviera un hijo.

—Jamás oí decir nada de eso; y tampoco se me habría ocurrido imaginarlo, ya que el jefe de los thugs tenía prohibido poseer mujer. ¡Así que él fue desde el primer momento quien provocó la guerra!

—En la que le ayudan Inglaterra y el rajá de Sarawak.

—¿Y cómo puede ser posible que los ingleses proporcionen ayuda al hijo de un thug para que nos combata, después de que liberamos a la India de esa plaga que la deshonoraba?

—Ese es un enigma que todavía no hemos conseguido aclarar.

—¿Y dónde se encuentra ese hombre?

—Ese es también otro misterio, apreciado Tremal-Naik. Tendremos que averiguar dónde se halla para poder hacer con él lo mismo que hicimos con su padre. ¡Señor Howard!

La chalupa acababa de llegar al lado de la barcaza y el norteamericano subió a cubierta.

—¿Todo ha salido bien, señor Yáñez?

—Mejor no podía salir. ¿La máquina está en funcionamiento?

—Ya hace una hora.

—¿Y los presos?

—Parecen conejos.

—¡Muchachos, todos a bordo!

Ayudó a subir a Damna a la barcaza, y detrás de ella lo hicieron los demás.

—¡Démonos prisa! —instó Yáñez.

Ordenó que fuesen desatados uno a uno los tripulantes de la barcaza, introdujo en el bolsillo del sargento un puñado de libras esterlinas y los mandó descender a la chalupa mientras les decía:

—El capitán Moreland os espera en la playa. Dadle saludos de mi parte y también agradecedle la lancha de vapor que nos ha regalado. ¡Señor Horward, a toda máquina!

El norteamericano hizo pitar la máquina varias veces seguidas, como si se despidiese burlonamente de los hindúes de la chalupa y, una vez levada el ancla, la barcaza avanzó con rapidez en dirección a la salida de la ensenada.

Yáñez dejó la barra del timón a Sambigliong y se dirigió a proa junto a Tremal-Naik, que observaba atentamente la oscuridad intentando avistar el barco de Sandokán, que debía de hallarse a escasa distancia de la costa.

Como llevaba las luces apagadas, no resultaba fácil distinguirlo.

—Se habrá adentrado en el mar, a no ser que en mi ausencia haya pasado algo nuevo —respondió Yáñez a la mirada inquisitiva de Tremal-Naik—. Hemos sabido, por un prao que procedía de Labuán, que una flotilla de cruceros había zarpado del puerto de Victoria para salir a nuestro encuentro.

—¿Habrá topado con ella Sandokán?

—Habríamos oído cañonazos. Por otra parte, Sandokán no es hombre que se deje coger desprevenido, en especial con el buque que posee. ¡Allí distingo agitación de espuma...! ¡Es el Rey del Mar! ¡Señor Horward, cargue las válvulas!

La barcaza avanzaba con rapidez sobre el oscuro mar, dejando a popa una estela en ocasiones luminosa, como consecuencia de un principio de fosforescencia.

De improviso, una imponente masa, que se deslizaba por el agua con un sordo fragor, surgió ante la chalupa y se interpuso en su camino. Una fuerte voz gritó:

—¡Apuntad el cañón a proa!

—¡Alto! —ordenó inmediatamente Yáñez—. ¡Eh, Sandokán, lanza la escala! ¡Son los tigres de Mompracem que regresan!

La barcaza, que había aminorado la marcha, abordó al enorme buque casi junto al lado de estribor, debajo de la escala que había sido desplegada al instante.

UN ENCARNIZADO COMBATE

En la parte superior de la escala, Sandokán esperaba a Yáñez y a los prisioneros junto a una hermosísima joven de piel ligeramente bronceada, facciones dulces y correctas, ojos muy negros y pelo largo trenzado con cintas de seda. Lucía las ropas típicas de las mujeres hindúes.

Unos cuantos hombres de piel aceitunada y con la divisa blanca de la marina de guerra iluminaban la escala con enormes linternas.

Yáñez, que fue el primero en llegar hasta la toldilla, tendió al momento una mano hacia el fiero pirata y otra a la joven hindú.

—¿Nada? —inquirió con voz anhelante el Tigre de Malasia.

—¡Míralos! —repuso Yáñez.

Sandokán, con un grito de alegría, se abalanzó sobre Tremal-Naik, mientras que Damna se echaba en los brazos de la joven hindú exclamando:

—¡Surama! ¡Pensé que nunca más volvería a verte!

—¡Vamos a la cámara, amigos míos! —dijo Sandokán tras haber abrazado al indio y besar a Damna en las mejillas—. ¡Tenemos cientos de cosas que explicaros!

—¡Un momento, Sandokán! —le interrumpió Yáñez—. Ordena poner rumbo al norte y avancemos a toda máquina, buscando la segunda boca del Redjang. Hay un leopardo negro que nos aguarda allí, y si no le atacamos podría desbaratar nuestros proyectos. Según dicen, es muy poderoso.

—¿Un buque?

—Sí, y en este momento se estará preparando para darnos alcance.

—¡Ah! —comentó Sandokán sin conceder importancia a la advertencia—. ¡Mañana nos libraremos de ese incordio!

Llamó a Sambigliong y al jefe de máquinas y, tras haberles dado algunas instrucciones, bajó al elegante saloncito de la cámara junto a Tremal-Naik, Damna y Surama, que se apoyaba con dulzura en Yáñez, su sahib blanco.

Una vez que se hubo informado del feliz resultado de la expedición y que explicó a Tremal-Naik todo lo acontecido a raíz de la batalla librada en las costas de Borneo, lo concerniente a la compra del buque norteamericano y la declaración de guerra enviada a un tiempo contra la desagradecida Inglaterra y contra el sobrino de James Brooke, dijo:

—Ya no son la flota inglesa, la cual no tardará en darnos alcance, ni la escuadrilla del rajá de Sarawak las que me inquietan. Es el enigma que rodea al hijo de tu antiguo enemigo, apreciado Tremal-Naik. ¿En qué lugar se oculta ese hombre, que ha demostrado su enorme poderío destruyendo tus plantaciones y posesiones por medio del peregrino? ¿Cuándo nos atacará? ¿Qué está planeando? Yo no tengo miedo de nadie y, no obstante, ese hombre, al que jamás hemos podido ver, que no sabemos dónde ni qué prepara, me tiene más preocupado que la presencia de una flota inglesa.

—¿No habéis podido averiguar nada de él? —inquirió Tremal-Naik, que parecía hallarse más inquieto que el temible pirata.

—Hemos preguntado en el transcurso de nuestra travesía hacia el sur a varias personas y también hemos detenido a unos veleros de Sarawak. Sin embargo, ha sido imposible averiguar el paradero de ese hombre.

—¡No se tratará de un espíritu!

—En un momento u otro habremos de verle la cara —observó Yáñez—. Si desea hacer la guerra y vengar la muerte de su padre, le será imposible permanecer oculto eternamente.

—Pero, mientras, ¿qué es lo que has decidido hacer, Sandokán? —preguntó Tremal-Naik.

—Pues he decidido iniciar las hostilidades entablado combate con ese buque que se encuentra anclado en la embocadura del Redjang. ¡Puesto que hemos declarado la guerra, demostremos que la hacemos de verdad!

—¿Desea usted hundirlo? —preguntó Damna con un tono de voz que inquietó a Yáñez.

—Lo aniquilaré, Damna, te lo aseguro —respondió Sandokán con frío acento.

El portugués, que la examinaba atentamente, observó que palidecía y que un leve suspiro brotaba de su pecho; pero todo se redujo a eso, ya que la muchacha no objetó nada a la terrible sentencia de muerte que el fiero pirata acababa de dictar contra el barco de sir Moreland.

Todos los allí reunidos se levantaron para subir a cubierta. Surama tomó una de las manos de Damna y le dijo:

—Dejemos a los hombres que hagan lo que tengan que hacer. Acompáñame al camarote. He dispuesto que te preparen una mullida cama, porque tenía la certeza de que no tardaría mucho en volver a verte.

La respuesta de la hija de Tremal-Naik se limitó a una simple sonrisa, y acto seguido la acompañó al interior de la cámara.

Al subir Sandokán, Tremal-Naik y Yáñez a la cubierta, ya todos los marineros se hallaban en sus puestos de combate, ya que Sambigliong había prevenido a los tigres de Mompracem que el crucero debería enfrentarse con un poderoso barco enemigo.

Las luces de posición se hallaban encendidas y las piezas de artillería iluminadas. El puesto de timoneles se había reforzado. Los cuatro cañones de caza de grueso calibre, cargados y dispuestos en barbata a popa y a proa en el interior de torres giratorias protegidas por planchas de hierro de gran espesor, aguardaban el instante de arrojar bocanadas de muerte.

Una fuerte ráfaga de viento dispersó otra vez las nubes acumuladas en el cielo y las arrastró en dirección al sur. Las estrellas, que de nuevo lanzaban su reflejo, despedían una vaga claridad sobre las oscuras aguas del amplio golfo de Sarawak y gracias a esa claridad pudo avistarse con facilidad un buque, a pesar de que navegaba con las luces apagadas.

El Rey del Mar iba a escasa presión, con el fin de economizar todo lo posible el combustible. Sandokán había ordenado que se desplegaran las velas bajas del trinquete y del palo mayor, ya que el viento resultaba en aquel momento favorable y bastante fresco. El pirata, recordando los consejos del

capitán norteamericano, se había tornado sumamente ahorrativo en lo concerniente al combustible, pues a causa de la declaración de guerra no podía repostar en ningún puerto, razón por la cual no empleó más que las velas en la travesía entre Labuán y el golfo de Sarawak, maniobra de sobra conocida por sus marineros, a pesar de que bastantes de ellos habían aprendido a trabajar en las máquinas con los norteamericanos que habían decidido quedarse en el barco.

Yáñez y Tremal-Naik, apoyados en la amura de proa, en cuya parte alta había defensas en forma de círculo para proteger a los fusileros, examinaban detenidamente el horizonte, mientras Sandokán revisaba las baterías y los cañones para ver si todo se hallaba dispuesto.

Hacia levante se distinguían vagamente las costas, que iban tornándose cada vez más altas según se acercaban al escarpado y elevadísimo promontorio de Sirik, que cierra por la zona occidental el golfo de Sarawak. A pesar de que en aquella parte se ubicaba la ciudadela de Redjang, no se veía brillar la menor luz.

De esta manera pasó la noche, explorando sin el más mínimo resultado. Pero nada más comenzar a despuntar el día, se oyó de improviso la voz del vigía, situado en la cruceta del trinquete, que gritaba a todo pulmón:

—¡Humo hacia levante!

Yáñez, Tremal-Naik y Sandokán ascendieron velozmente por las escaleras de babor del trinquete, subieron hasta la cofa y al momento divisaron a lo lejos, en el punto donde el mar parecía juntarse con el cielo, cómo se elevaba un penacho de humo en la nítida y transparente atmósfera de la mañana.

—Proviene de la embocadura del Redjang —opinó Yáñez—. Apuesto un cigarro contra cien libras esterlinas a que ese es el buque de sir Moreland.

—¿Has visto tú ese buque? —interrogó Sandokán a Tremal-Naik.

—No —repuso el hindú—. Pero me informaron de que estaba aprovisionándose de carbón en la segunda boca del Redjang.

—¡Qué! ¿Es que hay allí algún depósito de combustible?

—Oí comentar algo sobre un prao que le mandaban desde Sarawak cargado de carbón. En esa playa no debe de haber ni siquiera un mísero poblado.

—¡Lástima! —comentó Sandokán.

—Pero también he oído decir que hay un depósito en la boca del Sarawak. Se halla en una isleta, y en ese lugar es donde reposta la flota del rajá.

—¿Quién te ha informado sobre ello?

—Sir Moreland.

—Pues si va la flota del rajá, también podremos ir nosotros, ¿no es cierto, Yáñez?

—¡Y sin tener que pagar! —replicó el portugués, que jamás vacilaba en nada—. Fíjate: ya empieza a distinguirse la proa. Se dirige hacia nosotros, Sandokán, y a toda máquina.

Sandokán sacó del bolsillo un catalejo, lo extendió y lo enfocó en dirección al barco, cuyo casco se veía ya en parte incluso a simple vista.

—En efecto —comentó—, es un magnífico buque. Parece un crucero de gran tonelaje. A bordo distingo a numerosos hombres.

—¿Se dirige hacia nosotros? —preguntó Yáñez.

—Y me parece que a marchas forzadas. Teme que huyamos. ¡No, amigo mío, no tenemos el menor deseo de escapar! ¡Aquí mismo iniciaremos las hostilidades! ¡Lo hundiremos!

—¡Lo lamento por el capitán! —exclamó Tremal-Naik—. ¡No seas demasiado cruel, en honor de la hospitalidad que nos otorgó!

—¡Hospitalidad dorada, pero sin libertad! —dijo Yáñez.

—¡Dispongámonos a la lucha! —exclamó Sandokán.

Bajaron a la cubierta, donde se encontraron con Damna y Surama, que subían en aquel momento de su camarote.

—¿Nos van a atacar, sahib mío? —preguntó la india a Yáñez.

—De aquí a poco esto se va a poner al rojo vivo, Surama —respondió el portugués.

—Venceremos nosotros, ¿verdad?

—Igual que vencimos a los thugs de Suyodhana.

—¿Es el buque de sir Moreland? —preguntó Damna con cierta ansiedad, que no pasó inadvertida al sagaz portugués.

—Así lo suponemos.

Al momento la cogió de un brazo y la llevó hasta la torre de proa, donde le preguntó con una sonrisa:

—¿Qué significa esto, Damna? Esta es la tercera vez que al oír hablar del capitán parece emocionarte.

—¡Yo! —exclamó la joven algo ruborizada—. Está usted equivocado, señor Yáñez.

—¡Voto a Júpiter! ¡Al parecer la vejez ha debilitado mi vista!

—¡Oh, no! ¡Aún ve usted estupendamente!

—¿En tal caso...?

Damna movió la cabeza en dirección al mar y, fijando la mirada en el buque enemigo, que forzaba la marcha, comentó:

—¡Es un barco magnífico!

—Seguro que no será tan potente como el nuestro —repuso Yáñez.

—Oblíguenlo a rendirse, en lugar de hundirlo. Podría resultarles muy valioso.

—Si quien manda el barco es sir Moreland, no arriará la bandera. Aunque joven, ese hombre debe de ser valeroso y combatirá mientras conserve un solo hombre de su tripulación.

—¿Y no piensan ustedes dar cuartel?

—En el momento en que el barco se venga a pique intentaremos salvar a los supervivientes; te lo prometo, Damna. Ve al camarote con Surama, que van a empezar a llover las granadas.

La voz fuerte y sonora como un clarín del Tigre de Malasia retumbó en el puente en aquel instante:

—¡Jefe de máquinas, a todo vapor! ¡Listos para disparar de costado! ¡Los fusileros preparados tras las aspilleras!

El buque adversario, que debía de disponer de poderosas máquinas, se encontraba ya a unos dos mil metros y avanzaba directamente hacia el Rey del Mar de los tigres de Mompracem, como si pretendiese asestarle un espolonazo o como mínimo abordarlo.

Se trataba de un magnífico crucero. Arbolaba tres mástiles y tenía dos chimeneas. Al parecer iba armado de una manera formidable, según se deducía del número de sus portas y de las piezas de artillería que podían verse sobre la cubierta. Sin embargo, no disponía de torres blindadas como las de los tigres de Mompracem.

Tras las amuras, e incluso en las cofas, se veían a numerosos fusileros, y en el puente de mando a muchos oficiales.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, que lo examinaba con toda tranquilidad—. ¿Quieres ser el primero en enfrentarte a los tigres de Mompracem? ¡Pues estamos preparados para recibirte!

Mientras las dos muchachas abandonaban apresuradamente la cubierta y se refugiaban en la cámara de popa, Yáñez y Tremal-Naik se dirigieron a la torrecilla de órdenes, desde la que podían ponerse en contacto con los maquinistas.

Los artilleros norteamericanos, así como los más diestros tiradores malayos, aguardaban detrás de sus correspondientes piezas, con las correas de hacer fuego preparadas en las manos.

De improviso retumbó en el mar un estampido y una bocanada de fuego brotó de uno de los cañones de proa del crucero. Se percibió un ronco silbido y al momento se elevó una llamarada en el borde de la primera torrecilla del Rey del Mar, al tiempo que los cascos cruzaban silbando sobre los fusileros parapetados detrás de la amura.

—¡Una granada de doce pulgadas! —exclamó Yáñez—. ¡Buen disparo!

—¡Artilleros, abrid fuego!

A la vez relampaguearon los dos cañones de caza de proa y las piezas de la batería de estribor, cuyas descargas retumbaron también con tal estruendo que hicieron temblar todo el barco.

El crucero, que ya había avanzado otros quinientos metros y que maniobraba mostrando al adversario su lado de babor, replicó al instante.

Granadas y proyectiles de todo tipo comenzaron a llover sobre los dos buques, golpeando violentamente los costados de hierro, astillando los puentes, quemando los penoles e hiriendo a los marineros.

Al estallar las granadas lanzaban por los aires chorros de fuego que amenazaban a cada momento con incendiar la arboladura.

Por su parte los fusileros, tumbados detrás de las amuras, habían empezado a disparar efectuando continuas descargas.

Una densísima nube de humo, surcada en ocasiones por relámpagos, envolvía a los dos buques y el fragor de la lucha era tan intenso que casi no se distinguían las voces de mando.

El barco norteamericano, mejor acorazado y artillado, mucho más veloz y tripulado además por una marinería que había envejecido entre el humo de las batallas, estaba en mejor situación que su enemigo. Su potente artillería cañoneaba de una manera terrible al crucero, llenándolo de fuego y proyectiles, abatiendo su obra muerta, matando a sus hombres y provocando en el casco amplios boquetes.

Era inútil que el desgraciado buque, que había creído acabar con facilidad con los piratas de Mompracem, hiciera desesperados esfuerzos para responder a aquel huracán de hierro que se abatía con horroroso estruendo sobre sus puentes y ocasionaba grandes estragos en los artilleros de cubierta y entre los fusileros. Sus proyectiles eran rechazados por las planchas metálicas del Rey del Mar, y sus granadas no lograban destruir las torres blindadas, desde cuyo interior disparaban certeramente los artilleros de Mompracem bajo la dirección de los jefes artilleros norteamericanos.

Al comprobar la absoluta inutilidad de los fusileros, tan necesarios en los praos pero no en este tipo de barcos, Sandokán había ordenado retirarse a todos ellos bajo cubierta, mandando a la vez avanzar hacia el crucero para asestarle el definitivo golpe de gracia.

El Rey del Mar, sin apenas daños a pesar del terrible e ininterrumpido bombardeo de su adversario, avanzó describiendo un amplio semicírculo en torno al buque enemigo.

Cuando se hallaba a cuatrocientos metros le lanzó una terrible andanada con las piezas del puente y las de babor, dejándolo tan liso como un pontón.

Las dos chimeneas se vinieron abajo, destrozadas, sobre la cubierta, derrumbadas por un par de granadas que estallaron en su base.

—¡Esto se ha terminado! —observó Yáñez—. ¡Pidamos su rendición!

—¡En el supuesto de que se rinda! —repuso Sandokán.

Esperó a que el viento disipara el humo y ordenó izar en el pico del palo mayor la bandera blanca. La respuesta fue una andanada que derribó a la mitad de los timoneles del Rey del Mar.

—¿Todavía no habéis recibido bastante? —barbotó Sandokán—. ¡Hundidlo! ¡Fuego! ¡Abrid fuego sin piedad!

Las descargas de artillería se reanudaron y siguieron en aumento de una manera terrible. El Rey del Mar proseguía girando en torno al infortunado crucero, que estaba siendo totalmente destruido bajo el huracán de proyectiles que descargaba su adversario.

El buque norteamericano realizaba verdaderos prodigios. Parecía un volcán en plena erupción decidido a aniquilarlo todo.

El crucero, por su parte, ofrecía una resistencia realmente heroica, aunque ya no era sino un montón de ruinas. Sus dos piezas de cubierta, inutilizadas por aquella intensa lluvia de proyectiles, ya no respondían al fuego adversario.

El puente se hallaba abarrotado de muertos y heridos, junto a restos de obra muerta, con penoles destrozados y trozos de aparejo y cordaje desprendido por las descargas de metralla enviadas por Sandokán.

El fuego corría de proa a popa, iluminando las aguas de una forma terrorífica, y por los contracantiles de babor y estribor salían regueros de sangre.

El buque se convertía en ruinas bajo los cañonazos terribles, mortales, del Rey del Mar.

—¡Basta ya! —exclamó de improviso Yáñez, que asistía a semejante destrucción desde la torre de órdenes—. ¡Alto el fuego! ¡Al mar las chalupas!

Sandokán, que contemplaba fría, impasible y fieramente, se volvió hacia el portugués y le preguntó:

—¿Qué es lo que ordenas, hermano?

—¡Que se interrumpa la matanza!

El Tigre de Malasia titubeó un instante, y finalmente contestó:

—¡Tienes razón! ¡Salvemos a los supervivientes! ¡Esos hombres, o para ser más exactos, su capitán, es un héroe!

SIR MORELAND

Se había iniciado la agonía del crucero, una agonía horrible, espantosa.

El humeante monstruo agotaba inútilmente las fuerzas que le quedaban, intentando aún herir de muerte al terrible enemigo que le había derrotado, disparándole los últimos proyectiles de sus cañones.

Aquel magnífico barco, que debía de ser de la unidad más poderosa del rajá de Sarawak, no era más que un montón de ruinas que el fuego iba consumiendo paulatinamente, mientras el agua lo inundaba con el fin de arrastrarlo a las profundas simas del mar.

Sus costados, convertidos en astillas a consecuencia de las granadas y los obuses perforadores de la poderosa nave norteamericana, semejaban cribas; sus amuras y sus mástiles habían desaparecido; sus baterías no ofrecían ya el menor refugio a los últimos supervivientes.

Inmensas llamas irrumpieron por entre las escotillas y por las grietas de la cubierta, extendiéndose terriblemente con ronco fragor y arrojando por los aires miríadas de chispas y espesas nubes de humo que formaban una especie de grandioso toldo sobre el buque.

El crucero se hundía poco a poco, cabeceando, y, no obstante, sus artilleros proseguían disparando con las últimas piezas que aún quedaban, y sus fusileros, reducidos a menos de la mitad, abrían un fuego intensísimo, saltando como tigres por la cubierta dominando gritos.

A pesar del fuego abierto desde el buque que se iba a pique, fuego mal dirigido debido a la excitación de los tiradores, la chalupa de vapor y las tres balleneras del Rey del Mar habían sido lanzadas inmediatamente al agua para recoger a los últimos supervivientes en el instante en que el barco se hundiera bajo las aguas.

Yáñez se puso al mando de la barcaza, en la que iban catorce remeros, ya que no había tiempo para encender el horno; Sambigliong marchaba al mando de la otra.

—¡Date prisa, Yáñez! —había gritado Sandokán.

Damna y Surama, que habían subido a cubierta al ver que el fuego envolvía ya a la infortunada nave, exclamaban:

—¡Sálvelos! ¡Sálvelos usted, señor Yáñez! ¡Se ahogan!

Las cuatro barcas emprendieron velozmente la marcha en dirección al crucero. Los pocos hombres que todavía había a bordo, al comprender que sus enemigos acudían en su ayuda, dejaron de disparar y empezaron a lanzarse al agua para escapar de las llamas y evitar ser lanzados por los aires al estallar el barco.

La barcaza fue la primera en acercarse al crucero. Yáñez, sin preocuparse del humo ni de la lluvia de chispas, trepó a toda prisa por la escala que habían lanzado y subió al puente de mando, seguido por media docena de malayos.

Antes que a nadie deseaba salvar a sir Moreland, si las granadas del Rey del Mar no le habían alcanzado.

Se abría paso por entre el marasmo de ruinas y los cadáveres que obstaculizaban el avance por la cubierta, cuando de improviso estalló la proa y los lanzó a todos al agua.

El golpe resultó tan fuerte que Yáñez fue a parar junto a una de las balleneras y perdió el sentido. Por fortuna, los malayos habían visto cómo se desmayaba y pudieron recogerle enseguida y trasladarlo a la barcaza, que ya se había aproximado.

Abierto por la proa, el crucero se hundía velozmente. Sambigliong y los hombres de la chalupa que habían subido a bordo volvían a bajar con extrema premura, llevando consigo a varios heridos a los que, con gran riesgo de sus vidas, habían logrado sacar de entre las llamas.

El barco se hundía. Sus amuras desaparecieron y las olas inundaron de improviso la cubierta, barriéndola de popa a proa y ahogando las llamas al instante.

La barcaza y las balleneras se alejaban bogando a toda prisa, al tiempo que en torno al buque se extendía un enorme agujero.

La bandera de Sarawak fue iluminada por los rayos del sol; sus colores relucieron durante un momento y al instante se hundió en el abismo.

¡Todo había terminado! El crucero se adentraba entre los bramidos del gigantesco vórtice hacia la insondable profundidad del golfo.

Las cuatro chalupas que pudieron escapar a la atracción ejercida por el barco, cubierto al instante por una inmensa ola que fue extendiéndose con gran fragor por la superficie del mar, regresaban rápidamente hacia el Rey del Mar, que aguardaba a quinientos metros del lugar del terrible suceso.

Cajas, barriles y trozos de vela flotaban por las aguas en todas las direcciones.

Sambigliong se afanaba en reanimar al portugués, mientras que otros intentaban hacerlo alrededor de un joven oficial a quien habían recogido en el preciso momento en que el crucero empezaba a sumergirse y que parecía estar herido de gravedad, ya que tenía la guerrera empapada en sangre.

Por fortuna, Yáñez no había sufrido herida alguna. Lo que le había hecho desvanecerse, sobre todo, fue la inesperada voladura y la terrible onda expansiva de la explosión.

Efectivamente, al primer sorbo de ginebra que le dio a beber el malayo recuperó el sentido y abrió

los ojos.

—¿Cómo se encuentra usted, señor Yáñez? —le preguntó, inquieto, el contraмаestre.

—Me encuentro medio destrozado, pero creo que no me he roto nada —repuso el portugués intentando sonreír—. ¿Qué ha pasado con el barco?

—Se ha hundido.

—¿Y sir Moreland?

—Aquí está, en la ballenera. Hemos podido salvarle de verdadero milagro.

Yáñez se incorporó sin necesitar la ayuda del malayo.

El joven capitán del crucero se hallaba tendido en el fondo de la barcaza, con el pecho desnudo, palidísimo, lleno de sangre y con los ojos cerrados.

—¡Está muerto! —exclamó.

—No, no está muerto. Sin embargo, la herida que tiene en el costado debe de ser grave.

—¿Quién le ha herido? —inquirió Yáñez con acento de angustiosa ansiedad—. ¿Acaso has sido tú, Sambigliong?

—¿Yo? ¡No, señor Yáñez! La explosión ha sido la que le ha dejado en estas condiciones. Debe de ser algún casco de granada, posiblemente, el que le ha ocasionado la herida.

—¡Rápido! ¡Al barco!

—Ya hemos llegado, señor Yáñez.

Las cuatro chalupas abordaron al Rey del Mar junto a la escala, que ya colgaba desde el costado hacía un tiempo.

Hicieron sitio para que pasara la barcaza.

Dos hombres cogieron con suavidad al capitán del crucero, que continuaba inconsciente, seguidos de Yáñez y catorce tripulantes del buque hundido, los únicos supervivientes salvados de las olas en el momento del naufragio.

Sandokán, que tan impasiblemente había asistido a la aniquilación del barco adversario, los aguardaba en la parte superior de la escala.

Cuando tuvo ante sí al capitán y a los marineros del rajá se quitó el turbante y dijo en tono solemne:

—¡Honor a los valientes!

Al momento estrechó en silencio la mano a Yáñez.

Damna, que se hallaba a unos pasos de distancia con Surama, muy pálida e intensamente conmovida por el terrible desastre desarrollado ante sus ojos, se dirigió hacia los marineros que transportaban al infortunado comandante.

—¿Ha muerto? —preguntó con voz ronca.

—No —repuso Yáñez—. Pero, al parecer, la herida es grave.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la muchacha.

—¡Silencio! —dijo Sandokán—. ¡Dejad paso al valor infortunado! ¡Que trasladen al capitán a mi camarote!

Con un ademán que no admitía réplica contuvo a Damna y a Surama y acompañó a los marineros hasta el camarote, seguido de Yáñez y Tremal-Naik.

El médico del buque, que era norteamericano y que, al igual que los maquinistas y los cabos artilleros, había aceptado las proposiciones que Sandokán le hizo para que continuara en el barco hasta terminar la campaña, acudió al instante.

—¡Venga usted, señor Held! —dijo Sandokán—. ¡Creo que el comandante del crucero está herido de gravedad!

—Se hará cuanto sea posible por salvarle —replicó el yanqui.

—Cuento con la ciencia de usted.

Entraron en el camarote, donde ya habían dejado tendido a sir Moreland en el suntuoso lecho del pirata.

—Esperad en el pasillo hasta que os avise —indicó Sandokán a los dos marineros—. Y advertid a los enfermeros que estén preparados para venir en cuanto se les llame.

El médico desnudó totalmente a sir Moreland. Aunque su única herida la tenía en el costado, presentaba un aspecto espantoso.

El proyectil que se la provocó, posiblemente un casco de granada, había magullado y desgarrado la carne, formando un profundo surco que tenía más de veinte centímetros de longitud.

La sangre brotaba en abundancia de la herida, haciendo correr al infortunado el riesgo de desangrarse.

—¿Qué opina usted, señor Held? —preguntó Yáñez, como si pretendiese adivinar lo que el otro pensaba.

—La herida es más dolorosa que grave —contestó el médico—. Ha perdido mucha sangre, pero este inglés es fuerte.

—¿Puede usted garantizarme que se curará? —insistió Sandokán.

—Le garantizo que la vida de este hombre no corre peligro.

Sandokán permaneció un rato en silencio contemplando el semblante cadavérico del inglés. Luego, y como si hablase para sí mismo, comentó.

—¡Mejor así! ¡Este hombre podrá sernos de utilidad!

Se disponía a marcharse cuando de improviso el herido suspiró profundamente y después lanzó un ronco gemido.

El doctor acababa de poner las manos sobre la herida para juntar sus bordes y, al notar aquella presión, el capitán del crucero se estremeció; luego abrió los ojos.

Lanzó a su alrededor una mirada apagada, fijándose primero en el doctor y después en Yáñez, que se

hallaba al otro lado del lecho.

Abrió los labios y musitó con voz casi imperceptible:

—¿Usted?

—¡No hable, sir Moreland, no hable! —dijo el portugués—. ¡Se lo prohíbe el doctor!

El capitán cabeceó y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, añadió con voz más clara, aunque muy fatigosa:

—Mi... espada... está... en mi... barco.

—No la hubiera recuperado para dársela, caballero —repuso Sandokán—. Lo que lamento es que haya desaparecido con el buque, y que por ello no pueda devolvérsela. ¡Es usted un hombre valeroso y le aprecio como merece!

Realizando un último y desesperado esfuerzo, el joven levantó la mano derecha y se la tendió a su adversario, que la estrechó con suavidad.

—¿Y mis... hombres...? —dijo de nuevo sir Moreland, cuyo semblante volvía a adquirir una palidez cadavérica.

—Están a salvo. ¡Pero basta ya! ¡No se fatigue!

—¡Gracias! —musitó el herido.

Se dejó caer y cerró los ojos otra vez; había vuelto a perder el conocimiento.

—¡Doctor, le toca a usted! —dijo Sandokán.

—No tenga la menor duda de que le curaré y que me preocuparé de él como si de su hijo se tratase. ¡Que vengan los enfermeros!

Mientras estos entraban en el camarote con desinfectantes, rollos de algodón fenicado y diversos frascos, Sandokán, Tremal-Naik y Yáñez subían a lento paso las escaleras y regresaban a cubierta.

Damna, que los aguardaba en la puerta, se aproximó al portugués.

—¡Señor Yáñez! —murmuró intentando mantener la voz firme.

El portugués permaneció un instante mirándola sin responder y, finalmente, le oprimió en silencio la mano.

—¿Se salvará? —inquirió con voz angustiada Damna.

—Confío en que así sea —contestó Yáñez—. Tienes mucho interés por ese muchacho, ¿verdad, Damna?

—¡Es muy valiente!

—¡Sí, y también algo más!

—Si se salva, ¿le mantendrán ustedes prisionero?

—Ya veremos lo que Sandokán decide; pero lo más probable es que así sea.

Damna se marchó con Surama, que se encontraba un poco apartada, y Yáñez se dirigió al encuentro

de Sandokán, que en aquel momento conversaba animadamente con Tremal-Naik.

—¿Qué opinas de ese joven? —preguntó.

—¡Pues que es un hombre valiente! —opinó Sandokán—. Para nosotros ha sido una verdadera suerte que haya caído en nuestro poder. Si el rajá dispusiese de media docena de hombres como ese, nos darían mucho trabajo. No debe de tratarse de un inglés de pura sangre; el color de su piel es en exceso moreno.

—Me dijo que solo su madre era inglesa —informó Tremal-Naik—. Pertenece, según tengo entendido, a la marina inglesa. Eso fue lo que me dijo una noche. Tenía la graduación de teniente.

—¿Y qué haremos con él? —inquirió Yáñez.

—Lo tendremos como invitado —respondió Sandokán—. Tal vez nos sea útil el día menos pensado. Por lo que respecta a los restantes detenidos, los dejaré embarcar en una chalupa para que puedan alcanzar la costa.

—Y ahora, ¿cuáles son tus proyectos? —preguntó Tremal-Naik.

—Yáñez y yo tenemos ya trazados nuestros planes de guerra —replicó Sandokán—. Nuestro primordial objetivo es no dejarnos coger desprevenidos por la flota de Sarawak ni por la inglesa. Lo más probable es que intenten unirse para aniquilarnos en un solo combate. Pero si hallamos el sistema de disponer siempre de carbón, con la velocidad que tiene el Rey del Mar podremos burlarnos del rajá y también del gobernador de Labuán.

—Por ello os recomiendo que, en primer lugar, y sin dar tiempo a que se unan ambas escuadras, asaltéis los depósitos de carbón que existen en la embocadura del Sarawak —aconsejó Tremal-Naik.

—Eso es exactamente lo que vamos a intentar —contestó Sandokán—. Luego destruiremos los depósitos que poseen en la isleta de Mangalum. Si no pueden abastecerse, estaremos en mejores condiciones que ambas flotas y tendremos mayor libertad para atacar las líneas de navegación, con lo que asestaremos un mortífero golpe al comercio de Inglaterra con Japón y con la China. ¿Estáis de acuerdo con este plan?

—Sí —respondieron Yáñez y Tremal-Naik.

—Pero, además, tengo otro proyecto —prosiguió Sandokán tras un corto silencio—. Mi idea es hacer que se subleven los dayakos de Sarawak. Aún tenemos entre ellos muy buenos amigos, que son precisamente los que nos ayudaron a vencer a James Brooke. Con nosotros en el mar, y con esos temibles cortacabezas a su espalda, no podrán estar muy tranquilos el rajá ni el hijo de Suyodhana.

—¿Crees que el hijo del jefe de los thugs está con el rajá?

—No estoy seguro —respondió Sandokán.

—Ni yo —adujo Yáñez.

—¿Has enviado a algún lugar al Marianne? —preguntó el hindú.

—Nos aguarda en el cabo de Taniong-Datu, con provisión de combustible, armas y municiones.

—¿Ya habrá llegado?

—Eso creo.

—En tal caso, dirijámonos a Sarawak.

EN BUSCA DEL REY DEL MAR

Poco después se hizo embarcar a los supervivientes del crucero en una chalupa, tras lo cual se les suministró víveres en abundancia para que pudieran alcanzar Redjang sin temor a pasar hambre. Mientras tanto el Rey del Mar iniciaba la travesía por el golfo de Sarawak, poniendo rumbo al sur.

Imperaba una calma casi absoluta; solamente soplaba muy de tarde en tarde la brisa, que en aquella parte del mundo parece de fuego y a la que temen los barcos de vela porque a veces los obliga a permanecer inmóviles durante varias semanas. Únicamente de vez en cuando una vastísima onda marítima procedente del este se iba ensanchando gradualmente y, tras pasar bajo el crucero con una fuerte sacudida, se desvanecía en dirección opuesta.

Una vez pasada aquella inmensa ola, que procedía de las distantes costas de las islas de Sonda, las aguas del océano recuperaban de nuevo su habitual inmovilidad.

Hacia el oeste no se divisaba ningún barco, ni tampoco al norte ni al sur. En cambio, se veían numerosos pájaros de los trópicos, voladores infatigables que en ocasiones se encuentran a centenares de millas de las costas. La mayoría de ellos eran Priafinus ciscercus, especie de procelarios, los cuales, algo realmente extraño, llevan casi siempre cogidos a las plumas del abdomen cangrejos de mar y minúsculos moluscos, lo que los obliga a vivir en el aire a su pesar. De vez en cuando surgían entre dos aguas, a menos de un metro de profundidad, largas hileras de soberbias medusas en forma de paraguas transparentes, que se mecían suavemente a merced del flujo y el reflujo. En ocasiones avanzaban delante del buque con la vertiginosidad de flechas algunos prontoporsas, que son los delfines de menor tamaño de la especie, provistos de un pico muy largo, y podían verse también magníficas doradas de escamas en tonos dorado y azul, que son temibles enemigos de los peces voladores y que cuando está cercana su muerte pierden sus colores y se tornan grises.

El Rey del Mar avanzaba con rapidez, a más de doce nudos, dirigiéndose en derechura a la costa de Sarawak con el fin de destruir los depósitos de carbón de la flota del rajá.

Era un barco realmente majestuoso, con sorprendentes cualidades marineras a pesar de su blindaje, sus torres y su artillería. Un corsario moderno. El único, posiblemente, que podía lanzarse a aquella terrible incursión contra la imponente escuadra inglesa sin necesidad de un puerto donde buscar refugio.

—Y bien, Tremal-Naik —dijo Sandokán, que apareció en aquel momento sobre cubierta tras haber realizado una breve visita a sir Moreland—, ¿qué opinas de nuestro Rey del Mar?

—Que es el crucero más soberbio y poderoso que he visto nunca. ¡Una auténtica maravilla! —contestó con entusiasmo el hindú.

—Sí. Los norteamericanos son estupendos constructores. Hace solo veinte años tenían que acudir a los países extranjeros para construir su escuadra, y en la actualidad disponen de astilleros mejores que ninguna nación. Ahora sus barcos son fuertes y potentes. Yo te garantizo que con este daremos mucho trabajo a nuestros adversarios.

—¿Y si Inglaterra enviase contra ti los mejores buques de su escuadra? ¿No has pensado en ello,

Sandokán?

—Los haremos correr, amigo —replicó el Tigre de Malasia—. El océano es muy extenso y nuestro barco el más rápido. Además, habrá navíos de transporte ingleses a los que podamos atacar y robar combustible. No creas que pienso que podré mantener interminablemente esta lucha. Pero antes del día en que, por una razón u otra, deba acabarse, habremos causado tal daño a nuestros enemigos que sentirán habernos expulsado de nuestra isla.

Encendió su soberbio narguilé, cogió de un brazo al indio después de pasear durante unos minutos desde la rueda del timón hasta la torre de popa, y preguntó:

—¿Sabes que se está recuperando el capitán?

—¿Sir Moreland? —preguntó Tremal-Naik.

—Sí. A pesar de su terrible herida, la fiebre ha bajado bastante. El señor Held está maravillado, y yo pienso que hay motivo para ello. ¡Qué fortaleza tan extraordinaria la de ese hombre!

—¿Te ha reconocido?

—Sí.

—Debe de haberle asombrado encontrarse en nuestro poder. De seguro que no imaginaba que fuera a verse tan pronto con sus antiguos prisioneros. ¿Está durmiendo?

—Sí; y ciertamente con mucha tranquilidad.

—¿No representará un estorbo para ti ese hombre?

—Podría ser; pero tengo algunos planes respecto a él.

—¿Cuáles son?

—Aún no lo sé, seguro —dijo Sandokán—. Calcularé de qué modo puede servirnos. En primer lugar, procuraremos que se convierta en amigo nuestro. Supongo que debe estarnos algo agradecido por haberle salvado de la muerte.

—Imagino lo que estás pensando —repuso Tremal-Naik—. Esperas que pueda darte informes sobre el hijo de Suyodhana.

—Estás en lo cierto —convino Sandokán—. Luchar contra un enemigo al que no se conoce y que no se sabe dónde está ni qué planea, es algo que preocuparía a cualquiera. ¡Bah! El día menos pensado abandonará el misterio tras el que se oculta y se nos aparecerá, y en ese momento el Tigre devorará también al tigrecito de la India.

En aquel instante el doctor Held apareció ante la puerta.

El norteamericano, que, como hemos indicado, había aceptado entrar al servicio de Sandokán a sabiendas de que aquello podría costarle la vida, era un apuesto joven de unos veintitantos años, alto, delgado, de mirada inteligente, frente espaciosa, semblante tan sonrosado como el de una muchacha y con una barba rubia cortada en punta.

—¿Qué nos tiene que comunicar? —le preguntó Sandokán dirigiéndose a su encuentro solícitamente.

—Que puedo responder ya por completo de la curación del herido —repuso el doctor—. De aquí a quince días tendremos a nuestro hombre totalmente recuperado. ¡Esos angloindios tienen la piel muy dura!

La campana que anunciaba la comida cortó la conversación.

—¡Vamos a la mesa, o Yáñez se impacientará! —adujo Sandokán.

Mientras, el Rey del Mar seguía navegando rumbo al sudoeste.

El mar continuaba desierto, ya que la zona que el buque atravesaba era muy poco frecuentada por veleros y vapores, los cuales seguían su rumbo casi siempre más en dirección norte o sur, unos para rehuir la calma chicha y otros los bancos submarinos, que abundan de una manera extraordinaria en las proximidades de las costas de Borneo.

De vez en cuando bandadas de aves se posaban en las cofas de los mástiles, y dejaban que los tripulantes del barco se acercasen sin experimentar la más mínima inquietud.

Aquellas aves eran una especie de procelarias enormes, de plumaje oscuro, denominadas quebrantahuesos. Son magníficas pescadoras y van armadas de un pico tan puntiagudo y fuerte que les permite enfrentarse a los peces de mayor tamaño, a los cuales matan asestándoles un golpe en la cabeza.

También solía revolotear en torno al buque algún albatros aislado, que saludaba a los marineros emitiendo su graznido característico, muy parecido al de un cerdo, y cruzaba sin acelerar su marcha por la toldilla a pesar de los disparos con que intentaban alcanzarlo los malayos.

Estas aves son una pieza de caza de la peor calidad, ya que si bien tienen una envergadura de tres metros y medio, su cuerpo no suele rebasar los ocho o diez kilos de peso, a lo que cabe añadir que su carne es coriácea y se encuentra impregnada de un olor repugnante.

Sin embargo, merecen ser admiradas por su extraordinario vuelo. Durante unos instantes permanecían casi inmóviles sobre el crucero, haciendo vibrar de forma apenas perceptible sus enormes alas; de repente se lanzaban como rayos en picado hacia el mar, se zambullían y pescaban minúsculos cefalópodos y calamares, que son su alimento preferido.

No escaseaban las presas para aquellas voraces, ya que las aguas de esa zona del océano son sorprendentemente ricas en peces, que también complacían a los marineros, que se las ingeniaban para apresarlos, pese a la velocidad de su marcha, empleando pequeñas redes y aumentando así la minuta de a bordo.

Además, casi a ras de la superficie nadaban bandadas de doradas, delfines pequeños y serpientes de mar de un metro de longitud, forma cilíndrica, piel oscura y cola negra y amarillenta; flotaban numerosos trotones, peces tan raros que suelen bogar con el vientre hacia arriba y cuyo cuerpo se hincha hasta adquirir la forma de una bola.

A millares llegaban desde las profundidades del océano los trotones, mostrando las agudas espigas que los recubren por completo y que les dan una apariencia muy semejante a la de los erizos terrestres; pero sus colores varían, ya que los hay blancos, violáceos y con manchas negras. Entre los trotones, con los tentáculos extendidos para aprovechar hasta el menor soplo de aire, avanzaban largas filas de nautilus.

De vez en cuando, un instintivo movimiento de terror dispersaba a tan numerosos moradores de los

mares tropicales. Las doradas desaparecían a toda prisa; los trotones se deshinchaban al instante y se sumergían; los nautilus encogían sus tentáculos, hacían girar sus conchas, que eran como minúsculas embarcaciones, y se hundían en las profundidades del mar.

El motivo de todo aquello era la aparición de un terrorífico enemigo, extraordinariamente voraz, que mostraba su formidable mandíbula provista de dientes tan afilados como los de los tigres. Este enemigo es el charcharios, pez perro de unos cinco o seis metros de longitud. Su inesperada aparición había hecho cundir el pánico. El charcharios resulta muy peligroso, incluso para el hombre.

Con una relampagueante rapidez devoraba los peces que habían sido algo lentos en la huida; luego desaparecía, siempre precedido por su piloto, que es un bellissimo pececillo de piel azul y púrpura con estrías negras, de unos veinticinco centímetros de longitud, y que hace de guía para este temible patrono y protector.

Desvanecido el peligro, emergían de nuevo las juguetonas doradas; los trotones afloraban a la superficie de las aguas convertidos ya en una bola y las magníficas conchas ribeteadas de nácar de los nautilus extendían otra vez sus ocho tentáculos.

Al anochecer, Yáñez y Sandokán entraron en el camarote donde se encontraba el angloindio y pudieron comprobar satisfechos que el herido se hallaba mucho mejor que por la mañana.

Ya casi no tenía fiebre y la herida, muy bien curada por el experto doctor norteamericano, apenas sangraba.

Cuando entraron, sir Moreland estaba conversando con voz bastante audible con el señor Held, pidiéndole noticias respecto al poderío del barco corsario.

Al verlos, el angloindio pretendió incorporarse, pero Sandokán hizo un ademán para impedirlo.

—No, sir Moreland —dijo—. Se encuentra usted muy debilitado, y por el momento debe evitar por completo realizar el más ligero esfuerzo. ¿No es cierto, mi apreciado Held?

—Se le puede abrir de nuevo la herida —adujo el médico—. Ya está bien informado, sir, de que le he prohibido el menor movimiento.

El angloindio tendió la mano hacia el doctor, y después hacia Yáñez y Sandokán, y dijo:

—Les estoy muy agradecido, señores, por haberme salvado, aunque hubiese preferido irme al fondo del mar con mi buque y con mis infortunados marineros.

—Un marinero siempre encuentra millares de ocasiones en las que puede morir —repuso Yáñez sonriendo—. Aún no ha terminado la guerra, pues para nosotros ni ha empezado.

—Pensaba que su misión habría terminado con el rescate de aquella muchacha y de su padre.

—Para un asunto de esa índole no habría adquirido un buque tan poderoso —dijo Sandokán—. Con mis praos habría tenido más que de sobra.

—¿De manera que continuarán ustedes haciendo el corso?

—Sin la menor duda, mientras conservemos un solo hombre y un solo cañón.

—Señores, los admiro; pero pienso que estas incursiones van a terminar enseguida. El rajá e Inglaterra los acosarán con sus flotas. ¿Cómo podrán ofrecer resistencia a semejantes ataques? Se les

acabará el carbón y se verán obligados a entregarse o a dejarse hundir tras una lucha inútil.

—¡Ya se verá!

Sandokán cambió de improviso de tono y le preguntó:

—¿Qué tal se encuentra, sir Moreland?

—Bastante bien; el doctor asegura que de aquí a unos días ya podré levantarme.

—Tendré una gran satisfacción en verle paseando por el puente de mi buque.

—¿De manera —dijo con una sonrisa el angloindio— que piensan tenerme detenido?

—Incluso en el supuesto de que deseara darle a usted la libertad, en este instante me sería imposible concedérsela, ya que nos hallamos a gran distancia de la costa.

—¿Nos dirigimos hacia el norte?

—No, sir Moreland. Por el contrario, vamos hacia el sur. Me apetece ver la boca del Sarawak.

—Lo comprendo muy bien. Intentan ustedes atacar por sorpresa los depósitos de carbón del rajá.

—Aún no lo sé.

—Señor Sandokán, con su permiso, deseo que me explique una cosa.

—Diga lo que sea, sir Moreland —replicó el Tigre de Malasia—. Luego, si por su parte me lo permite, le preguntaré unas cuantas cosas.

—Lo que me interesa saber es la razón de que también haya implicado en esta guerra al rajá de Sarawak.

—Porque tenemos la casi absoluta certeza de que es el protector del enigmático hombre que ha lanzado contra nosotros a los ingleses de Labuán y que, solamente en un mes, nos ha causado tantos daños.

—¿Y quién es ese hombre?

Sandokán fijó en el angloindio una penetrante mirada, como si intentara leer en lo más recóndito de su corazón. Luego contestó:

—No es posible que usted, que pertenece a la marina, no lo haya conocido.

Sir Moreland permaneció silencioso durante un momento.

—No —dijo finalmente—; jamás he visto al hombre al que usted se refiere. Sin embargo, oí decir que un personaje misterioso, que al parecer cuenta con incalculables riquezas, visitó al rajá y le ofreció buques y hombres para vengar a James Brooke.

—Un hindú, ¿no es así?

—No lo sé —contestó sir Moreland—, ya que no le he visto jamás.

—¿Y ese hombre ha sido el que ha enemistado al rajá y a los ingleses con nosotros?

—Eso tengo entendido.

—¿Es hijo de un célebre jefe de los thugs indios?

—Lo ignoro.

—¿Quiere enfrentarse a los tigres de Mompracem?

—Y, según tengo entendido, tiene el convencimiento de que los vencerá.

—¡Será aniquilado, como lo fueron su padre y toda su secta! —dijo Sandokán.

Los ojos negros del angloindio despidieron un fugaz destello. Volvió a guardar silencio, como si una repentina idea le turbase; luego comentó:

—¡El futuro lo dirá!

Y, cambiando de improviso de conversación, preguntó:

—¿Continúan en el barco aquel hindú y su hija?

—Ya no pensamos separarnos de ellos, puesto que su suerte va unida a la nuestra —contestó Sandokán.

Sir Moreland suspiró, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

—Descanse usted tranquilo —le dijo Sandokán—. Esta noche no ocurrirá nada.

En compañía de Yáñez abandonó el camarote y los dos subieron a cubierta; Surama y Damna estaban tomando el fresco y conversando con Tremal-Naik.

Al ver a Yáñez, Damna le interrogó al instante con la mirada.

—¡Todo marcha perfectamente! —susurró el portugués con su habitual sonrisa.

—¿Podré hacerle una visita?

—Mañana no habrá inconveniente en que lo hagas, en el caso de que...

Fue interrumpido por un grito del vigía situado en la cofa del trinquete.

—¡Humo hacia el horizonte! ¡En el oeste!

Aquel grito hizo incorporarse de un salto a Sandokán, que acababa de sentarse junto a Tremal-Naik, y puso en movimiento a todos los tripulantes sobre cubierta.

Sobre el cielo iluminado aún por el sol se alzaba una finísima columna de humo, que destacaba en la nítida y serena atmósfera.

—¿Se tratará de algún buque de guerra que nos persigue —comentó Yáñez—, o de un pacífico barco de vapor que se dirige hacia Sarawak?

—Pienso que debe de ser más bien un buque de guerra —opinó Sandokán, que acababa de enfocar el catalejo en dirección a la mancha de humo—. ¡Ah! ¡Vaya! ¡Vaya! Al parecer se aleja hacia el oeste; el humo viene hacia nosotros.

—¿Nos habrán descubierto? —inquirió Tremal-Naik, que se había acercado a ellos.

—De la misma manera que nosotros hemos advertido su presencia, el comandante de ese barco se habrá fijado en la nuestra; ha debido de ver el humo.

—Sospecho una cosa —dijo Yáñez.

—¿Qué?

—Que tal vez sea un barco de exploración.

—Puede ser, Yáñez —convino Sandokán.

—¿Y qué piensas hacer?

—Seguirle a distancia. Mañana, cuando amanezca, intentaremos alcanzarlo, y si pertenece a la flota del rajá puede irse preparando. Vamos a pasar la noche sobre cubierta.

Estaba seguro de poder alcanzarlo gracias a las potentes máquinas de su buque antes de que clareara el día, y también de apresarlo o hundirlo con su artillería.

Por lo que pudiera acontecer, se decidió que permaneciera en cubierta la guardia franca, ya que podría darse el caso de que en el transcurso de la noche ocurriesen graves sucesos.

—¡A doce nudos! —ordenó Sandokán—. ¡Lo seguiremos a poca distancia!

La noche era magnífica; una auténtica noche de los trópicos, fascinante y encantadora, como solo pueden verse en aquella zona de calma casi ininterrumpida.

Aunque el sol se había ocultado hacía algunas horas, parecía haber dejado tras de sí un rastro de luz, ya que en el firmamento la oscuridad no era absoluta. Una confusa claridad, una incomprendible transparencia imperaba en el cielo y se proyectaba en las aguas del océano, lo que permitía a los marineros de cuarto ver a gran distancia.

En algunas zonas las aguas parecían llamear. Desde las profundidades del mar subían las medusas en numerosas cantidades y las soberbias anémonas abrían y extendían sus rutilantes corolas rosadas, blancas, azules, amarillas y violáceas, haciendo ondular blandamente sus brillantes franjas.

Entre aquellas oleadas de luz submarina irrumpían de vez en cuando enormes monstruos que sembraban el espanto y la confusión en aquellos organismos.

En ocasiones eran charcharios, temibles y siempre voraces tiburones; otras, grandiosos calamares con pico de papagayo, ojos glaucos de fija mirada y tentáculos llenos de ventosas; otras veces, una masa de tamaño descomunal aparecía en la superficie, arrojaba a las alturas chorros llameantes y caía de nuevo con un golpe sordo y profundo.

Era un ballenato de dorso negro y verduzco, de unos quince metros de longitud. Este cetáceo es bastante común en los mares tropicales, a pesar de la sañuda persecución de que es objeto por los barcos balleneros.

A pesar de que el día había resultado bastante fatigoso y el buque, al menos aparentemente, no debía de correr ningún peligro, Sandokán y Yáñez no se fueron a la cama. No era ciertamente por disfrutar de aquella deliciosa noche, ni para extasiarse con los fulgores de las anémonas, espectáculo de sobra bien conocido por los marineros de los mares de las islas malayas.

Un oculto temor les hacía continuar sobre el puente. Paseaban de un lado a otro con cierta excitación, deteniéndose con frecuencia para dirigir la vista en dirección a poniente.

Aquel humo los inquietaba en gran manera, ya que temían que se tratara de un buque destacado de alguna flotilla.

—¿Has observado algo? —preguntó Yáñez a Sandokán hacia la medianoche, viéndole detenerse por enésima vez y enfocar su catalejo hacia el oeste.

—Aseguraría que hace unos minutos vi el brillo de un punto blanco muy luminoso hacia donde desapareció la columna de humo —respondió pensativo el Tigre.

—¿Sería el farol del trinquete de ese buque, o tal vez una estrella?

—No, Yáñez; ninguna de esas dos cosas.

—¿Piensas que la flota de Labuán no va en nuestra persecución? Ten la certeza de que tras nuestra declaración de guerra no estará descansando en el puerto de Victoria. Con la rapidez a que podemos avanzar, resultará fácil dejarla atrás.

—Pero el carbón se nos terminará enseguida —adujo Sandokán—; las carboneras de nuestro barco están medio vacías.

—Las llenaremos con el que tiene el rajá.

—Si logramos alcanzar la boca del Sarawak.

—¿Qué es lo que temes?

Sandokán no contestó. Continuaba mirando hacia el horizonte.

De repente, bajó el catalejo.

—¡Un relámpago! —exclamó.

—¿Hacia dónde, Sandokán?

—Ha brillado en la dirección en que marchaba aquel buque. Pero creo que más bien ha sido una descarga eléctrica.

—Sí, señor —aseveró el norteamericano Horward, que había salido un instante de la sala de máquinas—. Yo también la he visto.

—¿Así que ese buque está intercambiando señales con otro? —preguntó Yáñez.

—Me temo que así sea —respondió Sandokán—. Por fortuna, el horizonte está bastante despejado y pronto podremos divisar a nuestro adversario. Señor Horward, haga el favor de ordenar que se fuerce la marcha hasta catorce nudos. Tengo interés en averiguar quién es el que puede navegar con nosotros.

Acababa de dar aquella orden al norteamericano cuando se vio brillar una nueva ráfaga en la misma dirección de antes. Una lámpara eléctrica muy potente había lanzado sobre el océano un haz luminoso y muy amplio.

Poco después, una sutilísima columna de humo se alzaba en el horizonte.

—¡Un cohete! —exclamó Yáñez—. Son dos barcos que se hacen señales y uno de ellos será seguramente el que huyó al aproximarnos nosotros. Está indicando el derrotero que llevamos.

—Señor Sandokán —dijo el norteamericano—, si no me equivoco, veo avanzar por el océano un punto negro. Ahora cruza una zona de agua brillante.

—¡Un punto...! En tal caso, no puede tratarse de un buque.

—Y, según parece, avanza con una rapidez sorprendente.

—¿Puede ser una chalupa de vapor?

Miró de nuevo con el catalejo, manteniéndolo en posición horizontal. El punto negro, que se hacía más grande por momentos, había cruzado ya la zona donde las aguas resplandecían, confundiéndose ahora con el oscuro color del océano; pero pronto llegaría a otra masa de millares de nautilos, anémonas y medusas.

—Creo que es una gran chalupa de vapor —anunció Sandokán—, y no dista más de unos dos mil metros. ¡La mandaremos a hacer compañía a las medusas! ¡Nostramo Sloher!

LOS SECRETOS DE SIR MORELAND

Un veterano cabo artillero, de barba larga y canosa y anchas espaldas, se acercó, avanzando con ese balanceo característico en los viejos lobos de mar.

—El capitán a quien adquirimos este buque me aseguró que eres un magnífico artillero —empezó Sandokán, mientras el nostramo se quitaba de la boca un trozo de cigarro que estaba masticando y saludaba con toda seriedad.

—Mis ojos todavía están en buenas condiciones, capitán —repuso el viejo.

—¿Crees que podrías alcanzar con un proyectil a ese entrometido que intenta aproximarse? Si le das y le hundes, tendrás cien dólares de recompensa.

—Solo pido, capitán, que ordene detenerse al Rey del Mar durante unos cinco minutos.

—Y yo te pido que realices un tiro magistral.

—¡Lo intentaremos, capitán!

El punto negro, transformado ya en una silueta bien fácil de distinguir, se hallaba en aquel momento en la segunda zona resplandeciente.

—¿Lo ves? —inquirió Sandokán.

—Será una de esas máquinas que han inventado mis compatriotas y que llevan un torpedo sujeto al asta —repuso el anciano—. Si logran acercarse, son muy peligrosos.

—¡A tu puesto!

Yáñez había ordenado retroceder.

El Rey del Mar avanzó aún unos doscientos metros, aunque la hélice funcionaba en sentido inverso al de antes. Pronto se detuvo y permaneció en absoluta inmovilidad, ya que el océano estaba como una balsa.

El cabo artillero se había situado tras una de las piezas de grueso calibre.

En la toldilla del barco reinaba un profundo silencio. Todos aguardaban el disparo ansiosos y tenían la mirada fija en la chalupa, que avanzaba a toda marcha por la zona fosforescente intentando

aproximarse al crucero sin ser vista.

De improviso quebró el silencio un grito que surgió de la torre:

—¡Rápido!

La chalupa de vapor se hallaba en aquel instante a unos mil quinientos metros de distancia del Rey del Mar. Su casco negro se perfilaba claramente en la brillante superficie del agua.

Retumbó una detonación y un relámpago alumbró la profunda oscuridad de la noche.

Durante unos momentos se oyó en el aire un silbido ronco, que fue debilitándose rápidamente. El proyectil, bastante potente, se alejaba rozando las olas.

Súbitamente sonó un nuevo estampido a gran distancia. De la lancha torpedera se elevó una llamarada, acompañada de una miríada de chispas.

Casi se extinguió al mismo tiempo la fosforescencia. Los nautilos, las medusas y las anémonas, espantados por aquel tremendo estampido, se desvanecieron rápidamente en las misteriosas profundidades marinas.

—¡Alcanzada! —exclamó Sandokán.

Un triunfal griterío estalló a bordo del crucero. El veterano artillero se dirigió con una expresión de alegría en la cara hacia Sandokán:

—Capitán —dijo—, me he ganado los cien dólares.

—¡No! ¡Doscientos! —repuso el Tigre de Malasia.

Pero, de repente, avanzó unos pasos exclamando:

—¡Debí suponerlo! ¡Está bien! ¡Os haré correr!

Unos cuantos puntos luminosos, casi imperceptibles, surgieron en el horizonte un instante después de que los organismos fosforescentes se hubieran sumergido.

No parecían estrellas a los ojos de aquellos marineros encanecidos sobre el océano, sino faroles de buque; posiblemente, barcos de guerra lanzados en persecución del Rey del Mar.

—¿Se tratará de la escuadra del rajá o de la de Labuán? —preguntó Yáñez.

—Creo que esos buques vienen del septentrión —replicó Sandokán—. Apostaría cualquier cosa a que la flota inglesa intenta unirse a la de Sarawak. Alguien les ha debido de comunicar que estamos merodeando por estos mares y se lanzan en nuestra persecución.

—Eso da al traste con nuestros proyectos.

—Es cierto, Yáñez, porque nos veremos obligados a huir hacia el norte. El Rey del Mar es potente, pero no tanto como para enfrentarse a toda una escuadra.

—¿Qué pretendes hacer?

—Dejar para otro momento más oportuno la destrucción de los depósitos de carbón de Sarawak y remontar hasta el cabo Taniong-Datu para buscar al Marianne y después dedicarnos a entorpecer el tráfico marítimo antes de proveernos de combustible en Monzalm. En cuanto la flota vaya a buscarnos a las proximidades de Labuán, regresaremos para saldar cuentas con el rajá y con el hijo de Suyodhana.

—¡Naciste gran almirante! —comentó Yáñez con una risa.

—¿Estás de acuerdo con mi plan?

—Totalmente. ¿Y el Marianne?

—Haremos que nos aguarde en la boca del Redjang y daremos orden de que provean bien de armas a nuestros amigos dayakos.

—¡Ahora, avancemos a toda máquina! ¡Los barcos se acercan!

—¡Señor Horward! —ordenó Sandokán—. ¡A toda máquina!

—Iremos a marchas forzadas, capitán —repuso el norteamericano.

El Rey del Mar había vuelto a emprender su carrera. Toneladas de carbón fueron arrojadas en sus hornos y las máquinas empezaron a funcionar de una manera furiosa, imprimiendo al casco un sonoro temblor.

Todos estaban en cubierta, incluso Damna y Surama. En cualquier momento el crucero podría encontrarse con algún barco mandado para explorar hacia levante y todos querían estar preparados para la lucha.

No obstante, en aquella dirección no se distinguía ninguna luz.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik, de pie sobre el puente de mando, examinaban detenidamente los puntos luminosos, que parecían haber cambiado de posición. Se debía a que los comandantes de los barcos ingleses, al ver que el buque corsario huía hacia el norte, habían cambiado su rumbo a fin de capturarlo.

Pero la distancia entre los barcos, en vez de disminuir, aumentaba, y aunque los buques forzaban la máquina no podían competir con el corsario. Tras una desenfrenada carrera que duró más de una hora, los puntos luminosos empezaron a perderse en el horizonte.

—Me parece que ya es hora de que retomemos nuestra ruta hacia el norte —dijo Sandokán a Yáñez—. Los ingleses seguirán siempre hacia el norte.

Ordenó que fueran apagadas todas las luces, y el Rey del Mar, tras describir una amplia curva, tomó otra vez la dirección norte.

La maniobra resultó un éxito, ya que durante algunos minutos se vieron brillar los faroles de los buques adversarios a lo lejos en el horizonte hasta que finalmente desaparecieron.

—¡Vamos! —dijo Yáñez en tono alegre—. ¡Todo marcha perfectamente! ¡Creo que podemos ir a dormir unas cuantas horas! ¡Bien nos hemos ganado este corto reposo!

Al amanecer, el mar estaba totalmente desierto. No se distinguía más que a las aves marinas revoloteando por encima del oleaje que removía la brisa de la mañana.

El Rey del Mar había aminorado su marcha a ocho nudos. A cada momento que pasaba, el combustible se tornaba máspreciado.

Sandokán subió a cubierta cuando salían los primeros rayos del sol. Aún estaba algo preocupado, aunque no tenía duda del feliz resultado conseguido por la maniobra de la noche anterior.

—Los hemos burlado perfectamente —dijo a Yáñez, que junto a Damna se había reunido con él—. Alcanzaremos el cabo Taniong sin haber tenido un mal tropiezo. Por cierto, ¿qué pensaría sir Moreland del cañonazo que disparamos anoche?

—Me dijo el doctor Held que se había sentido muy inquieto por temor a que hubiéramos hundido algún buque —repuso Yáñez.

—Vamos a verle.

—¿Me permiten que vaya yo también con ustedes? —preguntó Damna.

—No veo el menor inconveniente —replicó Yáñez—. Al contrario, estará muy contento de ver a su hermosa prisionera. ¡Ven, pequeña! Esta visita ha de alegrarle mucho... y a ti también —añadió por lo bajo, acercándose a la muchacha.

Cuando entraron en el camarote sir Moreland ya se había despertado y estaba conversando con el médico.

Al ver a Damna, que iba detrás de Sandokán y Yáñez, la mirada del angloindio se animó extraordinariamente y por un momento no fue capaz de apartar los ojos de la joven.

—¡Usted, señorita! —exclamó—. ¡Qué dichoso me siento de volver a verla!

—¿Qué tal se encuentra, sir Moreland? —preguntó Damna ruborizándose.

—¡Oh! La herida va cicatrizando muy deprisa, ¿no es cierto, doctor?

—De aquí a ocho o diez días se habrá cerrado por completo —repuso el norteamericano—. Es una curación realmente asombrosa.

—Me habría gustado mucho más no verle herido, sir Moreland —dijo Damna.

—En tal caso no me vería usted en este lugar —repuso el angloindio—. Me hubiera dejado hundir con mi barco, junto a la bandera de mi patria.

—Me complace mucho que hayan podido salvarle de la muerte.

El joven capitán la contempló con una sonrisa y luego dijo:

—Muchas gracias, señorita, pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué pretende usted decir, sir Moreland?

—Que me encontraría más satisfecho de haber podido salvar también mi barco y a mis marineros. ¡No esperaba, señorita, ser vencido por sus protectores de una manera tan terrible! ¡Y, no obstante, puede usted creerme si le digo que no lamento mi prisión!

—Sir Moreland —dijo Sandokán—, ¿no sabía usted que esta noche por poco nos cogen desprevenidos los barcos ingleses?

—¿La flotilla de Labuán? —preguntó con acento excitado el herido.

—Supongo que se trataba de ella, pero conseguimos burlarla y evitar fácilmente el peligro.

—No piense usted que siempre va a tener tanta suerte... —dijo el angloindio—. Cualquiera día, el menos pensado, se hallará frente a un hombre que no le dará cuartel.

—¿Se refiere usted al hijo de Suyodhana? —preguntó Sandokán.

—No puedo explicarle más. Es un secreto que no puedo desvelar —replicó el angloindio.

—No puede ser otro que él —adujo Yáñez—, aunque haya asegurado usted que nada sabe acerca de ese terco y enigmático enemigo.

Sir Moreland no parecía haber escuchado a Yáñez. Contemplaba a Damna con expresión angustiada.

Sandokán, Yáñez y la muchacha permanecieron conversando aún unos cuantos minutos en el camarote, intercambiando algunas palabras con el médico.

Antes de que la muchacha se marchara, sir Moreland le dijo, mirándola con expresión triste:

—Señorita, confío en volver a verla y en que no me considerará usted siempre un enemigo.

En cuanto la muchacha hubo salido, el angloindio permaneció durante mucho rato sentado, mirando fijamente la puerta del camarote y con los brazos cruzados sobre el pecho con aspecto meditabundo. Después dijo al médico lanzando un profundo suspiro:

—¡Qué cosa tan penosa es la guerra! ¡Hace nacer el odio hasta entre corazones que podrían latir a la vez, animados por un mismo sentimiento!

—Y el de usted habría latido mucho, ¿no es cierto, sir Moreland? —dijo el norteamericano con una sonrisa.

—¡Sí, doctor! ¡Lo reconozco!

—Por la señorita Damna, ¿verdad?

—¿Por qué habría de negarlo?

—Es una muchacha muy linda y muy valerosa, digna de su padre y de usted.

—¡Y que jamás será mía! —exclamó sir Moreland con extraña entonación—. ¡El destino se ha interpuesto entre ambos, sin que de ello seamos ninguno culpable, un abismo que nada conseguirá salvar!

—¿Por qué razón? —preguntó el doctor Held, extrañado por el tono con que se había expresado el herido y en el que parecía advertirse una gran angustia e intenso odio—. Estos hombres son enemigos del rajá y de los ingleses; no de usted.

Sir Moreland examinó al norteamericano sin responderle. Pero la expresión de su rostro era tan fiera que le llamó en gran manera la atención.

—Parece ser que en su vida hay un gran secreto —dijo el norteamericano.

—¡Reniego del destino: eso es todo! —repuso con sorda voz el joven—. Doctor, ¿hacia dónde nos lleva el comandante?

—Por el momento vamos hacia el noroeste.

—¿Hacia Sarawak? ¿Me dejará en tierra?

—¿Lo lamentaría usted?

—Tal vez sí.

—¿Por alejarse de la señorita Damna?

—Por otras razones peores —le contestó el angloindio.

—¿Cuáles, si mi pregunta no es indiscreta?

—El rajá me mandará a luchar otra vez contra ustedes y posiblemente me estará destinado asestarle un golpe definitivo y hundir a la mujer a quien amo —repuso sir Moreland.

—Ese día puede estar aún muy lejano.

—Yo opino lo contrario, ya que el buque de ustedes no va a navegar indefinidamente, y no siempre hallará la manera de proveerse de víveres, municiones y carbón, y más todavía no teniendo un puerto amigo.

—¡Sir, el océano es grandioso!

—Es cierto. Pero cuando diez o veinte naves los rodeen en un círculo de hierro, ¿qué pasará? Admiro la osadía de esos piratas de Malasia, como admiro su buque, una obra perfecta de la ingeniería naval. Pero déjeme que dude del feliz resultado de la incursión que están llevando a cabo. No voy a negar que pueden causar graves pérdidas a la marina mercante inglesa y grandes preocupaciones al rajá, siendo como es el Rey del Mar el buque más veloz que seguramente haya, además del mejor armado. Pero esta situación no durará mucho.

—Estos terribles corsarios, sir Moreland, no confían en mantener a raya durante demasiado tiempo a la flota inglesa. Conocen el fin que los espera y no ignoran que el día menos pensado sus cadáveres irán a descansar el sueño eterno bajo las tenebrosas profundidades marinas o en el fondo de cualquier sima.

—¿Y la señorita Damna tiene también esa certeza? —inquirió con un estremecimiento el angloindio.

—Imagino que sí, sir Moreland.

—¡Ah! ¡No! ¡Entonces, hágala desembarcar! ¡Sálvela!

—No es posible. Aquí luchan su padre y sus protectores, a quienes, según creo, les debe la vida, y no los dejaré —repuso el norteamericano.

Sir Moreland se pasó la mano por la frente y comentó, como si hablase consigo mismo:

—¡Mejor sería que las escuadras nos hundieran a todos! ¡Al menos acabaríamos de una vez por todas y no escucharía más el grito de la sangre que exige venganza!

POR EL MAR DE LA SONDA

Seis días más tarde el Rey del Mar, que había estado navegando a escasa velocidad durante todo el tiempo con el fin de ahorrar el valioso combustible, llegaba al cabo Taniong-Datu, amplio promontorio que cierra por poniente el golfo o, para ser más exactos, el mar de Sarawak.

El Marianne ya se hallaba allí, oculto en una pequeña ensenada protegida por altísimas escolleras que tornaban invisible el barco para quienes pasaban de largo.

Lo mandaba uno de los más veteranos de Mompracem, que había intervenido en todas las aventuras

del Tigre de Malasia y de Yáñez; un hombre muy leal y de un sorprendente valor como guerrero y como marino. Según las órdenes recibidas, llevaba un buen cargamento de armas y municiones para avituallar al Rey del Mar en el caso de que las necesitara. Pero en lo que se refería al combustible, difícilmente pudo reunir unas treinta toneladas, ya que a raíz de la declaración de guerra de Sandokán los ingleses de Labuán habían monopolizado todo el carbón que existía en Brunei, capital del sultanato de Borneo.

Aquella cantidad de carbón casi no alcanzaría ni para dos días, aun navegando muy lentamente. Con todo, se embarcó inmediatamente en las carboneras.

Ante el temor a que los persiguieran, Sandokán se dio prisa en dar las últimas instrucciones al comandante del Marianne. Tenía que dirigirse sin la menor vacilación a Sedang, subir por el río hasta la ciudad del mismo nombre, simulando que se trataba de una pacífica embarcación mercantil de bandera holandesa, y allí entrevistarse con los jefes de los dayakos que intervinieron en la expulsión de James Brooke, tío del actual rajá; proporcionarles armas y municiones, iniciar la guerra sin cuartel en las fronteras del Estado y, después, esperar al Rey del Mar en la embocadura del río.

Algunas horas más tarde, mientras el Marianne se preparaba para hacerse a la vela, el crucero se alejaba de Taniong-Datu para proseguir su viaje a marcha moderada hacia el noroeste. Su objetivo era ir a Mangalum para proveerse en abundancia en aquel depósito carbonífero, destinado a los buques que realizan la travesía directa por los mares de China.

Después de siete días navegando siempre con mucha lentitud, para no hallarse sin carbón en el caso de un encuentro con algunas de las flotas enemigas, el Rey del Mar, que de continuo se mantenía bastante distante de las costas, cruzaba a través del banco de Vernon. Aquel mismo día sir Moreland, ayudado por el médico, apareció por primera vez sobre el puente.

Aún estaba en extremo pálido y débil. Pero la herida había cicatrizado casi totalmente, gracias a su fuerte constitución y a los continuos cuidados del norteamericano.

Era una magnífica mañana, no muy calurosa. Del sur llegaba un aire fresco que rizaba la extensa superficie del mar de la Sonda y que murmuraba suavemente entre las escotillas y el cordaje metálico del crucero.

Numerosos pájaros, en su mayoría pedreros, aves marinas de sorprendente agilidad y vuelo muy ligero, revoloteaban por encima del barco junto a los Phoebetrie fuliginoso, los más pequeños de la familia de los diomedeos, acosando a los peces voladores que las insaciables doradas expulsaban de su elemento natural, forzándolos a volar un buen trecho por encima de las olas para librarse de su voracidad.

Al ver aparecer al angloindio apoyándose en el brazo del doctor, Yáñez, que hasta entonces había estado paseando por el puente con Surama, fue al momento a su encuentro.

—¡Vaya, veo que ya está usted recuperado! —exclamó—. ¡Crea que me complace mucho que así sea! ¡A los hombres de mar les sienta mucho mejor el aire libre del puente que el del camarote!

—Sí, señor Yáñez. Ya me encuentro bien, gracias a los cuidados y atenciones de este buen doctor —repuso el capitán.

—A partir de este instante considérese usted no como un detenido nuestro, sino como un convidado. Está usted en libertad para hacer lo que se le antoje. Para usted no hay secretos en nuestro buque.

—¿Y no siente temor de que pueda aprovecharme de su generosidad?

—No, ya que le considero a usted un caballero.

—Debería pensar que cualquier día nos enfrentaremos como grandes enemigos.

—Llegado ese momento, lucharemos lealmente.

—¡Eso, desde luego que sí, señor Yáñez! —convino sir Moreland con cierta acritud.

Tras decir esto, contemplar el mar durante un buen rato y aspirar anhelante el aire marino, dijo:

—Hemos salido de la zona cálida. Este aire es del norte. ¿Dónde nos encontramos, si no hay ningún motivo para ocultármelo?

—A mucha distancia de Sarawak.

—¿Están escapando de la zona que frecuentan los buques del rajá?

—De momento, sí, ya que tenemos que avituallarnos.

—¿Así que tienen ustedes puertos amigos?

—En realidad no. A nosotros nos basta con los de los enemigos para avituallarnos —repuso con una sonrisa el portugués—. Sir Moreland, considérese libre para moverse por el barco y respirar este magnífico aire.

El angloindio hizo una ligera reverencia para dar las gracias y subió a la toldilla de la cámara, donde había visto a Damna sentada en una mecedora colocada bajo el toldo extendido a la altura de las guías.

La joven simulaba leer un libro. Sin embargo, no había dejado de mirar ni por un instante al capitán a través de sus largas pestañas.

—Señorita Damna —empezó sir Moreland aproximándose hacia la muchacha—, ¿me permite que me siente junto a usted?

—Le esperaba —respondió la hija de Tremal-Naik ruborizándose ligeramente—. Se encontrará mejor en este lugar que en el camarote. Allí hace calor.

El doctor Held ofreció una silla al enfermo, encendió un cigarro y se dirigió hacia donde se hallaba Yáñez, que con Surama se entretenía mirando los brincos de los desdichados peces voladores, acosados en el mar por las doradas y en el aire por los pájaros marinos. El angloindio permaneció silencioso durante un rato contemplando a la joven, en aquel momento más bella que nunca. Finalmente, dijo en un tono en el que se advertía una extraña vibración:

—¡Qué dicha encontrarme aquí después de tantos días de encierro y, además, junto a usted, cuando ya suponía no iba a volver a verla después de su huida de Redjang! ¡Realmente se burló usted de mí, señorita!

—¿No me guarda rencor, sir Moreland, por haberle engañado?

—En absoluto, señorita. Tenía usted derecho a emplear cualquier artimaña para recobrar su libertad. No obstante, hubiera preferido conservarla prisionera.

—¿Por qué razón?

—No lo sé. Me sentía dichoso cerca de usted.

El capitán lanzó un profundo suspiro y luego dijo con tono triste:

—¡Y, no obstante, el destino me obligará a olvidarla!

—Sí, sir Moreland. Será necesario doblegarse ante la adversidad del destino.

—Todavía no estoy seguro —contestó el capitán— de lo que haré para deshacer los decretos del hado.

—Recuerde usted que entre nosotros siempre está la guerra y que esta nos separará para siempre. ¿Cuál sería la opinión de mi padre, de Yáñez y de Sandokán si se enterasen de que consentía en dar mi mano a uno de sus enemigos? ¿Y qué diría su gente, cuyo odio hacia nosotros es incluso más intenso, más feroz, más despiadado? ¿Ha pensado todo eso, sir Moreland? Usted, uno de los mejores oficiales de la marina del rajá, a quien su país ha armado para eliminarnos sin compasión, ¿podría contraer matrimonio con la protegida de los piratas de Mompracem? Ya ve usted que no es posible, es una quimera que jamás se convertirá en realidad, ya que el abismo que nos separa es en exceso profundo.

—Nuestro amor llenaría ese abismo, pues el amor no conoce fronteras.

—Desearía que así fuese —dijo Damna en tono triste—. Sir Moreland, olvídense de mí. El día que se encuentre usted libre, olvídeme. Vuelva al mar y aténgase a su deber, que le obliga a exterminarnos. Olvide que en este buque hay una mujer a la que ha querido, y sin piedad haga tronar los cañones contra nosotros y húndanos o háganos saltar por los aires. Nuestro destino está escrito con letras de sangre en el gran libro de la vida y todos estamos decididos a afrontarlo.

—¡Yo, matarla a usted! —exclamó el angloindio—. ¡A todos los demás sí, pero a usted no!

Las palabras «los demás» fueron pronunciadas en un tono de tal odio, que Damna le contempló con terror.

—¡Diríase que tiene usted ocultos rencores contra Yáñez y Sandokán y, además, contra mi padre!

Sir Moreland se mordió los labios, como si se arrepintiese de haber dicho aquellas palabras, y repuso al momento:

—Un capitán no puede perdonar a quienes le han vencido y hundido su barco. Yo estoy deshonrado y necesito vengarme en cuanto me sea posible.

—¿Y los ahogaría usted a todos? —preguntó Damna horrorizada.

—¡Hubiera preferido irme al fondo con mi barco! —exclamó el capitán eludiendo la pregunta de la muchacha—. ¡No escucharía de nuevo ese espantoso grito que me persigue!

—¿Qué dice usted, sir Moreland?

—¡Nada! —repuso el angloindio con voz ronca—. ¡Nada, señorita Damna! ¡Divagaba!

Se incorporó y empezó a pasear con excitación, como si ya no experimentase los dolores que debía de ocasionarle la herida, aún no cicatrizada del todo.

El doctor Held se hallaba cerca y, al verle tan excitado, se dirigió hacia él.

—¡No, sir Moreland! —advirtió—. Estos esfuerzos pueden acarrear graves consecuencias, y por el momento le prohíbo que los realice. ¡Aún poseo autoridad sobre usted! ¡No se desboque!

—¿Qué importa que se abra de nuevo la herida? —exclamó el angloindio—. ¡Quisiera que la vida se me fuera por ella! ¡Así, al menos, todo terminaría!

—No se queje usted de que le hayamos salvado, sir —dijo el médico tomándole del brazo y llevándose la cámara—. ¿Quién puede afirmar lo que el futuro le tiene reservado?

—¡Amarguras, solamente amarguras! —repuso el capitán entristecido.

—No obstante, ayer parecía hallarse satisfecho de estar todavía con vida.

El angloindio no dijo nada y se dejó acompañar al camarote, ya que el viento había refrescado mucho.

El Rey del Mar proseguía su rumbo hacia el nordeste, manteniendo siempre una velocidad de siete nudos.

A mediodía Yáñez y Sandokán tomaron la altura y vieron que hasta Mangalum había una distancia de ciento cincuenta millas, un trecho que podía salvarse en algo más de veinticuatro horas sin tener que acelerar la marcha.

Los dos deseaban llegar cuanto antes, ya que el tiempo tenía trazas de estropearse, a pesar de haber amanecido un día espléndido.

Hacia el sur surgieron unos cirros de color blanquecino, que se iban extendiendo y avanzando poco a poco. Eran la vanguardia de nubes mucho más espesas, y a ambos piratas no les gustaba la idea de dejarse sorprender por un huracán en aquellos lugares en los que abundaban los bancos y los escollos aislados.

De hecho, el mar de la Sonda, tan abierto a los vientos fríos del sur y del oeste, es uno de los peores para los navegantes, ya que en él se forman olas de tal tamaño que ni en el mismo océano Pacífico pueden verse tan gigantescas.

Por otra parte, Mangalum no podía ofrecer cobijo seguro a un buque de mucho tonelaje, pues solamente contaba con una ensenada muy reducida, accesible solo a los praos.

No tardaron en confirmarse los temores de los dos veteranos lobos de mar.

Por la tarde el sol se desvaneció entre un denso velo de vapores de oscurísimo color y la brisa se había transformado en viento fuerte y bastante fresco.

La calma que hasta entonces había reinado en el mar se estaba alterando. De vez en cuando, extensas oleadas del sur chocaban contra el crucero bramando sordamente y lo levantaban con una brusca sacudida.

—Mañana el mar estará muy agitado —comentó Yáñez dirigiéndose al doctor Held, que de nuevo se encontraba en cubierta—. Si estalla el huracán, el Rey del Mar va a danzar de una manera terrible. Ya he realizado una travesía por estos lugares y conozco lo espantosos que son cuando soplan los vientos del sur y del oeste.

—He oído decir que se levantan olas realmente espeluznantes, ¿no es cierto, señor Yáñez?

—De quince metros, y en ocasiones llegan a una altura de dieciocho. Es un espectáculo terrible.

—Pero Mangalum no debe de encontrarse muy lejos.

—Es necesario rodear la isla y alejarse de ella, mi apreciado señor Held. Mangalum no es sino un simple escollo, y los dos islotes que la flanquean, dos puntas rocosas.

—Pues no debe de ser una vida muy agradable la de sus moradores.

—Y, no obstante, no parece que estén descontentos de su tierra, a pesar de que se encuentren poco menos que aislados del resto del mundo, ya que solo ven de vez en cuando algún que otro buque que va a repostar carbón. Tan escasos son los barcos que entran en la ensenada de Mangalum, que los depósitos de combustible solamente se renuevan cada dos o tres años.

—Aseguran que es la colonia más pequeña que existe en el mundo.

—Es cierto, doctor. Su población no supera los cien habitantes. El año pasado no eran más que noventa y nueve. Sin embargo, hace años llegaban a los doscientos veinticinco habitantes.

—¿Por qué ha disminuido de esa manera?

—Como resultado de un imponente huracán cuyas enormes olas arrasaron la isla, destruyendo numerosos edificios y arrastrando consigo a muchos isleños.

—¿Y por qué los supervivientes no abandonaron la isla?

—Porque, a pesar de lo ingrato y poco seguro del suelo, quieren su tierra, aparte de que en ningún otro sitio podrían disfrutar de la libertad que tienen en la isla. A pesar de pertenecer a varias razas, ya que hay ingleses, norteamericanos, malayos, burgueses de Madagascar y chinos, viven en absoluta armonía y bajo un régimen de completa igualdad. Se puede afirmar que esos isleños han resuelto a su modo el eterno problema social, ya que practican algo parecido al comunismo. Su jefe es el morador más antiguo de la isla y sus poderes son extraordinarios. Trabajan para la comunidad, se educan unos a otros y desconocen el valor de la moneda, que para ellos es simplemente una curiosidad. Incluso las mujeres, que son más numerosas que los hombres, realizan faenas masculinas para evitar el peligro que podría representar que se desequilibrara la producción y el consumo.

—¡Parece ser una isla magnífica! —exclamó el doctor.

—En cierto aspecto, es sorprendente, sin duda —asintió Yáñez.

—¿Hace mucho que está poblada?

—Desde mil ochocientos diez. Antes solo estaba habitada por grandes bandadas de pájaros marinos. Un desertor inglés llamado Granvil fue el primero que, junto a otro compañero suyo y un norteamericano, llegó a esta isla. Como era más fuerte que sus compañeros, se proclamó rey de Mangalum y de los dos islotes próximos. No obstante, la realeza que había decretado no le sirvió de mucho, porque cuando en mil ochocientos dieciocho los ingleses enviaron un barco para conquistar la isla, únicamente vivía en ella el norteamericano. Este tenía en su poder grandes cantidades de oro, que de nada servían en aquellas rocas y que en su país le hubieran procurado grandes satisfacciones. Pero, al ser invitado para regresar a Norteamérica, se negó en redondo. Paulatinamente fueron desembarcando malayos, burgueses e ingleses. En mil ochocientos setenta y cinco la población aumentó de improviso cuando un corsario yanqui, que durante la guerra de Secesión había capturado cuarenta prisioneros, los hizo desembarcar en la isla. Con el aumento de población la vida de los naturales de la isla se volvió muy dura, puesto que el barco corsario había olvidado dejar provisiones. Sin embargo, la colonia prosperó. Posiblemente ahora el señor Griell, que es en este momento el gobernador de la isla, tenga bajo su mando a más de cien administrados.

—¡Un cacique!

—Que gobierna bien su reino, en especial desde que recibió la visita de la flota inglesa de China, que le invistió con el cargo máximo por orden de la reina de Inglaterra.

—¡Habría que ver los honores que se tributaron al almirante...!

—No, señor Held. Los honores los hizo el propio almirante de la flota, que ofreció a la comunidad un banquete descomunal, que todavía recuerdan con gran contento los comilones de la isla. Y al banquete siguieron infinidad de obsequios, entre los que hay que citar una bandera inglesa, que Griell conserva como si de un tesoro se tratase.

—Tengo gran interés en ver ese pequeño reino. Supongo que seremos bien acogidos —dijo el doctor.

—No estoy muy seguro —repuso Yáñez—, ya que esos isleños no querrán ver disminuida su provisión de combustible, pues lo consumen en gran cantidad. No obstante, conseguiremos apaciguarlos, teniendo como tenemos argumentos convincentes. Estamos en guerra, y se la haremos, sin la menor excepción, a todos los súbditos ingleses.

EN LA ISLA DE MANGALUM

Durante toda la noche las olas golpearon con violencia contra los costados del crucero.

El viento había aumentado. Pero no era aún tan fuerte que dificultara la marcha de aquel barco, de magníficas condiciones marineras, a pesar del considerable peso de sus cañones de grueso calibre y de las torres acorazadas.

A la mañana el tiempo se volvió más amenazador. Las olas eran continuas, con las crestas cubiertas de espuma, bramando sordamente y quebrándose con gran fragor en el espolón del buque.

Al cruzar sobre la cresta de las olas, el viento levantaba auténticas cortinas de agua que atravesaban el océano, danzando de una manera desordenada y que, al embestir contra la arboladura y las torres del crucero, se deshacían en lluvia.

Los pájaros marinos, verdaderas aves de los temporales, jugueteaban entre las olas dejándose llevar por el viento y saludando a la tempestad con atronadores gritos.

Los albatros surcaban el aire sobre las olas y al momento se alzaban de improviso, efectuando círculos vertiginosos. Los quebrantahuesos sorteaban las montañas de agua que se formaban sobre el océano, y también se veían revolotear los llamados fragatas.

Pero el Rey del Mar hacía frente de una forma extraordinaria a la tempestad, elevándose con soltura sobre las olas que lo asaltaban por la proa y que mugían y bramaban a sus lados.

Sandokán y Yáñez dieron orden a Horward para que avivara el fuego de las calderas a fin de poder llegar a Mangalum antes de que empezara el huracán, ya que en tales circunstancias resultaría muy arriesgado intentar recalar en el puerto.

Por la tarde la tempestad estalló de una manera furiosa, y aún no se distinguía el pico de la isla.

La cautela aconsejaba adentrarse en el mar, ya que así el buque no se exponía a ser lanzado por el

viento contra alguna roca.

—Esperemos a que esto se calme antes de aproximarnos a Mangalum —comentó Sandokán—. Aún tenemos carbón para dos días.

El Rey del Mar navegaba hacia poniente, ya que en aquella dirección no había bancos ni escollos. La tempestad lo golpeaba en aquel momento con extraordinaria fuerza, imprimiéndole violentas sacudidas.

Todos estaban en cubierta, incluidos Damna y sir Moreland.

Olas como montañas caían sobre el crucero entre atronadores bramidos, entorpeciendo su avance y amenazando con alejarlo a mucha distancia del rumbo que seguía.

—Es una tempestad horrible —dijo sir Moreland a Damna, que se protegía entre la torre de popa y la amura del cofferdam—. Su buque va a tener mucho trabajo para dominarla.

—¿Corre peligro de hundirse? —preguntó la muchacha sin que en su tono pudiera advertirse el menor atisbo de miedo.

—De momento, no, señorita. El Rey del Mar es un buque capaz de afrontar cualquier escollo y ninguna ola puede destrozarlo.

—De todas formas, ¡qué olas tan grandes...!

—Enormes, señorita. En estas aguas es donde alcanzan una altura imponente. Retírese; este no es lugar adecuado para usted. Aquí se halla en peligro.

—Si los otros se enfrentan a él, ¿por qué he de escapar yo?

—Son hombres de mar. Retírese, señorita; en este momento el crucero se prepara para virar de bordo, las olas van a barrer la popa y alguna podría irrumpir en la torre.

—¡Me disgusta tanto no poder contemplar este huracán en el punto culminante de su furia...! ¡Ah...! ¡Qué espectáculo! ¡Fíjese usted, sir Moreland, fíjese qué olas! ¡Parece que nos vayan a envolver y arrastrar al fondo del mar! ¡Aguarde un minuto más!

—¡Cuidado, señorita! ¡Las olas ya barren la popa! ¿Lo ve usted?

El Rey del Mar, que hacía desesperados esfuerzos para tomar el largo y cuya hélice con frecuencia emergía fuera del agua, parecía una insignificante cáscara de nuez.

Brincaba sobre aquellas montañas líquidas dando tales bandazos, que hacía pensar que iba a perder la estabilidad en cualquier momento; después caía en el abismo marino, en el que parecía hundirse para siempre.

Los constantes choques de las olas contra el buque azotaban la toldilla con gran riesgo para los marineros, que eran lanzados contra la obra muerta y arrastrados por la violencia del oleaje.

Yáñez y Sandokán contemplaban indiferentes aquella furia de la naturaleza. Cogidos a la balastrada del puente, serenos, impertérritos, daban las órdenes con voz tan tranquila como de costumbre.

Confiaban demasiado en su buque y no tenían la menor duda de salir indemnes de aquella tormenta.

Se habían tomado todas las medidas para afrontarla.

Redoblaron el personal de máquinas y el del timón; ordenaron reforzar los cabos de las chalupas, amarrar la artillería ligera, afirmar la de grueso calibre y cerrar todas las puertas y escotillas, para que no penetrara en el interior del barco ni una simple gota de agua.

Toda la noche soportó bravamente el Rey del Mar la cólera de la tormenta, sin alejarse demasiado de las cercanías de Mangalum; hacia el amanecer el viento amainó y el buque retomó su anterior ruta.

El cielo, no obstante, continuaba mostrándose amenazador y todo hacía suponer que el huracán volvería a desatarse con violencia.

—Démonos prisa para aprovechar estos instantes de calma relativa —dijo Sandokán a Yáñez y a Tremal-Naik—. Las carboneras están casi vacías y resultaría una temeridad dejarse sorprender por otra tempestad tan escasos de combustible.

No debían de hallarse a mucha distancia de la isla, ya que el Rey del Mar, manteniéndose aguas adentro por temor a ser lanzado contra aquella tierra o contra los escollos que la circundaban, no se había acercado demasiado a las costas del oeste.

Hacia las diez de la mañana se desvanecieron las masas de vapor que cubrían el cielo y una montaña se perfiló con perfecta claridad en el horizonte.

—¿Se trata de Mangalum? —preguntó Tremal-Naik a Yáñez, que la estaba contemplando con el catalejo.

—Sí —respondió el portugués—. Aceleremos la marcha; vamos a vérnoslas con esos isleños y su insignificante gobernador.

El Rey del Mar aumentó la velocidad de la marcha, agotando sus últimas toneladas de carbón y la montaña se veía cada vez mayor. Era una gran ondulación de terreno llena de abundante y verde vegetación, y en su base, en un repliegue de la costa, se distinguía el pequeño puerto.

—De aquí a un par de horas llegaremos —dijo Yáñez al hindú.

El portugués no se había equivocado. Aún no era mediodía cuando el Rey del Mar se halló frente a la pequeña ensenada, en cuya playa se veían grupos de chozas y barcas en seco.

—¡Lanzad el escandallo! —ordenó Sandokán—. Veamos si hay bastante agua para poder entrar.

Sambigliong, con varios marineros provistos de sondas, se había dirigido a proa para medir la profundidad del mar en aquella zona, al tiempo que el Rey del Mar aminoraba rápidamente su velocidad.

Al ver aparecer aquel imponente buque, los moradores de la isla, en su mayoría de raza blanca, abandonaron al momento sus chozas y, suponiendo que era un barco inglés, se dirigieron a toda prisa a enarbolar en la antena de señales la magnífica bandera que les regaló el almirante del Mar Amarillo.

Eran unos cincuenta entre hombres, mujeres y criaturas; los pequeños brincaban alegremente entre los montones de enormes algas que cubrían las orillas de la pequeña bahía, tal vez imaginando que iban a ser obsequiados con un nuevo banquete digno de Gargantúa, como el que les ofreció el almirante inglés.

Tras haber indicado a los timoneles que mantuvieran siempre al Rey del Mar a lo largo de la playa,

Sandokán mandó botar al agua la chalupa de vapor y el par de balleneras mayores, ya que el oleaje continuaba siendo muy intenso.

—Ya puedo ver el carbón —exclamó.

—Yo, los bueyes que pastan junto a los cercados —repuso el portugués.

—Creo que la carrera que hemos realizado no habrá sido infructuosa —añadió el Tigre de Malasia—. Al menos aquí no parece que vayan a ofrecer mucha resistencia.

En las chalupas habían montado ya treinta malayos armados con fusiles y campilanes; el embarque había sido muy dificultoso a causa del oleaje.

El Rey del Mar se colocó de través. A continuación se arrojó una considerable cantidad de aceite bajo el viento y contra viento, consiguiéndose de esta manera obtener una relativa calma.

El agua se serenó un tanto en el trecho comprendido entre el barco y la isla, y el desembarco pudo llevarse a cabo fácilmente.

Por orden de Yáñez, la chalupa de vapor remolcó a las dos balleneras y se dirigió apresuradamente en dirección a la playa, en la que se abría una pequeña cuenca cubierta de algas que daba acceso a otra más ancha y despejada.

Habían salvado la travesía en menos de cinco minutos.

Yáñez, que iba al frente de la expedición, fue el primero en desembarcar entre la reducida población de isleños, y enseguida preguntó por el gobernador.

—Soy yo, señor —contestó un anciano, que lucía un traje de tambor mayor del ejército inglés por la solemnidad de las circunstancias—. Me siento muy dichoso de ver y saludar a un capitán de Su Majestad la reina de Inglaterra.

—Señor gobernador, nosotros no tenemos nada que ver con la reina de Inglaterra —contestó Yáñez, mientras sus hombres desembarcaban y cargaban sus fusiles—. Lo que intento decir es que no soy representante del Imperio británico...

—¿Qué es lo que dice, señor? —inquirió el anciano en tono inquieto.

—Al parecer usted no está al tanto de lo que acontece en el mundo.

—Por aquí no recala más que algún que otro buque, y los almirantes ingleses no han vuelto.

—En tal caso, tengo el disgusto de notificarle que nosotros estamos en guerra con Inglaterra, por cuyo motivo ha de considerarnos como enemigos.

—¿Y han venido para conquistar la isla? —exclamó el gobernador palideciendo—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Holandeses, quizá?

—Somos los tigres de Mompracem.

—He oído hablar de ustedes, aunque de manera confusa.

—¡Mucho mejor! Pero puede usted estar tranquilo. No es nuestra intención destituirle y menos todavía conquistar su isla, señor Griell.

—En tal caso, ¿qué es lo que quieren? —inquirió, tembloroso, el gobernador.

—¿Es verdad que los ingleses poseen aquí un pequeño depósito de carbón?

—Sí, señor. Pero nosotros no podemos disponer de él, sino únicamente el gobierno de Gran Bretaña. Por tanto, debe comprender que no puede tocarlo sin haber recibido el consentimiento del almirantazgo.

—Ese consentimiento haré que se lo entreguen más tarde —repuso Yáñez—. Este carbón, que usted es incapaz de defender, es nuestro por derecho de guerra. Y si desea evitar perjuicios, de aquí a una hora exijo que me traigan agua dulce y provisiones; de lo contrario, transcurrido ese tiempo, mi gente arrasará sus moradas y sus plantaciones.

—¡Señor —exclamó el infortunado gobernador—, protesto contra semejante violencia!

—Debería usted protestar contra el almirantazgo, que no ha pensado en mandar a este lugar una flota para protegerlos —dijo Yáñez con sequedad—. ¡Venga! ¡Les espero aquí, con el reloj en la mano! Si no obedece mis órdenes enseguida, actuaré en consecuencia.

—¡Esto es una acción de piratería!

—Llámelo usted como le plazca, me es indiferente. ¡Ya pueden marcharse todos o mis hombres abrirán fuego!

Aquella amenaza, hecha en inglés, obtuvo un resultado instantáneo. Ante el temor a que aquellos temibles piratas descargaran sus armas contra ellos, los isleños se desbandaron al momento para buscar cobijo en sus moradas.

El gobernador, por conservar el prestigio de su dignidad, abandonó el último el punto de reunión y llamó a consejo a tres o cuatro colonos de edad, que debían de ser sin duda los personajes principales de la isla.

Sin preocuparse por aguardar la decisión que el gobernador pudiera tomar, Yáñez se encaminó hacia el depósito de carbón, que se encontraba en el extremo de la ensenada debajo de un enorme cobertizo.

Había amontonadas allí, como mínimo, seiscientas toneladas de carbón, cantidad nada despreciable. Pero su traslado requeriría mucho tiempo.

Regresaron al buque dos chalupas, con el fin de trasladar a tierra otros ochenta hombres de refuerzo, y empezaron las tareas de transporte, a pesar del mal tiempo y de los fuertes aguaceros que caían sin interrupción cada cuarto de hora.

Mientras malayos y dayakos trabajaban a un ritmo febril, Yáñez, que se hallaba sentado bajo el cobertizo, contaba los minutos con el reloj en la mano y con el cigarro entre los labios, resuelto a tomar una enérgica decisión.

Agrupó a su alrededor a una docena de fusileros a los que bastaba una simple orden para saquear las tiendas de los isleños y arrasarse sus plantaciones.

Pero no había pasado aún una hora cuando hicieron acto de presencia unos cuantos colonos, que conducían hacia la ensenada unas cincuenta cabras y otras tantas ovejas, animales todos ellos de buena apariencia y magnífica raza, con los cuales se podrían hacer soberbios filetes.

El gobernador, en compañía de sus consejeros, iba al frente de ellos. El desdichado parecía muy entristecido, pero expresaba asimismo el enojo que le dominaba.

—Señor —dijo al llegar donde estaba Yáñez—, me veo obligado a ceder ante la fuerza. Pero

presentaré mi queja ante el almirantazgo.

En vez de responderle, el portugués extrajo de su cartera un cheque y se lo entregó.

—¿Qué significa esto? —inquirió con sorpresa el gobernador.

—Es un cheque de quinientas libras esterlinas, que puede usted cobrar o hacer que sea cobrado en Pontianak, donde están nuestros banqueros. Esos animales son administrados por usted y le pagamos su precio; el carbón es del gobierno inglés y nos apoderamos de él. Ahora déjenos en paz y no vuelva a preocuparse de nosotros.

—Habría preferido quedarme con los animales, que nos resultan de mucha más utilidad que su dinero —repuso enojado el gobernador.

Lo más seguro es que, de haber podido, no se habría limitado a decir simplemente aquellas palabras. Pero, al ver cómo los fusileros levantaban sus armas, se retiró con prudencia en compañía de sus consejeros.

Entretanto habían desembarcado más hombres de las chalupas, y como entre el Rey del Mar y la costa las aguas estaban bastante tranquilas, ya que el barco se oponía con su masa al choque de las olas, el trabajo de estibar el carbón continuó con gran actividad.

Todos competían en celeridad, ya que, mar adentro, las olas se encrespaban más a cada instante, estrellándose con furia contra los escollos. Tampoco parecía que el tiempo fuera a aclarar, ni mucho menos, y el embarque de aquella masa de carbón exigía muchas horas de trabajo.

Montañas de carbón se amontonaron en las carboneras durante el día y gran parte de la noche. Al día siguiente Tremal-Naik fue a reemplazar a Yáñez. El mar se había apaciguado algo a pesar de que el tiempo continuaba siendo amenazador, y el portugués propuso a sir Moreland hacer un recorrido por uno de los islotes que flanqueaban Mangalum para cazar aves marinas. Surama se encontraba indispuesta como consecuencia del mareo que la dominaba, y preguntó a Damna si deseaba acompañarlos, porque, además, la muchacha era una magnífica cazadora.

Tras haber almorzado, el angloindio, el portugués y la joven, provistos de escopetas, embarcaron en una ballenera de pequeño tamaño y pusieron proa al islote de poniente, que era un gran escollo cuya cima tendría una altura de setecientos u ochocientos pies y que caía a plomo sobre el mar por tres de sus lados.

En los salientes de las rocas se veían revolotear millares de pájaros. La mayoría eran albatros blancos y negros, que aunque habitan juntos en los desiertos islotes, se agrupan según el color de su plumaje. No obstante, no escaseaban otras variadas especies de aves marinas, mucho más sabrosas en el aspecto culinario.

Yáñez gobernaba la chalupa, y en media hora escasa arribaron a la base del escollo y a una playa.

Amarrada la embarcación tras una chalupa de rocas que la protegían de las embestidas de las olas, Damna y ambos cazadores treparon por los lados del enorme peñasco y empezaron a disparar contra las numerosas bandadas de pájaros, que revoloteaban en tan gran cantidad por encima de sus cabezas que en ocasiones tapaban el sol.

Albatros blancos y negros, quebrantahuesos, gavios y gaviotas caían por docenas en la playa; las restantes aves ni siquiera se preocupaban siquiera en abandonar las elevadas grietas en las que tenían

sus nidos.

La cacería se dilató hasta muy cerca de la puesta del sol, con gran alegría de sir Moreland, que era también un soberbio tirador. Pero como la mar era gruesa y soplaban un viento muy fuerte, decidieron iniciar cuanto antes el regreso.

Se disponían a embarcar cuando oyeron la sirena del crucero, que sonaba con insistencia.

—Nos están llamando —observó Yáñez—. Ya han terminado de cargar y el Rey del Mar se prepara para zarpar.

Pero de improviso frunció el ceño al contemplar cómo las olas chocaban contra el escollo con extrema violencia.

«¿Habremos cometido un error al retrasarnos tanto? —pensó—. ¡Qué mala mar hace ahora...!»

—Démonos prisa, señor Yáñez —exclamó sir Moreland mirando a Damna con aire inquieto.

—¡Creo que nos va a costar trabajo alcanzar el buque!

La sirena del crucero seguía silbando y podían ver a los marineros haciéndoles señas.

—Parece que nos aconsejan que no salgamos a mar abierto —informó Yáñez—. ¿Estará peor de lo que imaginamos al otro lado de las escolleras? ¡Bah! ¡Intentémoslo!

Cogió los remos e hizo avanzar resueltamente la chalupa hacia la parte exterior de la pequeñísima ensenada. Pero nada más pasar la línea de escollos, una ola imponente, una auténtica montaña de agua, se abatió sobre ellos, y poco faltó para hacerlos naufragar.

En aquel preciso momento vieron que el crucero, embestido por otra ola más enorme aún procedente del sur, salía violentamente impulsado hacia la embocadura de la ensenada de Mangalum. El fuerte golpe de mar debía de haber roto la cadena del ancla.

—¡Señor Yáñez! —exclamó Damna dominada por el terror—. ¡El Rey del Mar se aleja!

Nuevas montañas de agua se cernían furiosamente entre la isla y el crucero, a la vez que la noche caía con rapidez.

—Regresemos, señor Yáñez —exclamó sir Moreland—. El crucero se está alejando bastante y...

No acabó la frase. Una grandiosa ola se abatió sobre la chalupa, la volcó y lanzó a sus ocupantes al agua.

Con extraordinaria rapidez, Yáñez se asió al salvavidas que iba amarrado al banco de popa y cogió firmemente a Damna por un brazo.

En cuanto la ola hubo pasado, observó que también el angloindio se había aferrado al otro salvavidas de proa.

—¡Sir Moreland! —gritó—. ¡Venga a ayudarme!

Damna se le había soltado, pero el vestido azul de la muchacha pudo verse a escasa distancia de los dos hombres.

El portugués, que era un magnífico nadador, llegó junto a la joven en un par de brazadas, con el tiempo justo para aferrar el vestido.

—¡Sir, venga a ayudarme! —insistió con voz ahogada.

El capitán parecía de improviso haber recuperado todas sus energías en aquel momento crucial.

Mientras con la mano izquierda asía firmemente el salvavidas, con el brazo derecho sujetó a la muchacha por el cuello, levantándole la cabeza.

—¡Señorita, agárrese! ¡Aquí estamos el señor Yáñez y yo! ¡La salvaremos!

Al sentirse aferrada y suspendida, Damna abrió los ojos. Tenía la palidez de un lirio y su mirada denotaba un indecible espanto.

Al distinguir el salvavidas que el angloindio empujaba hacia ella, se asió a él con inusitado vigor.

—¡Usted, sir...! —exclamó.

—¡Y yo también, Damna! —gritó Yáñez—. ¡No te sueltes! ¡Cuidado! ¡Se nos viene encima otra ola!

—¡Una cuerda! —exclamó el capitán—. ¡Amarre usted el salvavidas!

—¡Mi cinturón! —repuso el portugués—. ¡Usted! ¡Cójalo usted! ¡Cuidado...! ¡La ola...!

El angloindio ató con una celeridad realmente extraordinaria ambos anillos de corcho. Acababa de hacer el nudo cuando se abatió sobre ellos una descomunal ola.

Instintivamente ambos hombres apretaron a la joven contra sí, sujetándola con un brazo.

Se sintieron arrastrados, arrojados a lo alto entre torbellinos de espuma que les impedía ver, y finalmente lanzados a una sima terrible que semejaba no tener fondo.

—¡Señor Yáñez...! ¡Sir Moreland! —exclamó la muchacha—. ¿Qué va a ser de nosotros?

—¡Valor, señorita! —repuso el capitán—. ¡Estamos cerca de la tierra y las olas nos empujan! ¡Ya nos levanta de nuevo otra ola!

—El islote se encuentra delante de nosotros, a menos de quinientos metros —indicó Yáñez—. Sir Moreland, ¿será usted capaz de aguantar?

—Confío en que así sea —contestó el capitán.

—¿Y la herida?

—No se inquiete por ella. Está bien vendada y casi cicatrizada. ¡Otra ola!

Una nueva ola, efectivamente, llegó por debajo de ellos, los levantó a una gran altura y luego los precipitó hacia abajo con extraordinaria rapidez.

—¡Dios mío, qué embestidas...! —exclamó Damna.

—¡No abandone usted el salvavidas! —dijo el capitán—. ¡Nuestra salvación depende de estos anillos de corcho!

—¿Puede verse aún al Rey del Mar?

—Ha desaparecido, impulsado por la tormenta —replicó Yáñez—. Pero no temas: Sandokán y Tremal-Naik no nos abandonarán. ¡Aquí está el escollo...! ¿Nos lanzará el mar contra las rocas? Sir Moreland, procure no dejarse arrastrar.

El capitán no respondió. Examinaba el imponente escollo, cuya cima se veía cubierta de nubes tormentosas.

De improviso, lanzó una exclamación de alegría.

—¡La calma, el aceite! —gritó—. ¡Brahma nos protege!

¿Habría enloquecido el angloindio? No; sir Moreland lo había visto perfectamente.

Frente a ellos, las olas se apaciguaban.

Para embarcar el carbón, Sandokán había ordenado arrojar en torno al buque el contenido de algunos barriles de aceite con el objeto de calmar las aguas y facilitar la travesía de las chalupas cargadas con el combustible.

Aquel aceite, impulsado por alguna corriente, se había amontonado delante del terrible escollo, constituyendo una zona brillante de algunos kilómetros de longitud y varios cables de anchura.

Es bien conocida la propiedad de la materia grasa para calmar las olas tempestuosas. Con unos cuantos barriles suele haber bastante para conseguir un cierto apaciguamiento alrededor del buque, pues el aceite tiende a extenderse con facilidad. El que fuera vertido por los tripulantes del Rey del Mar en aquellas catorce o quince horas bastó para conseguir cierta calma entre las tres islas.

—¡Sí, es el aceite! —replicó Yáñez—. ¡Una ola más y alcanzaremos la zona de calma!

Otra nueva ola llegaba entre grandes bramidos. Como mínimo tenía unos quince metros de altura y su cresta rebosaba de espuma. Su longitud era de varias millas. Era realmente imponente. Impulsó a los naufragos hacia arriba y enseguida los lanzó hacia delante. Pero nada más entrar en la zona oleosa, perdió de súbito su fuerza y se deslizó bajo el aceite, convirtiéndose como por arte de magia en una extensa ondulación privada por completo de fuerza.

—¡Estamos salvados! —gritó el portugués—. ¡Sir Moreland, otro esfuerzo más y alcanzaremos el islote!

El angloindio lo contempló sin abrir los labios. Estaba lívido y de sus labios surgía un ronco silbido.

Posiblemente se le había abierto de nuevo la herida recién cicatrizada, debido a los esfuerzos que había realizado y también a su larga permanencia en el agua. Iba perdiendo las fuerzas con gran rapidez.

—¡Sir! —exclamó Damna, que comprendió al momento lo que ocurría—. ¡Se encuentra muy mal...!

—¡No es nada...! ¡La herida...! —repuso el capitán con voz débil—. ¡Bah! ¡Resistiré... junto a usted... señorita...! ¡La tierra... se encuentra... allí!

Las olas que siguieron los arrastraban suavemente en dirección al escollo, cuya inmensa masa se elevaba grandiosa a menos de un cable de distancia.

El océano parecía estar en calma en el espacio adonde llegara la grasa, pero, en cambio, más allá, resultaba una auténtica furia. Se encontraban todavía en verdadero peligro.

Imponentes olas se sucedían sin interrupción con horroroso fragor y sobre los naufragos gemía el viento con fiereza sin igual, rivalizando con los truenos que retumbaban entre las nubes.

Los naufragos se hallaban casi a salvo de la furia de la tempestad, avanzando siempre hacia la

mancha de grasa entre grandes montones de algas.

—¡Salgamos deprisa de aquí, sir Moreland! —dijo Yáñez, que nadaba con gran energía llevando a remolque los dos salvavidas—. ¡Estas aguas llenas de aceite van a dejar nuestras ropas en un estado lamentable! ¡Vamos a parecer balleneros o cazadores de focas!

—¡Sí, apresuremos la marcha! —repuso Damna—. ¡Sir Moreland ya no puede resistir más!

—¡Es verdad, no puedo negarlo! —admitió el angloindio, que se movía con dificultad.

—Otro menos fuerte y menos valeroso que usted se habría ahogado ya a estas alturas —dijo Yáñez.

—¡Ah...! ¡Noto las algas debajo de mis pies! ¡Dejémonos arrastrar por las olas!

Su buena estrella los había arrastrado hasta la playa donde habían estado cazando por la tarde.

Algunas agrupaciones de hierbas marinas, las denominadas boccalumgas por los naturales de aquellas islas, afloraban por entre las grietas de las rocas. Más arriba no había gran cosa. Las rocas de color negruzco totalmente desprovistas de vegetación, y parecía que hubieran sido teñidas por torrentes de pez que descendieran de la cumbre.

Los tres náufragos se dejaron caer suavemente en la arenosa tierra impulsados por la última oleada. Habían llegado justo a tiempo, ya que sir Moreland estaba a punto de soltarse.

Yáñez ayudó a Damna a subir por la playa, pues el angloindio ya casi no tenía fuerzas para moverse.

—¡Los salvavidas! —tartamudeó sir Moreland.

—¡Ah, sí! ¡Es cierto! —repuso Yáñez—. ¡Son demasiado útiles para que los abandonemos!

Volvió a bajar a la playa y los sacó a la arena.

—¿Cómo se encuentra usted, sir Moreland? —preguntó Damna enseguida.

—Algo débil, señorita; pero todo pasará. Por fortuna la herida no se ha abierto.

—Busquemos un lugar en el que resguardarnos —indicó Yáñez—. Con esta tormenta, que cada vez se vuelve más fuerte, el Rey del Mar no podrá regresar muy pronto.

—¿Correrá peligro, señor Yáñez?

—Supongo que no, Damna. Aguantará estupendamente este segundo percance. Por suerte, ha completado a tiempo su provisión de combustible.

—¿De manera que nos veremos obligados a pasar aquí la noche? —inquirió Damna.

—Nadie vendrá a molestarnos; en estas rocas no habrá panteras negras. Ocultémonos en este saliente y aguardemos a que llegue el día.

El portugués cogió una brazada de algas y se encaminó hacia una roca cuya cumbre ofrecía un cobijo lo bastante amplio para que pudieran resguardarse los tres náufragos.

Sir Moreland y Damna le acompañaron llevando cada uno de ellos otra brazada de algas para poder disponer de un asiento menos duro que el que podía ofrecerles la dura roca.

LA TRAICIÓN DE LOS COLONOS

La tormenta prosiguió con sorprendente violencia toda la noche, acompañada de aguaceros como diluvios que discurrían a lo largo de los lados del enorme escollo y caían sobre la playa en forma de pequeñas cascadas, dejando empapados a los tres náufragos.

Los truenos resonaban con gran estruendo entre las nubes tormentosas y en lo alto de la cima del islote se oía rugir el viento con furia inconcebible.

El mar entre las tres islas ofrecía un espectáculo espeluznante. Montañas de agua caían ininterrumpidamente sobre la playa, bramando en torno de la escollera, brincando, cabalgando unas sobre otras. La espuma, empujada por ráfagas, llegaba hasta debajo de la peña donde se refugiaron los tres náufragos, para gran disgusto de Damna.

—¡Qué noche más espantosa! —exclamaba la muchacha—. ¿Qué le habrá ocurrido a nuestro barco? ¿Podrá el señor Sandokán afrontar la tempestad? ¿Qué opina, sir Moreland, usted que también es marino?

—Que el buque no corre el menor peligro —repuso el angloindio—. Probablemente habrá navegado a bastante distancia, y el Tigre de Malasia se verá obligado a ponerse a la capa para escapar del huracán. Esta es la zona de las tempestades.

—¿De modo que no podemos saber en qué momento volveremos a ver a mi padre?

—En estas regiones los huracanes revisten una gran violencia. Sin embargo, duran poco tiempo —dijo Yáñez—. A veces tan grandes, tan imponentes, que ni los mismos buques pueden soportarlos. Después de todo, aquí no se está demasiado mal. Peores noches he pasado. ¡Lo peor de todo es que mis cigarrillos se han echado a perder! ¡Bah... ya me resarciré de esta abstinencia!

—Señor Yáñez —preguntó el angloindio—, ¿nos habrán visto llegar los naturales de la isla?

—Es posible.

—¿No se le ha pasado por la imaginación que puedan venir y apresarnos para vengarse de nosotros por el carbón que les han arrebatado?

—¡Voto a Júpiter! —exclamó el portugués—. ¡Empieza usted a preocuparme, sir Moreland! Como súbdito inglés, podría también solicitar su ayuda y ordenar que me detuvieran. Estaría usted en su derecho, siendo como es enemigo nuestro.

El angloindio lo contempló sin replicar, y al cabo dijo con sequedad:

—No lo haré, señor Yáñez. Por el momento debo estarle agradecido, lo cual lamento bastante. Pero esa no es razón para olvidarlo.

—Cualquiera que no fuera usted, no desaprovecharía una ocasión como esta.

—Ocasión que no resultaría demasiado adecuada, ya que no tardaría en acudir el Rey del Mar a liberarle a usted y tomar duras represalias.

—¡Sobre eso no tengo la menor duda! —repuso riendo el portugués—. Bueno, dejemos esta conversación y procure descansar. Se encuentra usted más cansado que yo, y la noche va a ser muy larga.

Damna y el angloindio tenían, efectivamente, mucha necesidad de reposo. Y, pese a los bramidos del mar y el terrible estruendo de los truenos, no tardaron en quedarse dormidos profundamente sobre las algas.

Yáñez, más fuerte y más habituado a las velas, estuvo despierto vigilando.

De vez en cuando se incorporaba y, sin preocuparse por la torrencial lluvia que caía y por las oleadas de espuma que las olas lanzaban contra la roca, bajaba hasta la playa para contemplar el mar.

Confiaba en que, de un momento a otro, vería brillar entre la oscuridad los faroles del crucero. Pero su confianza se disipaba siempre: no aparecía el menor punto luminoso entre aquellas rugientes aguas.

Cuando la luz de los relámpagos no alumbraba el horizonte, aquella masa líquida parecía negra, como si la torrencial lluvia fuera de alquitrán.

Cerca del alba comenzó a amainar algo la tempestad, dirigiéndose al este, es decir, hacia la ruta seguida por el crucero. El viento había dejado de soplar, a pesar de que se siguiera oyendo rugir con gran fuerza en la cima de aquel enorme escollo.

Las olas empezaban también a disminuir y no se deshacían contra las rocas con la violencia con que lo hicieron en el transcurso de toda la noche.

Imaginando Yáñez que Damna y el angloindio continuarían durmiendo, abandonó el refugio para ir en busca de algo para desayunar.

«Nos conformaremos con huevos de aves marinas», se dijo.

Había divisado en una especie de plataforma que se extendía a unos cuarenta metros de altitud unos cuantos nidos de pájaros. El portugués empezó a trepar por las hendiduras y salientes que hacían accesible por aquella parte el imponente escollo, al menos hasta cierta altura.

Habría trepado unos quince metros cuando de repente llegaron a sus oídos fuertes gritos que parecían provenir de lejos.

Dominado por una súbita inquietud, Yáñez se volvió al instante, asiéndose con firmeza al saliente de una roca.

Una chalupa de gran longitud tripulada por seis isleños entraba en aquel instante en la pequeñísima ensenada.

—¡Voto a Júpiter! —barbotó mientras se deslizaba por la roca abajo—. ¡Esto tiene muy mala pinta! ¿Qué apostamos a que me van a hacer pagar el carbón con una onza de plomo en la cabeza?

Cuando hubo bajado, se lanzó hacia el refugio exclamando:

—¡Arriba, sir Moreland!

—¿Ha llegado el Rey del Mar? —preguntaron a la vez el capitán y Damna.

—Lo que ha llegado ha sido algo muy diferente —repuso Yáñez—. ¡Se trata de los isleños, que van a desembarcar!

—¿Nos han descubierto? —inquirió sir Moreland.

—Me temo que sí, ya que hace un momento yo estaba subido sobre las rocas.

—¿Y dónde se encuentran? —indagó Damna.

—Subiendo la escollera; dentro de muy poco los tendremos aquí.

—¿Nos apresarán?

—Es lo más probable —contestó el angloindio, cuya mirada relució con un extraño brillo.

—Voy a vigilarlos —dijo Yáñez adentrándose entre las dunas.

—Sir Moreland —dijo Damna cuando se quedaron a solas, al verlo pensativo—, ¿se vengarán estos isleños del señor Yáñez?

—No me cabe la menor duda; le harán pagar caro el carbón.

—Pero usted, que luce el uniforme inglés, podrá defenderle.

—¡Yo! —exclamó el angloindio, como si le produjese sorpresa lo que acababa de escuchar.

—¡Cómo! ¿No impedirá usted que le apresen?

Sir Moreland se cruzó de brazos y se quedó mirando a Damna. Su frente se había ensombrecido; su semblante adquirió una expresión de dureza casi feroz y en sus ojos brillaba una luz siniestra.

—¡No puede usted hacer eso, sir Moreland! —insistió la muchacha—. ¡Recuerde que ese hombre le ha salvado de la muerte y, además, le ha tratado como a un huésped, no como a un enemigo!

El capitán seguía en un mutismo absoluto; parecía que en su corazón se libraba una áspera lucha, a juzgar por las diversas emociones que se manifestaban en su semblante.

—¡Es un enemigo! —comentó por último con voz sorda.

—¡Sir Moreland! ¡No haga que pierda el afecto que le tengo! Yo le debo también al señor Yáñez mi vida y la de mi padre.

El angloindio hizo un gesto que parecía el indicio de un estallido de ira; pero lo reprimió al instante.

—¡Está bien! —exclamó—. ¡Así no tendré que estarle agradecido por nada!

Al momento abandonó el refugio y, dominado por una furiosa agitación, iba mascullando con terrible entonación:

—¡Algún día lograré enfrentarme con él!

En aquel preciso instante desembarcaban los hombres de la chalupa, que eran todos de raza blanca y llevaban fusiles. Entre aquellos hombres se hallaba uno de los consejeros del gobernador.

Uno de los isleños, que debía de haber descubierto a Yáñez, subió por la duna tras la cual intentaba esconderse el portugués y gritó con tono amenazador:

—¡Será en vano que te ocultes, corsario! ¡Sal de donde estés!

El portugués no esperó a que le repitieran la invitación e, incorporándose, dijo con aire burlón:

—¡Buenos días, señor mío, y muy agradecido por esta mañana visita!

—¡Tienes una desvergüenza ilimitada, ladrón! —repuso el isleño—. ¿No eres tú uno de los que nos han robado el carbón?

—¡Un ladrón! ¡Un ladrón de carbón! —exclamó el portugués—. ¿Qué pretendes decir? ¡No te comprendo!

—¿No perteneces a la tripulación de aquel buque de piratas?

—¿Piratas? Yo soy un náufrago y no he robado jamás a nadie. Soy un hombre honorable, un perfecto caballero.

—¡No, tienes que ser uno de esos ladrones!

Una voz que parecía estar muy encolerizada gritó en aquel momento tras una duna; era sir Moreland, que llegaba casi a la carrera.

—¿Es a nosotros a quien califica usted de ladrones? —exclamó—. ¿Quién es usted para osar insultar a un capitán de la flota angloindia y del rajá de Sarawak?

Al ver aparecer a aquel nuevo personaje que lucía el uniforme de comandante —si bien se encontraba en un estado lamentable tras el baño en las grasientas olas—, el isleño enmudeció.

—¿Qué quiere usted? ¿Por qué nos amenaza? —inquirió el angloindio aparentando vivo enojo.

—¿Un capitán inglés? —exclamó finalmente el isleño—. ¿Qué embrollo es este?

Formando bocina con las manos, gritó en dirección a la playa:

—¡Eh, camaradas! ¡Venid aquí!

Cinco hombres, provistos de viejos fusiles de los que se cargaban por la boca, avanzaron corriendo hacia la duna con aire amenazador; pero al ver a sir Moreland bajaron al instante las armas y se quitaron sus sombreros de encerada tela.

—Capitán —inquirió el jefe—, ¿cuándo ha llegado usted?

—Anoche, con mi hermana y este amigo mío. Hemos logrado escapar de un horroroso naufragio —respondió sir Moreland.

—Los llevaremos a Mangalum y allí se les proporcionará alojamiento adecuado. Por otra parte, no permanecerán ustedes con nosotros demasiado tiempo.

—¿Cómo? ¿Es que llegará pronto algún buque?

—Hemos divisado un pequeño barco de guerra, que por las trazas debe de ser inglés, hacia las costas septentrionales de la isla. Pero la tormenta que estalló al poco de marcharse los piratas ha debido de arrastrarlo mar adentro.

—¿Cuándo lo vieron ustedes?

—Ayer por la tarde, algo antes de ponerse el sol. ¿Podría tratarse del barco de usted?

—No; el mío se hundió a cuarenta millas de distancia de este lugar, unas horas antes de que apareciera el otro.

—¿Perseguía usted al corsario?

—Eso intentaba.

—¡Qué lástima! ¡Si hubiese llegado antes, no se habrían atrevido a molestarnos esos ladrones!

—Ya iniciaremos de nuevo su persecución.

—Pero discúlpeme usted, capitán, ¿asegura que este hombre es amigo suyo?

—Así es —replicó sir Moreland—. Consiguió salvarse conmigo y con mi hermana.

—Pues guarda gran parecido con uno de aquellos ladrones.

—Este hombre es un honorable comerciante de Labuán.

—¡Ah! —exclamó el jefe de la chalupa.

Durante esta conversación había llegado Damna. Al verla, los isleños la saludaron con cortesía y la ayudaron a embarcar. Yáñez, que seguía sereno, se puso a proa e intentó inútilmente encender un cigarro.

No obstante, su tranquilidad era simulada, puesto que le inquietaba en gran manera la inminente arribada de aquel pequeño buque de guerra visto por los isleños.

«¡Se complica el asunto! —pensaba—. Este angloindio se vengará, no cabe la menor duda. Y me llevará detenido a ese buque, en el caso de que no me suceda algo peor. ¡Además, estos isleños me miran de una manera...! ¡Tengo mis dudas sobre que hayan creído la explicación de sir Moreland!»

Mientras tanto la chalupa se había alejado de la costa. Cuatro hombres manejaban los remos; el quinto se colocó en la proa, junto a Yáñez, y el jefe manejaba el timón.

Este último era un anciano de gran apostura, muy barbudo y bronceado. Yáñez lo reconoció al instante: era uno de los cuatro consejeros del gobernador.

No se había equivocado, ya que el isleño fijaba en él de vez en cuando con auténtica terquedad la mirada de sus azules ojos. No obstante, hasta aquel instante no había dado el menor indicio de desconfianza, ni tampoco en lo que a Damna se refería. Por el contrario, había ofrecido a la muchacha el lugar de honor a popa y le puso sobre los hombros su chaqueta de tela encerada.

En la parte exterior de la rada, el mar se hallaba aún muy embravecido. Continuas olas hacían brincar la chalupa con brusquedad, sacudiéndola de una forma violentísima y precipitándola acto seguido al vacío.

No obstante, los remeros bogaban con gran energía, sin desmayo ante la fuerza del oleaje. Eran todos hombres muy robustos y habituados a tales fatigas, casi continuas en el entorno de sus islas, batidas por los huracanados vientos del sur.

Una vez fuera de las escolleras izaron una pequeña vela triangular y, ya con mejor equilibrio, la chalupa avanzó con gran rapidez en dirección a Mangalum, que no se encontraba a mucha distancia.

En el transcurso del viaje no pronunciaron los isleños la más mínima palabra. El jefe examinaba a menudo de soslayo a los tres supuestos náufragos, fijando la mirada sobre todo en Yáñez.

El recorrido se efectuó sin ningún contratiempo, a pesar de que en las proximidades de Mangalum aumentó el empuje de las olas. Al fin, pasado el mediodía, la chalupa atracó en el extremo del pequeño puerto.

—Bajen ustedes —dijo el jefe ayudando a Damna—. En este lugar se encontrarán más cómodos que en las rocas de aquel islote.

Estas palabras las pronunció casi en tono burlón, lo cual no pasó inadvertido a Yáñez.

—¡Este viejo bribón me ha debido de reconocer! —musitó el portugués—. Si el Rey del Mar no regresa enseguida, creo que la empresa no va a concluir demasiado bien para mí. Y, por su parte, sir Moreland se ha metido en un verdadero embrollo.

El angloindio debía de haber comprendido también que había jugado una mala baza, ya que parecía muy inquieto.

Los isleños dejaron en seco la chalupa con el objeto de que la resaca no pudiera arrastrarla, pues resultaba muy violenta incluso en el interior de la pequeña rada. Se pusieron los fusiles al hombro, se reunieron rápidamente con los náufragos y los rodearon.

—¿Adónde nos llevan ustedes? —preguntó sir Moreland, que a cada instante que pasaba se mostraba más preocupado.

—A mi casa —contestó el jefe.

No había salido ningún isleño de sus moradas, las cuales se hallaban escalonadas a lo largo del declive. Posiblemente no se habían dado cuenta del regreso de la chalupa y preferían permanecer en sus chozas, ya que comenzaba a llover de nuevo.

El jefe cruzó una especie de plaza y condujo a los náufragos hasta una casita de bonito aspecto, parte de ella edificada con madera y parte con piedra. Sobre el tejado, acabado en punta, ondeaba una tela roja, probablemente restos de la bandera inglesa.

Tras abrir la puerta, invitó a entrar al angloindio, a Damna y a Yáñez. Inmediatamente, al tiempo que sus hombres amartillaban a toda prisa sus fusiles, se volvió hacia un anciano que estaba fumando en un rincón de la estancia junto a una ventana, y le preguntó, señalando a Yáñez:

—Señor gobernador, ¿reconoce usted a este hombre? Fíjese bien y dígame si se trata de uno de los que robaron la provisión de combustible que nos confiaron los ingleses.

—¡Ah, tunante! —exclamó encolerizado el portugués.

El anciano se incorporó al momento.

—¡Sí, es uno de ellos! —barbotó el gobernador.

—¡Ya no te escaparás de nuestras manos y haremos que los ingleses te ahorquen en el mástil más elevado de sus barcos! ¡Pirata!

—¡Yo, pirata! —clamó Yáñez alzando el puño.

Sir Moreland se interpuso al instante.

—Un capitán de Su Majestad la reina de Inglaterra no puede consentir que delante de él se cometa ningún acto de violencia. Señor gobernador, este hombre es un corsario, no un pirata.

El anciano, que hasta aquel momento no había advertido la presencia del angloindio, lo miró con estupor.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Observe usted las ropas que llevo y las insignias de mi grado.

—¿Ha llegado su buque?

—Mi barco se hundió delante de Mangalum, tras un tremendo combate con el corsario.

—¿No es usted entonces del buque que avistamos ayer tarde?

—No; ayer fui arrastrado a los escollos del islote por las olas.

—¿Con este hombre? —inquirió el gobernador, cuya sorpresa era cada vez mayor—. ¡Y usted, un capitán inglés, estaba junto a los corsarios! ¡Vaya, vaya...! ¡Es usted un hábil farsante, pero no voy a ser tan estúpido como para creerme sus historias!

—Antes nos explicó que había naufragado —advirtió uno de los isleños.

—Les aseguro a ustedes por mi honor que soy James Moreland, capitán de la flota angloindia y en la actualidad al servicio del rajá de Sarawak —dijo el joven comandante.

—Demuéstrelo usted y entonces le creeré.

—En este momento no puedo demostrárselo, ya que mi buque se ha hundido.

—¿Y este hombre? ¿Por qué está con usted, cuando hace un par de días se hallaba con los piratas?

—Porque se salvó conmigo en una chalupa, mientras el buque corsario era arrastrado hacia el interior del océano por la tormenta y mi barco se iba a pique.

—Creo que es usted el jefe de esos piratas disfrazado de inglés.

—¡Viejo! —barbotó Yáñez—. ¡Deja ya de llamarnos piratas! ¡Este caballero es un capitán angloindio!

—¡Ustedes son piratas!

—¿Qué te he robado?

—El carbón.

—¡No te pertenecía, era del gobierno!

—¡Y los animales!

—¡Que te fueron pagados! —repuso Yáñez, que ya empezaba a perder su habitual serenidad—. Tengo la certeza de que aún tienes en el bolsillo el cheque que te entregué contra el banco de Pontianak. Y ten presente que hubiéramos podido llevarnos todo tu ganado sin darte una simple libra esterlina.

—¿Y supone usted que por eso voy a dejarlos marchar? —preguntó el gobernador con sonrisa burlona—. El barco inglés no tardará en llegar, y entonces veremos cómo se las arreglan con su capitán.

¡Confío en que les veré danzar el último baile con una soga al cuello!

—¡Y yo le digo que, al menos en lo que a mí respecta, habrá de pedirme mil disculpas! —exclamó sir Moreland, que también empezaba a encolerizarse—. Y, mientras tanto, le prevengo de que si tocan un solo cabello de esta señorita o de este hombre, ¡palabra de honor de James Moreland que ordeno a la artillería inglesa cañonear este poblado!

—¡De acuerdo! —repuso el gobernador soltando una risotada—. Pero mientras esto suceda serán ustedes nuestros presos por derecho de guerra. ¡Señores piratas, pagaréis el carbón que nos confió el

gobierno británico y de nuevo los animales! ¡No os burlaréis de mí!

—Bien... ¡ya lo veremos! —dijo sir Moreland—. No obstante, vaya a prevenir al buque de guerra, si es que aún se encuentra a la vista. He de notificarle noticias muy importantes que no pueden esperar.

—¡Al parecer tiene usted mucha prisa en ser ahorcado! —adujo el gobernador—. ¡Haré cuanto esté en mi mano por complacerlo!

Se volvió hacia sus hombres, que habían asistido a la conversación apoyados en sus fusiles, y les indicó:

—Los dejo a vuestro cuidado; que no escapen. Esto nos proporcionará una recompensa y, además, el agradecimiento del gobierno inglés. Trasládadlos al almacén y cerradlo con llave. ¡Venga! —dijo el jefe empujando bruscamente a Yáñez hacia la puerta—. ¡De momento ha terminado la farsa!

El angloindio, el portugués y Damna se dejaron trasladar sin ofrecer resistencia, ya que sabían que resultaría inútil, además de peligroso, con aquellos individuos toscos y brutales. Cruzaron de nuevo la plaza y fueron introducidos en un sólido edificio de piedra que los colonos utilizaban como almacén. Era un cuadrilátero de unos cincuenta metros de longitud, en aquel momento casi vacío, puesto que no había en él más que montones de pescado seco y barriles que debían de contener aceite o grasa. La techumbre se sostenía por gruesos pilares de piedra sacada de las salinas de la isla.

—¿Tienen hambre? —preguntó el jefe.

—No me disgustaría comer un bocadillo antes de que me ahorquen —repuso Yáñez irónicamente.

—¡Hasta luego! Les prevengo de que al primer intento de huida abriremos fuego contra ustedes.

Y tras decir aquello cerraron la puerta, atrancándola por la parte exterior.

Sir Moreland, Yáñez y Damna, esta menos atemorizada de lo que pudiera suponerse, se miraron casi sonriendo.

—¿Qué opina usted de esta aventura, sir Moreland? —inquirió la muchacha.

—Que si el barco inglés está en realidad atravesando las aguas de la isla, terminará enseguida —respondió el capitán.

—Para usted sí, pero no para nosotros.

—¿Y por qué razón, señorita?

—En cuanto los suyos se enteren de que somos corsarios, ¿no cree que nos ahorcarán?

—O como mínimo nos trasladarán hasta Labuán para ser juzgados —comentó Yáñez—. Lo cual complacería bastante a su gobernador, que me aborrece desde hace tiempo.

—Intentaré evitar que eso suceda —repuso el capitán—. Resultaría peligroso, sobre todo para el señor de Gomera.

—Le vamos a poner a usted en un gran apuro, sir Moreland —dijo Damna.

—No crea, señorita. ¿Quién asegura que el capitán de ese buque no sea amigo mío? En tal caso nos entenderíamos enseguida. El señor de Gomera se ha portado conmigo como un caballero, y yo no pienso ser menos con él.

—¿Ha olvidado usted la incursión nocturna de Redjang?

—Una argucia de la guerra, señorita, hacia la que no guardo el menor rencor contra usted ni contra sus protectores.

—¡Es usted muy bueno, sir Moreland!

—Ni soy mejor ni peor que los demás hombres. ¡Vaya!

De improviso retumbó el estampido de un cañonazo, que estremeció las paredes del almacén.

—¡Un buque de guerra! —exclamó el angloindio.

—¿Será el Rey del Mar o el barco que están esperando los isleños? —preguntó Yáñez.

—¡No tardaremos en saberlo!

Los dos se precipitaron hacia la puerta y la golpearon gritando:

—¡Abrid! ¡Queremos ver desembarcar a los ingleses!

—¡A callar! —gritó una voz amenazadora—. ¡Si fuerzan la puerta, abro fuego!

LA VUELTA DEL REY DEL MAR

Al cañonazo respondió un griterío ensordecedor y algunos disparos de fusil, pero no eran clamores de guerra sino de júbilo, prueba evidente de que no se trataba del Rey del Mar. Debía de ser el barco inglés, que había sido avistado.

Yáñez y sir Moreland intentaron trepar hasta la techumbre, donde se encontraba algo semejante a un ventilador. Pero hubieron de desistir de su empresa debido a la excesiva altura de las paredes.

—¡Bah! —exclamó el angloindio—. ¡Tendremos que esperar unos minutos!

—¿Se tratará de un buque perteneciente a la escuadrilla de Labuán? —inquirió Yáñez.

—Eso imagino. Al parecer mis compatriotas han desembarcado. ¿No oye esos hurras?

—Sí, son los saludos de los habitantes de la isla.

—Dentro de muy poco la comedia se trocará en farsa, con gran sorpresa de ese necio gobernador, que insiste en no creer que soy un verdadero capitán. El clamor se aproxima; mis compatriotas acuden a nuestro rescate.

—Por el contrario, los isleños pensarán que vienen en nuestra busca para ahorcarnos —comentó Damna.

—¡Son muy capaces de haber preparado ya las sogas! —dijo Yáñez con tono burlón.

Se oyó un rumor de voces junto a la puerta. Un instante después cayeron a tierra las traviesas que la atrancaban y la luz inundó el almacén.

El gobernador apareció en la puerta, acompañado de un hombre aún joven, de barba larga y rubia y ojos azules, que lucía el uniforme de teniente de marina.

Tras aquellos hombres iba un grupo de marineros que llevaban los fusiles con la bayoneta calada, rodeados de un gran número de isleños.

—¡Aquí tenemos a los piratas! —gritó el anciano señalando a los prisioneros—. ¡Merecen diez brazas de cuerda debidamente enjabonada! ¡Apréselos usted!

Sorprendido, el teniente, en vez de ordenar avanzar a sus marineros, se dirigió hacia sir Moreland con los brazos abiertos exclamando:

—¡Comandante! Pero ¿es posible? ¡Usted vivo aún! ¿No estaré soñando?

—¡No, mi apreciado Layland! —repuso sir Moreland—. ¡Soy yo mismo en carne y hueso! ¡Venga a mis brazos, amigo mío!

Mientras el teniente y el capitán se abrazaban, el gobernador, absolutamente perplejo ante aquel acontecimiento imprevisto, se rascaba rabiosamente la cabeza repitiendo una y otra vez:

—¡Si es aliado de los piratas...! ¡Fíjese usted bien, señor teniente! ¡También pretende engañarle a usted!

Sin atender a las quejas del anciano ni a los denuestos y exclamaciones de sorpresa de los isleños, el teniente preguntó:

—¿Cómo es que se halla usted en este lugar, capitán, cuando ya todos le imaginábamos hundido con su buque? ¡Porque esta isla se encuentra a una enorme distancia de Sarawak!

—¿No se lo explicaron los marineros que puso en libertad el corsario?

—Sí, pero nadie quería creer lo que afirmaban.

—Señor Layland, ¿qué ha venido usted a buscar a este lugar?

—He venido a buscar al corsario.

—Ha llegado usted muy tarde. Y, por otra parte, le recomiendo que no se enfrente con ese buque. Se necesita bastante más que un crucero. ¿Desea usted un consejo de amigo? Emprenda el viaje enseguida y eluda chocar con el Rey del Mar de los tigres de Mompracem. Marchemos a bordo y allí se lo explicaré todo. Pero primero permita que le presente a dos amigos: la señorita Damna Praat y su hermano.

Al ver que el teniente tendía la mano hacia el portugués, el gobernador estalló como una bomba:

—¡Es un engaño! —exclamó—. ¡Este es el pirata que nos ha robado! ¡Mándeles ahorcar!

—¡A callar, vieja comadreja! —exclamó sir Moreland—. ¡Estas cuestiones no son de su incumbencia! ¡El carbón no le pertenecía!

—¿Y nuestro ganado?

—Ordene usted que cobren el cheque en Pontianak —respondió burlescamente Yáñez.

—Pero ¿qué significa todo esto, capitán? —preguntó el teniente.

—Después se lo explicaré mejor —replicó sir Moreland—. Ordene a sus marineros que protejan a la señorita Damna y a su hermano.

—¡Ahórquelos usted! —barbotaba el gobernador encolerizado—. ¡Todos son piratas!

—¡A callar! —exclamó, ya con impaciencia, el oficial—. En el supuesto de que estos señores sean piratas como usted asegura, ya los juzgará el gran consejo de guerra. ¡Marineros, formad y al barco a toda prisa!

—¡Señor teniente! —exclamó el anciano.

—¡Se acabó! ¡Serán juzgados! ¡En marcha y en línea cerrada!

Los marineros, que eran una treintena, todos muy bien armados, cerraron filas en torno a sir Moreland, Yáñez y la muchacha, y se dirigieron hacia la playa acompañados por el gobernador y los habitantes de la isla, que comentaban desfavorablemente el comportamiento del teniente creyendo que en realidad intentaba proteger a unos piratas comunes.

En la rada podían verse tres chalupas; más hacia el exterior podía verse un magnífico crucero de pequeño tamaño, pintado totalmente de negro, que navegaba a marcha lenta por ambos promontorios.

El capitán, el teniente, Yáñez y Damna se embarcaron en la chalupa de mayores dimensiones en unión de diez marineros, y los demás hombres en las dos restantes.

En breves minutos cubrieron la distancia y llegaron ante la escala de estribor, que se encontraba tendida.

—Capitán —dijo el teniente, una vez que sir Moreland se encontró sobre cubierta, recibido por los vítores estrepitosos de los tripulantes—, mi buque está a su entera disposición.

—No quiero más que un camarote para mí y otro para cada uno de mis amigos. Después de escuchar mi explicación decidirá si ha de tratarlos como a prisioneros de guerra. Señorita Damna, y usted, señor de Gomera, aguarden un instante.

La nave reanudó de nuevo la marcha, y el capitán y el teniente bajaron a la cámara, donde mantuvieron una larga conversación.

Cuando volvieron, sir Moreland se mostraba sonriente, como si estuviera muy satisfecho.

—Señorita, señor de Gomera —dijo acercándose—, no desembarcarán en Labuán, ya que el barco tiene que recalar ineludiblemente en Sarawak.

—¿Y allí nos entregarán al rajá? —quiso saber Yáñez.

—Eso es cuanto se puede hacer, si bien yo hubiera deseado otra cosa —repuso el capitán suspirando.

—¿Qué dice usted? —preguntó Damna.

El angloindio hizo un movimiento con la cabeza sin replicar, y ofreciendo el brazo a la muchacha la llevó hasta la popa, mientras le decía:

—¡Desearía que usted me prometiera una cosa, señorita!

—¿Cuál, sir Moreland? —preguntó Damna.

—¡Que no volverá usted a embarcar en el Rey del Mar!

—¿Estoy detenida?

—El rajá la pondrá en libertad inmediatamente.

—No es posible, sir. Allí se encuentra mi padre, y tengo la certeza que no abandonará el Rey del Mar. Su suerte va ligada a la de los últimos piratas de Mompracem.

—Debe usted pensar que cualquier día me enfrentaré otra vez con el buque de Sandokán y que posiblemente tendré que hundirlo y exterminar a todos, incluyéndola a usted. ¡Yo, que daría por usted toda la sangre de mis venas...! ¿Qué decide, señorita Damna?

—Dejemos que la suerte lo decida todo, sir Moreland —repuso la muchacha.

—Y, no obstante, usted me ama.

—Sí —musitó ella con una voz tan débil que parecía un suspiro.

—¿Jura que no me olvidará?

—¡Se lo juro!

—Confío en nuestro porvenir, Damna.

—Yo, por el contrario, temo que haya de sernos fatídico. Nuestro amor ha surgido bajo el influjo de una mala estrella, sir Moreland; lo presiento.

—¡No hable usted de esta manera, Damna! —dijo sir Moreland.

—¡Qué desea usted, sir Moreland! Veo muy tenebroso nuestro futuro. Pienso que no tardará en ocurrir la catástrofe que nos amenaza. Esta guerra también resultará fatal para nosotros.

—Usted puede eludir este riesgo, Damna; riesgo que se oculta en las profundidades del océano.

—¿Cómo puedo eludirlo?

—Ya se lo he dicho: abandonando el Rey del Mar.

—No, sir Moreland; mientras ondee la enseña de los tigres de Mompracem, Damna, la protegida de Sandokán y de Yáñez, no dejará su barco.

—¿No sabe que el destino de esos hombres es ser exterminados? Los mejores y más potentes buques de la flota inglesa acudirán pronto a estos mares y aniquilarán al corsario. Podrá huir, tal vez salga victorioso en otro encuentro, pero, tarde o temprano, caerá bajo nuestros cañones.

—Ya se lo dije a usted y se lo digo de nuevo: sabremos morir bravamente al grito de «¡Viva Mompracem!».

—¡Es usted bella y valerosa como una auténtica heroína! —exclamó sir Moreland contemplándola sorprendido—. ¡Esta sangrienta guerra resultará fatídica para todos!

Yáñez se aproximó en aquel instante a toda prisa.

—¡Sir Moreland! —dijo—. Avanza hacia nosotros un buque de vapor; ya ha sido avistado por el comandante.

—¿Se tratará del Rey del Mar? —exclamó Damna.

—Parece que podría ser un barco de guerra. Fíjese, los tripulantes se disponen a luchar.

La frente de sir Moreland se ensombreció y su semblante adquirió una intensa palidez.

—¡El Rey del Mar! —masculló con voz sorda—. ¡Viene a destruir mi dicha!

Se le aproximó el teniente con un catalejo en la mano.

—Sir James, si no estoy equivocado, un buque de gran tonelaje avanza en nuestra dirección.

—¿Puede tratarse de alguno de los nuestros? —inquirió el capitán.

—No, porque proviene del nordeste y nuestra flotilla se ha dirigido hacia Sarawak para intentar topar con el corsario en el trayecto.

En el horizonte surgió un punto negro, rematado por un par de enormes columnas de humo, que se ensanchaban con rapidez. Al parecer avanzaba velozmente hacia las islas de Mangalum.

Sir Moreland estaba ya examinando atentamente con el catalejo. De repente, el instrumento se le cayó de las manos.

—¡Es el Rey del Mar! —exclamó con voz sorda, mientras contemplaba apenado a Damna.

—¡Sandokán! —dijo Yáñez—. ¡En esta ocasión tampoco me ahorcarán!

—¿Es el corsario? —preguntó el teniente.

—¡Sí! —contestó sir Moreland.

—¡Presentaremos batalla y lo echaremos a pique! —añadió el teniente.

—¡Cómo! ¿Quiere usted hundirse? Porque, si así lo desea, este buque y sus tripulantes se hallarán en muy breves minutos en las profundidades del mar de la Sonda. Se necesita algo más que un crucero de tercera categoría para enfrentarse a ese barco, el más moderno, el de mayor rapidez y el más potente de cuantos ahora mismo surcan estos mares.

—Sin embargo, no voy a dejarme apresar sin haber luchado —repuso el teniente.

—Ni yo tampoco deseo eso, amigo mío. Confío en que podremos evitarlo, ya que en caso contrario las consecuencias resultarían desastrosas para nosotros.

—¿Y cómo lo solucionaremos?

—Ordene usted botar al agua una chalupa y permítame que vaya antes a negociar con el Tigre de Malasia. Usted se quedará sin los dos prisioneros y yo perderé bastante más: se lo juro. Pero salvaremos este buque y a sus tripulantes.

—Estoy a sus órdenes, sir James.

Cuando los marineros echaban al agua una ballenera, el Rey del Mar, que avanzaba a una velocidad de doce nudos, se abatía ya sobre el crucero.

Ya tenía apuntados los poderosos cañones de la torre de proa y se disponía a descargar su enorme arsenal de proyectiles contra su insignificante adversario para hundirlo a la primera andanada.

El largo gallardete de combate se hallaba ya izado y ondeaba en el mástil de proa, mientras que en la popa se arbolaba la bandera roja de Mompracem, adornada con una cabeza de tigre.

Al observar que el crucero inglés interrumpía su marcha, que izaba la bandera blanca y lanzaba al agua una chalupa, Sandokán mandó que hicieran contravapor, deteniéndose también a unos mil doscientos metros del adversario.

—¡Al parecer los ingleses no se consideran lo bastante fuertes para combatir contra nosotros! —le

dijo a Tremal-Naik, que se hallaba junto a él en la torrecilla—. ¿Querrá entregarse? ¿Qué haremos con ese buque?

—Nos apoderaremos de su artillería, municiones y combustible —contestó el hindú—. Todo eso puede ser útil a nuestros amigos los dayakos de Sarawak.

—Sí; pero también me molestaría perder el tiempo —objetó el Tigre de Malasia—. Hemos de ir a buscar a Yáñez y a Damna.

—¿Supones que aún los encontraremos en el escollo? —inquirió con tono angustiado Tremal-Naik.

—Sin duda alguna. Vi cómo llegaban antes de que las tinieblas cubrieran aquel islote. ¡Caramba! ¡Un capitán va en la ballenera! ¿Vendrá a rendir su espada? ¡Me hubiera gustado más una batalla para calmar la rabia que me inunda y me lleva a querer aniquilarlo todo!

—¿Será posible? —exclamó en aquel instante Sambigliong, que había enfocado su catalejo hacia la ballenera—. ¡Tigre de Malasia, o me equivoco o es él realmente! ¡Fíjese usted! ¡Fíjese usted!

—¿Qué has visto?

—¡Es él! ¡Le aseguro que es él!

—Pero ¿quién?

—¡Sir Moreland!

—¿Moreland? —exclamó Sandokán, que primero palideció y enseguida adquirió su habitual color con un destello de esperanza que iluminó sus ojos.

—¡Moreland en aquel barco! En ese caso, Yáñez, Damna... ¿Cómo pueden estar ahí? ¡No es posible! ¡Debes de estar en un error, Sambigliong!

—¡No, señor! ¡Mírelo! ¡Nos ha visto y nos saluda moviendo la gorra!

—¡Sí! ¡Es sir Moreland!

La ballenera avanzaba a gran velocidad, impulsada enérgicamente por doce remeros.

El angloindio, de pie en la popa y sin soltar la barra del timón, continuaba saludando.

—¡Abajo la escala! —ordenó Sandokán.

Nada más dar la orden, llegó la ballenera. Sir Moreland subió a bordo apresuradamente y dijo con cierta frialdad:

—Me alegro mucho de volver a verlos, señores, y de darles una información que me agradecerán mucho.

—¿Yáñez, Damna...? —exclamaron al unísono Sandokán y Tremal-Naik.

—Se encuentran en aquel buque.

—¿Y por qué razón no los ha traído usted? —preguntó Sandokán frunciendo el ceño.

El angloindio, cuyo aspecto era ahora en extremo serio y que se expresaba casi con tono imperioso, respondió:

—Estoy aquí para hacer un trato, señores.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que el capitán de ese buque les entregará a ustedes al señor Yáñez y a la señorita Damna con la condición de que no ataquen su barco, el cual, como pueden observar, no es lo bastante potente para enfrentarse al Rey del Mar.

Sandokán dudó unos instantes y finalmente respondió:

—Está bien, sir Moreland. Ya veré la forma de encontrarle más adelante.

—Ordene que bajen la bandera de combate. De esta manera el comandante advertirá que mi proposición ha sido aceptada y traerá enseguida a los detenidos.

Sandokán hizo un ademán a Sambigliong, y poco después el gallardete descendía a la cubierta. Casi a la vez, del costado del crucero se destacaba una segunda lancha; en ella iban Yáñez y Damna.

—Sir Moreland —preguntó Sandokán—, ¿en qué punto le recogió a usted ese barco?

—En Mangalum —respondió el angloindio sin apartar la mirada de la chalupa, que se aproximaba con gran rapidez.

—¿Consiguieron ponerse a salvo en el escollo?

—Sí —contestó en tono seco el capitán, que parecía haber perdido su afabilidad de costumbre y estar dominado por grandes preocupaciones.

Arribó la segunda chalupa. Yáñez y Damna subieron apresuradamente por la escala y se arrojaron el primero en los brazos de Sandokán y la segunda en los de su padre.

Sir Moreland, con el semblante muy pálido, contemplaba entristecido aquella escena. Cuando se separaron se volvió hacia el Tigre de Malasia y le preguntó:

—¿Piensa usted ahora seguir reteniéndome como prisionero?

—No, sir Moreland: es usted libre. Vuelva a ese barco —replicó Yáñez.

Sandokán no pudo reprimir un gesto de sorpresa. No pensaba que esa fuera la respuesta que debería darse al angloindio. A pesar de ello, no hizo la menor objeción.

—Señores —dijo entonces el capitán con voz seria y mirando fijamente a Sandokán y a Yáñez—, confío en que no tardaremos en vernos de nuevo; pero esta vez como enemigos irreconciliables.

—Le estaremos esperando —repuso con frialdad Sandokán.

Sir Moreland se aproximó a Damna y le dio la mano, exclamando en tono entristecido:

—¡Que Brahma, Shiva y Vishnú la protejan, señorita!

La joven, que estaba muy emocionada, le estrechó la mano sin pronunciar una palabra. Le parecía tener un nudo en la garganta. El angloindio fingió no advertir que Sandokán y Tremal-Naik le tendían las manos; hizo un saludo militar y bajó rápidamente la escala sin volverse para mirar hacia atrás.

No obstante, cuando la chalupa que le trasladaba hasta el crucero pasó ante la proa del Rey del Mar, alzó la cabeza y, al distinguir a Damna y Surama en el castillo, las saludó con el pañuelo.

—Yáñez —dijo Sandokán llevándose aparte al portugués—, ¿por qué has dejado que se fuera? ¡Podría haber sido un huésped de mucha utilidad!

—Y un peligro para Damna —repuso Yáñez—. ¡Ambos se aman!

—¡Me lo había imaginado...! Es un joven apuesto y valeroso. Y, como Damna, lleva sangre angloindia en las venas... Quizá después de la campaña...

Permaneció profundamente pensativo durante un momento y luego dijo:

—Iniciemos las hostilidades; dirijámonos hacia las líneas regulares de navegación; y mientras la flota nos busca por las aguas de Sarawak, intentaremos infligir a nuestros enemigos el máximo daño posible.

LA EXPEDICIÓN DEL REY DEL MAR

Cuarenta y ocho horas más tarde el Rey del Mar, que había puesto rumbo a poniente para aguardar al paio a los buques que provenían de la India, de las enormes islas de Java y de Sumatra, y que viajaban directamente por los mares de China y Japón, distinguió una columna de humo a quinientas millas del grupo de las Burguram.

—¡Barco de vapor a la vista! —gritó Kammamuri, que se hallaba de guardia en la cofa del trinquete.

Sandokán, que en aquel instante comía con sus compañeros y con el jefe de máquinas, subió rápidamente al puente al tiempo que ordenaba:

—¡Activad los fuegos! ¡Los artilleros, a las piezas de las torres! Todos los tripulantes subieron a cubierta, incluso la guardia franca, ya que ninguno podía imaginar con qué tipo de buque iba a enfrentarse el Rey del Mar.

Como el crucero se hallaba aún a muy escasa distancia de las islas de Borneo, podía ocurrir que súbitamente tropezara con algún buque de guerra que se dirigiese a Labuán o Sarawak.

El Tigre de Malasia examinaba detenidamente el océano usando un catalejo de gran alcance. De momento no se distinguía más que un penacho de humo que sobresalía en el luminoso horizonte. Pero el barco no tardaría en aparecer, ya que el Rey del Mar avanzaba a su encuentro a una velocidad de doce nudos.

—¿Qué ocurre, Sandokán? —inquirió Tremal-Naik, que se le había acercado.

—¡Un poco de calma, compañero! —repuso el terrible pirata.

—¿Y si ese barco no es inglés?

—Se le saluda y se le permite marchar, ya que no vamos a entrar en guerra con el mundo entero.

—¿Lo ves?

—Empiezo a verlo ya, y creo que es un vapor mercante, ya que no distingo el gallardete rojo de los barcos de guerra. Ya sobresale en el horizonte la arboladura. Bastará con efectuar un cañonazo sin proyectil para hacerle parar. Ordena que Sambigliong prepare cuatro chalupas con unas cuantas ametralladoras y que sean armados sesenta hombres.

—¿Lo abordaremos? —preguntó Kammamuri.

—Si es inglés, como parece ser, sí. Nuestro crucero empieza mejor de lo que suponíamos, teniendo en cuenta los pocos días que hace que iniciamos las hostilidades.

La distancia se reducía muy deprisa, ya que el Rey del Mar aumentaba la velocidad a fin de evitar la huida del vapor, que parecía ser bastante veloz.

Los hombres de vigía sobre la plataforma distinguieron cuál era la bandera desplegada en el asta de popa, y la noticia fue acogida con un clamor de júbilo.

—¡No me había equivocado! —dijo Sandokán—. ¡Ese buque es inglés!

Examinó rápidamente las chalupas, que ya habían descendido hasta las portas, y a los sesenta hombres que habían de montar en ellas. Al momento ordenó que el crucero avanzara hacia el vapor para cortarle el camino.

Aquel buque debía de provenir de algún puerto de la India. Se trataba de un gran vapor de más de dos mil toneladas, con un par de mástiles y dos chimeneas.

En la toldilla había numerosa gente que se amontonaba en la obra muerta, interesada por la presencia de aquel barco de guerra que avanzaba con tanta rapidez.

Cuando se hallaron a mil metros de distancia Sandokán ordenó desplegar su bandera en el palo de mesana y disparar un cañonazo sin proyectil, lo cual significaba que el vapor debía detenerse.

Al escuchar aquella súbita conminación se provocó una enorme confusión en el barco de vapor. Se vio a los tripulantes y a los pasajeros correr en dirección a proa, y sus exclamaciones llegaban con gran claridad hasta el barco corsario.

Aquella bandera, tan conocida en los mares de Malasia, debió de provocar en todos una extraordinaria impresión y con mayor motivo aún al ver que el Rey del Mar seguía avanzando como si pretendiera pasar por ojo al infortunado buque.

Durante unos cuantos minutos se vio virar al barco unas veces hacia babor y otras sobre estribor, como si vacilase respecto al camino que debía tomar. Pero un cañonazo disparado por una de las piezas de caza, que cruzó silbando por encima de la toldilla, los decidió a detenerse.

—¡Máquinas atrás! —gritó Sandokán—. ¡Las chalupas al agua y los hombres a sus puestos de desembarco! ¡Tú, Yáñez, ponte al frente!

El portugués se ciñó el sable que le trajo Sambigliong, se colocó en el cinto las pistolas y bajó a la chalupa de mayor tamaño, donde se sentó junto a Tremal-Naik.

El vapor se había parado a unos ochocientos metros de distancia, considerando inútil toda resistencia contra aquel terrible crucero, que con una simple andanada lo hubiera hundido inexorablemente.

El pasaje, amontonado en la toldilla, lanzaba gritos ensordecedores pensando que estaba muy próxima su última hora.

Las cuatro chalupas en las que iban los sesenta hombres armados con fusiles y campilanes se pusieron enseguida en marcha avanzando hacia el vapor, mientras los artilleros del Rey del Mar apuntaban un par de cañones de las torres de babor, preparados para abrir fuego a la menor señal de resistencia por parte de los ingleses.

Cuando las chalupas llegaron a treinta pasos de distancia, Yáñez mandó al instante a los marineros

del barco inglés que bajaran la escala, amenazando con disparar si no obedecían.

En el barco hubo un momento de confusión y vacilación. Unos cuantos tripulantes hicieron su aparición por las bordas armados con fusiles, como si intentasen ofrecer resistencia. Pero las tremendas exclamaciones del pasaje, que no deseaba como es de imaginar exponerse a recibir los impactos de la potente artillería del barco corsario e irse a pique, les hicieron retirarse y la escala fue bajada de un solo golpe.

Yáñez, seguido de Tremal-Naik, Kammamuri y una docena de hombres, se precipitó a toda prisa a la plataforma y desenvainó el sable.

El capitán del buque le aguardaba en compañía de sus oficiales, mientras los pasajeros, en total unos cincuenta, se agrupaban detrás silenciosos y amedrentados.

Se trataba de un hombre apuesto, alto, de rostro enérgico y bronceado por el sol tropical, de pelo negro y rizada barba. En definitiva: un magnífico ejemplar de marino.

Al ver aparecer a Yáñez con el sable desenvainado palideció y frunció el ceño al instante.

—¿A qué debo el placer de esta visita? —inquirió con voz que la cólera tornaba temblorosa.

—¿Se ha fijado usted en los colores de nuestra enseña? —preguntó por su parte el portugués, saludando burlescamente.

—Sé que los piratas de Mompracem poseían en otras épocas una bandera roja con una cabeza de tigre.

—En tal caso, permítame que le comunique que tales piratas han declarado la guerra a su país y al rajá de Sarawak.

—Me aseguraron que ya no se dedicaban al corso.

—Y es cierto, señor mío. Pero el gobierno de ustedes ha provocado a los tigres de Mompracem, y estos han empuñado de nuevo las armas.

—En definitiva, ¿qué es lo que desea usted, si puede saberse?

—Darles veinte minutos para que se embarquen en las chalupas y hundir este buque.

—¡Esto es una acción de piratería!

—Llámele usted como más le guste; eso no me incumbe —repuso Yáñez—. ¡Obedecen ustedes o se van al fondo del mar! ¡Ustedes eligen!

—Concédame unos minutos para que pueda consultar con mis oficiales.

—No le doy más que veinte; una vez que hayan pasado nos iremos y el crucero abrirá fuego, se encuentren ustedes en el barco o no. Apresúrese, tenemos prisa.

El capitán, que hacía un gran esfuerzo para contener su ira, reunió a sus oficiales. A continuación ordenó botar las chalupas al mar e hizo que bajaran, en primer término, los pasajeros.

—Cedo obligado por la fuerza, ya que no puedo ofrecer resistencia —dijo a Yáñez—. Pero en cuanto llegemos a Natuna o Banguram telegrafiaré al gobernador de Singapur.

—Nadie se lo impedirá —repuso Yáñez—. Entretanto debo notificarle que ya han pasado diez

minutos y que consiento en que el pasaje y la tripulación se lleven consigo lo que les pertenezca.

—¿Y la caja de a bordo?

—Nosotros no sabríamos qué hacer con ella. Si no quiere perderla, llévesela.

Mientras, la tripulación había lanzado al agua las chalupas, después de colocar en ellas provisiones para varios días, remos y velas.

El capitán dio la orden de embarcar e hizo bajar antes que a nadie a las mujeres y luego a los restantes pasajeros. Los últimos en bajar a las lanchas fueron los oficiales, que llevaban consigo los papeles de a bordo y la caja.

—¡Inglaterra vengará este acto de piratería! —exclamó el capitán del vapor, que se hallaba muy excitado.

Yáñez saludó sin replicar.

Una vez que el barco hubo sido abandonado, los malayos de las chalupas subieron a él, mientras las chalupas de vapor del Rey del Mar se aproximaban a toda velocidad.

Fueron abiertas las carboneras para sacar el carbón, del que había muy escasa cantidad, puesto que el vapor debía recalar en Saigón para renovar sus provisiones, y empezó rápidamente el trabajo.

Un par de horas más tarde los malayos abandonaban el buque. Aún se divisaban las chalupas que llevaban a los marineros y el pasaje.

—¡Disparad dos cañonazos en la línea de flotación! —ordenó Sandokán.

Un instante después un par de granadas hundían el costado de babor del barco, abriéndole dos imponentes boquetes a través de los cuales entró impetuosamente el agua.

Cuatro minutos más tarde el buque se hundía en las profundidades del mar de la Sonda, provocándose una terrible explosión al estallar sus calderas. El Rey del Mar reanudó su travesía en dirección hacia el sudoeste.

A la siguiente mañana un velero inglés corría la misma suerte, tras haberle sido arrebatada una parte de su cargamento, que consistía en pescado seco destinado a los puertos de Hainán. Idéntico final padecieron otros barcos de vapor y de vela, que fueron a reunirse en las profundidades del océano.

El crucero continuaba su incursión por las líneas de navegación sin que nadie se lo impidiera, realizando el curso desde las costas de Borneo hasta avistar la isla de Anaba y cortando el camino a los buques que cruzaban el estrecho de Malaca directamente desde los mares de China y de Japón.

Ya habrían hundido a cañonazos otros treinta barcos, ocasionando grandes pérdidas a las compañías navieras, cuando cierto día un prao bornés advirtió a aquellos fieros destructores que había sido avistada en aguas de Natuna una flota compuesta de varios barcos de guerra.

Seguramente se trataba de la de Singapur, anclada para bombardear al buque corsario. Ese mismo día celebraron consejo Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y el ingeniero Horward, quienes decidieron interrumpir aquella expedición y dirigirse a Sarawak en busca del Marianne, que los debía de estar aguardando en la embocadura del Sedang.

Por otra parte, sus antiguos amigos y aliados, los dayakos, habrían iniciado ya la invasión del

sultanato. En consecuencia, ese era el momento más oportuno para atacar por el mar al rajá y vengarse por su intervención en la conquista de Mompracem.

Tras aquella resolución, el Rey del Mar, que llevaba las carboneras repletas de carbón y también tenía grandes provisiones en la estiba, puso rumbo hacia el sudeste, ya que antes Sandokán quería asegurarse de que los ingleses continuaban aún en su isla.

Ordenó avanzar a toda máquina y el crucero empezó a devorar millas. Durante cuarenta y ocho horas navegó en dirección hacia Borneo, sin tener ningún percance, aunque todos tenían la certeza de que por aquellas aguas, y con el fin de sorprenderlos, merodeaba una poderosa escuadra.

Al ponerse el sol el segundo día, el Rey del Mar llegaba frente a Mompracem, la antigua guarida de los tigres de Malasia.

Intensamente conmovidos, Sandokán y Yáñez volvieron a ver otra vez su isla, desde la que con simples praos hicieron temblar muchos años al formidable leopardo inglés.

Al acercarse al cabo oriental, donde se abría una pequeña ensenada, la noche había caído hacía ya unas horas, pero la magnífica luz de la luna dejaba ver la gran roca en la que ondeó orgullosamente en otro tiempo la temible bandera del Tigre de Malasia.

La casa que sirvió de refugio a los dos jefes piratas ya no se distinguía. En su lugar había un fortín, seguramente provisto de buena artillería para evitar que los últimos tigres errantes por el mar intentaran reconquistar su guarida. En el fondo de la ensenada se veían también confusamente obras de defensas, parapetos y altos recintos.

Acodado en la borda de popa, sin pronunciar ni una palabra, con la vista nublada y el rostro sombrío, Sandokán contemplaba su antigua morada; por la expresión de su semblante era fácil adivinar que en aquellos momentos sentía un intenso dolor en su corazón.

Yáñez, que estaba junto a él, le puso una mano sobre la espalda y le dijo:

—Cualquier día la recuperaremos, ¿verdad, Sandokán?

—¡Sí! —replicó el pirata alzando el puño en dirección a la isla de una forma amenazadora—. ¡Sí! ¡Y ese día los echaremos a todos al mar, pero sin compasión!

Volvió la vista hacia el océano, que relucía bajo la luna.

—¡Otra vez siento un deseo terrible de destruir! —dijo—. ¡Frente a mí veo sangre!

—¡Allí! ¡Allí! ¡Miren!

Sandokán y Yáñez corrieron hacia la amura de babor al observar que los hombres de guardia se precipitaban a través de la toldilla.

—¡Son faroles! —exclamó el portugués.

—¡La sangre que andaba buscando! —gritó Sandokán, en cuyo corazón parecían renacer sus antiguos y fieros instintos.

En dirección a levante, hacia las islas Romades, cuyas cimas ya se avistaban, aparecieron casi a flor de agua seis puntos luminosos verdes y rojos, y en la parte superior, un par más, blancos.

—Son dos buques de vapor —comentó Yáñez—, y apostarí algo a que vienen de Labuán.

—¡Peor para ellos! —repuso Sandokán, extendiendo la mano en dirección hacia aquellos puntos luminosos—. ¡Pagarán lo de Mompracem! ¡Ordena que aviven los fuegos!

—¿Qué intentas hacer, Sandokán? —preguntó el portugués, impresionado por el tétrico brillo de los negros ojos de aquel fiero hombre.

—¡Hundir esos buques con toda la gente que va a bordo!

—Sandokán, recordemos que no somos piratas, sino corsarios. Por otra parte, no sabemos si son de guerra o mercantes y si su bandera es inglesa.

En vez de contestar, el Tigre de Malasia ordenó apagar las luces, subir a todos a cubierta y dirigir el crucero hacia los dos buques.

A las once el Rey del Mar viraba de bordo aproximadamente a quinientos metros de distancia de ambos vapores, los cuales, ignorantes del peligro que sobre ellos se cernía, navegaban a un cuarto de máquina y muy próximos el uno al otro.

—Parecen dos transportes —dijo Yáñez—. ¡Oye, Sandokán!

En los entrepuentes alumbrados restallaba el sonido de tamboriles, notas de cornetín y canciones. Aprovechando la magnífica noche y la calma del océano, los soldados se divertían. El viento, que provenía del septentrión, hacía llegar hasta el Rey del Mar aquellos sonidos.

—Son soldados ingleses de Labuán que vuelven a su país —comentó Yáñez—. ¿Oyes, Sandokán? Esos cantos los hemos escuchado también en los campamentos ingleses de la India durante el sitio de Delhi.

—¡Sí, soldados! —respondió el Tigre de Malasia con extraña entonación—. ¡De acuerdo! ¡Saludan a su lejana patria, pero la muerte se va a abatir sobre ellos!

—¡No hables de esta manera, amigo mío!

—Pero ¿es que ya no recuerdas que esos hombres me han expulsado de la isla después de haber realizado una carnicería entre mis más bravos hombres?

Se había incorporado por completo; tenía el rostro hinchado como consecuencia de la terrible ira que le dominaba, y sus ojos despedían llamas. El antiguo pirata, el osado Tigre de Malasia, que durante tantos años ensangrentó el agua de aquellos mares, renacía otra vez.

—¡Sí, reíd, cantad, danzad; esos son bailes fúnebres! ¡Mañana, apenas amanezca, las risas se helarán en vuestros labios! ¡Habéis tardado muy poco en olvidar a mi pequeño pueblo, al que sorprendisteis y degollasteis en las costas de mi isla! ¡Pero aquí os vigila su vengador!

El Rey del Mar, que acababa de virar de bordo, seguía sigilosamente a los dos buques, manteniéndose siempre a una milla de distancia.

Ya les era imposible la huida, pues no podían rivalizar en rapidez con el otro buque. Tal vez si navegaran por las aguas de las islas Romades, que se hallaban muy cercanas, habrían conseguido algo. Pero, no obstante, incluso en ese caso no hubieran logrado ponerse todos a salvo.

Inclinado sobre la borda, Sandokán los examinaba atentamente. Parecía sereno, pero debían de dominarle terribles ideas de destrucción, sangre y venganza.

—¿Quién podría impedirme —dijo de improviso— caer como un ciclón sobre esos buques y a golpes de espolón sumirlos en las profundidades del mar! ¡El océano sabe esconder muy bien los secretos que se le confían y nunca se sabría nada!

—¿No lo harás, por humanidad, Sandokán! —repuso Yáñez.

—¿Humanidad! ¡Esa es una palabra exenta de todo sentido cuando hay guerra! ¿Por casualidad la recordaron los ingleses cuando fríamente decidieron conquistar nuestra isla y exterminar a nuestro pequeño pueblo? ¿Qué resta ahora de los tigres de Mompracem, de esos tigres que tan importante servicio prestaron a los ingleses librándolos de la innoble secta de los thugs? ¡El agradecimiento a los insaciables merodeadores de los mares es ese! Se han apoderado a traición de nuestra isla, atacándonos por la noche con fuerzas diez veces más numerosas como si fuésemos fieras. ¡Y tú, Yáñez, hablas de humanidad! ¿Crees que si mañana nos atacase a nosotros o a nuestros praos una flota inglesa nos respetaría? ¡No! ¡Nos hundiría, mandándonos a dormir el sueño eterno a las profundidades del mar de Malasia!

—Sandokán, nosotros tendríamos ocasión de luchar, de disputar la victoria, mientras que esos buques no pueden ofrecer resistencia a nuestra potente artillería y al espolón de nuestro barco.

—¿Es cierto, señor Yáñez! —exclamó una voz detrás de ambos hombres.

Sandokán se dio bruscamente la vuelta y se encontró frente a Damna.

—Tú estás de acuerdo porque...

No concluyó la frase, que debía de referirse a los amores de la muchacha con el angloindio.

—¿Que intenten también defenderse ellos, Damna! —agregó.

—No podrían hacerlo, señor Sandokán —repuso la joven—. En esos buques es fácil que vayan quinientos o seiscientos desgraciados muchachos que anhelan ver de nuevo su tierra y abrazar a sus ancianos padres. ¡No haga usted llorar a tantas madres; usted, que siempre fue tan generoso!

—¿Mis hombres, los viejos tigres de Mompracem, lloraron la noche en que fueron expulsados de su isla! —contestó Sandokán conteniendo la cólera—. ¡Que lloren igualmente las mujeres inglesas!

Sandokán se retiró de la borda y se dirigió otra vez hacia las dos torres de popa, de cuyas bocaportas surgían los extremos de dos enormes cañones de caza dirigidos amenazadoramente hacia el horizonte. Se disponía a ordenar abrir fuego a aquel par de monstruos de bronce, cuando Damna puso una mano sobre los labios del fiero pirata.

—¿Qué va usted a ordenar, mi generoso protector? —exclamó la angloindia.

—¿Voy a dar la orden de exterminio! ¡Quiero que esas canciones de alegría se conviertan en un clamor de angustia! ¡Quiero que el mar se trague a los conquistadores de mi isla!

—¿No hará usted eso, señor Sandokán! —dijo Damna con firmeza—. Debe pensar usted que un día de esos quizá pueda verse frente a fuerzas superiores a las suyas y ser derrotado. ¿A quién respetarán en tal caso los vencedores?

—Además, debes recordar, Sandokán —añadió con voz seria Yáñez—, que a bordo van dos jóvenes: Surama, la primera y única mujer a quien he querido, y esta muchacha, que por salvarla iniciamos una guerra contra los estranguladores, en la que hubimos de hacer verdaderos milagros. Si

actúas así, ni tan siquiera ellas podrán escapar a la cólera de nuestros vencedores. ¿O es que deseas convertirlas también en cómplices de esta acción inhumana?

El Tigre de Malasia se había cruzado de brazos y contemplaba ora a Damna, ora a Surama, que se acercaba lentamente en aquel momento. El fiero destello que pocos segundos antes brillaba en sus ojos fue extinguiéndose paulatinamente.

De repente tendió la mano hacia Yáñez sin decir una sola palabra, movió dos o tres veces la cabeza y a continuación empezó a pasear, parándose de vez en cuando para contemplar a los buques, que proseguían su rumbo navegando ante las islas Romades.

El Rey del Mar los seguía sin cesar a la misma distancia.

Pasó la noche sin que Sandokán descansara ni un instante. Continuaba paseando por la cubierta entre las torres, sin hablar con nadie.

Cuando las primeras luces del nuevo día empezaron a extenderse por el cielo ordenó acelerar la marcha del crucero y que los artilleros ocuparan sus puestos de combate.

Con una rápida maniobra se colocó a pocos cables de distancia de ambos barcos y mandó izar su enseña, apoyando la orden con un cañonazo sin proyectil.

Agudas exclamaciones resonaron en ambos transportes, cuyos puentes se llenaron de soldados, pálidos de espanto.

—¡Arriad la bandera! ¡Entregaos a discreción o, si no, os hundiremos! —les indicó Sandokán por medio de las señales.

A la vez mandó apuntar las piezas de artillería, decidido a que al mandato siguiera la ejecución de la amenaza.

POR LAS AGUAS DEL SARAWAK

Ambos transportes, que se veían imposibilitados de ofrecer la más mínima resistencia ya que únicamente contaban con piezas de artillería ligera, inofensiva por completo contra el poderoso blindaje, obedecieron en el acto y arriaron las banderas.

Sobre su cubierta imperaba una inenarrable confusión. Los soldados, que debían de ser unos trescientos o cuatrocientos, corrían enloquecidos por los puentes y se agrupaban en torno a las chalupas, imaginando que el crucero iba a echarlos a pique.

—¡Os doy dos horas para desalojar los buques! —notificó el Tigre de Malasia—. ¡Pasado ese plazo comenzará el cañoneo! ¡Cumplid las órdenes!

Las islas de Romades se hallaban a unos kilómetros de distancia, mostrando sus costas totalmente desiertas flanqueadas por numerosos bancos de arena y escolleras.

Los capitanes de los dos buques, después de un corto consejo, habían respondido:

—¡Cedemos ante la fuerza con el objeto de evitar una carnicería inútil!

Las chalupas de que disponían ambas naves fueron botadas rápidamente al agua, tan repletas de soldados que parecían a punto de irse a pique, ya que todos embarcaban con gran premura por miedo a que el corsario comenzara a abrir fuego.

Al observar que algunos llevaban consigo los fusiles, Sandokán, inexorable en todo momento, ordenó que los arrojaran al mar o que los llevaran otra vez a los barcos, amenazando con disparar al instante sobre las lanchas si no cumplían lo ordenado.

Mientras se efectuaba el embarque en medio de gritos, denuestos, amenazas y riñas, el Rey del Mar maniobraba con lentitud en torno a los barcos, apuntándolos sin cesar con su artillería.

—¿Qué piensas hacer con esos transportes? —inquirió Yáñez.

—Los hundiremos —repuso con frío acento Sandokán—. ¡El mar está preparado para recibirlos en sus entrañas!

—¡Qué pena no poder remolcarlos hasta un puerto cualquiera!

—¿Adónde? ¡No hay un simple puerto amigo para los últimos de Mompracem! ¡Diríase que todos los estados de Borneo, después de haber sentido tanta admiración hacia nosotros, sienten temor del leopardo inglés! ¡No importa! ¡No por eso dejaremos de actuar! Entregaremos al mar estas presas. ¡Este, al menos, no las devuelve jamás!

—¡Qué innumerables tesoros perdidos de una manera inútil! —exclamó Damna.

—¡Es la guerra! —replicó con seca entonación Sandokán—. Yáñez, ordena que boten al agua las chalupas y que abran las carboneras. ¡El Rey del Mar tendrá abundante provisión de combustible!

Los soldados, cuyas chalupas habían realizado ya varios viajes, acamparon la mayoría en la playa más cercana, prestos a ocultarse en los bosques en caso de peligro.

Yáñez mandó embarcar a cincuenta hombres bien armados y les ordenó que ocuparan los transportes antes de que terminaran de marcharse de ellos todos sus tripulantes, con el fin de impedir cualquier traición.

Los buques debían de llevar pólvora y, al abandonarlos, los comandantes podían dejar mechas prendidas en la santabárbara y hacer que explotaran los transportes y, junto a ellos, los depósitos de carbón que tan necesarios les eran a los tigres de Mompracem.

En cuanto todos los ingleses abandonaron las dos naves, se dirigió hacia ellas un nuevo grupo de malayos, a cuyo frente iba Kammamuri, para realizar la descarga del carbón y las municiones.

Los soldados contemplaban anhelosamente desde la playa la maniobra de los piratas, sorprendidos de no verlos remolcar los dos buques, que era lo que pensaban que iba a suceder.

Los hombres de Sandokán trabajaron activamente durante todo el día, afanándose en vaciar las repletas carboneras de ambos transportes. Al declinar la tarde las habían vaciado casi por completo.

—¡Y ahora —exclamó Sandokán—, mar, recoge las presas que te entrego! ¡Cuando nos toque también a nosotros ir a las profundidades, muéstrate clemente!

Antes de dejar los dos buques, los malayos prendieron unas mechas unidas a los barriles de pólvora que habían dejado en la santabárbara.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik se apoyaron sobre la amura de popa para contemplar a los dos transportes. Frente a ellos habían puesto un cronómetro.

—¡Tres minutos! —exclamó de pronto Sandokán, volviéndose hacia sus amigos—. ¡El fin!

Un momento más tarde retumbaba una tremenda explosión, que fue seguida de otra a muy escasa distancia, no menos atronadora.

Las dos naves, cuarteadas por las explosiones, se hundieron con gran rapidez en medio del furioso clamor de los soldados y de las tripulaciones, que contemplaban la catástrofe desde la costa de la isla.

—¡Esto es la guerra! —comentó Sandokán, mientras en su rostro se dibujaba una sarcástica sonrisa—. ¿No la han querido? ¡Que la paguen! ¡Y esto es tan solo el principio del drama!

A continuación, volviéndose hacia Yáñez, añadió:

—¡Ahora marchemos a Sarawak! ¡Ese golfo será el escenario de nuestra próxima campaña, y allí las presas serán más numerosas que aquí! ¡Ya lo comprobaréis!

El Rey del Mar se alejó velozmente de las Romades, poniendo rumbo al sur.

Con las carboneras repletas y un sobrecargo en la estiba se encontraba en condiciones de retar a correr a todos los buques que los coaligados debían de haber reunido en las aguas de Sarawak.

El poderoso crucero, que devoraba literalmente las millas, se hallaba un par de días más tarde a la vista del cabo Taniong-Datu y cruzaba frente a la misma ensenada donde se había cobijado el Marianne. Al no encontrar nada en aquel lugar, reanudó la marcha hacia el sudeste para alcanzar la embocadura del Sedang.

Sandokán deseaba averiguar, en primer término, si los tripulantes de su pequeño barco habían conseguido realizar el encargo que les asignó, que, como ya conocemos, era insurreccionar y facilitar armas a sus antiguos aliados los dayakos, que tan enérgicamente le apoyaron contra James Brooke, el célebre «exterminador de piratas».

El Rey del Mar, que no había aminorado su marcha, avistaba cuarenta y ocho horas después el monte Matang, el enorme pico que se alza en las cercanías de la costa de poniente de la ancha bahía de Sarawak, y cuya cima, cubierta de verdor, tiene una altitud de dos mil novecientos sesenta pies. Al día siguiente el crucero navegaba frente a la embocadura del río que baña la capital del rajá.

Era preciso mantener los ojos bien alerta, ya que los buques ingleses o del rajá podían aparecer de improviso, en cualquier momento.

Probablemente, la inesperada aparición del barco corsario había sido advertida a las autoridades de Sarawak y, por consiguiente, se harían al mar los mejores cruceros para defender contra cualquier ataque a los barcos que abandonaban el río en dirección a Labuán o a Singapur, puesto que allí resultaría fácil para los atrevidos piratas de Mompracem apresar a los buques mercantes.

Se dio orden a bordo del crucero para extremar la vigilancia. Los gavieros estaban de continuo durante la noche y el día en las plataformas superiores, con catalejos de gran alcance, dispuestos a dar la voz de alarma en el caso de que surgiese el menor penacho de humo en el horizonte.

Para llevar hasta el extremo las precauciones, Yáñez y Sandokán dieron orden de que después de ponerse el sol no se encendiera en el buque la menor luz, ni siquiera en los camarotes cuyas ventanillas

comunicaban con los costados exteriores, y menos aún los faroles reglamentarios. Querían pasar inadvertidos frente a la embocadura del Sarawak, con el objeto de que no los siguieran en su travesía por las costas orientales y poder llevar a cabo sin ningún impedimento las operaciones que tenían decididas.

Su instinto les decía que estaban buscados y que los buques ingleses y los del rajá debían de estar atravesando aquellos parajes. Quizá habrían averiguado también sus proyectos o habrían sido informados por alguien de sus planes.

En contra de lo que era usual en ellos, ambos piratas parecían estar en extremo inquietos. Se les veía pasear por el puente durante horas enteras y detenerse con mucha frecuencia para otear el horizonte anhelosamente.

Especialmente por la noche no abandonaban la cubierta, y se limitaban a reposar unas horas después de haber salido el sol.

—Sandokán —dijo Tremal-Naik cuando ya el Rey del Mar hubo pasado algunas millas más allá de la segunda boca del Sarawak—, creo que estás muy preocupado.

—Sí —repuso el Tigre de Malasia—, no te lo oculto, amigo mío.

—¿Temes algún percance?

—Tengo la certeza de que me persiguen o de que andan en mi busca, y un marino se engaña en muy raras ocasiones. ¡Parece que estoy oliendo el humo del carbón de piedra!

—¿Crees que nos sigue la flota inglesa o la del rajá?

—La del rajá no me inquieta demasiado, puesto que el único buque que podía enfrentarse al mío descansa en el fondo del mar.

—En tal caso, ¿la de sir Moreland?

—Sí, Tremal-Naik. Los cruceros que tiene el rajá son anticuados y de segundo orden, y como barcos de guerra son una absoluta nulidad. La que me preocupa es la flota de Labuán.

—¿Será muy poderosa?

—Muy poderosa, no; pero sí numerosa. Pueden atraparnos en medio y darnos mucho trabajo, a pesar de que considero que nuestro crucero es lo bastante potente para hacerle frente. Los mejores buques de Inglaterra se hallan en Europa.

—Estos se encuentran a mucha distancia de Europa —dijo Tremal-Naik.

—¿Y quién me dice que no hayan mandado algunos en nuestra busca? Me han asegurado que también disponen de barcos magníficos en la India. En cuanto se hayan enterado de las graves pérdidas que hemos ocasionado a sus líneas marítimas, no vacilarán los ingleses en enviar a estos mares lo más selecto de la flota hindú.

—¿Y en ese caso...? —inquirió Tremal-Naik.

—Haremos cuanto nos sea posible —respondió Sandokán—. Si el combustible no nos escasea, los obligaremos a correr bastante.

—¡Siempre es el carbón nuestro gran problema!

—Di mejor nuestro punto débil, Tremal-Naik, pues para nosotros todos los puertos están bloqueados. Por fortuna, la marina inglesa es la mayor del mundo, y siempre encontraremos vapores, aunque debamos ir en su busca a los mares de China. ¡Vaya! ¡Llega la niebla! ¡Esto es una suerte para nosotros, ahora que vamos a cruzar ante las costas del sultanato!

—¿Cuánto distamos de Sedang?

—Unas doscientas millas. Estas son las aguas más peligrosas. Si esta noche no tenemos ningún percance, mañana nos encontraremos con el Marianne. ¡Tremal-Naik, mantengamos los ojos bien abiertos y aumentemos la velocidad!

La suerte parecía favorecer a los últimos tigres de Mompracem, ya que en cuanto el sol se hubo puesto se abatió sobre el golfo una impenetrable niebla.

De ese modo, el Rey del Mar tenía más posibilidades de poder escapar a la persecución de los barcos coaligados, en la suposición de que se hallaran movilizados para cogerle por sorpresa.

Pese a esto, Yáñez y Tremal-Naik habían dado las órdenes pertinentes para que toda la gente estuviera lista. Podía surgir de improviso cualquier enemigo, entrar en combate y, con el fragor de los cañonazos, llamar la atención del grueso de la flota.

El crucero, que había aumentado su velocidad hasta llegar a los trece nudos, avanzaba entre la niebla, que se iba espesando cada vez más.

Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y el ingeniero norteamericano se hallaban sobre la toldilla junto a los timoneles, intentando inútilmente avistar algo a través de las calurosas oleadas de la niebla, que de cuando en cuando eran rasgadas por el viento.

Los artilleros estaban también en sus puestos, mientras que junto a la artillería ligera, protegidos por las amuras, estaban los malayos y los dayakos.

Todos permanecían silenciosos, prestando oídos con gran atención. No se percibía otra cosa que los sordos bramidos del vapor, el ruido de la hélice que golpeaba el agua y el del espolón que la hendía.

Ya se habrían alejado unas cincuenta millas de la segunda boca del Sarawak cuando de improviso se oyó el silbido de una sirena.

—¡Un buque de exploración que advierte su presencia a otro! —dijo Yáñez a Sandokán—. ¿Se tratará de un barco mercante o de guerra?

—Me imagino que será algún aviso del rajá —respondió el Tigre de Malasia—. ¿Nos estarían esperando?

—Ordena poner proa hacia levante.

—Desearía averiguar primero con qué enemigo hemos de combatir.

—Con esta niebla no resultará sencillo averiguarlo, Sandokán —dijo Tremal-Naik—. ¿Cuándo podremos alcanzar la boca del Sedang?

—De aquí a cinco o seis horas. ¿Puedes ver algo, Yáñez?

—Solamente niebla —replicó el portugués.

—Pues nosotros no nos desviaremos. De manera que tanto peor para el que sea alcanzado por el

espolón de nuestro buque.

Y, aproximándose al tubo que conectaba con la cámara de máquinas, ordenó con fuerte voz:

—¡Señor Horward! ¡Adelante a toda máquina; a marcha máxima!

El Rey del Mar prosiguió su avance, aumentando la velocidad.

De trece nudos a la hora había subido a catorce y aún no era suficiente. El ingeniero norteamericano mandó aumentar la tensión al tiro forzado con el fin de alcanzar los quince.

Esa maniobra consumía mucho carbón; pero aún tenían bastante para navegar durante unas cuantas semanas sin necesidad de verse forzados a proveerse de combustible.

Pasaron dos horas más. De improviso, la niebla se iluminó como si fuese atravesada por un poderoso rayo de luz.

No podía tratarse de la luz de la luna, ya que era mucho más fuerte y brillante; provenía del este y cruzaba de norte a sur, haciendo saltar de las aguas chispas de plata.

—¡Es un reflector eléctrico! —exclamó Yáñez—. ¡Nos están buscando!

—¡Sí, sí, nos buscan! —concordó Tremal-Naik—. ¿Serán muy numerosos?

Sandokán no había pronunciado ni una sola palabra, pero su frente se surcó de arrugas.

Transcurrieron unos minutos.

—¡Máquina atrás! —ordenó de repente el Tigre de Malasia.

El Rey del Mar, impulsado por la velocidad adquirida, aún avanzó unos doscientos o trescientos metros; luego se detuvo, dejándose mecer por las amplias oleadas del golfo.

Frente al crucero había un barco, que seguramente no se encontraría solo. Escudriñaba el mar, proyectando hacia todas partes un haz de luz eléctrica.

—¿Habrá advertido nuestra presencia la flota de Sarawak? —preguntó Tremal-Naik.

—Nos habrá visto algún velero, o acaso un prao que haya podido evitar nuestra vigilancia —dijo Sandokán.

—¿Qué vas a hacer, Sandokán?

—Por el momento, aguardaremos; luego pasaremos, aunque debemos hundir diez barcos a golpes de espolón. El Rey del Mar posee una proa a prueba de escollos, y las máquinas son tan resistentes que no estallarán por un choque.

La luz continuaba atravesando con lentitud la superficie del agua desde el norte hasta el sur, intentando desgarrar la niebla, que por fortuna era muy espesa.

De pronto, y por la parte opuesta, es decir, por la popa del crucero, surgió la luz de otro reflector, y al instante un par más: uno al norte y otro al sur.

De los labios del portugués, que se hallaba haciendo la guardia con los timoneles, brotó una sorda imprecación.

—¡Nos han cercado magníficamente! ¡Malditos tiburones! ¡Creo que dentro de pocos minutos va a

hacer aquí demasiado calor!

El Tigre de Malasia había estado observando con suma atención la dirección de aquellos luminosos rayos. Su buque se hallaba en el centro, así que aún no podía haber sido descubierto; pero le resultaba asimismo imposible retroceder o avanzar sin ser visto.

Hizo un gesto a Yáñez y al ingeniero norteamericano para que acudieran a su lado.

—Hay que forzar el paso —les indicó—. Seguramente, frente a nosotros no habrá más que un barco. La carga va estibada perfectamente.

—¿Vamos a atacar con el espolón? —preguntó el norteamericano.

—Eso es lo que pretendo hacer, señor Horward. Ordene usted que se doble el personal de las máquinas y permanezcan atentos a las instrucciones que les sean dadas.

—De acuerdo, comandante —repuso el yanqui—. Mis compatriotas harían lo mismo de hallarse en una situación como la presente.

—¿Se encuentran todos los artilleros en sus puestos de combate?

—Sí —respondió Yáñez.

—¡Adelante a toda máquina! ¡Pasaremos a toda costa!

Los haces de luz eléctrica continuaban cruzándose en todas direcciones y, paulatinamente, se iban tornando más brillantes.

Posiblemente, los que mandaban aquellos buques habían advertido ya la imponente masa del Rey del Mar y se preparaban para atacarlo avanzando hacia un mismo lugar.

La situación iba a ser terrible, y no obstante, malayos, dayakos y norteamericanos mantenían una sorprendente serenidad en aquel momento crítico.

—¡Todos a las baterías! —ordenó Sandokán mientras entraba en la torre de mando con Yáñez y Tremal-Naik.

El Rey del Mar avanzó velozmente. Su rapidez aumentaba por momentos y el humo, que brotaba en violentas bocanadas de sus dos chimeneas, caía sobre los puentes como consecuencia de la niebla.

Un sonoro temblor sacudía todo el buque; los árboles de la hélice aumentaban sus revoluciones y el vapor bramaba en las calderas.

Como si se tratase de un enorme proyectil, el barco cruzó la zona luminosa; pero apenas se había desvanecido en la densa niebla, nuevos rayos de luz llegaron hasta él.

Los barcos enemigos iniciaron la persecución para darle alcance, e intentaban encerrarlo en un anillo de hierro y fuego.

Sandokán permanecía impertérrito, ordenando que el crucero avanzara siempre hacia el este.

Resonaron algunos cañonazos y se oyó el fragor de los proyectiles por el aire, que pasaron silbando sordamente.

—¡Preparados para el fuego de andanada! —exclamó Yáñez.

—¡Voto a Júpiter! ¿Y las muchachas?

—Se hallan a resguardo en la cámara —repuso Tremal-Naik.

—Manda a alguien para comunicarles que no se espanten si notan mucho ruido —dijo Sandokán.

Sombras descomunales se agitaban entre la niebla, alumbradas sin cesar por los reflectores.

La flota enemiga iba a abalanzarse sobre el crucero de los tigres de Mompracem con el objeto de impedirle la retirada.

De improviso, una negra masa surgió de forma casi inesperada frente a la proa del Rey del Mar y a menos de cuatro cables de distancia. Ya no era posible detener el avance del crucero.

—¡Con el espolón! —gritó Sandokán con voz estruendosa.

El Rey del Mar se lanzaba como un ariete contra el buque adversario. Un terrible encontronazo, seguido de gritos angustiosos, retumbó entre la niebla, repercutiendo hasta perderse en la lejanía del océano.

El espolón del crucero había atravesado totalmente el casco del buque enemigo, abriéndole un grandioso boquete.

El Rey del Mar se detuvo un instante, inclinándose hacia proa, mientras que en el otro buque, atacado y herido de muerte, estallaron diversas explosiones. Eran las calderas, que acababan de reventar.

—¡Máquina atrás! —ordenó el ingeniero norteamericano.

En la parte de proa se oyeron sordos crujidos e inmediatamente el Rey del Mar, con una brusca sacudida, sacó su espolón del barco adversario, hizo marcha atrás y viró sobre babor.

El buque pasado por ojo se hundía con rapidez, en medio del clamor y el atronador griterío de sus tripulantes.

El Rey del Mar había reanudado la carrera, pasando junto a la proa del barco que se hundía y avanzando otra vez entre la niebla.

Nuevas sombras surgieron a babor y estribor. Los barcos de la escuadra, aprovechando aquella breve parada y retroceso, habían llegado junto al corsario y sus proyectores iluminaban los puentes de la nave fugitiva.

—¡Fuego a discreción! —ordenó Yáñez.

El crucero se encendió como un volcán en erupción, con un espantoso estampido. Los enormes cañones de las torres abrieron fuego casi al mismo tiempo, sacudiendo al buque desde la quilla hasta la punta de los mástiles y arrojando sobre las naves enemigas sus pesados proyectiles; las piezas de mediano calibre imitaron el ejemplo, machacando al adversario.

No obstante, los perseguidores no parecían amedrentarse, aunque aquella descarga terrible de la artillería moderna de grueso calibre debía de haberles ocasionado graves daños, irreparables en un buque de poco tonelaje o mal protegido.

Los relámpagos de los cañonazos brotaban en todas direcciones. Los proyectiles y las granadas se estrellaban o reventaban contra el fuerte blindaje del buque corsario, o estallaban entre los puentes arrojando esquirlas de metal.

Golpeaban los costados de babor y estribor, caían a popa y a proa, escurriéndose por las planchas metálicas de las toldillas y rebotando en los bordes de las torres.

Pero el Rey del Mar no interrumpía su avance; al contrario, replicaba con terrible furia, lanzando proyectiles a diestro y siniestro y por el lado de popa.

Un buque pequeño que avanzaba con extraordinaria rapidez surgió de improviso entre la niebla y, con gran temeridad, se dirigió hacia el crucero.

Se trataba de una chalupa grande de vapor con un asta muy larga en la proa; la antigua torpedera. Horward, el ingeniero norteamericano, que conocía aquella mortífera arma, exclamó:

—¡Cuidado! ¡Intentan lanzarnos un torpedo!

Sandokán y Yáñez abandonaron precipitadamente la torre de mando. La chalupa, alumbrada por los reflectores de los restantes barcos, avanzaba a toda marcha hacia el Rey del Mar, intentando alcanzarlo; un hombre, el que iba al mando de ella, se hallaba en la proa detrás del asta.

—¡Es sir Moreland! —exclamaron al unísono.

Era, en efecto, el angloindio, que, dominado por una temeridad demencial, pretendía destruir el crucero.

—¡Cortad el avance de esa chalupa! —ordenó Sandokán.

—¡Que nadie abra fuego! —exclamó Yáñez.

—¿Qué dices, hermano? —preguntó, estupefacto, el Tigre de Malasia.

—¡No le matemos! ¡Damna no podría soportarlo! ¡Déjame actuar a mí!

En estribor había algunas piezas de calibre medio. Yáñez se acercó a la más próxima, que ya estaba apuntada contra la chalupa; corrigió al instante el punto de mira y después dio un tirón de la correa.

La chalupa se hallaba a unos trescientos metros, pero ya no podría perseguir al crucero. El proyectil la alcanzó en la popa con exactitud matemática, arrancándole a la vez el timón y la hélice y obligándola a detenerse en su carrera.

—¡Feliz viaje, sir Moreland! —exclamó con acento irónico el valeroso artillero.

El angloindio hizo un ademán de amenaza y el viento llevó hasta los tigres de Mompracem estas palabras:

—¡Dentro de muy poco tendréis que enfrentaros al hijo de Suyodhana! ¡Os aguarda en el golfo!

El crucero ya había atravesado la zona luminosa y se ocultaba en la niebla.

Por última vez disparó sus cañones de caza hacia los barcos adversarios, que no podían rivalizar con su máquina, y desapareció en dirección al este, al tiempo que los malayos y los dayakos gritaban entre grandes clamores:

—¡Viva el Tigre de Malasia!

De nuevo el poderoso navío de los tigres de Mompracem, construido por magníficos ingenieros norteamericanos, justificaba su título de invencible y de estar hecho a prueba de escollos.

A pesar del terrible choque soportado al asestar aquel tremendo golpe con el espolón, resistieron perfectamente tanto las máquinas como la proa, y también el blindaje, contra cuyas planchas había caído un auténtico diluvio de artillería.

Salió casi indemne del combate, ya que, excepto alguna abolladura de poca importancia, sus sólidos costados podrían aguantar otra lucha. Todo el daño se había reducido a cuatro muertos: cuatro artilleros que fueron alcanzados por la explosión de una granada.

El Rey del Mar no aminoró la marcha. Sabiendo ya con certeza que eran perseguidos, e imaginando que los coaligados debían de haber adivinado los planes de su crucero, Sandokán y Yáñez querían alcanzar la boca del Sedang con una ventaja de veinticuatro horas como mínimo para auxiliar al Marianne y, si resultaba posible, ponerse en contacto con los jefes dayakos.

Tenían la seguridad de que encontrarían a la pequeña nave refugiada entre las escolleras, a la espera de su llegada.

—Si el demonio no mete el rabo —dijo Yáñez a Tremal-Naik—, cuando llegue la flota de los aliados todo habrá terminado.

—¿No continuarán persiguiéndonos? —adujo el hindú.

—Intentarán encerrarnos entre el Sedang y el Redjang para obligar a nuestro barco a dirigirse hacia la costa —repuso el portugués; pero aún tengo confianza en que no lleguen a tiempo.

—¿Y si nos encontramos allí con el hijo de Suyodhana? ¿No has oído lo que gritó sir Moreland?

—Es posible; pero supongo que ese hombre no poseerá toda una flota.

—¿Y si la ha equipado? Los thugs debían de tener inmensas riquezas, y tras la disolución de la secta habrán pasado a manos del hijo de Suyodhana.

—Sí, jefe; inmensas —intervino Kammamuri, que en aquel instante se había acercado—. Cuando estuve preso en el subterráneo de Raimangal vi una cueva abarrotada de barriles llenos de oro. Además, me aseguraron que en los más importantes bancos de la India tenían depositadas fabulosas sumas.

—¿Me estás amargando el cigarro, mi apreciado Kammamuri! —exclamó Yáñez—. ¿El Tigrecito de la India ha podido armar varios buques?

Luego exclamó, encogiéndose de hombros:

—¿Bah! Nuestro crucero puede enfrentarse a varios barcos de guerra y dar una lección a ese caballero. ¡A propósito! ¡Ya va siendo hora de que aparezca y nos deje ver si tiene semejanza con su padre!

—¿Qué desgracia que sir Moreland no nos haya dado alguna noticia respecto a nuestro enemigo! —dijo Tremal-Naik.

—¿Hum! —comentó Yáñez—. Yo creo que ese angloindio se halla más a las órdenes del hijo de Suyodhana que a las del rajá de Sarawak.

—Mayor motivo aún para que no se le respete —dijo Kammamuri—. Debió usted permitir que dispararan toda la artillería contra la chalupa de vapor, en vez de tocarla solamente.

—¡Qué quieres que te diga...! ¡Me apenaba dejar que mataran a ese joven tan valeroso! —contestó Yáñez.

—Y tan amable y cortés —agregó Tremal-Naik—. Mientras Damna y yo estábamos detenidos por él, siempre se portó como un auténtico caballero, sobre todo con mi hija.

—¿Desde el primer instante?

—Al principio, no —contestó el indio—. Durante los primeros días mostró una extrema frialdad; tanta, que con frecuencia me examinaba de muy mala manera, lo cual me causaba gran preocupación e inquietud. Pero después fue modificando su comportamiento poco a poco.

—¡Ah! —respondió Yáñez con una sonrisa.

Encendió de nuevo el cigarro, que se le había apagado, y se encaminó hacia la toldilla de la cámara, en la que entraban Damna y Surama en aquel instante.

—¿No habéis tenido miedo, pequeñas? —preguntó mirando sobre todo y con cierta malicia a la hija del hindú.

—¡Gracias, señor Yáñez! —musitó Damna, cogiéndole la mano derecha y estrechándosela con fuerza.

—¿De qué te has enterado?

—¡De todo!

—Lo hubieras lamentado mucho si hubiera resultado muerto, ¿no es cierto, Damna?

—¡Sí! —dijo suspirando la joven—. ¡Es un amor fatal!

—¡Bah! Cuando termine la guerra buscaremos a ese valeroso muchacho y... ¡quién sabe...! Todo puede concluir perfectamente y tal vez acabéis siendo una feliz pareja, ya que, por lo que he podido comprobar, también sir Moreland te ama con toda su fuerza.

—No obstante, sahib blanco —objetó Surama—, me han asegurado que intentó hacer explotar nuestro buque.

—Pretendía averiar gravemente el barco para, en medio de la confusión, raptar a Damna —dijo Yáñez—. ¡Tengo la certeza de que no la hubiera dejado ahogarse...! La niebla se disipa... por allí comienza a extenderse algo de luz. Está amaneciendo; ahora comprobaremos si aún llevamos a nuestra espalda los buques coaligados.

La niebla, que tan oportunamente había ocultado a los tigres de Mompracem, empezaba a desvanecerse barrida por la brisa.

Cuando hubo desaparecido por completo pudieron ver que el océano se hallaba desierto.

La flota aliada, comprendiendo que no podía competir con las potentes máquinas del Rey del Mar, debía de haberse quedado muy rezagada o bien regresado a la boca del Sarawak.

Por el norte se veía también el horizonte limpio, ya que el corsario se había alejado mucho de las

costas de Borneo con el fin de no ser avistado por ningún guardacostas.

No se distinguía otra cosa que pájaros marinos, que revoloteaban con una ligereza y una rapidez realmente asombrosas.

El Rey del Mar prosiguió durante todo el día su veloz marcha, ya que Sandokán no deseaba únicamente mantener la ventaja adquirida, sino aumentarla, para tener tiempo de encontrar al Marianne.

Antes de la puesta del sol el crucero navegaba ya por las aguas que bañan las costas del Sedang.

—Por el momento podemos considerar que estamos fuera de peligro —dijo Yáñez a Horward, que, al igual que Damna, observaba la puesta del astro diurno.

—Sí; pero de aquí a unos días, posiblemente antes de cuarenta y ocho horas, nos veremos forzados a iniciar el canto guerrero —repuso el norteamericano.

—Los buques de los aliados no nos dejarán en paz.

—Pero ¡qué puesta de sol tan magnífica! —exclamó en aquel instante Damna.

—Las que se contemplan en estos mares son las más bellas que puedan admirarse —dijo Yáñez—. Sus colores no se ven en otros lugares. Si prestan atención, distinguirán el famoso rayo verde.

—¡Un rayo verde! —exclamaron al tiempo Damna y el norteamericano.

—Y soberbio, Damna. Es un fenómeno hermosísimo, que únicamente se puede admirar en los mares de Malasia y en el océano Índico. El cielo se halla totalmente límpido y es probable que puedas verlo. Espera a que el borde superior del sol esté a punto de desaparecer.

—¿Es posible que de todos estos destellos ígneos pueda salir un rayo de ese color? —exclamó.

—Tengo la certeza de no equivocarme; presten atención.

El sol desaparecía entre un océano de resplandores, cuyos colores iban cambiando paulatinamente debido al estado higrométrico de la atmósfera y de la distancia que separaba al astro del cenit.

Mientras iba hundiéndose en el océano, se esparcía por el cielo una luz rojiza y amarillenta que adquiriría rápidamente una tonalidad violácea, que se disipaba de una manera imperceptible en un fondo azul grisáceo.

El borde superior del disco solar se hallaba a punto de desaparecer cuando de pronto brotó un rayo verde, de tal nitidez y hermosura que tanto Damna como el norteamericano lanzaron exclamaciones de admiración.

Por un momento se proyectó sobre el agua y luego se desvaneció inesperadamente, a la vez que el último segmento del astro diurno desaparecía tras la ondulante superficie.

—¡Soberbio! —exclamó Horward.

—¡Maravilloso! —dijo Damna—. ¡Nunca había visto un rayo de ese color!

—¿Y no puede admirarse en otros sitios? —preguntó Kammamuri, que se había reunido con ellos.

—Es muy difícil, ya que tienen que darse condiciones extraordinarias de limpidez y claridad en la atmósfera, y únicamente suelen producirse en estas regiones. La campana nos está llamando para cenar. Aprovechemos ahora, que no nos amenaza ningún peligro —dijo Yáñez ofreciendo el brazo a la

muchacha angloindia.

Dos horas después de ponerse el sol, el Rey del Mar, que no había reducido la velocidad, se hallaba delante de la boca del Sedang a una distancia de seis millas.

—¿Se habrá ocultado el Marianne río arriba? —preguntó Kammamuri a Yáñez, que exploraba la costa mediante el catalejo.

—No habrá sido tan necio su comandante. Debe de haberse escondido entre las escolleras de levante, donde se forman varios canales. Nos dirigiremos hacia allí a marcha lenta.

El buque puso rumbo hacia la boca del río, llegando hasta muy corta distancia; inmediatamente avanzó en dirección al este, donde se veían diversas filas de escolleras.

Estaban a escasa distancia de las primeras rocas, que surgían de las aguas como insignificantes islotes, cuando resonaron débilmente a lo lejos unos disparos.

Sandokán, advertido al instante por Kammamuri, subió en el acto a cubierta junto a Tremal-Naik y Horward.

Exploraron con atención el horizonte, mirando en todos los sentidos; ante su vista no aparecía ningún barco de vela ni de vapor. No obstante, aquellas detonaciones —tres si no se habían engañado los hombres de guardia— habían sido escuchadas por todos ellos. Sandokán manifestó una gran inquietud.

«¿Habría cogido por sorpresa algún buque a mi viejo Marianne, y lo estará cañoneando?», se dijo.

—¿Hacia dónde se han oído los disparos?

—En dirección a occidente —repuso Yáñez, que estaba de guardia.

—Nada; el horizonte está clarísimo.

—Y esos disparos, ¿eran muy débiles?

—Muy débiles.

—En tal caso, esos cañonazos han debido de ser disparados a una considerable distancia —hizo notar el yanqui Horward.

—Sí, teniendo presente que el viento sopla del este.

—Sandokán —intervino Tremal-Naik, cuya frente se había ensombrecido—, vamos enseguida en busca del Marianne.

—Eso es lo que haremos ahora mismo —convino el Tigre de Malasia—. Si no lo hallamos tras esa escollera, regresaremos hacia el Sedang. Ordena a Kammamuri y los gavieros que suban a las cofas con buenos catalejos para que reconozcan el horizonte detenidamente.

El Rey del Mar proseguía navegando hacia el este, bordeando la costa a un par de millas de distancia para no chocar con algún banco de arena.

Una enorme ansiedad se había adueñado de los tripulantes, y en especial de Sandokán y de Yáñez. La desaparición del prao, que debía de encontrarse desde hacía días en aquella zona, les preocupaba mucho; temían que hubiera sido descubierto y hundido por algún buque enemigo.

Sambigliong estaba más enfurecido que ninguno, y paseaba sin parar dando vueltas como enloquecido entre las torres de los colosales cañones, prometiendo despedazar al atrevido que hubiera osado atacar al viejo Marianne.

La carrera del Rey del Mar prosiguió durante una hora, sin que los gavieros hubieran conseguido descubrir el velero en ninguna parte. A la vista del resultado, Sandokán ordenó virar de bordo y aproximarse a una barrera de elevadísimos escollos que formaban un brazo de mar entre este y la costa.

Todos estaban seguros de que algún desastre le había ocurrido al barco.

—¡Avivad los fuegos! —ordenó Sandokán—. Si los ingleses se presentan a tiempo, vengaremos como se merece este golpe de mano.

—¿Se nos echará encima la flota aliada? —preguntó Tremal-Naik a Yáñez.

—Le llevamos como mínimo una ventaja de doce horas —respondió el portugués—. ¡Llegará muy tarde!

El buque avanzaba, ligero como una gaviota, a marchas forzadas. En las calderas se arrojaban toneladas de carbón, lo que hacía que las temperaturas fueran tan altas que los mismos maquinistas y fogoneros tenían que soportarlas con bastante dificultad.

La luna había salido algo después de las once, y la noche era tan clara que podía distinguirse fácilmente en la argentada superficie del golfo el más minúsculo punto negro. No obstante, los gavieros respondían siempre de una manera negativa a las preguntas que de vez en cuando se les dirigía.

¡Nada, siempre nada! ¡No se veía ningún punto negro en el horizonte!

«¿Habrán sido la señal del Marianne aquellos cañonazos?», se preguntaban todos cada vez con mayor ansiedad.

Sobre la medianoche empezaron a perfilarse las costas orientales del Sedang. Parecían muy negras debido a las grandes masas de sus bosques seculares.

—¡Humo frente a nosotros!

Yáñez enfocó su catalejo en aquella dirección.

—¡Un buque de vapor! —exclamó el portugués—. ¡Dos mil metros! ¡Un magnífico disparo para un artillero experto! ¡Detengámoslo! ¡Cien rupias para quien lo alcance!

Aún no había acabado la frase cuando ya el anciano jefe artillero que se ganó los doscientos dólares se colocó tras su cañón, bajo la torreta de babor.

Se advertía claramente que el vapor intentaba huir. La luna lo iluminaba de lleno.

La distancia era considerable; pero el viejo artillero confiaba en su vista y en su cañón.

—¡Esto lo soluciono yo! —exclamó—. ¡Las cien rupias van a bailar en mi bolsillo, aguardando la ocasión para poder adquirir una montaña de tabaco y un barril de ginebra!

Esperó a que el barco pasara junto a la proa del crucero y en ese momento disparó.

¿Dio en el blanco e infligió al barco enemigo un grave daño, o erró el cañonazo? Fue imposible averiguarlo, ya que casi en aquel preciso instante el buque desapareció detrás de un obstáculo que la

distancia no permitió ver y que no podía adivinarse si se trataba de una escollera o de un islote.

El Rey del Mar inició la persecución, aunque aminorando la marcha, pues corría el riesgo de chocar con algún banco de arena de los muchos que se extienden en las cercanías del Sedang.

A un kilómetro de distancia de la costa, Sandokán ordenó que se sondara.

Como no conocía a la perfección aquellos parajes, no se decidía a mandar que el crucero avanzara por temor a embarrancar.

De todas formas, el barco contra el cual disparó el norteamericano había desaparecido. Posiblemente habría aprovechado una de las tantas escolleras que se extendían hacia el norte para adentrarse en un canal y marcharse, o buscar cobijo en cualquier seno o rada.

En su huida el vapor debía de haber remontado mucho el río Sedang en dirección a levante. Yáñez y Sandokán resolvieron dejar al fugitivo, que no debía de ser demasiado fuerte cuando no se había atrevido a hacerles frente, y viraron hacia poniente con el fin de continuar la busca del Marianne.

Una duda los dominaba, y era que quizá el prao, para eludir la persecución, habría buscado algún refugio o avanzado hacia la costa.

Hacía ya un cuarto de hora que marchaban a poca velocidad en su busca del prao, cuando en las cercanías de una escollera surgió una masa negruzca con unas altas velas aún desplegadas.

—¡Nave hacia la costa! —gritaron los vigías de la cofa.

—Debe de tratarse de nuestro Marianne —exclamó Yáñez—. ¡Al fin!

El Rey del Mar viró velozmente de bordo y avanzó con lentitud en dirección a la escollera. Todos se dirigieron con premura hacia la proa para observar mejor aquella nave, cuya inmovilidad contrarse empotrada en las rocas.

Proyectaron hacia la nave un reflector eléctrico, iluminándola como si fuese pleno día. Sin embargo, cosa sorprendente, nadie apareció en la cubierta.

—¡Lanzad tres cohetes! —ordenó Yáñez—. Si hay alguien a bordo, probablemente responderá.

—¿Se trata del Marianne? —inquirió Tremal-Naik, el cual sentía la misma preocupación que los dos comandantes.

—Aún no puedo afirmarlo —respondió el portugués—, aunque las velas son como las de un prao de grandes dimensiones o las de un giong. Mi hipótesis es que ese barco se habrá arrojado sobre la escollera y varado en la arena con el fin de huir del cañoneo de los ingleses. ¿No lo crees tú así, Tremal-Naik?

—Sí.

—Temo que hayas acertado.

—¿Y los tripulantes? No se ve a ninguno.

—Y nadie responde —dijo Sandokán, que se había acercado mientras Kammamuri y Sambigliong disparaban los cohetes, que explotaron en el aire lanzando infinitas chispas multicolores.

—Eso significa que los ingleses han hecho prisionera a la dotación —comentó Tremal-Naik.

—Pues nosotros iremos a liberarla, aunque debemos perseguir a ese buque por todo el río Sedang. Ordena lanzar al agua una chalupa y vamos a comprobar si ese prao es en realidad el Marianne.

El crucero había reducido la marcha por el continuo temor a tropezar con un bajo fondo. Los escandallos no alcanzaban más que doce metros de profundidad, y el fondo tendía a crecer con rapidez.

La enorme chalupa de vapor cayó al agua, y Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik, con veinte malayos armados, subieron a ella y se dirigieron hacia la escollera.

El Rey del Mar había virado de bordo, regresando un tanto hacia mar adentro, ya que el oleaje en aquellos lugares era bastante violento.

La escollera se hallaba a una distancia de apenas quinientos o seiscientos metros. Estaba formada por una larga hilera de rocas de tono muy oscuro, con el aspecto de una sierra y con los lados desgastados por la incesante acción de las olas.

El barco estaba varado hacia la punta septentrional, y como consecuencia del encontronazo, que debía de haber sido muy fuerte, se había inclinado sobre un costado, manteniéndose con las bancasas contra una roca tan alta como la arboladura.

Por temor a una sorpresa, Sandokán ordenó a diez de sus hombres que tuvieran listos los fusiles; una vez hecho esto, la chalupa avanzó hacia una caleta cercada por un cinturón de escollos, cuyas aguas estaban serenas.

Seis marineros permanecieron de guardia en la lancha, y los demás se acercaron a la nave.

—¡El Marianne! —exclamó de improviso Sandokán, con tono de dolor.

El malparado velero, fuera como resultado de una falsa maniobra, fuera por haber sido arrojado allí a propósito, se había estrellado contra la punta de la escollera de tan mala manera que podía considerarse ya totalmente inutilizable.

Las afiladas rocas habían reventado su casco, ocasionándole un imponente boquete por el que las olas penetraban hasta la bodega.

—¡En qué condiciones hemos encontrado a este pobre barco! —exclamó Yáñez, que se hallaba tan emocionado como el Tigre de Malasia—. ¿Qué le habrá obligado a lanzarse contra esta escollera? ¿Y sus tripulantes?

—Ahí, en el costado de babor, hay una escala de cuerda —indicó Tremal-Naik—. ¡Subamos!

—¡Tened a punto las armas! —advirtió Sandokán—. ¡Podría haber ingleses a bordo!

—¡Ya estamos listos! —dijo Yáñez.

Y trepó el primero, detrás Sandokán y luego el resto, llevando amartillados los fusiles y las pistolas.

En el buque reinaba un silencio de muerte, pero ¡qué confusión en la toldilla! Allí se veían cajas y barriles destapados, espingardas y fusiles caídos, y en la proa un imponente boquete que parecía haber sido hecho por alguna granada.

La escotilla grande se hallaba descorrida y abajo, en el fondo de la bodega, bramaba el agua con sordo sonido.

—No hay nadie —dijo Yáñez.

—¿Qué les habrá ocurrido a mis hombres? —se preguntó Sandokán con acento de preocupación—. ¿Y la carga que llevaba el velero? Porque parece que la estiba ha sido vaciada.

En aquel instante, desde la parte superior del escollo en el que se apoyaba el Marianne, una voz gritó:

—¡Capitán!

Sandokán y Yáñez levantaron al momento la cabeza, mientras los malayos, por lo que pudiera ocurrir, amartillaban las carabinas.

Un hombre muy moreno y medio desnudo bajaba a grandes saltos por entre las rocas; llevaba en la mano un parang, cuya larga hoja brillaba vivamente por efecto de los rayos de la luna.

En breves instantes alcanzó la amura de babor y saltó a cubierta exclamando:

—¡Capitán, le aguardaba!

—¡Eres tú, Sakkadama! —exclamaron a la vez Yáñez y Tremal-Naik, reconociendo al piloto del Marianne.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Sandokán.

—Ayer por la tarde nos sorprendió un buque de vapor y nos obligó a lanzarnos contra esta escollera, lo que provocó dos grietas bajo la línea de flotación. Se dio a la fuga al ver llegar al crucero.

—¿Han saqueado el Marianne?

—Sí, Tigre de Malasia. Se apoderaron de las municiones y las armas.

—Y tus camaradas, ¿dónde se encuentran?

—Han pasado al Sedang.

—¿Y tú has permanecido aquí?

—No había lugar en la chalupa, ya que la otra fue destruida por un cañonazo.

—¿No os habéis puesto en comunicación con los dayakos?

—Sí —respondió el piloto—; hace ocho días, pero no pudimos hacer nada. El rajá, receloso de ellos, hizo detener a gran parte de ellos y el resto ha sido desterrado lejos de la frontera.

—¡Maldita sea! —exclamó Yáñez—. ¡Es una noticia que no esperaba recibir! ¡Adiós esperanzas!

—Hemos tardado demasiado tiempo —dijo Sandokán—, y el rajá ha podido prepararse.

—¿Y ahora qué haremos, Sandokán?

—No nos queda otro remedio que combatir en el mar —respondió el Tigre de Malasia—. Regresaremos hacia el norte, puesto que el grueso de la flota coaligada se encuentra en aguas de Sarawak, y reanudaremos la guerra contra los barcos mercantes para ocasionar el máximo daño posible a las compañías marítimas. Si es necesario, ¡nos trasladaremos hasta los mares de China! ¡Compañeros, a bordo! ¡No perdamos tiempo!

Ya se disponían a bajar a la chalupa cuando oyeron un cañonazo disparado desde el Rey del Mar.

Sandokán dio un respingo.

—¿Habrán avistado la flota de los aliados? —se dijo.

—Eso parece —repuso Yáñez—. Está avanzando hacia nosotros.

—¡Fijaos! —exclamó Tremal-Naik.

Una intensísima luz hacía brillar el horizonte por el oeste, que pocos minutos antes estaba totalmente oscuro.

La flota coaligada, formada por media docena de buques, avanzaba rápidamente hacia el crucero con el objeto de impedirle que pudiera salir a alta mar.

—¡Rápido! ¡A bordo! —ordenó el Tigre de Malasia.

Descendieron por la cuerda uno tras otro, y la chalupa emprendió la marcha a toda velocidad en dirección al Rey del Mar, que se dirigía ya a su encuentro.

A pesar de hallarse a mucha distancia, los buques enemigos habían abierto fuego y los cañonazos se sucedían ininterrumpidamente; unos cuantos proyectiles fueron a caer a escasos metros de las dos embarcaciones. No tardarían más que muy pocos minutos en alcanzar su blanco las balas y las granadas.

El Rey del Mar se encontraba ya a dos o tres cables, y maniobró de forma que pudo cubrir a la chalupa contra los cañonazos de la artillería enemiga, presentando a los proyectiles sus sólidos costados. La escala fue bajada de un solo golpe.

El ingeniero Horward, Damna, Surama y Kammamuri abandonaron la torrecilla de popa, exclamando:

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Suban!

Unos cuantos marineros habían calado ya los palangres para levantar la chalupa.

Tras afirmar los ganchos, Yáñez, Sandokán, Tremal-Naik y sus amigos treparon por la escala.

—¡Al fin! —exclamó el norteamericano—. ¡Pensé que no iban a llegar a tiempo!

—¡A sus puestos de combate los artilleros! —ordenó Sandokán—. ¡Que se doblen los timoneles en la rueda!

—¡Vamos a tener bastante trabajo para librarnos de la flota, pero somos fuertes y rápidos! —dijo Yáñez.

EL DIABLO DE LA GUERRA

Una vez que fue embarcada con premura la chalupa, el Rey del Mar viró de bordo rápidamente, dirigiéndose hacia el norte con el fin de no chocar contra las escolleras que se extendían en dirección a poniente.

La escuadra coaligada corría a toda máquina en su intento de cortarle el paso, y forzaba la marcha para llegar a tiempo.

Pero ninguno de aquellos buques, realmente anticuados y que se habían estado deteriorando en los

puertos de ultramar, podía competir con el rapidísimo crucero, el cual avanzaba a velocidad máxima, ni tampoco con su potente artillería, que en aquel tiempo era del tipo más moderno. Los proyectiles se abatían sobre el puente del barco corsario y caían contra las torres con enorme fragor y produciendo grandes llamaradas; pero todo ello apenas ocasionaba el menor efecto en el blindaje.

El barco de los tigres de Mompracem replicaba con idéntica energía. Sus imponentes cañones de caza retumbaban incesantemente, provocando graves daños en el adversario, muy débil para enfrentarse con él.

Yáñez, con el eterno cigarro entre los labios, y Sandokán, inmóvil y con sombrío aspecto, contemplaban plácidamente aquella espantosa escena sin que un solo músculo de su rostro se alterara. Únicamente cuando algún cañonazo alcanzaba de lleno a un buque enemigo demostraban su júbilo con una calada más fuerte al cigarro el primero, y el segundo con un sencillo movimiento de cabeza.

A bordo, el estruendo era horroroso. Cataratas de fuego surgían por las aspilleras de las torrecillas y por los contracantiles de las baterías; nubes de humo cubrían los costados del poderoso barco.

El Rey del Mar huía con la rapidez del rayo, eludiendo el cerco en que quería encerrarlo la flota y dejando tras de sí columnas de humo y de chispas.

Como si se tratase de un proyectil, atravesó por entre dos buques que pretendían impedirle el paso, lanzándoles dos terribles andanadas y defendiéndose con las dos piezas de popa.

La flota aliada, imposibilitada de alcanzarlo por su menor velocidad, se iba quedando rezagada a pesar de navegar a toda máquina. Sus proyectiles ni siquiera llegaban ya hasta el puente del crucero.

Los tigres de Mompracem se veían ya libres de toda persecución, cuando tras una serie de altos escollos vieron avanzar a todo vapor cuatro magníficos cruceros, cada uno de tanto bordo como el Rey del Mar.

—¡Por mil diablos! —barbotó Sandokán—. ¿De dónde han salido esos barcos? ¡Yáñez! ¡Ordena rumbo al norte!

Los cuatro cruceros se dirigían hacia el Rey del Mar, pero por fortuna habían aparecido excesivamente tarde para intervenir de forma activa en la batalla.

—¡Un poco antes y no sé de qué manera hubiéramos podido librarnos! —comentó Yáñez, que los examinaba a través de la aspillera de la torre de mando.

—Pero ahora, señor Yáñez, quedarán a popa —dijo el ingeniero norteamericano, que también los observaba con gran detenimiento—. En lo que a armamento se refiere, tal vez puedan competir con nosotros. Pero no en potencia de máquinas. Ganamos terreno claramente y de aquí a seis horas ya habrán desaparecido de nuestra vista.

—¿De quién serán tan magníficos barcos? —inquirió Tremal-Naik.

—No se ve ondear ninguna bandera en su arboladura.

—Me imagino que deben de ser ingleses —repuso Yáñez—. Es posible que formen parte de la flota angloindia. Antes no se veían en Labuán buques tan modernos.

—Y, por lo que parece, no desean abandonarnos —dijo Sandokán, que en aquel instante entraba de nuevo en la torre—. Para nuestra suerte nos hallamos fuera del alcance de sus cañones. Aguardaremos a

que llegue la noche para efectuar una falsa maniobra y cambiar el rumbo hacia occidente. Abandonaremos las costas de Labuán.

—¿Creerá tal vez esa gente que pretendemos asaltar esa isla? —preguntó Yáñez.

—O Mompracem —respondió Sandokán—. ¡Es una lástima gastar tanto carbón para mantener esta velocidad!

—De momento, ya hacemos bastante con obligarlos a correr; luego repostaremos el carbón a costa de los vapores mercantes.

El Rey del Mar proseguía su veloz marcha a toda máquina. La flota de los aliados que había intentado cercarlo junto a los escollos ya no se distinguía; únicamente los cuatro cruceros, aunque cada vez más rezagados, continuaban la persecución con gran tenacidad.

Debían de tener también poderosas máquinas, puesto que al amanecer el Rey del Mar tan solo había conseguido tomarles una milla de ventaja y había consumido enormes cantidades de combustible. Como desde el principio les llevaba cuatro millas de delantera, seguía fuera del alcance de su artillería, que en aquel tiempo no alcanzaba a tanta distancia.

Al mediodía aún no había terminado la persecución; pero habían ganado otra milla de ventaja.

Yáñez, que durante todo el tiempo no dejó la cubierta, se disponía a bajar al comedor cuando Damna se acercó.

La muchacha parecía estar muy triste y preocupada.

—Señor Yáñez —le dijo—, ¿le vio usted?

—¿A quién? —preguntó el portugués, aunque sabía qué era lo que la joven pretendía decir.

—¡A sir Moreland!

—No, Damna. No le he visto en ninguno de los puentes de mando de la flota enemiga.

La muchacha palideció.

—¿Habrá muerto? —preguntó después de un momento de silencio.

—¿Por qué razón tiene que haber muerto? No ha combatido contra nosotros, y cuando dejó su chalupa averiada estaba tan vivo como yo mismo.

—¿Vendrá en alguno de esos cuatro buques?

—No le he visto tampoco en ninguno de ellos. He observado detenidamente los puentes con el catalejo y no le he distinguido.

—Pues, a pesar de todo, el corazón me dice que viene en uno de esos barcos.

Yáñez sonrió sin responder y, ofreciéndole el brazo, la llevó hasta el comedor.

Por la tarde aún se avistaban los cruceros, aunque a una distancia de una docena de millas.

Sus chimeneas seguían despidiendo grandes torres de humo, pero aun así continuaban perdiendo camino.

Hacia la medianoche el Rey del Mar, que no había encendido las luces, viró de improviso de bordo,

avanzando hacia poniente en dirección al cabo Taniong-Datu para adentrarse en el mar de la Sonda.

Era preciso proveerse de carbón, y sin disponer de puertos amigos ni de la colaboración del Marianne, no quedaba otra esperanza ni otro remedio que apoderarse del que llevasen los buques ingleses, los cuales seguramente no habrían dejado de efectuar sus travesías regulares.

Tras haberse cerciorado de que ya no se veían los cruceros, Sandokán ordenó aminorar la velocidad del barco con el fin de ahorrar combustible, ya que no sabía cuándo le sería posible reponer su provisión, de nuevo muy escasa.

Dos días más tarde divisaban el cabo de Taniong-Datu, y el Rey del Mar continuó su camino hacia el noroeste, confiando en que en aquella dirección le sería posible sorprender a cualquier vapor procedente de Singapur o bien de los puertos de Java o Sumatra. Pero durante los días siguientes no se distinguió humo alguno en el horizonte.

La explicación más probable era que por todas las islas del mar de la Sonda debía de haber corrido la voz de que por aquellos lugares merodeaba un buque corsario, y los vapores ingleses no se atreverían a dejar los puertos hasta que la escuadra de Labuán lo hundiera o lo capturara.

Aunque se hallaban muy inquietos, pues no ignoraban que de la abundancia de carbón dependía el que pudieran encontrarse siempre a salvo, Sandokán y Yáñez no eran de esos hombres que se desesperan con facilidad.

Aún podían recorrer a poca velocidad trescientas o cuatrocientas millas y dirigirse si era necesario a los mares de China meridional y, si se lo proponían, intentar todavía un audaz golpe de mano.

Pero, al menos de momento, no tenían el proyecto de apartarse mucho de las costas de Borneo. Por otra parte, la flota inglesa de Extremo Oriente debía de haberse puesto ya en camino para capturarlos y no querían enfrentarse a ella con tan exigua cantidad de combustible.

—Es mejor esperar —le explicó Sandokán a Tremal-Naik, que le había preguntado respecto a sus planes—. No nos conviene abandonar por ahora estos parajes y pasar más allá de las islas Natuna y Bungaram. Sé perfectamente que allí no me faltarían buques que capturar, pero aquí tampoco me faltará trabajo.

—¿Qué aguardas aquí? Cualquiera diría que esperas algo.

—Algo espero, en efecto —convino Sandokán con una extraña sonrisa—. ¡Quiero matar dos pájaros de un tiro!

—Hace ya cuatro días que hemos abandonado las aguas de Sarawak.

—Para nosotros el tiempo no tiene la menor importancia. De manera que esperemos.

—¿Y si los cruceros prosiguen la persecución?

—Es cierto —contestó Sandokán—. Pero ¿detrás de quién irán? Tengo la certeza de que he conseguido engañarlos por completo y es muy poco probable que los encontremos de momento cortándonos el paso.

Durante cuarenta y ocho horas prosiguió el Rey del Mar avanzando hacia el noroeste, manteniéndose muy distante de las costas de Borneo. Avistó otra vez las islas Natuna y Bungaram y viró en dirección a levante; los dos capitanes querían poner rumbo a Brunei, capital del sultanato de

Borneo, ya que sabían que de vez en cuando recorrían aquellas aguas los vapores ingleses.

No se equivocaba. Haría unas quince horas que habían avistado la isla cuando en el claro horizonte se divisó un barco de gran tamaño. Se trataba de un buque de vapor de dos chimeneas y tambores, que se dirigía hacia Brunei, probablemente para recalar allí antes de partir hacia los mares de China.

La bandera roja que ondeaba en la popa confirmó las esperanzas de Yáñez y Sandokán, que parecían tantear el barco a distancia.

El buque de vapor advirtió la presencia del crucero y de los colores de su enseña y, aunque en un primer intento siguió su rumbo hacia el nordeste, viró de improviso de bordo a gran velocidad, avanzando en dirección a levante con la esperanza de hallar protección en cualquier bahía de Borneo.

Antes de abandonar los puertos de la India, el comandante debía de haber sido prevenido respecto a la presencia de un corsario malayo en los mares de la Sonda y por esta razón emprendió la huida, a fin de evitar el combate.

A pesar de que el buque de vapor corría a toda velocidad forzando la máquina, a juzgar por las cataratas de humo que despedían sus chimeneas, el Rey del Mar le dio alcance enseguida por medio de una muy hábil maniobra, y le disparó un cañonazo, primero solo con pólvora y luego otro con proyectil, para que advirtiera que estaba dispuesto a echarlo a pique.

Al ver que no acataba las indicaciones y que aumentaba la velocidad, se le disparó con uno de los cañones de caza un proyectil que le destrozó la toldilla de cámara.

Un instante después izaba una bandera blanca en la punta del trinquete y aminoraba la marcha.

—¡Ese comandante tiene mucho valor! —comentó Yáñez, mientras botaban al agua las chalupas—. Por desgracia, no es posible mostrarse generosos, y ese soberbio vapor irá a hacer compañía a los otros en las profundidades del mar de Malasia.

Bajó a la lancha de vapor y se dirigió hacia el buque de vapor, acompañado de cinco chalupas en las que iban setenta hombres, entre malayos y dayakos.

El buque de vapor se hallaba detenido a unos diez cables de distancia del Rey del Mar. Se trataba de un magnífico buque, en el que viajaban numerosos pasajeros, que, silenciosos y espantados, aguardaban ansiosamente la llegada de los corsarios. El comandante, acompañado de sus oficiales, no se había retirado del puente.

Yáñez subió el primero a bordo. Cruzó por entre la muchedumbre allí congregada y se dirigió hacia el puente de mando mientras decía al comandante del buque de vapor, que permanecía quieto sin salir a su encuentro:

—Señor, no es usted demasiado cortés con un hombre que podría haberlo destruido a cañonazos.

—Hágalo así, si le complace —repuso fríamente el capitán—. Yo no tengo nada que oponer; pero fíjese, no obstante, que en mi buque van más de quinientas personas, incluyendo muchas mujeres, niños y hombres que no son ingleses.

—¿Dispone de bastantes chalupas para que quepan todos, incluidos los tripulantes?

—Sí.

—La costa de Borneo no se halla a mucha distancia y el mar en estos momentos no da indicios de ir

a encrespase. Ordene usted que se embarquen todos y márchense, porque el barco es mío a partir de ahora.

—Mis marineros y los pasajeros pueden dejar el buque; yo permaneceré aquí pase lo que pase —respondió el inglés—. ¡Yo no me doblego ante los piratas de Mompracem!

—¡Vaya! ¿Conoce usted quiénes somos? ¡Estupendo! ¡Le hundiremos a usted con su barco!

—¿Van a hundirlo?

—Señores, les doy dos horas, y aquí aguardo con el reloj en la mano.

—Insisto en que no abandonaré el buque —repuso obstinadamente el inglés—. ¡Me hundiré con él!

—Si no le hacemos salir a la fuerza del puente de mando —contestó Yáñez con impaciencia.

El portugués iba a dirigirse hacia sus hombres, que ayudaban a los marineros del vapor a lanzar al agua las chalupas, cuando vio avanzar hacia él a un hombre de pequeña estatura, zambo, muy bien afeitado y que protegía sus ojos con unos anteojos ahumados.

—Capitán —empezó el desconocido, quitándose con vivacidad el sombrero y desabrochándose una larga zamarra de oscuro paño, la cual no parecía abrumarle pese al extremo calor que hacía—. ¿Es usted uno de esos célebres piratas de Malasia?

—Soy uno de los jefes —replicó Yáñez examinando con interés a aquel hombrecillo panzudo y patizambo.

—En ese caso debo embarcar con usted, ya que estaba pensando en un buque que me llevara a Mompracem.

—Nosotros no nos dirigimos a esa isla. Además, debo comunicarle que solo tomamos a nuestro servicio a gente de mar y de guerra.

—Deseo embarcar con ustedes para luchar contra los ingleses. Estoy informado, señor, de todas las extraordinarias hazañas y aventuras que han llevado a cabo ustedes.

—¡Usted! —exclamó Yáñez en tono irónico.

—¿No sabe quién soy yo?

—No.

—Pues soy el Diablo de la Guerra o, si lo prefiere, el doctor Paddy O'Brien, de Filadelfia; en suma, un hombre que podrá ocasionar graves estragos a los ingleses. Esta es la razón por la que usted consentirá en que embarque en su crucero, junto a mi equipaje. Les proporcionaré valiosos servicios, tan grandes que pasmarán al mundo y lo harán temblar.

LA ÚLTIMA CORRERÍA

Yáñez escuchó con paciencia, examinando con interés no desprovisto de ironía al hombrecillo que proponía asombrar al mundo y preguntándose si, efectivamente, no tendría ante sí a algún docto hombre de ciencia poseedor de un tremendo secreto o a un loco.

—Piensa usted que el doctor Paddy O'Brien tiene desquiciado el cerebro, ¿no es así, señor? O que, como mínimo, solo pretende divertirse. No, comandante, no. Yo he conseguido realizar un descubrimiento maravilloso, que sin duda tendrá terroríficos resultados.

—Prosiga usted —exclamó tranquilamente Yáñez, porque aquello comenzaba a regocijarle.

—¿Sabe usted que he hallado el sistema de encender la lámpara eléctrica sin necesidad de filamentos? En Chicago realicé experimentos sorprendentes y a distancia de tres mil y cuatro mil metros.

—Esos experimentos no me interesan gran cosa, mi apreciado señor Paddy O'Brien. Para aniquilar a nuestros enemigos tenemos bastante con los cañones.

—¿Y qué respondería si le dijese que encontré la forma de hacer estallar los barriles de pólvora a determinada distancia?

—¡Ah! —exclamó Yáñez sacando un cigarro del bolsillo y encendiéndolo—. ¡Ese es, en efecto, un descubrimiento sorprendente, admirable!

—Le parece a usted imposible, ¿no es cierto, comandante? —preguntó el hombre de ciencia.

—No he podido comprobarlo aún y, en consecuencia, ni creo ni dejo de creer.

—Y ahora, ¿permitirá que embarque con ustedes? Si rechaza mi oferta, iré a Brunei y ofreceré a los ingleses mi secreto.

—Puesto que tiene usted interés en realizar una travesía por los mares de Malasia a bordo del Rey del Mar, no tengo nada que oponer. Pero va a ser usted testigo de cosas terribles, que le pondrán la carne de gallina más de una vez. Por otra parte, le prevengo de antemano de que estará usted bajo la vigilancia de hombres leales e insobornables hasta el momento en que se presente la ocasión de probar su sorprendente, extraordinario y tremendo descubrimiento. Nunca se sabe... En un momento de enajenación podría ocurrírsele llevar a cabo el experimento contra nosotros y hacer explotar nuestra santabárbara.

—¡Haga usted lo que le plazca!

—¡Ah! Y el equipaje de usted quedará retenido, ya que posiblemente contendrá el secreto de ese terrorífico invento, y yo mismo me encargaré de vigilarlo.

—No me opongo.

—Y aún debo añadir que mandaré preparar una buena soga para ahorcarle sin la menor contemplación si por casualidad le entra el deseo de intentar alguna cosa contra nosotros. ¿Ha entendido usted, señor Diablo de la Guerra?

—Perfectamente —repuso el norteamericano.

—¿Acepta usted estas condiciones?

—Acepto, comandante.

—Pero no comunique usted a nadie que es pariente de Belcebú. Nuestros hombres son resueltos y valerosos, pero podrían sentirse dominados por el pánico si se enterasen de que he embarcado al Diablo de la Guerra. ¡Doctor, ordene que vayan en busca de su equipaje!

En el transcurso de esta extraordinaria conversación, los pasajeros habían dejado el buque de vapor, amontonándose precipitadamente en las chalupas, en las que habían sido embarcadas suficientes provisiones para poder alcanzar las costas de Borneo sin tener que soportar hambre y sed.

Sin embargo, no se habían alejado mucho, esperando a que llegara su capitán. Pero este continuaba negándose tenazmente a dejar el buque, a pesar de las súplicas de sus oficiales y de las intimidaciones de Yáñez y de sus hombres.

Por el contrario, el valeroso marino se había sentado con total tranquilidad en una mecedora que hizo subir al puente de mando y se había puesto a fumar su pipa, con una serenidad que sorprendió incluso a los mismos malayos.

A la intimidación de Yáñez de hacerle embarcar a la fuerza respondió con un sencillo encogimiento de hombros. Sorprendido por aquella valerosa actitud y antes de decidirse a lanzar a sus hombres contra el capitán, el portugués envió a Sandokán aviso de lo que acontecía.

—¡Ah! ¿No quiere abandonar su barco? —repuso el Tigre de Malasia, que estaba a una distancia que podía dejarse oír—. ¡Que se quede, puesto que así lo desea!

Ordenó a las chalupas que se marcharan al momento, amenazando con hundirlas, y no volvió a preocuparse de aquel hombre.

—¿Y permitiremos que estalle con su buque? —inquirió Yáñez.

—Ahora examinaremos las carboneras, que deben de estar casi vacías, ya que este barco se hallaba a punto de concluir su viaje. Te mando un refuerzo de cien hombres para no tardar demasiado. Estamos muy próximos a Brunei y podrían sorprendernos.

Como Sandokán había supuesto, las carboneras del buque de vapor se hallaban casi vacías, ya que el barco debía aprovisionarse de combustible de nuevo en Brunei antes de continuar su viaje hacia los mares de China.

No quedaban más que unas toneladas de carbón, cantidad por completo insuficiente para completar el aprovisionamiento del Rey del Mar, que había gastado en exceso durante su precipitada fuga.

No obstante, fueron precisas cuatro horas para transportarlo al crucero, en unión de una abundante cantidad de víveres y la caja de a bordo, que se hallaba abarrotada.

Durante el saqueo, el capitán inglés no abandonó su puesto ni hizo el menor gesto de protesta.

Prosiguió fumando con la misma tranquilidad de antes e incluso aceptó un vaso de whisky al que Yáñez le invitó, bebiéndolo a pequeños sorbos con una absoluta serenidad.

Una vez que se hubieron marchado las últimas chalupas cargadas de carbón, Yáñez se acercó al inglés y le comunicó:

—Señor, nosotros hemos acabado.

—En tal caso, ahora me toca a mí terminar de vivir —repuso el comandante del barco de vapor.

—Mi yola se encuentra a su disposición. Irá bien llena de provisiones y con una vela para que pueda usted alcanzar a las chalupas antes de que lleguen a la costa. Fíjese, la brisa es favorable, ya que sopla del oeste.

—Ya dije antes que yo no abandono mi buque y sigo manteniendo mi palabra. Hace seis años que capitaneo este barco de vapor a través del océano, y siento demasiado afecto por él para dejarlo; si ha de hundirse, yo también.

—Como mínimo me indicará usted qué clase de muerte prefiere. Pensaba hacerlo estallar prendiendo fuego a una tonelada de pólvora, pero si usted prefiere que lo hundamos por medio de una bala de cañón... Lo veré irse a pique lentamente, y tal vez se arrepienta antes de hacer explosión bajo las olas.

—Eso me da igual; haga lo que considere más oportuno.

—¡Adiós, señor! ¡Es usted un hombre valeroso!

—¡Adiós, comandante, y que tenga suerte! —contestó el inglés con acento irónico—. ¡Ah! ¡He de pedirle a usted un favor!

—Diga.

—Que si se le presenta la ocasión, comuníqueme a mis armadores de Bombay que Jolin Koop ha muerto como un auténtico hombre de mar: a bordo de su buque.

—Así lo haré, se lo prometo. De aquí a diez minutos tendré el honor de hundirle a cañonazos.

—En ese momento ya habré terminado de fumar mi pipa.

Ambos hombres se separaron. Yáñez descendió al momento a la ballenera, que le esperaba bajo la escala, y el inglés, siempre impertérrito, se sentó de nuevo en la mecedora tras haber izado la bandera inglesa.

—¿Y ese va a quedarse ahí? —preguntó Sandokán en cuanto Yáñez subió a la cubierta del crucero.

—Es un obstinado digno de admiración —respondió el portugués—. Quiere hundirse con su barco. ¿Lo permitirás?

—Aún no nos hemos puesto en marcha —dijo Sandokán con una sonrisa.

Se dirigió a popa, donde se hallaba el viejo artillero norteamericano apoyado en una de las torrecillas y le dijo al oído algunas palabras.

Algo más tarde el crucero viraba de bordo, dirigiéndose a poca marcha hacia el barco de vapor. El inglés continuaba fumando, esperando el cañonazo que habría de echar a pique su barco.

Sandokán se encaminó hasta la proa y le miró con una sonrisa.

El Rey del Mar, conducido por Sambigliong, pasó a treinta pasos de la popa del vapor y redujo la marcha.

Sandokán cogió el altavoz y gritó en inglés:

—Señor, deseo pedirle un favor. Si se le presenta la ocasión de ver de nuevo a sus armadores, notifíqueles que los tigres de Mompracem han respetado su buque porque lo manda un hombre valeroso. ¡Buena suerte!

Luego, mientras la bandera de Mompracem saludaba al inglés, el crucero se alejó rápidamente hacia el septentrión.

El astuto y cauteloso Sandokán no quiso entretenerse mucho tiempo en aquellos lugares tan cercanos a Labuán, temiendo ser cercado por la escuadra de aquella colonia y los cuatro cruceros, que debían de estar buscándole con auténtico encarnizamiento. En consecuencia, decidió dirigirse hacia las costas septentrionales de Borneo para asaltar los buques procedentes de Australia.

Era poco probable, o al menos muy difícil, que los ingleses supusieran que se había alejado de tal manera del golfo de Sarawak.

Por otra parte, tenía la certeza de que podría coger desprevenidos a algunos barcos australianos antes de que los armadores interrumpieran los viajes.

A fin de pasar totalmente inadvertido, se alejó de las vías que habitualmente siguen los barcos y de ese modo llegó a cuarenta millas del extremo septentrional de Borneo.

Aunque fue una incursión únicamente de seis días, ¡cuántas bajas padeció la marina mercante inglesa en tan corto tiempo! Dos vapores y tres veleros fueron capturados por los implacables tigres de Mompracem y corrieron idéntica suerte que los apresados en el mar de Malasia.

Los tripulantes y los pasajeros eran puestos en libertad para que se pusieran a salvo en las costas de las islas. Pero los buques eran hundidos inexorablemente con todos sus cargamentos.

Unos praos les informaron de que la flota de los mares de China, alarmada por tan numerosas presas, estaba agrupándose. Ante semejantes noticias, el Rey del Mar, con las carboneras repletas, inició otra vez la ruta hacia el interior del océano y se dirigió al sur.

El objetivo de Sandokán y Yáñez era hundir los soberbios barcos de vapor que efectuaban el servicio entre la India y la baja Cochinchina.

Sandokán se hallaba dominado por una especie de obsesión por hundir y parecía que resurgía el sanguinario pirata de otras épocas. Consciente de que un día u otro habría de hallarse ante alguna de las formidables flotas que el almirantazgo enviaba tras su pista, deseaba asombrar al mundo con su osadía.

—Nuestros días están contados —había confiado a Yáñez y a Tremal-Naik—. De aquí a pocos meses no hallaremos ya ningún buque inglés que nos suministre combustible. Mientras sea posible, aprovechemos la ocasión; luego ocurrirá lo que la suerte haya decidido.

—Encontraremos otros barcos que nos provea —repuso Yáñez—, ya que obligaremos a los de otras naciones a que nos vendan carbón, aunque debamos emplear la fuerza.

—¿Y después?

—¿Es que estoy yo aquí para encargarme de eso? —exclamó una voz semejante a la de una gallina clueca—. ¡Mi extraordinario invento aniquilará a cuantos buques intenten atacarnos!

Era el doctor Paddy O'Brien, de Filadelfia, el Diablo de la Guerra, del que nadie se acordó hasta aquel momento.

—¡Vaya! ¿Es usted? —dijo Yáñez con una sonrisa ligeramente burlona—. ¿Será usted quien, en el instante de mayor peligro, detendrá los proyectiles que arrojen contra nosotros?

—No, señor. Se equivoca. Yo no detendré los proyectiles —repuso con vivacidad el pequeño hombre—. Lo que haré será hacer estallar los polvorines de los barcos que nos ataquen. Mi aparato no fracasará.

—Estoy seguro de que eso es posible —intervino en aquel instante el ingeniero Horward—. Mi compatriota me ha descrito en qué consiste su descubrimiento y, aunque la cosa parezca extraordinaria, pienso que, efectivamente, puede hacer estallar los buques que nos siguen.

—Lo veremos —dijo Sandokán con bastante incertidumbre.

—Si seguimos bajando hacia el sur, cualquier día toparemos con nuestros adversarios. En ese momento debe usted tener preparada su asombrosa máquina, señor Paddy.

Durante dos días continuó el Rey del Mar su marcha hacia el sur y enderezando la proa mar adentro, sin que consiguiera avistar ningún vapor en sentido alguno.

Los armadores debían de haber dado ya las pertinentes indicaciones para dejar amarrados sus buques en los puertos del mar de la Sonda, a fin de no exponerlos a ser hundidos por los atrevidos corsarios, que hasta aquel momento, con sus veloces correrías y sus inesperadas apariciones, habían podido rehuir la persecución de que eran objeto por parte de las escuadras.

Al quedar interrumpidas las líneas de navegación, los ingleses debían de estar sufriendo grandes pérdidas.

¿Qué le ocurriría al Rey del Mar una vez que desapareciera en las abrasadoras bocas de sus hornos la última tonelada de carbón?

—No pensé que el arma que iba a utilizar poseyera doble filo —murmuró cierto día Sandokán—. Uno para los ingleses y el otro para mí.

Habían avanzado ya quinientas millas y el Rey del Mar se aproximaba a las costas de Malaca sin que hubiese aparecido ningún barco inglés. Vieron algunas naves; pero eran alemanas, francesas, italianas y holandesas. Estos buques representaban más bien un peligro, puesto que podían comunicar al almirantazgo la ruta del corsario, por temor a que este, el día menos pensado, se lanzara contra ellos.

Sandokán y Yáñez empezaban a inquietarse. Su instinto les decía que los días del Rey del Mar estaban contados y que el círculo de hierro se estaba cerrando alrededor de los últimos tigres de Mompracem.

A menudo Kammamuri y Tremal-Naik los sorprendían con el aire pensativo y la mirada sombría. En otras ocasiones los veían mirar durante largo tiempo a Damna y a Surama y mover la cabeza con tristeza, como si lamentasen haberlas embarcado para complicarlas en una terrible tragedia, de la cual no tenían ya ninguna duda.

—Pequeña —dijo un día Yáñez a Damna, que miraba hacia el horizonte enrojecido por los postreros rayos del sol poniente, como si esperase ver surgir por allí al hombre que amaba—, ¿sientes temor a la muerte?

—¿Por qué razón me hace esa pregunta, señor Yáñez? —preguntó con una triste sonrisa la bella angloindia.

—Porque creo que va a llegar pronto la última hora.

—¡Cuando ustedes mueran, nosotras los acompañaremos a las profundidades del mar! —repuso Damna.

—¡Sí; yo no abandonaré al sahib blanco que me ama! —exclamó Surama mirando con dulzura al

portugués.

—No obstante, deseo salvaros de la muerte antes de que os toque con sus heladas alas. Y la misma idea tiene Sandokán. Nosotros nos dirigimos hacia Malaca y podemos sacrificar todo el carbón que nos queda para dejaros en aquellas costas.

Damna y Surama negaron de manera enérgica con la cabeza.

—¡No! —exclamó la primera con firme determinación—. ¡No quiero abandonar a mi padre ni a ustedes, pase lo que pase!

—¡Ni yo me apartaré de ti, sahib blanco, al que debo la libertad y la vida! —repuso Surama.

—Has de pensar, Damna, que cualquier día podrás casarte y ser una esposa feliz junto al hombre que te ama apasionadamente y por el que yo siento afecto.

—Sir Moreland ya debe de haberme olvidado —contestó la joven con un suspiro.

—Piensa también que en un momento dado puede lanzarse contra nosotros la flota aliada y encerrarnos en un cerco de fuego. Y piensa, además, que eres mujer.

—¡No, señor Yáñez! —respondió Damna con mayor vehemencia—. ¡Nosotras no los dejaremos a ustedes! ¿No es verdad, Surama?

—¡Yo me sentiré muy dichosa muriendo junto a mi sahib blanco! —repuso la india.

Yáñez le acarició con una mano la espesa cabellera negra y luego exclamó:

—¡Bah! ¡Tal vez...! Aún no nos han derrotado.

EL HIJO DE SUYODHANA

No. Los últimos tigres de Mompracem no habían sido derrotados aún. Pero corrían serio peligro de ser derrotados muy pronto ya que no sabían dónde aprovisionarse de carbón, tan imprescindible para ellos como la pólvora.

El combustible iba agotándose de manera perceptible; las carboneras se hallaban casi vacías. La esperanza de encontrarse con algún barco se volvía cada vez más remota. Urgía tomar una resolución extrema y pronto lo hicieron Sandokán y Yáñez, de acuerdo con Tremal-Naik y el ingeniero norteamericano.

Se decidió dirigirse al instante a la isla de Gaia, donde los praos aguardaban a que terminara la guerra. La idea no era poder aprovisionarse en ese lugar de carbón, sino poder contar por lo menos en aquel extremo momento con el apoyo de aquellos veleros. Además, podrían enviar algunos praos a Brunei para conseguir carbón.

Como eran pequeñas naves mercantes que podían izar la bandera de cualquier nacionalidad, no se les pondría el menor impedimento para embarcar carbón.

Lo difícil era poder alcanzar la isla, que se hallaba a más de cuatrocientas millas de distancia, antes de que la flota coaligada, que ya debía de haber abandonado las aguas de Sarawak, se lanzara contra el

Rey del Mar y lo sorprendiera con aquella escasez de combustible, forzándolo a trabar combate contra fuerzas extraordinariamente superiores.

De momento no parecía que los amenazase tan grave peligro, ya que un giong que procedía del sur les indicó por la mañana que no había avistado ningún buque de guerra en las aguas de Labuán ni en las de Brunei.

Acabado aquel corto consejo, el Rey del Mar puso rumbo de inmediato en aquella dirección, debiendo pasar a mucha distancia de Mompracem y mantenerse a poniente de los dos grandes bancos de Samarang y de Vernon.

Para ahorrar el máximo de combustible, se apagaron la mitad de los fuegos; de esta manera el crucero navegaba solamente a seis nudos por hora.

Sandokán parecía mucho más nervioso que Yáñez, además de estar de muy mal humor.

Se le veía pasear durante horas por la pasarela de mando, examinando con gran inquietud el horizonte y dominado por una preocupación que cada vez iba en aumento. Ya no era el hombre sereno e impasible de otra época, que confiaba en su barco y en su artillería, que se burlaba de los peligros y que se enfrentaba a ellos con la sonrisa en los labios, fumando tranquilamente.

A lo largo del día bajó varias veces a las carboneras, ya casi agotadas; se detenía frente a los hornos, delante de aquellas voraces bocas que exigían alimento con insistencia, y notaba en el corazón tremendas opresiones al ver cómo los fogoneros arrojaban entre las medio moribundas llamas paletadas de carbón.

Al abandonar aquel lugar, su frente aparecía ceñuda y paseaba en silencio durante mucho tiempo entre las torres de popa y de proa, con los brazos cruzados, la cabeza agachada y sin hablar con nadie.

Solamente doscientas millas separaban al Rey del Mar de Borneo cuando empezó a propagarse a bordo una grave noticia.

Un pequeño velero al cual se había pedido información dio una respuesta que hizo temblar a todos los hombres del crucero corsario.

—¡Al sudoeste hay cruceros ingleses!

—¿Cuántos son?

—Dos.

—¿Cuándo los habéis visto?

—Ayer por la tarde.

Era necesario iniciar la huida. Aquel par de buques debían de ser la vanguardia de alguna escuadra; podían llegar en cualquier instante y avistar al Rey del Mar.

—¡Agotemos las últimas reservas de carbón! —exclamó Sandokán dirigiéndose a Yáñez.

—¿Y qué haremos después?

—¡Preparémonos para combatir!

El Rey del Mar aceleró la marcha. Huía a toda velocidad, avanzando a doce nudos por hora y

gastando las últimas toneladas de combustible, con una remota esperanza: la de encontrar un buque mercante y arrebatarle el carbón que transportara antes de la llegada de la flota enemiga.

A bordo se había redoblado la vigilancia. Hombres con ojos de lince avizoraban desde las cofas.

Mientras tanto, Sandokán había dado instrucciones de estar preparados para el combate, que, según todos los cálculos, habría de ser el último, de no producirse algún milagro.

Faltaban aún cuarenta millas; la velocidad decrecía, las carboneras estaban exhaustas y las calderas se iban enfriando a cada minuto que pasaba.

Se acercaba el momento supremo y, no obstante, a bordo todos se hallaban serenos, porque ya hacía mucho tiempo que habían hecho el sacrificio de sus vidas. A nadie le amedrentaba la muerte que los amenazaba y contemplaban con absoluta tranquilidad las aguas que muy probablemente serían su sepultura.

Solo lamentaba una cosa: morir lejos de Mompracem.

A las ocho de la noche el Rey del Mar se detuvo casi sobre la gran cuenca del Vernon. Todo aquello que podía producir calor fue consumido por los hornos implacables de las máquinas.

Los barriles de alquitrán, las cajas de cáñamo empapadas en licores, las materias grasas de la despensa, los muebles de las salas e incluso las hamacas y los efectos personales de la tripulación habían sido utilizados.

De haber podido convertir las paredes metálicas del buque en combustible, aquella gente no hubiera vacilado en echarlas al fuego para poder alcanzar las costas de Borneo, aún a mucha distancia.

Al notar que el barco se detenía, Sandokán se dirigió hacia la popa, más sombrío que nunca, y allí se acodó en la borda.

No había pronunciado una palabra ni mostrado ninguna emoción. Encendió la pipa y fumó con más rabia que de costumbre, fijando la vista en el horizonte, que era invadido rápidamente por las tinieblas.

Yáñez contempló a Sandokán.

De aquel lugar procedía el peligro, y lo sentían acercarse, terrible, imponente, abrumador, inexorable, fatal.

La oscuridad era ya total y hacía adquirir a las aguas un color casi negro. En el cielo se veían pocas estrellas; apenas se distinguían por entre los jirones de nubes que se destacaban debido a la brisa del sur.

En el barco imperaba un absoluto silencio desde que las máquinas dejaron de funcionar y, no obstante, los doscientos cincuenta hombres que constituían la tripulación del crucero se hallaban sobre cubierta: unos en las amuras y otros tras las enormes piezas de artillería de las torres. Sin embargo, ninguno pronunciaba una palabra.

Hacia medianoche, Tremal-Naik se aproximó a Sandokán, que no había dejado su puesto.

—Amigo mío —le dijo—, ¿qué es lo que queda por hacer?

—¡Disponernos a morir! —repuso el Tigre de Malasia con voz serena.

—Yo estoy preparado. Pero ¿y las muchachas?

En vez de responderle, Sandokán extendió la mano derecha en dirección al oeste y comentó:

—¡Ahí están! ¿Los ves?

—¿Quiénes, Sandokán?

—Los buques enemigos.

—¡Ya! —musitó el hindú sin poder reprimir un estremecimiento.

—Se dirigen hacia aquí con la rapidez de las fieras para destrozar a los últimos tigres de Malasia. Sus ojos ya están fijos en nosotros.

Tremal-Naik miró en la dirección señalada, mientras los vigías gritaban:

—¡Barcos a popa!

En el horizonte relucían varios puntos, que se iban agrandando con gran rapidez.

—¿Están preparados nuestros hombres? —inquirió Sandokán.

—Sí —contestó Tremal-Naik, que se hallaba junto a él.

—¿Y las muchachas? —preguntó con un ligero temblor.

—Están tranquilas.

—¡Desearía salvarlas!

—¿Qué debemos hacer para ello?

—Hacer que se embarquen y se alejen antes de que nos cerquen esos buques.

—No querrán hacerlo; me han jurado que si hemos de morir, ellas se hundirán con nosotros.

—¡Aquí está la muerte!

—La esperan.

—¡Ponlas a salvo, Yáñez!

—Te repito que no quieren abandonarnos; no insistas.

—¡Bien! ¡Que sea como quieren! Si perecemos, no lo haremos sin habernos vengado. ¡A mí, tigres de Mompracem!

Los buques enemigos avanzaban a toda máquina, formando un amplio semicírculo que luego habría de cerrarse para coger en medio al Rey del Mar y mandarlo destrozado, deshecho por numerosas bocas de sus piezas de artillería, a las profundidades del océano.

Sandokán y Yáñez, que llegado el instante supremo del peligro habían recuperado la serenidad de costumbre, daban las órdenes con voz tranquila.

Tras comprobar que todos los hombres se hallaban en sus respectivos puestos de combate, subieron al puente de mando.

En el palo de popa izaron la bandera roja con la cabeza del tigre en medio.

Sobre el Rey del Mar concentraron los reflectores eléctricos de los buques enemigos varios rayos de

luz, alumbrándolo como si fuera de día.

—¡Sí, fijaos bien, somos nosotros! —gritó Sandokán.

Cuatro enormes barcos de vapor, sin duda los más poderosos de la flota aliada, se habían situado silenciosamente en semicírculo en torno al crucero amenazándolo con sus cañones. No obstante, aún no dispararían ningún cañonazo.

Aguardaban a que se hiciera de día para iniciar el combate supremo o para conminar a la rendición, palabra desconocida para el altivo pirata.

Damna se había aproximado en silencio a la borda de popa. Se hallaba pálida en extremo, pero tan serena como todos los miembros de la tripulación.

Su mirada iba sin cesar de uno a otro barco. ¿Qué era lo que buscaba? No cabía duda: a sir Moreland.

Una voz en su interior le decía que el hombre amado había de encontrarse cerca, en uno de aquellos poderosos buques que avanzaban para aniquilar al Rey del Mar.

Mientras tanto, los barcos aliados habían apagado los reflectores y evolucionaban lentamente en torno al crucero, estrechando a cada instante el cerco. Se deslizaban como fantasmas en una lúgubre noche, y sus faroles, como llameantes ojos, parecían clavarse de una manera sangrienta sobre su víctima.

No se encontraban, sin embargo, al alcance de la artillería de grueso calibre. Convencidos de que los tigres de Mompracem no podrían escapar, no se daban prisa en aproximarse.

Sobre las dos de la madrugada, Sandokán y Yáñez, que no habían abandonado sus puestos, bajaron lentamente del puente y se encaminaron al centro del buque. Su porte era, como siempre, frío e impasible.

Se dirigieron hacia Tremal-Naik, que estaba apoyado en un cabrestante y examinaba con aire preocupado a su hija, que vagaba como un fantasma por el castillo de popa.

—Amigo —le comunicó Sandokán en tono triste—, aquí se hundirán mañana en el fondo del mar los últimos tigres de Mompracem.

Tremal-Naik experimentó un estremecimiento y alzó vivamente la cabeza.

—¿Supones que esos cruceros pueden derrotar a un buque tan formidable como el tuyo? —interrogó.

—Se trata de los cuatro grandes cruceros que intentaron capturarnos en la bahía de Sarawak. Tenemos la certeza de no equivocarnos.

—¿Y podrán hundir a tu Rey del Mar?

—Estoy completamente seguro de ello.

—Y yo también —confirmó Yáñez—. Esos barcos deben de tener una artillería muy poderosa, y, por otra parte, son cuatro.

—Y nosotros estamos inmovilizados —exclamó Sandokán.

—En definitiva, ¿qué es lo que pretendéis decirme? —inquirió el hindú.

—Proponerte que te dirijas a uno de esos buques y te entregues, llevando contigo a tu hija y a Surama.

Tremal-Naik se incorporó con un gesto de asombro y de dolor al mismo tiempo.

—¡Yo, marcharme de vuestro lado! —exclamó—. ¡No, jamás! ¡Si perecen los tigres de Mompracem, a quienes debo la vida y tan gran gratitud, morirán con ellos el viejo cazador de jaguares negros y su hija!

—Pero debo decirte antes que tu hija ama y es correspondida por un hombre que podría hacerla dichosa —repuso Sandokán.

—Se trata de sir Moreland, ¿no es así? —inquirió Tremal-Naik—. ¡Ya me había dado cuenta! ¿Habéis informado a Damna sobre el gran peligro en que nos hallamos?

—Sí —contestó Yáñez.

—¿Y qué ha respondido?

—Que no piensa dejar nuestro barco.

—¡No podía responder de otra manera! —añadió el hindú con orgulloso acento—. ¡No desmiente su casta! ¡Si el destino ha decretado nuestro fin, que se cumpla su dictado!

Tras estrecharse las manos, los tres hombres se encaminaron al puente de mando.

De improviso Yáñez se detuvo exclamando:

—¡Qué necio! ¡Ya no me acordaba!

—¿De quién? —preguntaron a la vez Sandokán y Tremal-Naik.

—¡Del Diablo de la Guerra!

Una última esperanza había vuelto a surgir en el cerebro del portugués. En aquel instante recordó al hombre de ciencia norteamericano, Paddy O'Brien, a quien retenía como prisionero en uno de los camarotes de proa, vigilado día y noche. Se dirigió rápidamente bajo cubierta, cruzó el corredor y se detuvo frente al pequeño camarote que ocupaba aquel hombrecillo.

—¡Despierta al detenido! —ordenó al malayo que estaba de guardia.

—Ya se ha levantado, señor.

Yáñez abrió la puerta y entró en el camarote. Paddy O'Brien se encontraba sentado ante una mesita y parecía sumido en un difícil cálculo, con la nariz inclinada sobre numerosos papeles llenos de cifras.

—¿Es usted, señor de Gomera? —preguntó el doctor sujetándose los anteojos—. ¿Qué es lo que le trae a usted por aquí? Hacía tiempo que no le veía, y le estaba esperando.

—Doctor —dijo el portugués sin andarse con rodeos—, los buques enemigos nos han cercado y están a punto de hundirnos.

—¡Ah! —exclamó impasible el norteamericano.

—Usted me dijo que tenía un terrorífico secreto...

—Y ratifico lo dicho.

—Pues ha llegado el momento de probar ese secreto, señor Diablo de la Guerra.

—Ordene usted que lleven mis cajas a cubierta.

—¿No hará explotar nuestro buque en vez de los del adversario? —inquirió Yáñez en tono preocupado.

—Yo también volaría por los aires, y por ahora no me apetece morir —respondió el doctor—. Señor de Gomera, aprovechemos estos instantes de tranquilidad.

Subieron a cubierta y, mientras tanto, los marineros trasladaron las cajas del doctor.

—Allí se encuentran los barcos aliados —dijo Sandokán acercándose al hombrecillo.

—Sí, y observo que nos han cercado —repuso Paddy O'Brien frunciendo el ceño—. ¡Ese buque es el que va a estallar primero!

Un pequeño crucero, que en un principio no había sido visto, salió del grueso de la flota y empezó a evolucionar en torno al Rey del Mar, manteniéndose a unos dos mil o tres mil metros de distancia. ¿Pretendía efectuar un reconocimiento o bien obligar a los piratas de Mompracem a abrir fuego?

Paddy O'Brien mandó abrir sus cajas, en cuyo interior había aparatos eléctricos sumamente extraños para Sandokán y Yáñez.

Examinó detenidamente cada objeto de forma pausada, casi parsimoniosamente, como el que sabe lo que debe hacer; luego, volviéndose hacia Yáñez, que le vigilaba con la mano derecha apoyada en la culata de una de sus pistolas, dijo:

—¡Cuando a usted le parezca!

—¡Haga funcionar su aparato!

—Hacia aquel barco que pasa por estribor. ¡Estallará al instante! —comentó con fría entonación Paddy.

Los huesos de todos los marineros que se hallaban alrededor del norteamericano fueron recorridos por un gran estremecimiento. Aquel hombrecillo de tan pequeña estatura, ¿podría llevar a cabo el milagro que había anunciado?

—¡Atención! —exclamó de improviso el Diablo de la Guerra.

Casi no había terminado de pronunciar esta palabra, cuando un deslumbrador destello rasgó súbitamente las tinieblas, acompañado de un horroroso estampido.

Una imponente columna de agua se elevó alrededor del pequeño crucero, mientras innumerables astillas y fragmentos de todo tipo saltaban por doquier.

Un enorme griterío, surgido de centenares de pechos, retumbó siniestramente en los aires y de repente se extinguió.

El buque había estallado y se hundía rápidamente con los costados abiertos.

En aquel preciso momento estalló una granada sobre el puente del Rey del Mar, entre el aparato y Paddy O'Brien. El norteamericano se desplomó lanzando un grito y cayó a los pies de Yáñez, el cual

había podido rehuir de milagro los fragmentos del proyectil.

—¡Doctor! —exclamó el portugués inclinándose sobre él.

—El... el... apa... —musitó el infortunado inventor haciendo un desesperado movimiento con los brazos.

Se llevó las manos al pecho para contener la sangre que brotaba de una tremenda herida.

Sandokán se precipitó hacia las cajas.

La granada había destrozado el aparato, convirtiendo en añicos las pilas.

Yáñez levantó suavemente la cabeza del norteamericano.

—¡Señor O'Brien! —exclamó con la garganta seca.

—¡Esto... ha... terminado...! —dijo roncamente.

Con la mano derecha bañada en sangre estrechó la de Yáñez; luego, apoyando un codo en el suelo como para mantenerse erguido, se desplomó de nuevo.

—¡Ha muerto! —exclamó Yáñez con voz triste.

—¡He aquí la primera víctima! —repuso Sandokán.

Yáñez colocó sobre la toldilla al desdichado inventor, le cerró los ojos, lo tapó con una lona y a continuación, incorporándose con fiero aspecto, dijo:

—¡Todo ha terminado! ¡Aquí perecerán los últimos tigres de Mompracem! ¡Tremal-Naik, Damna y Surama, venid a mi torre, y vosotros a los cañones! ¡Nuestras vidas dependen de Dios!

—¡A vuestros puestos de combate! —ordenó Sandokán—. ¡Demostremos cómo mueren los tigres de Malasia!

El amanecer, un rosado amanecer que anunciaba un espléndido día, disipaba rápidamente las tinieblas.

Del crucero más cercano fue disparado un cañonazo sin proyectil, intimando a la rendición.

Por su parte, Sandokán ordenó arbolar la bandera roja en señal de combate.

En vez de abrir fuego, el crucero adversario hizo con las banderas diversas señales, que venían a decir lo siguiente: «Antes de empezar el combate mandad a ambas jóvenes a bordo de mi barco. Sir Moreland responde de sus vidas».

—¡Vaya! —exclamó Yáñez—. ¡Tenemos ante nosotros al angloindio! ¡Intentaremos hundir también ese buque! ¡Damna! ¡Surama!

Las dos jóvenes abandonaron las torrecillas.

—Proponen que os pongáis a salvo en aquellos buques —dijo Sandokán.

—¡Jamás! —respondieron con vehemencia ambas muchachas.

—¡Pensadlo detenidamente!

—¡No! —contestó Damna—. ¡No quiero abandonar a mi padre ni a ustedes!

—Notificad la respuesta —ordenó Yáñez.

Un contramaestre norteamericano la transmitió al instante.

Entonces vieron cómo en los mástiles de guerra de los cuatro cruceros se enarbolaban lentamente banderas negras. Un golpe de aire las hizo extenderse y se pudo ver en el centro de cada una, recortada en amarillo, una figura horrenda con cuatro brazos que sujetaban extraños emblemas.

Un grito de sorpresa y furia al mismo tiempo escapó de los labios de Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik. Habían reconocido la enseña de los thugs, los estranguladores indios.

¿Aquellos buques eran del hijo de Suyodhana, de su implacable e invisible enemigo? Las banderas así parecían indicarlo.

Un intenso silencio imperó a bordo del Rey del Mar a consecuencia de la inquietud que los dominaba a todos. Pero en el acto lo quebró bruscamente la voz metálica de Sandokán exclamando:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Horrendas detonaciones ahogaron sus últimas palabras. Las granadas caían por todas partes sobre el Rey del Mar, que el ligero flujo de las aguas iba arrastrando hacia el banco de Vernon.

Una tormenta de hierro y acero brotaba de cada uno de los enormes cañones de las cubiertas y de las piezas de mediano calibre de las baterías. Pero apuntaba hacia el puente del Rey del Mar, donde en el interior de la torreta blindada se hallaban Damna y Surama.

Aquella lluvia de metal golpeaba únicamente los costados del crucero, como si los artilleros hubieran recibido instrucciones para respetar a las jóvenes, a ambos comandantes y a Tremal-Naik, que se hallaban junto a ellas.

Por el contrario, sobre las torres que cubrían los enormes cañones de caza se lanzaban granadas cuyo objetivo era destrozarlos y también cuartear las sólidas planchas de hierro del blindaje.

El Rey del Mar se defendía de una manera formidable. Parecía un volcán que llameara por todas sus partes.

Los tigres de Mompracem estaban totalmente decididos a hacer que la victoria costara muy cara a sus poderosos enemigos.

Con gruesos proyectiles batían en brecha a los buques contrarios, ocasionándoles graves daños en los puentes, cuarteándoles las chimeneas y abriendo numerosos boquetes en las planchas del blindaje. Entre aquellos incesantes y atronadores estallidos se podía oír la potente voz de Sandokán, que gritaba de vez en cuando:

—¡Fuego, fuego, tigres de Mompracem! ¡Destruid! ¡Matad!

Pero ¿cuánto tiempo podría defenderse el Rey del Mar contra los terribles disparos de tan numerosas bocas de fuego? Sus flancos, aunque de sorprendente solidez, empezaron a resquebrajarse tras media hora de estar soportando el impacto de centenares de balas y granadas; sus piezas de artillería habían sido inutilizadas una a una y permanecían silenciosas. Sus torres, a excepción de la de mando, respetada en todo momento, comenzaban a desplomarse bajo aquel torrente de proyectiles y junto a las baterías se veían ya muchos muertos.

Sandokán y Yáñez, en el interior de la torrecilla, miraban aquella horrible escena, impasibles y

serenos. El primero se mordía de vez en cuando los labios hasta hacerlos sangrar; el segundo fumaba plácidamente su cigarro de costumbre; únicamente parecía emocionarse cuando sus ojos se encontraban con los de Surama.

Sentada en un rincón encima de un rollo de cuerdas junto a Tremal-Naik, Damna, con las manos puestas en los oídos para amortiguar el estruendo de los cañonazos, contemplaba el vacío.

De pronto, el Rey del Mar fue sacudido violentamente de popa a proa como si fuese levantado por una fuerza misteriosa, y una inmensa columna de agua cayó sobre la cubierta, arrastrando cuanto en ella se encontraba. Todo el casco se estremeció como si se abriese o como si explotasen las municiones de la santabárbara.

Horward, el ingeniero norteamericano, entró corriendo en el interior de la torrecilla exclamando con el rostro lívido:

—¡Acaban de lanzarnos un torpedo! ¡Nos hundimos!

Un salvaje clamor surgió de las baterías, mezclándose con los últimos estampidos de las dos piezas de caza de cubierta, útiles aún.

En los cuatro cruceros enemigos se interrumpió de improviso el cañoneo.

Sandokán miró tristemente a sus dos compañeros, y luego exclamó:

—¡Ha llegado el instante supremo! ¡Ya ha sido abierta la sepultura para los últimos tigres de Mompracem!

Cogió a Damna y abandonó la torrecilla en compañía de Yáñez, Tremal-Naik y Surama, y se detuvo en la parte exterior para examinar su buque.

¡Infortunado Rey del Mar! El magnífico buque, que había soportado tan duras pruebas y que parecía ser invencible, no era nada más que un pontón que poco a poco se iba a pique.

Sus torres quedaron abatidas por la lluvia de proyectiles disparados contra ellas; sus piezas de artillería se hallaban casi todas inservibles, el puente estaba cuarteado y los costados semejaban cribas a causa de los numerosos orificios.

Nubes de humo surgían de las escotillas, de las cuales salían ennegrecidos de pólvora y cubiertos de sangre los servidores de las baterías.

—¡Echad al mar una chalupa! —ordenó Sandokán.

Únicamente había una que, de verdadero milagro, salió indemne de los cañonazos enemigos. Unos cuantos malayos la hicieron descender a toda prisa, mientras que otros bajaban la escala.

—¡Primero tú con las muchachas, Tremal-Naik! —indicó Sandokán.

—No os inquietéis por nosotros. Los tripulantes de los cruceros vienen a salvarnos.

Así era. De los costados de los victoriosos barcos salieron varias lanchas que se aproximaban bogando con rapidez. En la primera marchaba sir Moreland, que agitaba en el aire un pañuelo blanco.

La embarcación en la que iban las dos jóvenes, Tremal-Naik, Kammamuri y cuatro remeros se apartó del Rey del Mar, porque el barco ya se iba a pique.

—¡Y ahora —comentó Sandokán con pasmosa tranquilidad—, al fondo envuelto en mi bandera!
¡Ven, Yáñez, ya todo acabó!

—¡Bah! —exclamó el portugués lanzando una bocanada de humo al aire—. ¡No se puede vivir eternamente!

Cruzaron el puente, entre cascos de granadas y restos de balas, y treparon por la escala del árbol militar hasta llegar a la plataforma, donde se detuvieron.

A distancia, Tremal-Naik, Damna y Surama les hacían gestos para que se lanzaran al mar. Respondieron con una sonrisa, haciéndoles un saludo con la mano.

A continuación Sandokán, tomando su bandera roja y ondeándola por encima de su cabeza, se envolvió entre sus pliegues exclamando:

—¡Así muere el Tigre de Malasia!

Bajo ellos, los últimos tigres de Mompracem, que se aproximaban a una centena, la mayoría de ellos heridos, aguardaban impertérritos y silenciosos con la mirada fija en ambos jefes a que se los tragara la vorágine, el gran vórtice.

El Rey del Mar se hundía poco a poco entre ligeras vibraciones, y en el fondo de la estiba se oía bramar el agua de una forma sorda y profunda.

Las chalupas de los cruceros realizaban grandes esfuerzos con el fin de llegar a tiempo para recoger a aquellos naufragos, que estaban decididos a morir por voluntad propia. La de sir Moreland era la primera e intentaba dar alcance a la lancha en la que Tremal-Naik y las dos jóvenes intentaban regresar a su buque, ya que sir tomaban sus antiguos amigos.

Sandokán, envuelto en su bandera, los contemplaba impasible y con la sonrisa asomando a sus labios.

Yáñez, algo ceñudo, fumaba con la serenidad habitual en él su último cigarro.

Una vez que las aguas empezaron a invadir la cubierta, el portugués soltó el cigarrillo casi agotado, exclamando:

—¡Baja a esperarme en el fondo del agua!

De improviso, cuando parecía que ya el casco debía haberse hundido, se interrumpió bruscamente por completo el descenso. El flujo que arrastraba al barco en dirección al este lo había trasladado hasta las aguas del banco de Vernon, avanzando más de lo que se pudiera suponer, y la quilla, como era lógico, tocó fondo.

En el preciso momento en que las dos chalupas, la tripulada por sir Moreland y seis remeros hindúes, y la otra por Tremal-Naik, las dos jóvenes y los remeros malayos, llegaban bajo la escala de babor, el casco del Rey del Mar se escoraba suavemente hacia estribor, apoyándose sobre el costado.

Al ver que el barco estaba inmovilizado, sir Moreland subió con premura al puente, seguido de Tremal-Naik y ambas muchachas.

Yáñez se volvió hacia Sandokán, cuyo semblante había adquirido una sombría expresión.

—¡Ni la muerte nos quiere! —le dijo—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—¡Vamos a conocer al Tigre de la India! —respondió apoyando su diestra en la empuñadura de oro de su kris—. ¡Que no se confíe; el Tigre de Malasia podría también matar al Tigrecito!

Se despojó de la bandera, descendió la escalerilla con la misma altivez que un soberano baja las gradas de un trono y se detuvo frente a sir Moreland, a quien preguntó:

—Y bien, ¿qué desea usted de nosotros?

El angloindio, realmente conmovido, se quitó la gorra para saludar a los dos valerosos piratas y luego dijo con gran nobleza:

—En primer lugar, señores, permítanme que les diga una palabra.

Tomó de una mano a Damna, que había subido al barco con Surama, y la llevó ante Tremal-Naik; después dijo:

—Yo la amo y ella a mí también. Me sería imposible vivir sin su hija, y los númenes de la India saben perfectamente cuánto hice por olvidarla. Seque usted con una simple palabra el sangriento río que nos separa, para que el horrible grito de mi asesinado padre se extinga para siempre. ¡Anoche se me apareció su espíritu y me dijo que perdonara a todos!

—Pero ¿de qué habla usted, sir Moreland? ¿A qué padre se refiere usted? —inquirió el angustiado Tremal-Naik.

—Damna, ¿me quiere usted? —preguntó sir Moreland, sin responder al hindú.

—¡Sí, mucho! —respondió la joven ruborizándose y bajando la vista.

—¡La guerra ha concluido entre nosotros! —dijo sir Moreland—. ¡La mancha de sangre ha sido limpiada! ¡Tremal-Naik, bendiga usted a sus hijos!

—Pero ¿quién es usted? —exclamaron a la vez Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik.

—¡Soy el hijo de Suyodhana! ¡Acompañenme ustedes! ¡Ahora son mis invitados!

CONCLUSIÓN

Veinte minutos más tarde, los cuatro cruceros se alejaban del banco de Vernon, en cuyo fango iba hundiéndose poco a poco el casco del temible Rey del Mar.

En el mayor de aquellos se habían embarcado todos los supervivientes, incluidos Kammamuri, Sambigliong y el ingeniero Horward, y en la sala de la cámara se reunieron Tremal-Naik, las dos muchachas, los dos jefes piratas y el hijo de Suyodhana.

Una gran ansiedad, no desprovista de vivo interés, parecía haberse adueñado de todos. Los ojos se hallaban fijos en el Tigrecito de la India, a quien habían considerado hasta hacía poco un oficial de la escuadra angloindia. Sir Moreland se sentó junto a Damna.

—Debo darles a ustedes unas explicaciones —comenzó a decir el hijo del terrible thug—, que no les disgustará conocer, ni siquiera a Damna, y que podrán justificar la guerra tan prolongada y obstinada que les he estado haciendo.

»Hasta que cumplí veinticinco años no me explicó mi preceptor, un hindú de gran sabiduría y elevada casta, que no era hijo de un oficial angloindio, como hasta entonces me había hecho creer, sino del jefe de la secta de los thugs, que contrajo matrimonio a escondidas con una dama inglesa, la cual murió al nacer yo. Criado por una familia del País de Gales que vivía desde años atrás en Benarés, como si yo en realidad fuera huérfano de un oficial de la Compañía de la India, y educado al estilo inglés, ustedes podrán comprender fácilmente la tremenda impresión que me ocasionaría el que, al cumplir los veinticinco años, me informaran de que yo era hijo del jefe de una secta detestada por todos los hombres honrados. En el testamento que mi padre dejó legándome ciento sesenta millones de rupias, colocadas en los bancos de Bombay, me exigía la obligación de vengar al Tigre de la India. Durante largo tiempo estuve vacilando, pueden creerme.

»Pero, por último, la voz de la sangre imperó, y, aunque me resultara repulsiva la idea de convertirme en vengador de aquella secta, yo, que en aquel tiempo era oficial de la flota angloindia, me dejé convencer, influido también por mi preceptor. Conocía toda la historia; sabía en qué lugar estaba el refugio de ustedes y me dispuse para la guerra, haciendo construir cinco potentes buques. Sabiendo que el gobierno inglés mostraba bastante recelo hacia ustedes, por su gran proximidad a Labuán, y que el rajá de Sarawak, el sobrino de James Brooke, aguardaba el momento propicio para vengar a su tío, ofrecí en el acto mi ayuda y mis barcos al gobernador de la colonia. Deseaba destruirlos a todos ustedes con el fin de vengar la muerte de mi padre. Y mientras yo me preparaba en el mar, mi preceptor, simulando ser peregrino de La Meca, insurreccionaba a los dayakos de Kabataun.

»Por fortuna, el amor provocó en mí un cambio total. Paulatinamente empezó a desaparecer el odio que sentía hacia ustedes. Los ojos de esta joven influyeron sobre mí de una forma tan fascinadora que me hicieron comprender, horrorizado, la atrocidad del delito que iba a cometer intentando vengar a aquella cruel secta, execrada por todas las personas honradas. Ya hace muchas noches que no escucho el horrible grito de venganza de mi padre. Tal vez su espíritu se haya tranquilizado. Que me perdone, pero yo, hombre civilizado, no puedo convertirme en el vengador de los estranguladores de la India. ¡Señor Yáñez, Tigre de Malasia, son ustedes libres, junto con todos sus hombres! Yo he sido el único que los ha vencido y, en consecuencia, solo yo puedo condenarlos o absolverlos. Y los absuelvo.

El hijo del thug permaneció inmóvil durante un instante y luego, dirigiéndose a Tremal-Naik, le preguntó:

—¿Desea usted convertirse en mi padre?

—¡Sí! —respondió el indio—. ¡Sed dichosos, hijos míos, y que jamás se turbe la paz, puesto que ya los thugs no existen!

Al escuchar aquello, el angloindio y Damna se arrojaron a los brazos abiertos de Tremal-Naik.

Kammamuri, que había bajado sin hacer el menor ruido, lloraba conmovido en un rincón de la salita.

—Señor Yáñez, señor Sandokán —dijo sir Moreland—, ¿a qué lugar quieren que los lleve? Nosotros regresamos a la India. ¿Y ustedes?

El Tigre de Malasia se quedó un momento pensativo, y al fin respondió:

—Mompracem ya se ha perdido, pero en Gaia se encuentran nuestros praos y nuestros hombres, y allí tenemos amigos muy leales. Condúzcanos usted a esa isla, si no le ocasiona molestia. Estableceremos en ella una nueva colonia, alejados de la amenaza de los ingleses.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Tal vez nos veamos de nuevo en la India cualquier día. Desde hace mucho tiempo vengo acariciando una idea.

—¿Cuál? —preguntaron al mismo tiempo Tremal-Naik, Damna y sir Moreland.

Sandokán fijó la vista en Surama y contestó:

—Tú eres hija del rajá y te han arrebatado el lugar que te correspondía. ¿Por qué razón, niña, no hemos de proporcionarte un trono para que lo compartas con Yáñez, que de aquí a pocos días va a ser tu marido? ¡Ya hablaremos de ello, mi buena Surama!

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es